

DE LA VIDA, GRACIAS Y VIRTUDES

DE LA SIERVA DE DIOS

MADRE MARÍA RAFOLS

FUNDADORA DEL INSTITUTO DE

HERMANAS DE LA CARIDAD DE SANTA ANA

POR EL

M. I. SR. D. SANTIAGO GUALLAR POZA

CANÓNIGO DE LA S. I. M. DE ZARAGOZA



ZARAGOZA
Imprenta Editorial Gambón
1939 Año de la Victoria

DECLARACIÓN DEL AUTOR

AL referir en este libro muchos hechos portentosos y al parecer milagrosos, pero acerca de los cuáles nada ha dicho la autoridad de la Iglesia; como al dar el nombre de Santa a mi biografiada que no está aún canonizada, declaro que me limito a contar los hechos como consten en los documentos o que la tradición ha transmitido, sin prejuzgar nada sobre ellos, ni dándoles más que una fuerza y expresión humana, quedando su definitiva aprobación reservada a la infalible autoridad de la Iglesia, a la que someto este libro, retractando de todo corazón cualquier concepto y palabra que involuntariamente se hubiera deslizado en él que no esté conforme en todo con las enseñanzas de la Santa Iglesia católica, apostólica, romana, en cuyo seno quiero vivir y morir.

DEDICATORIA

A la Rvdma. Madre Felisa Guerri, Superiora General del Instituto de Hermanas de la Caridad de Santa Ana.

La R. M. Pabla Bescós, de santa e imperecedera memoria, me pidió, hace ya más de tres años, que escribiese la vida de la Fundadora de la Congregación M. María Rafols, aprovechando los documentos y escritos de la Sierva de Dios por aquellos días encontrados. Especiales circunstancias, ocupaciones y trabajos inaplazables me impidieron cumplir el honroso encargo. Así también sin duda ninguna lo dispuso Dios Nuestro Señor, porque si la hubiera escrito entonces, no hubiera podido utilizar los escritos tal vez más interesantes de la Sierva de Dios encontrados recientemente.

Vos, Rvda. Madre, tuvisteis la bondad de reiterarme el encargo de vuestra venerable antecesora, y al poner terminada la obra en vuestras manos, quiero que por ellas llegue a vuestras Hijas y a todos los fervientes admiradores de la Heroína de la Caridad, porque sólo así tendrá algún valor esta obra y será recibida benignamente por todos.

Aceptad, Rvda. Madre, con benevolencia y caridad este libro, que no vale nada por lo que yo he escrito, pero que es precioso por las palabras de la Sierva de Dios, que lo esmaltan y avaloran, y por el entusiasmo y fervorosa admiración y amor que el humilde autor siente a la Santa Fundadora y a su Instituto.

Santiago Guallar.

POR MODO DE INTRODUCCIÓN O PRÓLOGO

El día 30 de Agosto de 1853, moría con la muerte preciosa de los santos, con edificante paz y dulce alegría, en una humilde habitación del Hospital de Nuestra Señora de Gracia, de Zaragoza, la M. María Rafols Bruna, fundadora del Instituto de Hermanas de la Caridad de Santa Ana y su primera Superiora General. Verdadera Heroína de la Caridad en todos los años de su larga vida religiosa, gastada en el servicio de los enfermos y de los niños asilados, de todas las víctimas del dolor, de la miseria y de la guerra, sobre todo en los inmortales Sitios de Zaragoza; modelo de fortaleza y de resignación cristiana en las persecuciones, peligros de muerte y enfermedades dolorosas y continuas que atormentaron su vida, combatida por pruebas terribles; ejemplar y dechado de todas las virtudes, su nombre y su recuerdo quedó grabado para siempre en la memoria de sus Hijas y en el corazón de Zaragoza, agradecida a sus grandes y heroicos servicios.

Pero aunque Zaragoza conservó siempre el recuerdo de la gloriosa Heroína de la Caridad y las Religiosas de Santa Ana guardaron como una joya la tradición que perpetuaba en su seno la memoria de la santidad y virtudes de su Santa Fundadora, humildes, recogidas sus Hijas en el recinto del Hospital, atentas sólo al más exacto cumplimiento de sus ministerios de caridad y de las reglas de su Instituto, no se cuidaron de consignar por escrito las noticias que de la vida admirable

y de algunos hechos y gloriosas hazañas de la Sierva de Dios conocían, esfumándose por esto poco a poco los rasgos de su fisonomía y las líneas de aquella gran figura, en la memoria de las gentes.

La conmemoración del primer Centenario de los Sitios de Zaragoza renovó el recuerdo de todos los que fueron actores principales de aquella tragedia inmortal, y al lado, si no por encima de los héroes que con maravillosa abundancia brotaron en aquellos días terribles y gloriosos, en esta tierra santificada por la visita de la Santísima Virgen y regada con la sangre de mártires innumerables, estaba la M. María Rafols, atrayendo las miradas y avivando la admiración de Zaragoza y de España hacia esa figura que volvía a aparecer en toda su grandeza, nimbada por la aureola de las más nobles, santas y generosas virtudes.

Al destacarse en esa página épica de nuestra historia, con vigorosos y precisos rasgos, la figura de la gloriosa heroína y fervorosísima Religiosa, excitó en todos, con la admiración, el deseo de conocer detalladamente su vida, de honrarla con los homenajes merecidos a sus virtudes y altos hechos, y la esperanza y vehemente aspiración de verla sublimada, para gloria de España y de Zaragoza, para honor de la Congregación de Santa Ana y ejemplo y consuelo de todos, a la gloria suprema, al honor de los altares.

Estos deseos y santos anhelos los sintieron más vivamente que nadie sus Hijas, que comprendieron la necesidad de buscar documentos y noticias referentes a su Santa Madre, que completasen, ampliasen y clasificasen los datos que de su vida conocían por tradición.

Y Dios Nuestro Señor, que había determinado el tiempo en que habrían de descubrirse, para ejemplo de todos y glorificación de su Sierva, las noticias de su vida, movió a una Hermana de Santa Ana a registrar archivos y papeles, encontrando algunos documentos que confirmaron lo que se

conocía por tradición y dieron a conocer algunos detalles desconocidos y circunstancias preciosas y edificantes.

Con estos documentos y noticias, el P. Calasanz Rabaza, de las Escuelas Pías, escribió la vida de la Sierva de Dios. En este libro, titulado "Heroísmo y Caridad", campea y brilla la elocuencia, el estilo incomparable, lleno de colorido, el ingenio agudo y también la veneración y el amor a la Santa Fundadora y a su Instituto del insigne escolapio y elocuentísimo predicador.

Después que el P. Rabaza escribió su obra, la misma Hermana que había hallado aquellos documentos encontró cartas y escritos de la Sierva de Dios, que proyectan sobre su vida mucha claridad. A la luz de estos escritos, la figura de la insigne Fundadora aparece tan grande, su alma tan elevada, tan pura, generosa y santa, sus gracias y carismas tan extraordinarios, que su lectura pasma y admira y revelan que la M. María Rafols ha sido una de las almas más amadas y favorecidas del Sacratísimo Corazón de Jesús y de la Santísima Virgen y amantísima suya, y una de las mujeres más grandes que ha brillado como estrella de primera magnitud en el cielo de la Iglesia.

La manera como han sido encontrados estos escritos de la Sierva de Dios ha sido realmente prodigiosa y confirma la verdad de sus proféticas palabras y de las promesas del Sagrado Corazón de Jesús.

La humildísima Fundadora quería que su vida fuese desconocida, y sus hazañas, el heroísmo de su caridad, las gracias y favores divinos con que fué honrada y favorecida por el Sagrado Corazón y por la Santísima Virgen, quedaran para siempre ocultos; pero el Sagrado Corazón le manda escribir, y con gran repugnancia y pena consiga en diversos escritos detalles de su vida, algunas de las innumerables gracias y singulares beneficios con que el Señor la favoreció y reglas,

consejos y lecciones sapientísimas de perfección religiosa inspiradas por el S. Corazón. "El S. Corazón — dice en uno de estos escritos — me manda escribir más detalles de mi vida íntima, y cuánto sacrificio me cuesta este mandato, porque yo quisiera borrarne de la memoria de las criaturas presentes y venideras; pero me lo manda el S. Corazón de Jesús y tengo que escribir, a pesar de todas mis resistencias." "Sólo Dios Nuestro Señor sabe — dice en el principio de otro de sus escritos — con qué repugnancia escribo esto y que más bien lo hago por verme libre de tantas amonestaciones como me hace todos los días para que consigne todo lo que es de su voluntad y agrado."

La Sierva de Dios, por inspiración del S. Corazón y por humildad, no descubrió a nadie esos escritos; procuró ocultarlos, anunciando que en el tiempo predestinado por el Sagrado Corazón se descubrirían. "Quiero — dice en uno de estos escritos — que todo esto que te digo lo escribas y lo escondas con gran reserva; en los tiempos venideros todo se sabrá y se salvarán muchas almas por mediación de estos escritos". "No sé cuándo saldrán a la luz todos mis escritos, pero sí tengo la seguridad que serán encontrados cuando se necesiten". "Este Corazón de mi dulce Jesús no me deja tranquila hasta que escriba todo lo que El quiere para bien de esta su Hermandad. Por mi parte, no tenía intención de escribir cosas tan íntimas, sino llevarlas en secreto a la vida eterna; pero vuelvo a decir que el Corazón de Jesús no me deja, y lo hago por darle gusto a El sólo, y le pido que permanezcan ocultos hasta que El quiera que se encuentren después de mi muerte".

Y el S. Corazón ha querido que sea en estos años cuando se encuentren estos escritos de su Sierva de un modo singular, en el cual se ve la mano de Dios y el cumplimiento de sus promesas.

En la edificante y conmovedora descripción que de los

últimos momentos y de la muerte de la Sierva de Dios escribió su confesor D. Agustín Oliver, y que también ha sido encontrado este escrito hace pocos meses, dice que poco antes de morir, el S. Corazón la regaló con muchos favores y con promesas que aseguran la vida y progreso de la Hermandad, y una de estas promesas es ésta: "Yo haré que lo que has escrito por mandato mío lo encuentre a su tiempo una Hija tuya, muy amada de mi Corazón." Y esta promesa se ha cumplido ahora de un modo admirable.

Estos escritos de la Sierva de Dios han estado durante más de setenta años confundidos con otros papeles en diversos archivos, muchos de ellos en el archivo del Hospital y en algunos armarios de este mismo Hospital. Pudieron ser vistos y encontrados mucho antes por otras personas; seguramente que más de una vez fueron trasladados de un sitio a otro, y muchos los tuvieron en sus manos y nadie los vió ni se fijó en ellos; y otra cosa admirable: a pesar del relativo abandono en que durante tantos años estuvieron, no se perdió ni estropeó ninguno.

Cuando ha llegado el tiempo determinado por el S. Corazón, siempre la misma Hermana ha encontrado todos los escritos con suma facilidad.

Es emocionante escuchar cómo esta Hermana, tan humilde como fervorosa, ha descubierto en los últimos cuatro años los escritos de la Sierva de Dios. Siente alguna vez un impulso extraño que la mueve a buscar, y obedeciendo ese impulso, busca en el archivo del Hospital, en algún armario retirado, y a la primera investigación halla el escrito de la Madre que hasta entonces nadie había visto.

Los escritos de la Sierva de Dios, por el orden cronológico en que han sido encontrados, son los siguientes:

En la segunda quincena del mes de Marzo de 1926, en un armario de la clase de las Probantes del Hospital de Nuestra Señora de Gracia, encontró la Hermana un escrito

titulado: "Cuadernito espiritual", juntamente con una carta escrita por la M. María Rafols a la M. Teresa Periú el día 14 de Mayo de 1835.

El día 25 de Marzo de 1926, en el archivo de los señores Condes de Sobradiel, encontró la carta que la Madre escribió desde la cárcel al Conde de este título en 13 de Mayo de 1834.

El día 2 de Abril del mismo año 1926; en el archivo del Hospital, una carta de la Madre a D. Manuel Sevíl y otra a D. Mariano Agnárez y Garcés, y otra de D. Manuel Sevíl a la Madre María.

El día 14 de Marzo de 1927, en un armario de la habitación de la Superiora del Hospital, encontró el escrito titulado: "Para mis Hermanas en religión".

El día 15 de Abril de 1927, en el mismo armario encontró el escrito titulado: "Reglas para dar cuenta de conciencia" y otro que empieza: "Hospital de Gracia, Agosto de 1829".

En el mismo mes de Mayo de 1927, en la Sacristía-Roperero del Hospital encontró la carta que escribió desde la cárcel a la M. Teresa Periú con fecha 12 de Mayo de 1834.

El 30 de Agosto de 1928, en un armario del Hospital encontró el escrito titulado: "Para después de mi muerte", y en el mismo día y sitio una carta escrita en 15 de Mayo de 1840 desde Huesca a la M. Teresa Periú.

El 11 de Octubre de 1928, en el archivo de Palafox, dos cartas escritas por la Madre al glorioso Caudillo, fechadas la primera en 10 de Agosto de 1808 y la segunda en 19 de Diciembre del mismo año.

El 6 de Noviembre de 1929, en la Sacristía-Roperero del Hospital, encontró el escrito titulado: "Avisos espirituales para el bien de la Hermandad".

El 20 de Febrero del año 1930, en el archivo del Hospital, un escrito que tiene por título estas palabras: "Pequeñas notas por si andando el tiempo pueden ser de alguna utilidad para la Hermandad".

El día 1 de Julio de 1930, en la Sacristía-Roperero del Hospital, el escrito que la Madre titula: "Inspiraciones del Corazón de Jesús".

El 26 de Julio del mismo año, en el archivo del Hospital, encontró el documento titulado: "De interés para las Hermanas de la Caridad".

El 20 de Agosto del mismo año 1930, en el archivo del Hospital, encontró una carta del P. Bonal.

El día 30 del mismo mes y año, en el archivo del Hospital, encontró el escrito de Mosén Agustín Oliver, titulado: "Datos de la muerte de la M. María Rafols".

El día 2 de Enero de 1931, encontró en el archivo del Hospital el último escrito de la Madre, que no lleva título.

Este libro, donde trato, con el favor de Dios, de referir la vida y virtudes de la Sierva de Dios, M. María Rafols, quiero que sea sólo como una cadena riquísima, como un rosario donde vayan engarzadas las joyas y diamantes de subidísimo precio de sus escritos. Yo quisiera montar al aire esas perlas y piedras preciosas de sus palabras, para que brillasen en todo su esplendor, empleando el menor número de palabras más que pudieran empañar o disminuir la luz y belleza de las palabras de la admirable escritora.

En estilo llano, sencillo, pero palpitante de vida y expresión, cuenta y refiere con una sinceridad y claridad encantadoras muchos detalles íntimos de su vida; con una naturalidad que conmueve, narra favores y milagros portentosos y prodigios de caridad, sacrificio y fortaleza, y con elevación asombrosa expone ideas y lecciones de la más alta teología mística y ascética y reglas y consejos de celestial sabiduría para alcanzar la mayor perfección religiosa y subir a las cimas de la santidad más encumbrada.

Estos escritos han sido una revelación. Por grande y heroica y santa fué siempre venerada y tenida la insigne

Fundadora de las Hermanas de Santa Ana; pero estos escritos la presentan como una de las almas más grandes y santas que han florecido en el jardín de la Iglesia.

Siempre en todos los tiempos y en todos los pueblos y razas la savia de la gracia divina, inoculada por el ministerio de la Iglesia en la humanidad, ha producido esas bellas flores, esa raza la más noble y grande, la verdadera aristocracia, la raza de los santos, y en estos tiempos de odio y de impiedad Dios ha querido descubrir esos escritos que muestran en toda su hermosura una de las almas más amantes, más heroicas en el ejercicio del amor y de la caridad, más abrasadas en celo por la salvación de las almas, y más favorecidas y amantes del S. Corazón de Jesús, que convierte su vida en un éxtasis perpetuo, en una comunicación sobrenatural constante y prodigiosa.

Los santos de nuestro tiempo se distinguen por estas dos notas: el amor a Jesús y el amor al prójimo. el ejercicio de la caridad en sus múltiples manifestaciones de las obras de misericordia espiritual y corporal.

La Madre María Rafols es un alma transformada, deificada por el amor, que obra en ella prodigios de heroísmo, de resignación, de caridad, de celo, de santa alegría en el dolor y de fervorosísima piedad y devoción.

Al publicar esta obra un temor me asalta, y es que no habrá acertado mi pluma a trazar su figura en todo su esplendor y belleza, sino que la habrá empequeñecido y oscurecido.

A pesar de esto, como yo dejaré hablar cuanto pueda a la Sierva de Dios, sus palabras y sus narraciones son tan interesantes y edificantes, que suplirán las mías y harán provechosa y agradable la lectura de este libro.

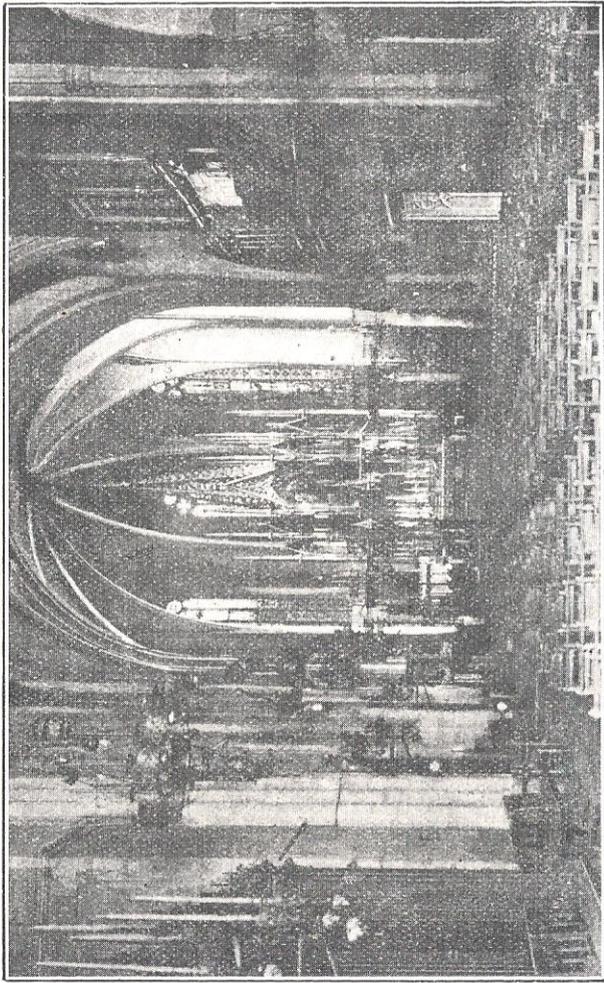
En rigor, esta historia pudiera llamarse: "Vida de la Madre Rafols, escrita por ella misma"; una especie de autobiografía comentada. Más que una biografía, he querido en

esta obra trazar el retrato espiritual, la fisonomía moral de mujer tan extraordinaria, aprovechando principalmente los rasgos, los detalles preciosos, las palabras inspiradas de sus escritos.

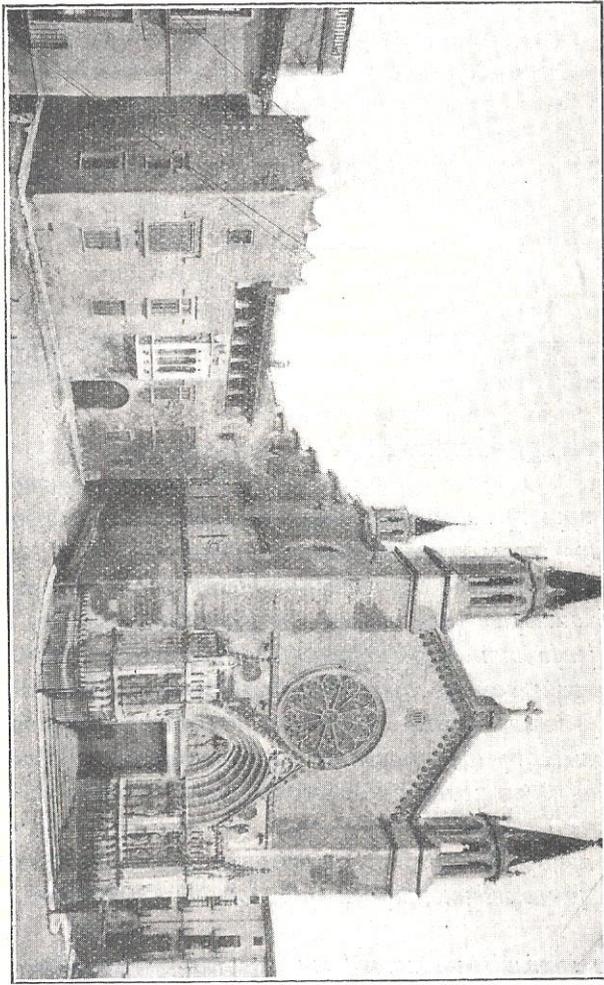
Como estos escritos no estaban aún publicados, al copiar sus palabras no citaré ni fijaré el escrito de donde están tomadas.

¿Es oportuna la publicación de este libro? Sí, y hoy más que nunca. El mundo muere envenenado por la corrupción, desgarrado por el egoísmo y el odio, y para curarlo, ninguna medicina mejor que el ejemplo de estos santos modelos de pureza y víctimas de amor y caridad. Sólo una efusión divina de caridad regenerará el cuerpo social, enfermo y desequilibrado, y estas almas providenciales y predestinadas como la M. María Rafols son los instrumentos de Dios para esta regeneración, por sus virtudes perpetuadas en la vida de su Congregación.

SANTIAGO GUALLAR



Villafraanca del Panadés.—Interior de la Basílica de Santa María



Villafraanca del Panadés.—Basílica de Santa María y Palacio del Rey Pedro III de Aragón

LIBRO
PRIMERO

La flor
del Panadés

CAPÍTULO PRIMERO

Nacimiento y familia de la Sierva de Dios

EN Villafranca del Panadés, ciudad importante y rica de Cataluña, perteneciente al obispado de Barcelona, célebre por su riqueza material, por la belleza de su campiña, por la fecundidad de su suelo abundante en toda clase de frutos, sobre todo en viñedos, que producen los renombrados y exquisitos vinos del Panadés, pero más célebre por su fertilidad espiritual, porque en ella nacieron Prelados eminentes, escritores insignes, literatos, artistas, sabios y muchos hombres ilustres que fueron gloria, decoro y ornamento de la Iglesia y de la Patria, vino al mundo, el día 5 de Noviembre de 1781, una niña que había de ser con el tiempo el timbre más glorioso, el florón máspreciado y la joya más rica de esa corona de grandeza que forman sobre la frente de la industriosa y opulenta villa los nombres de sus hijos predilectos, porque ella había de tener sobre todos ellos esa grandeza y esa gloria superior a la de los reyes, a la de los sabios, a la de los nobles y poderosos de la tierra: la grandeza suprema y la gloria inextinguible de la virtud y de la santidad.

Esta niña, que había recibido de sus padres los apellidos de Rafols y Bruna, recibió al ser bautizada por el Vicario de Villafranca, D. Miguel Vila Rovira, el día 7 de noviembre del mismo año del Señor 1781, en la magnífica y hermosa Iglesia Parroquial de Santa María, de dicha ciudad, los nombres de María, Josefa, Rosa.

Dios Nuestro Señor es dueño de sus gracias y puede sacar de estirpes carcomidas por el vicio y de familias deshonradas por el pecado, lozanos y floridos retoños, santos y virtuosos hijos, como de las piedras, según frase de la Sagrada Escritura, puede hacer hijos de Abraham. Más de una vez ha asombrado al mundo con estas maravillas. Pero esta no es la ley ordinaria de su acción providencial sobre aquellos que llama sus santos, sino que dispone y prepara su nacimiento en el seno de una de esas familias que tienen la fe religiosa y la piedad por herencia y acumuladas durante muchas generaciones, gloriosas tradiciones de honradez, de virtud y de santos y nobles hábitos y costumbres.

Así lo hizo con la niña María Rafols.

La familia de los Rafols era conocida, amada y respetada en toda la región, por su religiosidad y sobre todo por su caridad. En ella el ejercicio de las obras de misericordia y caridad era tradicional, como presagiando que de sus ramas había de brotar aquella flor roja y fragante, productora del dulcísimo y sabroso fruto del primer instituto español de Caridad que a tantos pobres había de curar y a tantos desgraciados y enfermos socorrer y consolar. Según noticias y referencias fidedignas conservadas por la tradición entre los vecinos de San Martín Sarroca, donde vivieron los Rafols en época anterior, gozando de posición desahogada y rica, eran éstos verdaderos padres y protectores de todos los pobres y desgraciados de la comarca. A todos los mendigos que se acercaban a su casa, llamada Masería, les daban comida y habitación para dormir. Recogían a los huérfanos que por la muerte de sus padres quedaban sin amparo y protección, y los sostenían y educaban hasta su mayor edad. En años de escasez y de miseria, por las malas cosechas o por las plagas del campo, remediaban cuanto podían las necesidades de sus convecinos, y su vida, en una palabra, se deslizaba como la del divino Salvador, haciendo bien a todos.

Estas santas tradiciones, estos caritativos sentimientos, tradicionales en la familia de los Rafols y Bruna, los recibieron como herencia preciosa los padres de la niña María, que, aunque no eran ricos, la generosidad de su corazón cristiano les sugería medios para encontrar en su pobreza recursos para socorrer a los pobres, llegando al heroísmo de partir su comida con ellos y de privarse de lo necesario para darles el socorro de la limosna y la compasión del corazón, teniendo las manos y las puertas de la casa siempre abiertas para recibir a cuantos desgraciados venían a albergarse en ella. “Mis padres — dice la Sierva de Dios — eran muy caritativos para los pobres, y muchas veces se refugiaban en un cuarto destinado para esto en la planta baja.”

Los padres de María Rafols, que se llamaban Cristóbal y Margarita, no eran ricos, ni nobles con nobleza de sangre o de estirpe, pero eran buenos, piadosos, honrados y prácticamente cristianos; tenían la más alta nobleza, que es la de la virtud, y esa riqueza más preciosa que todos los tesoros del mundo, la riqueza de las buenas obras, que son los únicos bienes que nos acompañarán y seguirán a la otra vida y serán la moneda con que compraremos la felicidad eterna del cielo. Habían aprendido a seguir, sin desviarse, el camino del bien desde su niñez por la buena educación y ejemplos de sus padres y familia, y por las lecciones y dirección que recibieron de los frailes dominicos y franciscanos de los conventos próximos a sus casas, con los cuales estuvieron siempre en afectuosa relación.

“¡Cuánto tengo que agradecerle al Corazón de Jesús— dice la Sierva de Dios — por haberme dado unos padres tan cristianos y nunca les oí hablar más que de Dios, de la Virgen Santísima y de los pobres!”

En el archivo parroquial de Santa Margarita y de Villafranca constan la piedad y profunda religiosidad de esta familia. En los libros de estas parroquias se lee que todos

murieron santamente, confortados con los últimos sacramentos administrados por los religiosos de San Francisco y que pertenecían a las Congregaciones y Cofradías del Seráfico Patriarca, del Rosario y de Minerva; haciéndose constar en esos libros que eran muy fieles en la observancia de sus reglamentos y muy asiduos en la asistencia al templo y a los oficios divinos y en las prácticas religiosas.

Cristóbal y Margarita vivían modesta y sobriamente con el fruto de su trabajo. Cristóbal tenía el oficio de molinero, que era como tradicional y hereditario de su familia. Había nacido en Santa Margarita del Panadés, pintoresco y pequeño pueblo próximo a Villafranca, en el molino llamado del Abadal. Cerca de este molino había una casa llamada Hostal de los Monjos, perteneciente al convento de Padres Dominicos; en esta casa nació Margarita Bruna. La vecindad, sin duda, la buena amistad de las dos familias y la comunidad de sentimientos cristianos y honrados encendieron en los corazones de Cristóbal y Margarita la llama del amor que santificó el matrimonio contraído el año 1771.

Accediendo a requerimientos de una familia rica de Villafranca, los señores de Alcover, Cristóbal y Margarita se trasladaron dos años después de su matrimonio, en 1773, con su primer hijo, llamado Juan, al molino apodado d'En Rovira, situado a un kilómetro escaso de Villafranca. Aún subsiste este molino, que ha sido donado por su actual propietaria, doña Teresa Marimón, a la Congregación de Santa Ana. Es una casa pequeña, fuerte y sólidamente construída, que ha resistido valientemente, sin restauración ni reforma ninguna, la acción destructora del tiempo; casa humilde y pobre, que no tiene las comodidades y lujo de los palacios y casas de los ricos y poderosos, pero tiene la alegría y los esplendores del sol que la baña por todas partes, y la belleza de los campos que la encuadran en precioso marco y la

enjoyan con la esmeralda de frondosos árboles y verdes y pomposos viñedos.

Es muy interesante y consolador lo que la Sierva de Dios dice de esta casa al final de uno de sus escritos: “Después de comulgar hoy, 31 de Julio, me ha dicho el Corazón de Jesús, con mucha insistencia para que lo consigne, y por ser mandato suyo lo hago, pues me repugna mucho: Hija mía, quiero que consignes que la casa donde tú naciste sea muy gloriosa, que tus Hijas coloquen mi imagen en el portal de la casa y desde el día que la coloquen que se llame la casa del Sagrado Corazón de Jesús. Que levanten un templo bajo la advocación de la Virgen del Pilar, donde acudirán muchas jóvenes con deseo de consagrarse a mí. Yo haré que ese lugar sea muy glorioso, y cuando se acabe el templo, que lo inauguren con una tanda de ejercicios espirituales todos los años para los seglares por los PP. Jesuitas. Quiero hacer este beneficio al pueblo donde tú naciste. Quiero también que cuando estén allí tus Hijas tengan expuesto los jueves y viernes todo el día, en reparación de las muchas ofensas que recibo en el Sacramento de mi amor. Ya sé que esto que te mando escribir te repugna; pero si tú no lo haces, tus Hijas no podrán cumplir mis deseos”.

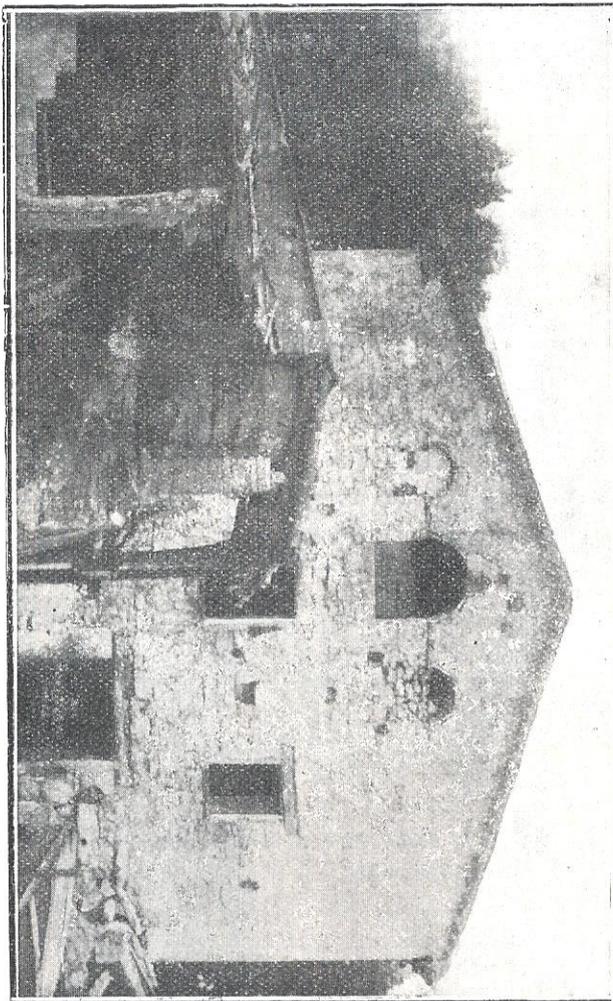
Y en otro de sus escritos, como veremos en otro libro, describe la Sierva de Dios con más amplitud los designios del Sagrado Corazón sobre su casa natal, que se convertirá en un lugar muy venerado, en un foco y centro de caridad y de piedad para remedio de las necesidades espirituales y temporales de muchas almas. En torno de esa humilde casita quiere el S. Corazón que, además del templo dedicado a la Santísima Virgen del Pilar, se construya un hospital bajo la advocación de San José y una casa de ejercicios espirituales.

Pronto, por el favor del S. Corazón de Jesús y de la

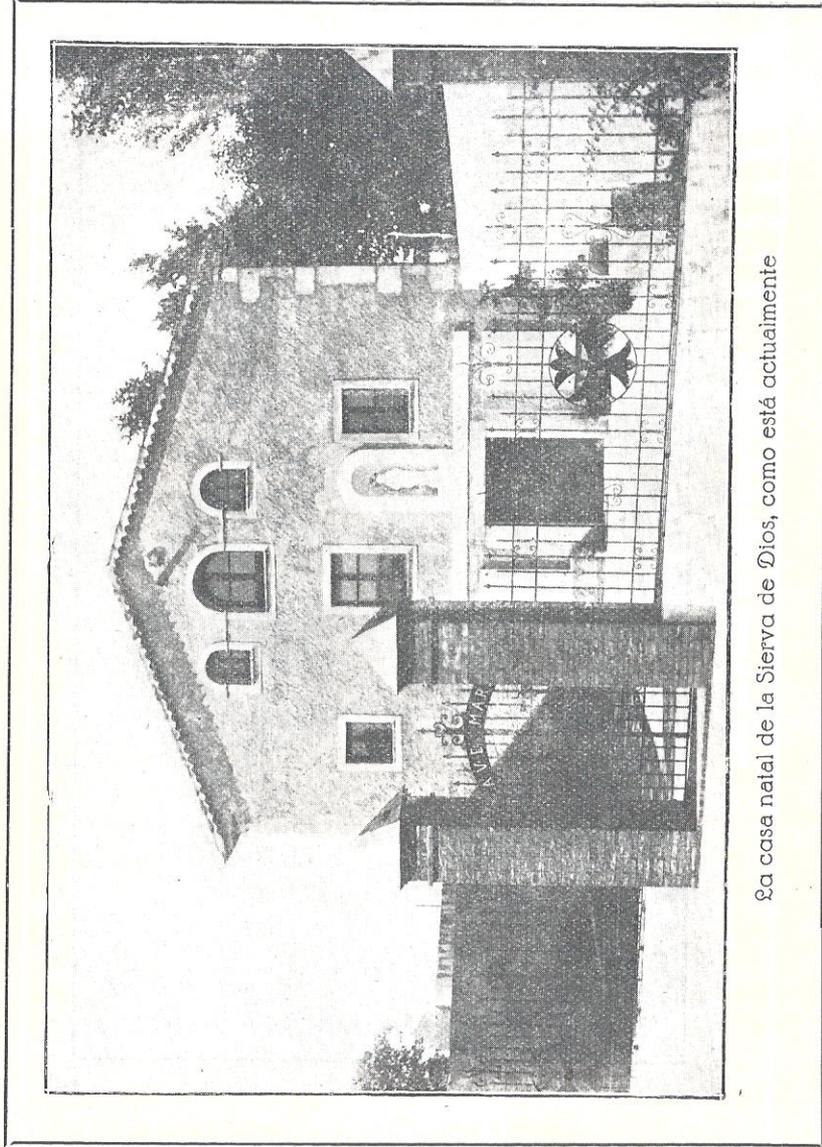
Santísima Virgen, serán una espléndida y consoladora realidad estos divinos proyectos.

El día 30 de abril del año 1931, el Excmo. Señor Obispo de Barcelona D. Manuel Irurita, fervoroso admirador de la Sierva de Dios, bendijo solemnemente, en presencia de la Rvdma. Superiora General, M. Felisa Guerri, la primera piedra del templo de Ntra. Sra. del Pilar. Quiera el S. Corazón y la Santísima Virgen que pronto se realicen y terminen estos proyectos.

Es una prueba clara de la verdad de las revelaciones sobrenaturales de la Sierva de Dios la coincidencia sorprendente de que esta casa, después de muchas dificultades vencidas providencialmente, haya sido adquirida por la Congregación al mismo tiempo que se descubrían sus escritos, cuando era ya por esa causa posible la realización de los proyectos revelados por el Sagrado Corazón.



Casa donde nació la Sierva de Dios



La casa natal de la Sierva de Dios, como está actualmente

CAPITULO II

Bella y prodigiosa infancia

En esta casita humilde, en el molino d'En Rovira, en este retiro apacible donde antes de la Sierva de Dios habían visto la luz dos hermanitos suyos, Cristóbal y María, flores delicadas que Dios trasplantó en los primeros meses de su vida al jardín de los cielos, y otra niña llamada Margarita, es donde nació y pasó los nueve primeros años de su vida nuestra biografiada.

Fué para la niña María esta casa como la santa Casa de Nazareth, donde se deslizaron tranquilos, alegres y apacibles sin inquietudes, sin pesares y sin zozobras, los días de su infancia, amparados y sostenidos por la solicitud, el amor y el trabajo de sus padres.

Pocas noticias han llegado hasta nosotros de la infancia de la Sierva de Dios, pero así como de la infancia de Nuestro Señor Jesucristo envuelta en el silencio y en la obscuridad, sólo dos o tres hechos cuenta el Evangelio, por los cuales sabemos que crecía en gracia y sabiduría delante de Dios y de los hombres, al mismo tiempo que crecía en edad, así esas pocas noticias que tenemos de los años infantiles de María Rafols proyectan suficiente claridad para poder conocer la inocencia, el candor y las cualidades extraordinarias de aquella niña singular.

La naturaleza y la educación son los dos factores que influyen en los destinos y en la orientación definitiva de la vida humana. Hay almas que, como las tierras fértiles, reci-

ben la semilla de la gracia y dan el ciento por uno de saludables y sazonados frutos de santidad y buenas obras; otras, por el contrario, son estériles, duras, donde la semilla no arraiga, no germina y se pierde ahogada por la maleza y las hierbas de las sollicitaciones materiales y por las malas inclinaciones.

La niña María Rafols tenía una naturaleza maravillosamente dotada. Era hermosa de cuerpo y más hermosa de espíritu; su cuerpo era bello y bien conformado, su rostro de líneas regulares y correctas, color sonrosado y ojos azules, en los cuales brillaba la luz de un candor y de una inocencia angelicales; pero su cuerpo era sólo como el precioso estuche que encerraba la perla blanca, el diamante purísimo de su alma elegida, elevada y extraordinaria, dotada de las más eminentes facultades. Era de precoz y agudo ingenio, de inteligencia viva y despierta, perspicaz para comprender, fácil para aprender, tenaz para retener las lecciones aprendidas; de juicio sólido, con aquel recto sentido que un gran orador llama maestro de la vida humana; de espíritu íntegro, sincero, sin hipocresía ni doblez; de voluntad firme, enérgica, serena ante el peligro, con ánimo varonil para sufrir fatigas y vencer dificultades, lanzándose por natural instinto en las vías del heroísmo; de exquisita sensibilidad; pero sobre todo tenía un corazón grande, generoso, puro y ardiente al mismo tiempo, abierto a todo sentimiento noble y levantado.

Pero la naturaleza no es todo en la vida humana. Como la tierra, aunque sea fértil y buena, para dar fruto necesita que en ella sea sembrada buena semilla y sobre ella derrame el sol su calor y su luz, y el cielo sus lluvias, y el hombre sus sudores, así las almas necesitan para fructificar el cultivo y la siembra de la buena educación. El hombre es lo que ha sido su educación. Los padres son los educadores naturales, pero sobre todo la madre. A ella principalmente ha confiado Dios ese ministerio de la educación, santo y augusto como

un sacerdocio. Ella no sólo da al hijo la vida corporal y la alimenta con el néctar dulcísimo de sus pechos, sino que también alimenta, dirige y orienta su vida espiritual. Para cumplir esa misión Dios dió a la madre inagotables recursos: ternura, fuerza, espíritu de sacrificio, sublime abnegación y ese privilegio reservado a algunos elegidos, el privilegio del genio; la madre tiene el genio maternal, que adivina y crea. Ella inicia al niño en la vida del alma, en la fe, la verdad y el bien, con arte maravilloso, que es fruto e intuición del amor. Sus labios, ungidos por el amor, son el libro que enseña las lecciones que no se olvidan nunca, que deciden del porvenir y marcan la orientación definitiva de la vida.

La Sierva de Dios tuvo este don de la educación dada por una madre abnegada, solícita y buena. Margarita Bruna era una mujer sincera y profundamente religiosa y poseía, debido principalmente a las lecciones y al trato frecuente con los religiosos dominicos, de los cuales eran sus padres criados y hosteleros, una instrucción y una formación espiritual sólida y superior a la ordinaria acostumbrada en las mujeres de su clase. Margarita amaba con preferencia a aquella niña tan hermosa, viva, dulce e inocente, en la cual los ojos de su amor maternal que adivinaban el porvenir, presentían grandes maravillas, y a su educación se consagró por completo. Su corazón, acongojado y triste por la muerte de sus hijos, concentró su amor en aquella hija que la indemnizaba, por su bondad y dulzura, de la pérdida de los otros. No se separaba nunca de su lado, y la niña correspondía a esta predilección de su madre buscando siempre su compañía, no encontrándose contenta sino con ella. “¡Cuánto se desveló mi madre — dice — por darnos una sólida educación religiosa! Yo nunca quería separarme de ella por las cosas tan santas que me decía”.

También influyeron en la educación de la Sierva de Dios los frailes dominicos y franciscanos. Por el beneficio de esta

educación daba siempre la Sierva de Dios gracias al Señor. En el cuaderno autógrafo de oraciones que recitaba todos los días, se leen estas palabras: “Os doy gracias, Dios mío, cuantas puedo por haber tenido unos padres tan cristianos, por haberme criado alejada del mundo junto a dos conventos de Religiosos, donde pude formar mi espíritu tan sólidamente”.

Con estos dos factores de naturaleza y educación, la niña María Rafols caminó desde el alborear de su vida racional con pasos de gigante por el camino de la virtud. Era una niña modelo que se distinguía y sobresalía entre todos los niños de su pueblo por su candor e inocencia y por el ejercicio de las más amables virtudes, principalmente de la modestia, de la humildad y de la caridad, que añadieron a los encantos naturales de su niñez privilegiada los esplendores de una gracia sobrenatural que atraía y cautivaba a cuantos la veían.

María Rafols fué un alma elegida por Dios, que se complace desde el principio de su existencia en colmarla de toda clase de dones, mercedes y carismas, para prepararse en ella morada grata; uno de esos seres que Jesucristo, el divino Esposo de las almas, elige para su consuelo, desagravio y descanso, en los cuales su gracia realiza prodigios de santidad y de virtud.

En la niña María esta predilección divina aparece ya en los primeros años. A los tres años, cuando la inteligencia duerme aún envuelta en las sombras de la inconsciencia, tiene ya discreción completa y conocimiento claro de las cosas. En esa edad ya siente abrasado su corazón por el amor de Jesucristo y desea unirse a Él en la comunión; en esa edad ya es toda del Corazón divino, que reina en ella con absoluto dominio y ha tomado posesión de su ser entero; ya no vive sino para obedecer, servir y amar a su divino Esposo y Dueño, el

Sacratísimo Corazón. “Mi principal Director — dice — ha sido el Corazón de Jesús; puedo asegurarles que desde la edad de tres años, en que yo creo que tuve perfecto uso de razón, ya me consagré a Él en cuerpo y alma, y desde esa edad tomó posesión de mi voluntad, que me obligaba a obedecerle en todo, sin que yo pudiera ponerle ninguna resistencia”. Es toda de Jesús, y para siempre.

¡Hermosa y santa infancia que, al abrirse a la vida como fragante y bella flor, envía a Dios en la rosada aurora de su existencia su primer pensamiento y su primer amor y vive desde entonces siempre de frente al sol de su alma, el Sagrado Corazón, que la ilumina con luces y claridades celestiales y la fecunda con gracias singulares y heroicas virtudes!

Floreció la gracia en su alma desde el principio de su existencia en flores de exquisita fragancia, pudiéndose decir con toda verdad que en ella la virtud se anticipó a la razón, siendo una niña adornada con virtudes y hábitos impropios de la infancia.

La niñez es bulliciosa, inconsiderada y ligera, disipada y distraída; María Rafols era, por el contrario, muy callada, muy recogida, muy circunspecta y comedida en todas sus palabras y acciones, muy amante de la soledad, huyendo de la compañía de los otros niños y buscando siempre la de su madre; no gustaba de los juegos infantiles y había en su rostro una maravillosa mezcla de gravedad y de dulzura.

La niñez es ordinariamente ociosa y enemiga del trabajo; la niña María Rafols era muy trabajadora, hacendosa y ordenada, ayudando con la mayor diligencia a su madre en sus habituales ocupaciones. Ya se revelaban en ella aquellas dotes de organización, de gobierno, de previsión, de las cuales tan brillantes muestras había luego de dar en el régimen y dirección del Instituto y de las casas y hospitales a su solitud encomendados.

La niñez es ordinariamente egoísta; ella se distinguía por

su caridad y amor al prójimo. Ya asomaba la llama de aquel fuego de caridad que había de consumir su corazón. Sentía compasión inmensa por todos los desgraciados, y a cuantos pobres veía procuraba socorrerlos con alguna limosna que pedía a su madre. Un día dió sus zapatitos a una niña que vió descalza.

La vista de los pobres sucios, harapientos, mal olientes, con lacras y huellas muchas veces de enfermedades contagiosas y repugnantes, no la inspiraban aversión y repugnancia, como ordinariamente sucede a los niños que instintivamente se apartan de los pobres, sino amor, y se sentía atraída hacia ellos; porque su alma inocente y pura, ilustrada con luces celestiales, veía ya en ellos, a través de sus harapos y miserias, brillar la imagen misma de Jesucristo. Su alma saltaba de alegría al recibir la visita de los pobres, como si recibiera la visita del mismo Dios; y la estancia de los pobres en su casa no la inspiraba miedo, sino alegría. Hablando la Sierva de Dios de la caridad de sus padres que recogían a los pobres, dice estas hermosísimas palabras, que revelan una gracia extraordinaria que parece imposible en una niña y sólo por un privilegio singular de Dios pudo tener: "Esto me daba una alegría muy grande, porque estando estos pobres en casa, creía que estaba el mismo Jesucristo, según nos decía mi madre; yo les hubiera dado mi cena, pero ella no me dejaba; me decía que ya había cena para todos".

Pero sobre todo se distinguía por su piedad. Su mayor alegría era asistir al templo, sobre todo al Santo Sacrificio de la Misa. Siempre que oía la campana de la iglesia de Villafranca llamaba a su madre, pidiéndola con insistencia la llevase al templo; y estaba en él con tal recogimiento y fervor, que era necesario que su madre la obligase a sentarse, porque si no permanecía constantemente de rodillas. Amaba sobre todo a Dios. Aquel fuego del amor divino que devoró siempre su corazón, encendido en la llama de la gloria divina;

aquel amor ardiente y seráfico al Salvador, que fué la fuerza y la inspiración de su vida, prendió en su corazón desde el primer instante de su discreción. Su corazón fué huerto cerrado, fuente sellada donde no entró nunca el amor de las criaturas; vivió siempre frente al sol del amor divino, luz y calor de su espíritu. Le impusieron en el bautismo el nombre de Rosa, y rosa fué desde su nacimiento: rosa blanca por su inocencia, que nunca mancilló el pecado mortal; rosa, que luego los sufrimientos y los sacrificios heroicos habían de tornar roja; rosa blanca por el candor, roja por el amor; rosa fragante que derramó el buen olor de Jesucristo por todas partes. Este amor a Dios se trasluce en el horror que la inspira el pecado; se conmueve hasta derramar lágrimas siempre que oye una blasfemia.

Sentía también una devoción fervorosísima por la Virgen Santísima; todos los días rezaba el santo Rosario con sus padres, y si alguna vez, por retardarse su padre, se dormía, se despertaba alegre y pronta para rezarlo, dirigiendo ella el rezo del piadoso ejercicio en cuanto tuvo edad para ello.

"Desde los tres años—dice la Sierva de Dios en el escrito tantas veces citado—sentí una devoción muy grande a la Santísima Virgen, y me parecía verla siempre a mi lado, enseñándome, advirtiéndome y más aún comunicándome el amor a su Santísimo Hijo y mi dulce Jesús".

CAPITULO III

Santos fervores y celestiales gracias

La Sierva de Dios recibió el Sacramento de la Confirmación en los últimos días del mes de Mayo de 1785, en la Iglesia Parroquial de Santa María, de Villafranca, de manos del Obispo de Barcelona, D. Gabino Valladares y Mesia.

A pesar de que sólo tenía cuatro años de edad, confiesa la Sierva de Dios que se dió perfecta cuenta del Sacramento que recibía y de las gracias que por él se conferían al alma, acercándose a recibir ese Sacramento lleno su espíritu de fervorosos y piadosísimos sentimientos. “A los cuatro años de edad — dice — recibí el Sacramento de la Confirmación con otros hermanos míos, y aunque era tan pequeña, me acuerdo muy bien de las explicaciones que mi buena madre nos dió por el camino hasta llegar a la iglesia de Santa María, referentes al Sacramento que íbamos a recibir”. Siempre aparece en la niñez de María Rafols, como su ángel tutelar y su maestra, su santa madre. En la vida de todos los santos se observa esa influencia bienhechora de la madre. Fueron ellas como las precursoras de esas almas providenciales que prepararon sus caminos y sus destinos.

Era tal el brillo de la inocencia de María Rafols, que todos la admiraban como una niña extraordinaria, siendo opinión común entre todos sus vecinos, que a la complacencia con que Dios la miraba eran debidos los beneficios y singular protección que Dios dispensó a toda su familia. La tradición ha conservado fielmente la memoria de un favor extraordinario y providencial. Una horrible tempestad de granizo aso-

ló toda la comarca, quedando sólo libre la huerta del molino d'En Rovira.

En el año 1790 se vió su familia obligada, por la muerte de su abuelo y de sus tíos maternos, a trasladarse al Hostal de los Monjos, para encargarse su padre del cuidado y gobierno de aquella casa, en la cual sólo habían quedado mujeres.

Cuatro años estuvo la Sierva de Dios en esta casa y en ellos empezó a gustar el amargo pero saludable cáliz del dolor. La predilección del Señor, que corona siempre a sus elegidos con corona de espinas, empezaba a manifestarse en ella. Dios, en el troquel del sacrificio y en el horno de la tribulación, empezaba a moldear su alma y a darle aquellos rasgos y esmaltes de grandeza, de heroísmo y de santidad que luego habían de admirar al mundo. Sus ojos de niña vieron asombrados a la muerte visitar con espantosa frecuencia su casa y familia; en pocos días bajaron a la tumba su último hermano José, sus tíos paternos, su abuela materna y por fin su padre, que murió santamente el día 10 de Julio de 1794. Esta muerte puso luto en sus vestidos, pero encendió luz celestial en su alma, descubriéndole la nada y la vanidad de las cosas del mundo, avivando el amor de Aquel que es el único que no pasa ni muere, afianzando la resolución que había germinado en su corazón desde sus primeros años de consagrarse a Dios en el claustro y apresurando, por las circunstancias en que quedó su familia, la resolución de estos santos propósitos.

Después de la muerte de su padre, nos dice la Sierva de Dios, que su madre y los Religiosos dominicos la prepararon para recibir la primera comunión, que recibió el día 4 de Junio de 1795, festividad del Corpus Christi, a los catorce años de edad.

En los tiempos actuales, en los cuales, por las santas y

piadosas disposiciones de la Iglesia y principalmente del Pontífice de imperecedera memoria, Pío X, los niños son admitidos a recibir la primera Comunión desde el momento que son capaces por la discreción de digerir espiritualmente el manjar divino del Cuerpo Sacratísimo del Señor, sabiendo a quién reciben, puede causar cierta sorpresa esta edad ya adelantada de la Sierva de Dios en su primera Comunión; pero esta era entonces la costumbre general en toda la Iglesia, no siendo admitidos los niños a la primera Comunión antes de los doce años por lo menos.

La niña María Rafols hubiera deseado acercarse mucho tiempo antes a la Sagrada Mesa; pero tuvo que acomodarse a esa costumbre y contentarse con recibirlo espiritualmente, porque ya desde niña hacía con gran frecuencia la Comunión espiritual. “Desde los tres años tenía grandes deseos de unirme a mi dulce Jesús en la Santa Eucaristía; pero atendiendo a mi poca edad no me dejaron mis piadosos padres ni los religiosos dominicos. Esta negativa fué para mí un tormento que duró algunos años”.

La preparación de la Sierva de Dios para este acto, el más dulce e inefable de la vida cristiana, fué larga y esmeradísima. Puede decirse que desde que tuvo uso de razón se estaba preparando, poniendo gran cuidado en guardar limpia su alma de toda mancha de pecado y en adornarla con todas las virtudes, para que el divino Dueño de su alma encontrase morada agradable en su corazón.

Su encendido amor la movía a desear y su fe a preparar ese día el más feliz de la vida. Además, su madre la preparó durante largo tiempo, y los PP. Dominicos completaron esa preparación con muchas lecciones y piadosas exhortaciones y ejercicios. “Después de morirse mi padre—dice—, mi madre y los Religiosos Dominicos me prepararon para recibir la Sagrada Comunión y comulgué en el mes de Junio, el día del Corpus”. Pero quien fué su principal Maestra y la Ca-

tequista incomparable que por privilegio singularísimo preparó a la inocente niña para la Sagrada Comunión, fué la Santísima Virgen. “Cuando llegó el día de mi primera Comunión—dice la Sierva de Dios—, después de recibir las enseñanzas de la Santísima Virgen”.

Pocas veces unos labios tan puros y un alma tan inocente se abrieron para recibir al Huésped divino. Fué para la Sierva de Dios ese día, un día lleno de luz y de alegría, en que vió realizados sus deseos más vehementes de unión con Aquel que desde el principio de su vida racional había elegido como Dueño y Esposo único de su alma; día de cielo en la tierra, en que el Señor y su Sierva se dieron un abrazo tan estrecho que nunca se rompió y se juraron una fidelidad eterna que nunca resfrió el pecado, ni enfrió la tibieza. Para agradecer la Sierva de Dios a su Señor ese don tan excelso y esa prueba inefable de amor, le consagró su ser entero para que en él reinase como único Señor y Rey. En aquel momento solemne en que Jesús tomó posesión de su alma le juró ser suya para siempre y obedecerle, amarle y servirle durante su vida con la mayor exactitud y fidelidad. Este juramento, la historia de su vida demuestra que fué cumplido de modo exactísimo. El sol de la primera Comunión no se escondió nunca en el cielo de su alma y siempre brilló en ella la gracia de este gran día. Con admirable sencillez expresa todo esto la Sierva de Dios en su escrito. “Para después de mi muerte”: “¡Qué día más feliz fué este para mí! En ese hermoso día, que con tanta ansia lo esperaba, entregué mi corazón y todo mi ser a Jesús para siempre, suplicándole me hiciera la gracia de aceptarlo, que yo por mi parte antes quería morir mil veces que separarme un punto de su lado”.

En ese momento dichosísimo Jesús encendió en el corazón de su fiel Sierva la llama de aquel amor a su Corazón Sacratísimo, que nunca se había de extinguir, sino avivarse

hasta consumirlo y devorarlo. En ese momento se reveló también los grandes designios que tenía sobre ella, levantando ante sus ojos parte del velo que ocultaba su porvenir. “Entonces—dice—tuve la inolvidable dicha de recibir a mi dulce Jesús dentro de mi pobre corazón. ¡Qué momentos aquellos! Imposible decir lo que por mí pasó; creí morir de amor. Entonces se me infundió de manera muy clara y cierta la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, que parecía decirme con una voz muy dulce: “Hija mía, dame tu corazón. Si eres fiel a mis gracias, vivirás siempre en mi Corazón. Tengo grandes designios sobre ti. Mi Madre y yo te guiaremos en el espinoso camino que tienes que recorrer para mi gloria y salvación de muchas almas”.

Para este acto tan tierno y tan trascendental de la vida cristiana la Virgen la preparó y llevó de la mano y la inspiró el deseo de consagrarse para siempre a Jesucristo, haciendo voto de virginidad. La Virgen fué la Maestra que con solitud y maternal cariño enseñó a la candorosa niña las reglas que había de observar para ser fiel al elegido Esposo y agradable a sus ojos. Oigamos las conmovedoras palabras con que nos refiere la Sierva de Dios estos celestiales favores y esta tiernísima escena: “La Virgen Santísima me acompañó de la mano el día que hice la primera Comunión, y este mismo favor he recibido siempre que tengo la dicha de recibir este Sacramento de amor. La Virgen me decía el día de mi primera Comunión: “Hija mía, yo te entrego a mi Hijo; si eres fiel a sus designios, yo no me separaré nunca de ti”; y al instante me dijo con mucha dulzura: “Haz voto de virginidad”. Y en presencia del Corazón de Jesús, de la Virgen Santísima y del Ángel de mi guarda, que visiblemente lo veía, lo hice para todos los días de mi vida. Después de comulgar, la Virgen Santísima me dió muchas enseñanzas para que su divino Hijo no se separara nunca de mi lado: “Hija mía: cuando te entregues al descanso, lo harás con mucha

modestia; las manos las pondrás en forma de cruz sobre el pecho; has de ser muy callada y recogida siempre para poder oír las enseñanzas divinas. Yo te diré los gustos de mi divino Hijo para que siempre hagas su voluntad y seas muy fiel imitadora suya”.

Fruto de esta gracia de la primera Comunión fué su consagración a Dios en la vida religiosa. Jesús le dió como regalo y premio de la total entrega de su ser, la dicha de realizar las aspiraciones, que desde niña acarició, de entrar en religión.

Hemos en este libro admirado y aspirado con delicia el perfume delicado y puro de su niñez inocente y bella como una flor; en el siguiente vamos ya a saborear los frutos de su virtud en la vida religiosa.

LIBRO
SEGUNDO

La religiosa
hospitalaria

CAPITULO PRIMERO

El regalo de la primera Comunión

Dios Nuestro Señor, a las almas que elige para alguna misión providencial, para alguna empresa bienhechora para la Iglesia y para la sociedad, sobre todo, a los fundadores de una de esas milicias sagradas destinadas a remediar las grandes necesidades de la humanidad redimida, de una de esas Ordenes religiosas que se levantan en el desierto y en el océano del mundo como islas perfumadas y deliciosos oasis donde crecen con variada y lozana vegetación las fragantes flores de las más sublimes virtudes, seminario de almas santas y puerto seguro para ponerse al abrigo de las tempestades de la vida, adonde van a refugiarse las almas que han bebido las aguas amargas del desengaño y han visto la faz de Dios a través de las lágrimas y nubes del dolor, y sobre todo esas almas puras y elevadas que se ahogan en las bajas regiones de la tierra y van a buscar en la montaña santa de la religión el oxígeno y la luz radiante de la verdad y de la virtud; a esos seres providenciales, Dios los prepara, vigoriza y adiestra en la soledad, en el silencio, en el recogimiento y aislamiento del mundo. En ellos se cumplen aquellas palabras de los libros santos: "Los llevaré a la soledad y hablaré a su corazón". En la soledad Dios les revela su voluntad, les enseña el camino y por medio de largo y laborioso aprendizaje de vencimiento propio, de sacrificio, de mortificación, de renunciamiento y abnegación de la propia voluntad, enciende en su alma el fuego de una vida interior intensa, concentra las fuerzas de su espíritu, robustece por medio de esa gimnasia espiritual su voluntad, para que pueda vencer todos los

obstáculos y triunfar de todas las persecuciones y dificultades. Con los sudores y la sangre de sus mortificaciones y sacrificios fecunda su obra. El sacrificio es el sello y fiel contraste de las obras de Dios.

En María Rafols se cumplió esta ley ordinaria de la acción providencial de Dios.

La Sierva de Dios, por su vida de alejamiento del mundo, como ella misma confiesa; por su trato frecuente con personas religiosas, por la pureza de su corazón, por su inclinación natural al recogimiento y a la soledad, por su fidelidad y correspondencia a las gracias de Dios, por el ansia de inmoción que sentía y sobre todo por el amor de Dios que llenaba totalmente su corazón y la desprendía de todo amor y afecto terreno, sintió desde los primeros años de su vida vocación a la vida religiosa, a consagrarse a Dios por entero, a vivir alejada del mundo y de sus peligros, deseando volar como paloma a hacer su nido en las cumbres más altas de la perfección, para estar constantemente en trato íntimo con Dios por la oración y el sacrificio; era un alma elevada y pura que se ahogaba en la atmósfera cargada, asfixiante y baja de la tierra, y deseaba subir a las altas esferas, donde pudiese respirar el oxígeno puro y la luz radiante de Dios y de los más altos ideales.

Pero Dios no quería que fuese sólo una religiosa, porque la había elegido para Madre de religiosas, para fundar una Congregación que ejerciera con los enfermos y desgraciados todas las obras de misericordia y caridad; y para prepararla a esta gran misión redentora; para poner en su alma un cimiento de virtud tan sólido y fuerte que pudiese soportar el peso de la gran obra que sobre ella quería construir; para darle la fecundidad virginal y maravillosa de ser madre, maestra y guía de tantas Hijas, de tantas religiosas que nacerían de su espíritu y vendrían a posarse en las ramas del árbol frondosísimo de su Instituto, necesitaba una

preparación larga y fortalecer su alma en el ejercicio de todas las virtudes propias de la vida religiosa y cierto aprendizaje en las prácticas dolorosas de la caridad y cuidado de los enfermos.

Por esto Dios preparó su ingreso, no en uno de esos conventos de Religiosas dedicadas sólo a la vida contemplativa, en los cuales las virginales esposas del Cordero se consumen junto a su Corazón en las llamas de una vida de soledad y de silencio, consagrada por entero a la oración y a la penitencia, sino en el seno de una Orden de origen e historia gloriosísima que armonizaba maravillosamente las virtudes y prácticas de la vida retirada y contemplativa con la vida activa de la caridad. Esta Orden era la ínclita y por tantos títulos célebre y benemérita Orden de religiosos hospitalarios de San Juan de Jerusalén.

Nacida esta Orden junto al Sepulcro del Salvador, fué una de esas Ordenes militares, flor preciada de la civilización cristiana brotada providencialmente de la fe ardiente de los siglos medios para defender la cristiandad contra el fanatismo musulmán y difundir por la tierra el culto y el amor de los más grandes ideales y de los más nobles y generosos sentimientos; una de esas Ordenes formadas por aquellos caballeros mansos como corderos según la frase feliz de San Bernardo, en el retiro apacible de los claustros, y terribles como leones en los campos de batalla. Esta Orden se extendió y arraigó profundamente en España, y en el reino de Aragón había muchas casas y muchos pueblos sometidos a su jurisdicción. Pero esta Orden no sólo era de caballeros, sino también de mujeres, y uno de los monasterios más importantes fué fundado por la reina doña Sancha, mujer de Alfonso II de Aragón, a fines del siglo XII, en Sijena. Semejante a éste fué fundado en el siglo XIII otro monasterio de religiosas hospitalarias por la marquesa de Laguardia en el castillo de Alguayre, que había sido donado a los

hospitalarios por el rey Alfonso II. La Comunidad de este monasterio se trasladó a Barcelona en 1699, y en 1880 a San Gervasio, donde actualmente está.

En estos monasterios se unían en feliz consorcio la práctica de las virtudes religiosas y de los consejos evangélicos con el ejercicio de la caridad con los pobres enfermos. Las religiosas hospitalarias asistían ordinariamente a los enfermos que tenían acogidos en sus hospitales y hospederías, y en casos de urgencia, en la invasión de las epidemias y de las calamidades públicas, siempre que la necesidad o el cuidado de los enfermos lo exigía, salían para luchar valerosamente con las armas de la abnegación y de la caridad más heroica contra esos enemigos terribles, el dolor, la enfermedad y la muerte, como los caballeros, cuando los intereses de la Iglesia y de la fe cristiana o la defensa de los débiles y oprimidos lo demandaban, salían a luchar contra los infieles, malandrines y villanos. Esta Orden, además, por su condición militar, tenía acumuladas tradiciones heroicas de glorias militares y de valientes hazañas, que levantaban el corazón al deseo de altas y de nobles empresas.

En este monasterio de Barcelona, donde fué admitida por mediación del comendador de Villafranca perteneciente a la ínclita Orden, siendo sus religiosos muy apreciados y conocidos en esa ciudad, pasó María Rafols próximamente nueve años, desde los catorce a los veintitrés de su edad, o sea desde el año 1795 hasta fines de 1804.

Fuó el ingreso de la Sierva de Dios en la religión Hospitalaria el regalo de primera Comunión que la hizo el Sagrado Corazón. Oigamos a la Sierva de Dios referir los detalles de su admisión e ingreso en ese monasterio: “Eran tan grandes — dice — los deseos que yo tenía de comulgar, que a los dos días lo hice otra vez, con gran contento de mi alma y de mi buena madre, que se alegraba no menos que yo de ver en mí estos deseos. Iba a comulgar a la igle-

sia de Santa María, y en el camino me inspiró la Virgen Santísima que fuera a la de San Juan. Así lo hice; pasé a confesarme, y le dije al confesor los deseos que yo tenía de consagrarme a Dios y a los pobres. El, por su parte, me tranquilizó diciéndome que no penara por nada, que él hablaría con Fray D. Manuel de Montoliú, que era el Comendador de la Encomienda de Villafranca, para que me llevara a las Sanjuanistas de Barcelona. Después de estar una hora dando gracias por la Sagrada Comunión, cuando iba a salir de la iglesia, me avisaron que pasara a la sacristía, que me esperaba el Comendador. Me dijo que ya sabía mis deseos y que me llevaría a un convento de su Orden, y que entretanto yo no pensara más que en amar a Dios con toda mi alma y que guardara reserva hasta que estuviera todo arreglado, que fuera allí a oír misa todos los días y comulgar siempre que me dejara el confesor. A los ocho días, después que comulgué y oí misa en la misma iglesia, me mandó llamar Fr. Manuel para decirme con grande alegría: “María, ya tienes todo arreglado; yo mismo hablaré a tu cristiana madre y te llevaré al convento”. “Esto me causó una satisfacción muy grande, y a los pocos días vi realizados mis deseos”.

No se sabe con certeza a qué clase de religiosas perteneció en ese monasterio; porque es de advertir que en él había varias clases de religiosas, unas de origen y de estirpe noble, que debían probar su nobleza con expediente de alcurnia y eran llamadas damas de cruz entera, y otras denominadas medias cruces, que sólo tenían que probar limpieza de linaje. Estas religiosas tenían criadas particulares para su servicio, y las damas de cruz entera, al celebrar las bodas de plata, el xxv aniversario de su profesión religiosa, tenían el privilegio de recibir en su compañía a una niña pariente o no pariente. Estas niñas se llamaban escolanas desde que empezaba su tiempo de probación para el ingreso como reli-

gias, lo cual era ordinario y frecuente. Tal vez la niña María Rafols entró con alguna de estas religiosas por recomendación del Comendador de Villafranca, o tal vez perteneció a cierta clase de religiosas llamadas señoras, las cuales se dedicaban de un modo especial a los ejercicios de caridad con los enfermos, ya trabajando con las otras religiosas en el convento en la confección de ropas, de medicinas y de otros medios de asistencia, ya saliendo en casos extraordinarios para asistirlos personalmente en sus casas o en los hospitales.

Esto que decimos es casi seguro, como se desprende de las mismas palabras de la Sierva de Dios, la cual claramente afirma que primero entró en el convento de Religiosas Hospitalarias como educanda, empleándose en la práctica de la virtud y en trabajar por los pobres, y después de algunos años vistió el hábito de Sanjuanista, ejerciendo la caridad con los pobres y saliendo en casos de necesidad para asistirlos personalmente, como sucedió en la horrorosa peste que afligió a Barcelona en el año 1803. “¡Cuánto tengo que agradecer al Señor! En seguida de hacer la primera Comunión, el Señor me preparó los caminos de una manera tan providencial, que muy pronto pude ingresar como educanda en el convento de Sanjuanistas Hospitalarias de Barcelona, y aquí en este santo retiro encontré medio de satisfacer algún tanto mis deseos de vivir sólo para Dios y para sus pobres, ya que mis trabajos manuales eran para los pobres; mientras que mi espíritu, entregado de lleno al Señor, se fortalecía con el ejemplo de las buenas Religiosas y sobre todo con las enseñanzas que recibí del divino Maestro, que a pesar de ser tan indigna, tantos consuelos y bendiciones se dignó otorgarme... Así pasó el tiempo, hasta que por fin tuve la dicha de vestir el santo hábito de Sanjuanista y poco después tuve la gran suerte de ejercer la caridad de lleno en la horrorosa peste que ocurrió en Barcelona”.

CAPITULO II

Providenciales y sublimes destinos

En el Monasterio de Religiosas Sanjuanistas la Sierva de Dios formó su espíritu y adquirió aquellas grandes virtudes y relevantes cualidades que había de necesitar para realizar su misión providencial y llevar a feliz término la obra a la cual estaba destinada. Fueron estos nueve años de vida retirada y oculta para la M. Rafols, como el invierno es para las semillas, durante el cual la tierra, como recogida en sí misma, concentra sus energías y realiza en un trabajo constante y misterioso la fecundación de los gérmenes, preparándolos para producir en la primavera y en el verano ubérrima y abundante cosecha de gayas flores y sazonados frutos. Vida oculta y recogida, en la cual se desarrollaron las energías de su espíritu por el ejercicio y observancia de las reglas y prácticas de la vida religiosa; arraigaron los gérmenes que la educación y la gracia habían depositado en su alma y se abrió su inteligencia a la visión de nuevos horizontes.

En este Monasterio se formó espiritualmente la Sierva de Dios y recibió grandes favores, consuelos y enseñanzas. Su alma aprendió en él a volar por las esferas luminosas de la contemplación y de la comunicación con Dios y a moverse en esa atmósfera sobrenatural, en la cual se ha de deslizar siempre su vida como en su elemento propio. “Mucho—dice—le agradezco al Sagrado Corazón que tan joven me llevara a un asilo seguro de salvación. ¡Cuántos y qué grandes beneficios recibí allí del Corazón y de la Virgen

Santísima! ¡Cuántas divinas enseñanzas aprendí en esa escuela de amor! Esto me obligaba a no salir ya nunca de tan estrecha unión y la tierra era para mí un cielo anticipado. Aquí quisiera yo decir algo; ¡pero es tan difícil traducir al lenguaje humano las cosas divinas! Esto sólo es para sentirlo, no para explicarlo. Yo estaba confundida y anonadada; no podía decir más que como la Santísima Virgen: he aquí la esclava del Señor. Cúmplase en mí ahora y siempre tu santa voluntad”.

En este santo retiro saboreó la dulzura que Dios reserva a las almas que se entregan totalmente a su servicio y que está oculta bajo la áspera corteza del sacrificio y de los ministerios de caridad. “Dos años — dice — llevé el hábito de las Sanjuanistas, y en seguida de vestirlo me consideraba la criatura más feliz del mundo. Obedecía con grande alegría a todo lo que la M. Priora me mandaba. Muchas veces iba a ayudar a la Sacristana, y esto era para mí motivo de nuevo goce. Cuando había alguna enferma, aunque fuese de contagio en el Monasterio, me ofrecía a la Madre para cuidarla día y noche, y me complacía en poderles hacer estos servicios y ayudarles a los menesteres que más repugnan a la naturaleza. Entonces me hacía sentir el Corazón de Jesús lo mucho que le agradan estos ministerios”. Ya alboréa y empieza a irradiar sus primeros fulgores el heroísmo de su caridad.

En este santo retiro se delinearon y precisaron las líneas de sus aspiraciones y santos deseos; se le mostró el camino, y su corazón, en aquel fuego de la vida interior, adquirió el temple, la fortaleza y la intrepidez que necesitaba para realizar sus propósitos.

¿Y cuáles eran estos propósitos? La oración es la escala misteriosa de Jacob, por la cual Dios descende hasta nosotros y nosotros subimos desde el fondo de nuestra miseria hasta la comunicación y conversación con El. Muchas veces

seguramente la M. María, en el recogimiento de su celda o en el templo ante el tabernáculo, sintiendo su corazón atormentado por impulsos vagos e imprecisos de hacer obras provechosas para Dios y para el prójimo; en las ansias de inmolación y sacrificio que abrasaban su espíritu generoso, diría al Señor las palabras del Salmista: “Señor, muéstrame tus caminos y enséñame tus sendas”. O como Saulo a Jesús en el camino de Damasco: “Señor, ¿qué queréis que haga?” Cada día sentía un anhelo creciente de hacer la voluntad de Dios, de sacrificarse por su gloria, de consumirse en el fuego de su amor, y buscaba el medio de agradarle y de servirle. Alma contemplativa, anhela por una parte la vida de silencio, de soledad y de oración, y por otra la generosidad y celo encendido de su caridad la movía a trabajar por la gloria de Dios y el servicio de los prójimos. Dios escuchó sus oraciones y le mostró el camino y le enseñó la obra. Por su profesión de religiosa hospitalaria, como hemos dicho antes, salía en casos de necesidad a asistir a los enfermos, y en ese ministerio le reveló Dios claramente su voluntad. Allí comprendió cuál era su vocación: servir y consagrarse al servicio y amor de Jesucristo en la persona de los pobres y de los enfermos, en el amor y consuelo de los miembros más miserables y doloridos de su cuerpo místico.

¿Pero cómo sacrificarse y servir a Dios en los enfermos? Ya desde niña, su corazón generoso y puro—porque sólo las almas castas saben sacrificarse, y la abnegación y la caridad es planta que sólo nace en tierras vírgenes—amó a los pobres y a todas las víctimas de la desgracia y del dolor, y pensó consagrarse al servicio de Dios sirviendo a los pobres, en los cuales veía su representación e imagen. Su alma, sedienta de sacrificios, quería ser una víctima inmolada sobre el altar del amor de Dios y del prójimo. Desde sus más tiernos años, mientras los demás niños buscaban diversio-

nes y juegos, ella sólo buscaba el servicio de Dios y el socorro de los pobres. En el convento de Sanjuanistas empiezan a cumplirse esos deseos de su alma: en él vive para Dios y para los pobres, como ella misma nos dice. Pero los servicios que prestaban a los pobres las religiosas hospitalarias no eran bastantes para satisfacer los deseos de su vocación. No bastaba a la caridad de María Rafols aquel servicio que hacía a los enfermos sólo en algunas circunstancias y ocasiones extraordinarias; ella quería hacer de ese servicio el objeto único de su vida, y entonces es cuando surgió en su mente el pensamiento y el proyecto de una Congregación de Caridad consagrada exclusivamente a ese santo ministerio. Había visto en sus visitas a los enfermos tantas necesidades sin remedio, tantas penas sin consuelo, tantas miserias y dolores sin alivio, que comprendió la necesidad de una congregación que concentrara su vida en ese servicio, haciendo de él un voto y una consagración especial; porque sólo dando su acción, su amor, su tiempo y su misma vida, si era preciso; sólo poniendo la caridad sobre toda mira e interés humano, podía cumplirse tan doloroso ministerio.

Hondamente preocupada acariciaba estos vastos proyectos la religiosa hospitalaria y su sola concepción revela la grandeza de su espíritu y la magnanimidad de su corazón; porque en aquella época en que estas Ordenes de caridad y de religiosas sin clausura eran en España desconocidas y hasta miradas con cierto recelo por el pueblo cristiano, acostumbrado a ver siempre a las monjas tras las rejas de la clausura y cubierto su rostro con el velo, sólo la idea de una Orden de este género revelaba un espíritu genial, audaz, generoso y grande; y temía no fuese un delirio de su alma, o una tentación del enemigo, o un pensamiento hasta pecaminoso de vanagloria este proyecto; así nos lo dice ella misma en su libro de oraciones, manifestando esta ansiedad e incertidumbre que atormentaba su corazón: “Virgen Santísima,

dadme a entender si es voluntad de Dios que haga el sacrificio de salir de este convento para fundar una Hermandad de Caridad”.

Para ella representaba un gran sacrificio dejar ese retiro que llama muy querido. Pero Dios golpea sin cesar en las puertas de su corazón, encendiendo en él generosidades y amplitud de caridad tan grande, efusiones tan vivas de amor, que hubiera querido tener alas para volar a todos los campos de la miseria y remediar todas las necesidades y socorrer a todos los pobres, aun a costa de su misma vida. “Este era para mí un verdadero paraíso—nos dice—y sin embargo, en el fondo de mi alma sentía un atractivo muy grande por los pobres de Jesucristo y me hubiera lanzado a remediar todas las necesidades, aunque hubiera tenido que pasar por los mayores sufrimientos”.

¡Qué alma tan grande y tan heroica es la Sierva de Dios! Sólo una parte del velo que oculta los tesoros de su corazón recorren estas palabras, pero basta para adivinar verdaderas maravillas y prodigios de caridad y de generosidad llenos de santa audacia. Sueña como un conquistador y un héroe con atrevidas empresas de heroísmo y de sacrificio.

En Francia ya hacía muchos años que San Vicente de Paúl había fundado la Congregación de Hijas de la Caridad, pero en España no existía ningún Instituto de esta índole. Por eso andaba la Sierva de Dios perpleja buscando la manera de dar vida a su pensamiento y de cristlizar lo que era la aspiración más vehemente, aunque no bien definida de su corazón. ¿Quién la iluminará? ¿A quién consultará?

Es su Maestro constante, su Esposo amantísimo el Corazón de Jesús quien le muestra el camino y le declara su voluntad, mandándole fundar una Hermandad de Caridad consagrada a la santificación de las Hermanas, para encontrar en ellas morada grata a su Corazón lastimado y herido por la ingratitud y la infidelidad de los hombres, y a todos

los ministerios de caridad para socorrer las miserias de la humanidad enferma de alma y cuerpo, para cuidar a los miembros doloridos de su cuerpo místico que, por ser desgraciados y miserables, son objeto preferente de su infinita misericordia. “¡Cuántos recuerdos tengo — dice — del mes de Junio de 1803! Al día siguiente de la Octava del Corpus Christi, me dió a entender este divino Corazón, que era su voluntad que dejara este santo retiro para fundar una Hermandad de Caridad, donde El pudiera descansar a su gusto y ver remediadas todas las necesidades de la humanidad, enferma de alma y cuerpo. Acepté con gusto este sacrificio y en el mismo día consagré a él por entero la futura Hermandad”.

El S. Corazón la colma de consuelos y de gracias en su santo y apacible retiro, y al revelarles su gloriosa pero difícil y espinosa misión, fortalece su espíritu con la promesa de su perpetua ayuda, protección y compañía. “Desde muy niña—dice—todas mis ansias han sido vivir sólo para Dios y escondida de las criaturas, y cuando el Señor me preparó el santo retiro de las Sanjuanistas, creí que era el lugar tan deseado por mí de vivir oculta del mundo y olvidada de todos; ¡y qué feliz me sentía yo en aquel retiro!; ¡y cuántas gracias *gratis datas* derramó en ese tiempo sobre mi pobre alma mi dulce Jesús! Me costaba trabajo contener la alegría y las dulzuras interiores que con tanta abundancia sentía en el fondo de mi corazón sin que nadie me lo conociera; y cuando más feliz me consideraba en aquella soledad, me dijo mi dulce Jesús que aquella vida no era para mí, que muy pronto me conduciría por caminos muy opuestos a mis inclinaciones; pero que nada temiera, que El sería siempre mi norte y mi guía y que aunque viviera en medio del mundo, siempre viviría sólo para El, y me dijo también que no tuviera miedo y que fuera sin temor por esos otros caminos que El me iba a señalar, porque con su gracia me conservaría

limpia en medio del mundo y le conquistaría muchas almas”.

Hasta entonces andaba vacilante la Sierva de Dios, sin saber cuál era el camino que había de seguir, luchando en su corazón el deseo de quedarse en el Monasterio y el de salir en alas de la caridad para sacrificarse por los necesitados y enfermos; pero desde este momento está ya determinado por el Sagrado Corazón su destino; y para ayudarla, para fortalecerla y sostenerla en ese camino lleno de espinas y de escarpados obstáculos y bordeado de peligros, Dios le da un consejero y director, muy santo, prudente y celoso en Mosén Juan Bonal, sacerdote de virtud acrisolada, de claro y cultivado talento, de brillante carrera, pero sobre todo varón de celo apostólico, de ardentísima caridad y de inexhausta actividad y abnegación. Procedía de Gerona, había estudiado en Huesca y Zaragoza y desempeñado cargos en algunas parroquias de la diócesis de Tarragona. Su actividad, que recorría todos los campos del apostolado, la catequesis, la predicación, el confesonario, las obras escolares y de juventud, se empleaba con preferencia en los pobres, en los encarcelados, en los enfermos. Era un hombre de Dios, un sacerdote de Cristo que, como el Maestro divino, se inclinaba con singular predilección sobre los pobres y necesitados. En Barcelona, adonde fué para desempeñar una capellanía, le conoció la M. María Rafols. La comunidad de inclinaciones y de obras los juntó en el lecho de los enfermos, y allí, en aquella terrible epidemia colérica que diezmo la ciudad condal en 1803, unió Dios a estos dos héroes de la caridad para la realización de su obra. La M. María Rafols pronto vió en el P. Juan Bonal al hombre que buscaba, y le confió sus propósitos, sus proyectos y deseos. “En el año 1803—nos dice la Sierva de Dios en el documento que escribió a raíz de la muerte del P. Juan en 1829—, que tuve la dicha de conocer a este apóstol de la caridad, Dios Nuestro Señor me inspiró

le manifestase las aspiraciones y dudas de mi alma, el que me tranquilizó al decirme que era voluntad de Dios dejara mi querido retiro para fundar una Hermandad que abrazara todos los ramos de caridad, que Dios se lo había manifestado en el Santuario de Ntra. Sra. del Salz, del pueblo de Zuera, por un crucifijo que le habló y le dijo: "Quiero que fundes una Hermandad de Caridad; ya te mostraré cuándo y cómo".

Y en su escrito "Para después de mi muerte", dice: "Después de conocer y tratar al P. Juan, claramente vi que era un sacerdote santo, perfecto y fiel imitador de Jesucristo, y a quien sin ningún escrúpulo le franquéé todas las aspiraciones y deseos de mi alma desde la niñez, y él por su parte me manifestó que hacía tiempo pedía al Señor le presentara el alma elegida por Él para realizar y llevar a cabo la fundación de una Hermandad de Caridad que Él le había manifestado que la hiciera. Como digo, después que conocí a este santo sacerdote, no me quedó ninguna duda que era el instrumento que Dios me daba para realizar todos mis proyectos".

La Sierva de Dios vió con gran alegría y consuelo de su corazón, por las palabras que escuchó del P. Juan Bonal, confirmados sus proyectos, disipadas sus dudas y alentadas sus esperanzas por la voz misma de Dios que había hablado a Mosén Juan Bonal. Había pedido muchas veces que Dios le declarase su voluntad, y se la declaró en la intimidad de la oración por revelaciones prodigiosas del S. Corazón y por Mosén Juan Bonal. No podía declarársela más explícitamente; por esto, dice la Sierva de Dios en el cuaderno autógrafa de sus oraciones: "Gracias, Dios mío, por haberme manifestado vuestra voluntad por medio de Mosén Juan Bonal, sacerdote encendido en caridad para los pobres enfermos". El P. Bonal había sido el mensajero de Dios y había de ser en lo sucesivo su guía y maestro.

¿Pero dónde, cuándo y cómo se había de realizar ese

proyecto? Esto también lo había de manifestar Dios, según la revelación hecha por el Crucifijo al P. Bonal, y pronto vino la contestación.

"Los dos—dice en el mismo escrito—dejamos las cosas en manos de Dios, en la seguridad de que cuando Él fuera servido, señalaría el lugar y la hora. Esta hora no se hizo esperar, con grande alegría de nuestras almas, por la grande necesidad que había en España de una Hermandad de Caridad, para recoger y cuidar a toda clase de desgraciados, como había en Francia y otras naciones".

CAPITULO III

El Hospital de Nuestra Señora de Gracia

La Sierva de Dios estaba ya preparada y dispuesta; aquella hermosa flor, nacida y cultivada con tanto esmero en Villafranca y desarrollada con tanta lozanía y vigor en el Monasterio de Barcelona, había llegado a su madurez y podía ser ya trasplantada a una tierra privilegiada y bendita, para que en ella diese su fruto y derramase el buen olor de sus virtudes. Esta tierra era Zaragoza, esta ciudad inmortal, heroica y gloriosa, santificada con la visita de la Virgen en carne mortal, regada con la sangre de Mártires y de Héroes Innumerables, cuna de santos, madre de varones ilustres, archivo de recuerdos gloriosos, escenario de hazañas memorables; esta ciudad bellísima, encuadrada por el marco de sus huertas feracísimas y coronada con la diadema de monumentos y de instituciones admirables.

Entre estas instituciones de que se mostraba orgullosa la ciudad de la Virgen, figuraba como una de las primeras el Hospital llamado de Nuestra Señora de Gracia, concreción y cristalización brillante de los sentimientos de caridad y generosidad que siempre animaron su corazón esforzado y magnánimo. La tierra santificada por la Virgen ha sido siempre tierra abonada para la caridad, y siempre se recogieron en ella abundantes cosechas de abnegaciones y sacrificios. La sangre de Zaragoza fué siempre sangre noble y generosa.

Este Hospital de Nuestra Señora de Gracia fué fundado por el rey de Aragón, Alfonso V el Magnánimo, en el año 1425, a instancias de los mismos aragoneses y para dar for-

ma organizada a la caridad que se ejercía con multitud de enfermos y de pobres que de todas las partes del mundo venían a refugiarse en Zaragoza, atraídos por su fama de generosa y benéfica. Los reyes y los Papas lo distinguieron con singular predilección y lo enriquecieron a porfía con gracias extraordinarias, con privilegios singulares, con inmunidades y con cuantiosos donativos y copiosas rentas. También era objeto preferente de la caridad de todos los vecinos de Zaragoza y en general de los habitantes de Aragón que contribuían con muchas limosnas a su sostenimiento, y era costumbre que todos al morir dejasen algún legado o estableciesen algún censo en favor del Hospital de Nuestra Señora de Gracia, hasta el punto de ser obligatorio a los notarios preguntar a todos los que testaban si dejaban algo para el santo Hospital. Esta obligación la ha sancionado y confirmado recientemente el Apéndice foral de Aragón.

En este Hospital eran acogidos todos los enfermos, sin distinción de nacionalidad, religión o raza. Se llamaba *Domus infirmorum urbis et orbis* ("Casa de los enfermos de la ciudad y del mundo"). La desgracia y la enfermedad eran el único título que se exigía, practicando la caridad en el sentido amplio que da el cristianismo a esta virtud; porque la caridad es universal, no tiene patria, está allí donde hay lágrimas que enjugar y dolores que consolar, y desgraciadamente, después del pecado original, las lágrimas son lluvia que fecunda toda la tierra y el dolor, el patrimonio que todos heredamos de nuestro primer padre.

"Al edificio grandioso y bien distribuido—dice el informe de la Comisión provincial de Beneficencia del año 1869-70—se unían los cuantiosos recursos que poseía para su sostenimiento, y todo correspondía dignamente al elevado pensamiento del fundador; en él se admitían todos los seres desgraciados, sin preguntarles ni su nación ni sus creencias; la caridad se ejercía en cualquier idioma que fuese solicitada."

Este Hospital era celeberrimo en todas partes, muy alabado y ponderado por todos y reputado como el primero del orbe cristiano. Gloria de Aragón, honor de España, émulo de la Europa entera y principalísimo entre los hospitales conocidos del orbe lo llaman reyes y prelados en documentos oficiales. En él eran asistidos miles de enfermos de toda clase de enfermedades, dementes y niños expósitos. Estaba bajo el patronato de los reyes, que consideraban a los criados del Hospital como empleados de su casa y palacio, y era regido por una Junta de administración y gobierno llamada la Ilma. Sitiada, que se componía de varios miembros nombrados Regidores, cuyo presidente era el Arzobispo de Zaragoza y los Regidores, dos eran elegidos entre los capitulares del Cabildo Metropolitano y cinco seglares pertenecientes a la más linajuda nobleza de Aragón. El nombramiento de los Regidores, así como el de contador mayor y secretario del Hospital, se hacía por el rey.

Esta Junta, integrada siempre por varones de reconocido celo, velaba con la mayor diligencia por el buen gobierno del santo Hospital, por la honrada administración de sus rentas, por la recaudación de limosnas, para lo cual enviaba limosneros por todos los pueblos, y por el esmerado servicio y cuidado de los enfermos.

El edificio del Hospital era grandioso y de proporciones gigantescas, abarcando todo el terreno que hay hoy desde la calle Porcell en el Coso y la de Zurita en el paseo de la Independencia, prolongándose hasta Santa Engracia. Este edificio grandioso y magnífico fué destruído por los franceses en el año 1808, durante el primer Sitio de Zaragoza, el día 4 de Agosto. Con él desaparecieron multitud de obras maestras, su artístico y espacioso templo, su archivo y verdaderos tesoros. Se trasladó al edificio que actualmente posee, que era Hospital de convalecientes, fundado en 1677 por el Arzobispo de Zaragoza, D. Diego Castrillo.

Nos hemos detenido en trazar brevemente la historia de este famoso Hospital, porque en él nació la Congregación de Santa Ana y en él pasó todo el resto de su vida la Sierva de Dios en el ejercicio heroico de todas las virtudes, siendo su recinto el palenque de su heroísmo y el escenario de sus empresas admirables de caridad.

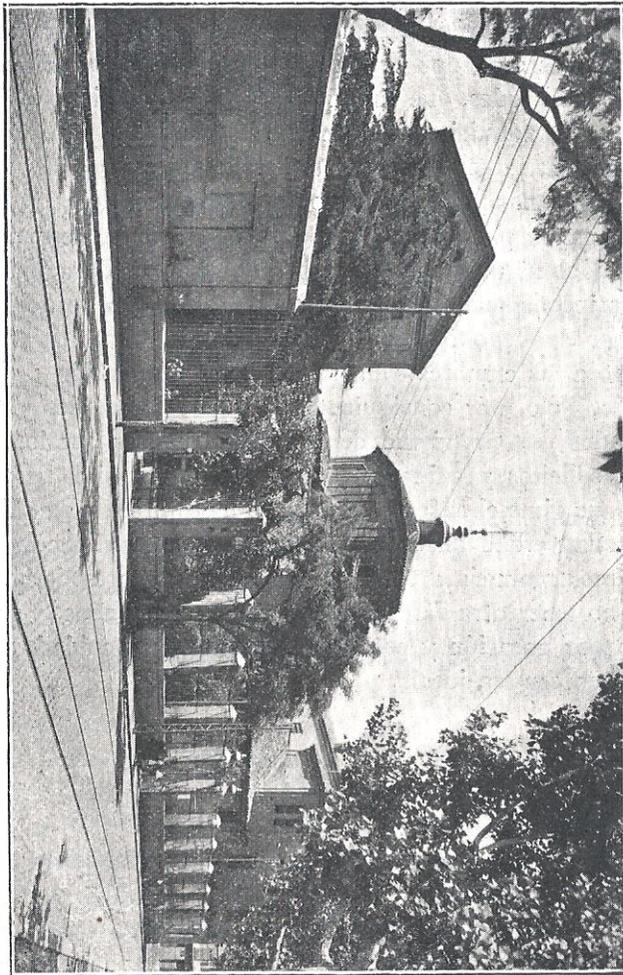
Como todas las instituciones humanas, este Hospital atravesó crisis peligrosas y estuvo sometido al vaivén y al flujo y reflujo de los acontecimientos, que unas veces lo levantaron a la cumbre de una gran prosperidad y florecimiento, y otras lo precipitaron en abismos de desorden y de miseria. A fines del siglo XVIII y principios del XIX atraviesa el Hospital por uno de esos períodos de decadencia y de desorden, no sólo porque las guerras, principalmente la guerra de sucesión, y después los decretos de desamortización de Godoy, y sobre todo el enfriamiento de la fe y de la piedad, y con ellas el de la caridad, producido por los vientos helados que soplaban de Francia, trayendo en sus ráfagas a nuestra Patria las semillas malditas de las ideas volterianas y enciclopedistas, habían disminuído extraordinariamente sus rentas y sus ingresos, sino también porque la incuria, el egoísmo, la sordidez, la inmoralidad y codicia de los empleados asalariados y mercenarios, que ponían el sacrificio al nivel del salario, habían abierto la puerta a toda clase de abusos, de escándalos y de abandono.

Para darnos idea del estado de desorden a que había llegado el Hospital en estos primeros años del siglo XIX, vamos a copiar parte del informe hecho por Mosén Narciso Olivas, Presidente, y por los Directores del Seminario de San Carlos, por encargo del señor Conde de Sástago; dice así: "Para poder informar a V. E. con la ingenuidad y verdad propia de nuestro carácter, nos ha sido preciso recorrer con la imaginación los tiempos antecedentes a la admi-

sión de las Hermanas en esta santa Casa y renovar en nuestra memoria la poca diligencia y limpieza de sus sirvientes, y los escándalos de éstos y los entrantes que aquéllos permitían; pues apenas se podía entrar en dicho Hospital sin tropezar por los tránsitos y salas, especialmente en cirugía, con hombres y mujeres inmodestos, ya conversando por los rincones ya sentados largos ratos en las camas de algunas enfermas menos agravadas. Apenas se podía sentar un confesor a la cabecera de un enfermo sin gran cuidado de no mancharse su ropa en las aguas e inmundicias del suelo y recoger algunos insectos de sus camas; esto, sobre el hedor que éstas y las salas despedían. Apenas podíamos lograr una vez al predicar la quietud, silencio y atención regular; ya en los enfermos y ya más particularmente en los sirvientes, que unas veces estaban a la vista misma del predicador comiendo y bebiendo, otras fumando y parlando, y otras también jugando a naipes y retozando. No se nos podían ocultar las muchas y repetidas quejas de los enfermos, que apenas podían conseguir de los sirvientes que les hiciesen una jícara de chocolate u otra cualquiera friolera extraordinaria, sin gratificarles algún dinero o hacer otro sacrificio de su miseria; y aun en las cosas con que les asiste la casa, no podíamos dejar de advertir la precipitación y mal modo con que se les distribuía, tirándoles encima de las camas el pan, la carne, huevos o bizcochos que les pertenecían y pasando por delante con el caldo, sin hacer instancia a los desganados e inapetentes para que lo tomasen; dejando aparte el comercio de raciones y la sustitución de éstas en dineros o golosinas, y la frecuencia con que se les defraudaba enteramente de ellas por los sirvientes o entrantes; y prescindiendo de lo simple del caldo, su guiso y sazón, de que frecuentemente se quejaban los enfermos; todo esto, Señor, a espalda de la vigilancia más exacta.”

No es extraño que esto sucediese, porque esos servidores

Hospital de Nuestra Señora de Gracia



asalariados servían sólo por el dinero; y para cuidar a los enfermos con amorosa abnegación y solicitud, que llegue, si es preciso, hasta el sacrificio, es necesario servir por un motivo más alto, por caridad, por esa virtud, la primera de todas las virtudes, que encuentra en Dios un principio divino de eficacia, adquiriendo aquellas tres cualidades que son necesarias para que pueda responder al remedio de las necesidades humanas y pueda consolar y aliviar el dolor, a saber: la extensión, para cuidar a todos con el mismo esmero, sin excepción, ni parcialidad, ni preferencia; la duración, para que la inconstancia propia del corazón humano no debilite ni extinga el fuego del amor, y la eficacia, para llegar si es preciso a las cumbres sangrientas de la inmolación y del sacrificio. Sólo, por consiguiente, corazones animados y transfigurados por esa virtud de la caridad pueden ser los servidores solícitos y cuidadosos del enfermo; y si la Escritura dice, que gime el enfermo donde no hay mujer, puede decirse con toda verdad que sólo la mujer, que por el amor de los enfermos renuncia a todos los placeres y amores de la tierra para no tener otra familia ni otro afecto que ellos, y se consagra por vocación y por voto perpetuo a su cuidado, puede ser la enfermera ideal.

CAPITULO IV

En Zaragoza y en el templo de la Virgen del Pilar

La Sitiada comprendió que sólo mujeres consagradas por vocación y por Dios al servicio de los enfermos podían cuidar a éstos con el amor y esmero que deseaba, y andaba preocupada buscando estas mujeres. Había oído la Sitiada que en Francia y Cataluña existían Hermandades de Caridad formadas por esta clase de religiosas, y trabajaba con empeño, hacía algún tiempo, para traer alguna de ellas y encomendarla el cuidado del Hospital. Fracasadas algunas tentativas hechas por la Sitiada con unas religiosas llamadas de la Sabiduría y con las Hijas de San Vicente de Paúl, Dios determinó que providencialmente se pusiera al habla y entrase en relaciones con D. Juan Bonal, cuya fama de celo y caridad había llegado a Zaragoza, donde ya era conocido antes, porque en su Universidad había cursado parte de la carrera y adonde había llegado más de una vez en sus correrías apostólicas por tierras de Aragón.

En el año 1804 fué llamado por la Sitiada el P. Bonal, llegando a Zaragoza desde Barcelona, donde se hallaba, en el mes de Septiembre de 1804. La Sitiada le expuso sus deseos y propósitos, y fué grande la alegría del P. Bonal al escucharlos, porque en ellos veía el cumplimiento próximo de la promesa que había escuchado del Crucifijo y los deseos y santas aspiraciones de que le había hecho confidente María Rafols.

“La Sitiada — dice el libro de Sitiadas, número 1 — de este santo Hospital, compuesta en el año de 1804, de los

señores Regidores, el Dr. D. Vicente Novella, Chantre, Dignidad de la Santa Iglesia Metropolitana de esta ciudad; el Dr. D. José Francisco de Cistué, Canónigo de la misma; D. Vicente Fernández de Córdoba, conde de Sástago; D. José Dara, barón de Purroy; D. Manuel de Oña, marqués de Monte Muzo, y D. Joaquín Pérez de Nueros, marqués de Fuente Olivar, animada de los más vivos deseos de mejorar la asistencia espiritual y corporal de los pobres enfermos que están a su cargo en este religioso Hospital, pensó establecer en él una Hermandad de ambos sexos que asistiesen con celo y caridad a los enfermos. Para ello, sobre algunas noticias que había tomado hacía tiempo de los establecimientos de esta especie que había en Francia, los recibió del establecimiento de los Obregones en Madrid y otras partes; pero a tiempo que andaba adquiriendo estos conocimientos, se le informó que en varios Hospitales del Principado de Cataluña se había establecido una Hermandad de ambos sexos, que asistían a los enfermos con una caridad y celo poco común y con grande edificación de todos los pueblos que tenían la dicha de haberles encargado la asistencia de sus Hospitales”.

“Luego que la Sitiada tuvo estas noticias, los señores Regidores escribieron a Cataluña y correspondieron a sus deseos las noticias que se les comunicaron acerca de este establecimiento. Y no dudando ya que podía convenir en este Hospital, se dispuso viniera a él el celoso Presbítero D. Juan Bonal, para tratar y convenir este asunto”.

“En efecto; por el mes de Septiembre de mil ochocientos cuatro llegó de Cataluña a este Hospital dicho D. Juan, el que se hospedó en la habitación que había en su antiguo edificio para el Padre Predicador de la Cuaresma, donde permaneció algunos días, en los que después de haberse enterado del gobierno y circunstancias del Hospital, tuvo varias sesiones con los señores Regidores, y últimamente se presentó

a la Sitiada y convino con la misma la admisión de cierto número de Hermanos y Hermanas de la Caridad para el servicio de los enfermos, ofreciéndose él mismo proporcionarlos de Cataluña”.

Había llegado la hora designada por la Providencia. Por esto, después de arregladas las condiciones con la Sitiada, marchó el P. Bonal presuroso y alegre a Barcelona para comunicar tan fausta nueva a la religiosa hospitalaria que esperaba todos los días la hora de Dios. “Dios Nuestro Señor — dice María Rafols en su elogio del P. Bonal — fué preparando los caminos de una manera tan providencial, que al año siguiente escribieron con grande interés los Regidores que mandaban en el Hospital al P. Juan Bonal, diciéndole, entre otras cosas, que les proporcionara Hermandades para ese santo Hospital; y a poco de recibir esta noticia me la comunicó lleno de alegría, diciéndome que creía sería esta una obra muy grata a los ojos de Dios, útil al rey y patria y de especial consuelo a la humanidad enferma.”

No es difícil imaginar la hondísima emoción mezclada de alegría y tristeza que sentiría la santa doncella al escuchar las proposiciones del P. Bonal. Iban a realizarse los sueños tan dulcemente acariciados por su alma, pero a costa de sacrificios muy dolorosos, porque tenía que dejar su amado retiro, decir un adiós supremo y perpetuo a sus Hermanas queridísimas, abandonar aquella santa Casa, relicario que guardaba tantos recuerdos dulces y donde tantos consuelos había gustado su alma; alejarse de su familia y de su tierra. No dudó en aceptar la proposición del P. Bonal, en la cual veía clara la voluntad de Dios; pero su corazón estaba tan prendido, tan enlazado, como la hiedra a la pared que la sustenta, a aquellas religiosas y a aquel Monasterio, que para arrancarlo de ellas necesariamente hubo de sangrar y sufrir dolorosa herida. “No sin hacer grande sacrificio — dice —

dejé el convento de Sanjuanistas, por lo mucho que debía a tan santas religiosas, y nunca me hubiera separado de ellas a no ser por inspiración divina.”

Y en otro de sus escritos, dice: “Entonces dió principio para mí el sufrimiento. ¡Cuánto sentía yo dejar este santo retiro! Pero era esta la voluntad del Corazón de Jesús y había que hacerla.”

Hasta la Sierva de Dios llegarían seguramente palabras parecidas a aquellas que Dios dijo a Abraham: Sal de tu casa y parentela y ve a la tierra que yo te mostraré, donde mi misericordia realizará por tu mediación maravillas, y te bendeciré y haré grande tu nombre y te daré una descendencia espiritual numerosísima; y la M. María Rafols rompió valerosamente todos los lazos que la unían a su tierra y a su familia y siguió obediente y generosa el llamamiento de Dios.

Era precisa la heroica fortaleza de su alma, su amor ardiente a Dios, que la impulsaba al sacrificio y renunciamiento de todas las cosas humanas, para salir de su amado retiro, ir a una tierra desconocida, y en plena juventud abrazarse para siempre a la cruz terrible y dolorosa del cuidado de los enfermos, y emprender sin vacilación ese camino erizado de espinas, de contradicciones y de trabajos dolorosos y repugnantes y bordeado de abismos y precipicios peligrosos y oscuros. Sólo el deseo de agradar a Dios y el celo de su gloria la sostuvo en tan atrevida empresa. Sólo a Dios buscaba, y con Él, como dice Santa Teresa, nada teme, ni la arredra, ni la espanta. “Que en nada — dice — ni en nadie busquemos nuestra propia gloria, sino que todo lo hagamos con la sola mirada de agradaros a Vos, que este fué el móvil y el único fin que nos movió al dejar el convento de Sanjuanistas para fundar esta Hermandad de Caridad y consagrarnos a toda clase de enfermos.” Marchaba en el nombre de Cristo y con Él empezaba su obra en paz y con valor.

El Corazón de Jesús había ido preparando la pequeña legión de heroínas destinadas a ayudar en la fundación de la Hermandad; eligió cuatro entre las Sanjuanistas, inspirándolas el deseo de seguir a la M. María en todas sus empresas. “Un día — dice —, después de comulgar, me dijo el Corazón de Jesús: “Ya te preparo cuatro Hermanas más de este santo retiro para que te ayuden en la obra que pronto vas a realizar”. El mismo día, cuando salimos a la huerta, sin que yo les dijera nada, se acercaron a mí las Hermanas que, inspiradas por el Corazón de Jesús, sentían los mismos deseos que yo, y muy emocionadas me dijeron, que adonde yo fuera, irían ellas. Esta delicadeza del Corazón de Jesús me conmovió”. Las siete restantes las buscó el mismo S. Corazón por medio de M. Juan Bonal que las preparaba en Cervera y Valls para esta obra. Eran doce, como el Colegio apostólico, las elegidas por el S. Corazón para emprender este grande apostolado de caridad y de santificación.

Pero la Sierva de Dios, aunque estaba decidida a realizar los proyectos que la había revelado el Sagrado Corazón, andaba angustiada, sin atreverse a comunicar esos proyectos a la Madre Superiora por la pena que había de causarla y por la que ella sentía al anunciarle la salida del Monasterio; pero al fin se decidió a hacerlo. “Después de unos días que pasó esto, me decidí a decir mi resolución a la Madre, y al principio le causó esta novedad gran pasmo; pero al fin se convenció que era voluntad del Corazón de Jesús, y aunque con grande pena, aprobó mis intenciones”.

Obtenido el permiso y la bendición de la Superiora, la Sierva de Dios, con el P. Bonal, dispuso los preparativos del viaje. “Nos pusimos — dice — al habla con el P. Juan otra vez, y se decidió que fuera a Valls y Cervera a buscar las probantes que él tenía preparadas; y cuando las trajo hasta completar el número doce, nos fuimos todas a una casa que el P. Juan nos buscó cerca del convento de las Magda-

lenas, que es donde celebraba él todos los días. Allí estuvimos un mes con gran recogimiento, mientras tanto nos cosíamos los hábitos, uno para cada una, y también hicimos ejercicios espirituales, que nos los dió el P. Juan, pero que se dejaba sentir muy claramente la compañía del Corazón de Jesús y de la Santísima Virgen. El último día de los ejercicios fuimos a comulgar al convento de las Magdalenas y después a desayunar al convento de las Sanjuanistas, y nos despedimos con gran sentimiento de unas y de otras, pero todas conformadas con la voluntad del Sagrado Corazón de Jesús”.

Siempre recordó la Sierva de Dios con amor y gratitud a las Religiosas Sanjuanistas. Cuando aquella hija de San Vicente de Paúl, Sor Manuela Lecina, con la cual, como veremos en otro libro, tuvo singulares relaciones, le dijo que había estado durante algunos meses recogida en el Monasterio de Sanjuanistas de Sijena, se alegró mucho, sobre todo al oír el elogio de sus virtudes y observancia religiosa. “Tuve — dice — una alegría muy grande cuando me contó esto, y más aún cuando me dijo la buena acogida que le habían hecho y que en su concepto eran unas religiosas muy santas. Yo nunca olvidaré a las Sanjuanistas, por lo mucho que les debo”.

El día 18 de Diciembre salieron de Barcelona, con un tiempo lluvioso y frío. Fué un largo y penoso viaje que duró diez días. Para sobrellevar con alegría las molestias y peligros del viaje, se solazaban santamente con sabrosas pláticas de cosas espirituales. En los pueblos donde pernoctaban visitaban los hospitales, y venciendo el cansancio velaban a los enfermos durante toda la noche; y era tal su caridad, que dejaban maravillados y edificados a todos y su recuerdo perduró siempre en esas poblaciones, atrayendo a la Congregación algunas Hermanas.

Mientras las Hermanas visitaban a los enfermos, el Padre Bonal convocaba a los fieles en la parroquia, predicaba fervorosos sermones, oía durante casi toda la noche en confesión a multitud de penitentes y conseguía gran provecho espiritual y frutos de conversión en todos los pueblos. Dejaron como huella de su paso perfumada estela de santos y edificantes ejemplos y luminoso reguero de beneficios. “Cuando salimos de Barcelona—nos dice la Sierva de Dios—para fundar, en el primer pueblo que hicimos noche se adelantó el P. Juan a hablar con el señor Cura para hacer lo primero una visita a Jesús Sacramentado, y al poco rato de estar en la iglesia se congregó todo el pueblo y se rezó el santo rosario, y el P. Juan les hizo una exhortación al pie del altar, y todos se emocionaron y después tuvo que sentarse a confesar porque todos querían confesarse con él, estando hasta muy entrada la noche; tanto era su celo, que no se acordaba de descansar. Mientras tanto, nosotras fuimos con el señor Cura a visitar los enfermos que había; esto hicimos en todos los pueblos que hicimos noche”.

A medida que se acercaban al término del viaje se enardecía su corazón con el pensamiento de que estaba ya próxima la bendita ciudad que era para ellas la tierra prometida por Dios; tierra santa que la Virgen había visitado, poniendo en ella su trono y abriendo la fuente copiosa e irrestañable de sus misericordias; tierra deseada ardientemente por su corazón, porque en ella moraban los seres queridos, los hermanos elegidos y preferidos por su alma, los enfermos que iban a buscar con amoroso afán para vivir siempre con ellos y sacrificarse por su servicio. “Donde está tu tesoro—dice la Escritura—, allí está tu corazón”; y, ¡cosa admirable y prodigio divino de la gracia!, el tesoro de aquellas almas no eran las riquezas, ni los placeres, ni las vanidades del mundo, sino los enfermos de un hospital, y por eso se enar-

decía su espíritu ante el pensamiento de que estaba próxima la hora de su entrada en él.

Llegaron en la tarde del día 28 de Diciembre. La Sitiada, advertida de su llegada por un mensajero del P. Bonal, envió los coches más lujosos de los nobles zaragozanos con algunos empleados y eclesiásticos, y toda la ciudad salió a recibir, alborozada y con entusiasmo, a aquellas humildes mujeres, mensajeras del amor, que venían en alas de un sublime y generoso ideal, movidas no por el medro personal, el lucro o el placer, estímulos ordinarios de las acciones y movimientos de los hombres, sino que habían abandonado su casa, su familia y su tierra y renunciado a las alegrías más íntimas y sabrosas del corazón, a los lazos más fuertes del alma y a los afectos más íntimos y profundos, para ser las siervas, las esclavas de los enfermos, las compañeras de los dementes, las madres de los niños abandonados; para enterrarse en vida entre las paredes frías de un Hospital, donde todo dolor tiene su asiento y toda enfermedad su refugio; para vivir muriendo, siempre expuestas a la muerte que ronda los aposentos de los desgraciados enfermos y amenaza a cuantos los habitan, y tener abiertos los sentidos a cuanto les ofende y repugna.

Zaragoza había visto entrar por sus puertas en el transcurso de los siglos a hombres cubiertos con el dorado manto de todas las grandezas, con el manto de la realeza, del heroísmo, del genio, de la santidad; pero en este día veía entrar a unas sencillas mujeres, más valientes que los héroes y más grandes que esos grandes genios, para sembrar en su tierra la semilla de una obra que sería timbre y decoro glorioso de su historia. Por eso, el instinto del pueblo que advina, vió a través de su humildad y sencillez los esplendores de esta grandeza y las recibió con entusiasta y reverente admiración.

“Todos nos recibieron en triunfo; era un gran acontecimiento nuestra llegada a Zaragoza”.

Acompañadas por una gran multitud se dirigieron al templo del Pilar, porque querían que su primera visita fuera para la Virgen. “El día 18 de Diciembre de 1804 salimos de Barcelona y llegamos a Zaragoza el día de Inocentes, y lo primero fuimos a la Santa y Angélica Capilla de Nuestra Señora del Pilar, donde recibimos grandes consuelos y todas nos ofrecimos con toda nuestra voluntad a sufrir todo lo que el Señor quisiera”. La emoción las embarga hasta hacerlas derramar lágrimas al entrar en el Santo Templo, al pisar aquella Santa y Angélica Capilla y ver en medio de una constelación de luces la Sagrada Imagen de la Reina y Madre de España. Se postran a sus pies, y ¿quién podrá contar y descubrir los sentimientos que en aquel momento agitaban su corazón? ¿Qué lengua podrá encontrar palabras que expresen las efusiones de su alma y las oraciones que, como nube de incienso, suben de su corazón a sus labios, las encendidas y fervientes plegarias que la dirigen? La miran, y a sus ojos asoma su alma entera que quiere volar a cobijarse bajo su manto. ¿Qué la diría en aquel momento aquella joven al encontrarse en una tierra extraña y frente de un porvenir incierto y de una misión escabrosa y llena de peligros y de dificultades? A Ella se dirige, como hija a la Madre, buscando en Ella la inspiración, el apoyo, la protección. Más que con los labios sellados por el ardor de sus sentimientos la invoca con el corazón y la pide que no la abandone nunca y bendiga siempre aquella Hermandad que va a empezar su vida bajo sus auspicios y en su nombre; a la Virgen la consagra y la suplica que Ella sea siempre la Superiora y la Madre de aquella pequeña Comunidad que la tiene por Madre, y más que como Madre, como su Hermana mayor, porque Ella es la primera Hija de Santa Ana.

La Virgen acogió con amor sus oraciones y sus votos,

porque nunca faltó ni a la Sierva de Dios ni al Instituto su celestial protección. Así lo dice en su testamento espiritual: “La fiesta de la Santísima Virgen del Pilar la conmemoren con fervor y agradecimiento, por la gran merced que tuvo esta Hermandad de postrarse en su Angélica Capilla al llegar a Zaragoza para fundar, y que desde aquel instante nunca nos ha faltado su protección maternal”.

Estas palabras de la Sierva de Dios nos autorizan a decir que la primera Patrona del Instituto de Santa Ana es la Santísima Virgen del Pilar. Tal vez ese fué el pensamiento de la Sierva de Dios, llamar a su Instituto de Hermanas de la Caridad de Nuestra Señora del Pilar, y fué la Virgen la que quiso que el Instituto se llamase de Santa Ana, para honrar a su Santa Madre.

Este es un título que hace a la Congregación de Santa Ana más simpática a todo corazón aragonés y español, porque es la única Congregación religiosa que ha nacido a la sombra del bendito Pilar.

No nació en la Sierva de Dios el amor a la Virgen del Pilar al venir a Zaragoza, porque en ella era muy antigua esa devoción, y una prueba de ello es el Crucifijo que trajo de Barcelona y que conserva la Congregación con gran veneración, en cuyo pie está la imagen de la Virgen del Pilar.

La Virgen del Pilar fué la advocación preferida de su corazón desde niña. “Grande fué mi alegría al saber que la fundación se iba a hacer en Zaragoza ante la Santísima Virgen del Pilar, que ya desde mi niñez había sido siempre la Virgen de mis amores”.

Del Templo de la Virgen, con grande acompañamiento de gente de todas las clases sociales fueron al Hospital. La Ilustrísima Sitiada en pleno las esperaba en el atrio de la iglesia, donde entraron y oraron fervorosamente. Allí, ante el divino Prisionero del altar, dulce y amadísimo Esposo de

sus almas, a quien querían servir y amar en la persona de sus queridos enfermos, y por cuya gloria querían sacrificarse y consumir su vida, renuevan sus santos propósitos y solicitan humildemente su divina gracia para ser fieles y perseverar en ellos; y en aquella iglesia del Hospital, cuyo ambiente sagrado recogerá tantas veces para enviarlas al cielo sus oraciones y los secretos anhelos de su alma, sedienta siempre de amor y sacrificio, su corazón tomó alientos para empezar animosa y denodadamente su misión dolorosa, y para sufrir todas las tribulaciones y llevar con ánimo fuerte y sereno los sacrificios que las esperaban y que el S. Corazón para preparar su alma a soportarlos les anuncia en ese día. “Cuando por la noche — dice — nos retiramos al oratorio, el Corazón de Jesús me hizo ver muy claro los grandes sufrimientos que nos esperaban”.

Todo esto consta en el libro primero de “Sitiadas”, que dice así: “En el día 28 de Diciembre de 1804 se dió aviso por D. Juan Bonal que llegaba la Hermandad. Los señores Regidores dispusieron que salieran coches para conducir a las Hermanas, acompañadas de algunos eclesiásticos de la casa. Al cerrar la noche entraron en la ciudad y todos juntos fueron a visitar a Nuestra Señora del Pilar y darle gracias por el feliz arribo; luego se dirigieron al Hospital y en el atrio principal de la iglesia las recibió toda la Sitiada. Hicieron un rato de oración; luego fueron conducidas a las habitaciones que de antemano se les había prevenido y dejándolas en ellas se despidieron los señores Regidores, llenos de satisfacción por ver ya realizados sus deseos de haber llegado la Hermandad, de la que esperaban los mayores adelantamientos en la asistencia espiritual y corporal de los enfermos, buen gobierno y economía de la casa”.

No satisfecha la piedad y devoción de la Sierva de Dios y de las Hermanas a la Santísima Virgen del Pilar con esa primera visita, al día siguiente, para renovar su consagra-

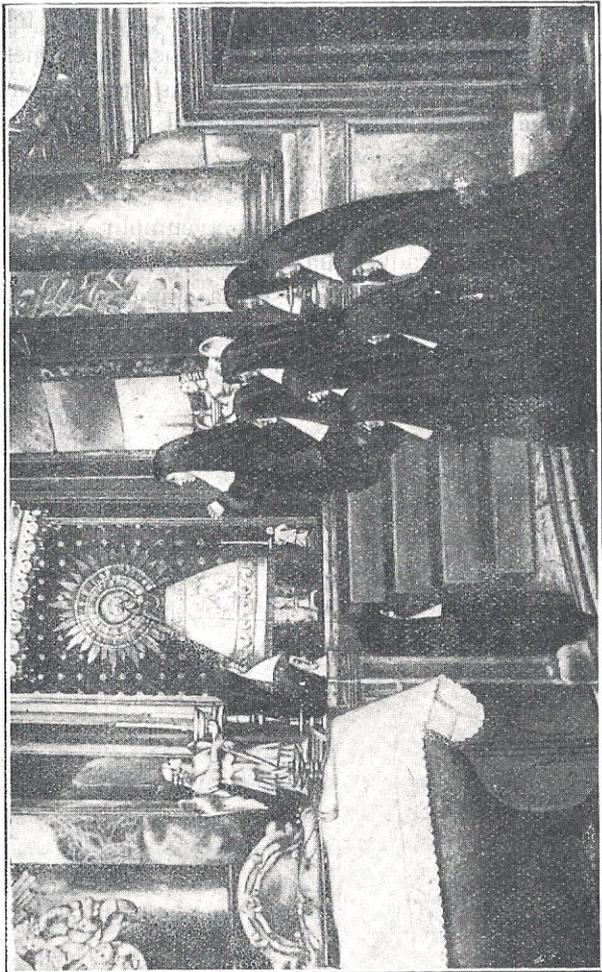
ción y la de la Hermandad a la soberana Madre y Patrona de España y sellarla con la comunión, fueron a comulgar a la Santa Capilla, y la Virgen premió la fervorosa devoción de su Sierva colmándola en ese día memorable de celestiales gracias, alcanzándole de su divino Hijo una merced singular, el espíritu de contemplación y de oración más alto y perfecto que puede un alma tener en la tierra, que envolvía y empapaba su corazón en una paz interior tan inalterable, que no pudieron desde este día turbar las persecuciones, contradicciones y dolores que agitaron su larga vida.

La Virgen Santísima del Pilar pagaba pródigamente a su fervorosa y amantísima Hija el sacrificio que había hecho de abandonar su tierra y el Monasterio de Barcelona para venir a fundar, en la ciudad santificada por su venida y a la sombra del bendito Pilar, su Hermandad. Oigamos las palabras de la Sierva de Dios: "Al día siguiente de venir a fundar, fuimos todas a comulgar a la Santa y Angélica Capilla, y ¡cuántos consuelos y alientos recibimos todas de tan Santa Madre y de su divino Hijo! Me dijo ese día mi dulce Jesús: "Hija mía, yo sé que por mi amor has dejado el tranquilo retiro de las Sanjuanistas. Yo te concedo desde este día el espíritu de oración y contemplación más perfecto que puedo dar en la tierra a mis criaturas". Y puedo asegurarles que desde aquella fecha, tan memorable para todas, mi dulce Jesús ha cumplido lo que me prometió, y por más persecuciones y vicisitudes de todas clases por que he pasado, le he perdido de vista, y nadie ni nada ha podido robar la paz interior de mi alma hasta la avanzada edad en que me encuentro".

Otros muchos favores y santas mercedes fueron seguramente concedidos por la Santísima Virgen a su Sierva en las frecuentes visitas que desde su llegada a Zaragoza hizo al Templo del Pilar durante toda su vida. La Angélica Capilla que ha sido escenario de actos y manifestaciones fer-

vorosísimas de piedad, y su ambiente sagrado ha recogido para elevarlo al cielo el perfumado incienso de encendidas plegarias, de tiernísimas efusiones de amor y ha sido testigo de prodigios y maravillas innumerables, pocas oraciones seguramente más fervientes y pocas gracias tan singulares, como las gracias y oraciones de la insigne Fundadora, habrá visto en la serie de los siglos.

En el día 1 de Enero de 1805 se encargaron las Hermanas de los enfermos y empezaron a cumplir su misión. Podemos decir que en aquel día empieza verdaderamente la vida de la M. María, porque en ese día empieza su vida de Hermana de la Caridad y es el primer día de la historia de su Instituto, el nacimiento de su obra, que es como el alma de su alma.



Primera visita de la Sierva de Dios y de las Hermanas a la Santísima Virgen del Pilar

CAPITULO V

Sorprendente y bienhechora transformación

La Sierva de Dios vino desde Barcelona presidiendo a las Hermanas, y cuando llegaron al Hospital de Nuestra Señora de Gracia, fué elegida Superiora de la pequeña Comunidad con el nombre de Madre, y madre fué en efecto, y alma, y corazón, y guía y eje de la naciente Congregación. A ella correspondía este cargo de Superiora, porque ella era la Fundadora de la Hermandad, y además porque, aunque joven, tenía la prudencia y la discreción, que son hijas de la virtud y no de los años. En la M. María se cumplía aquella sentencia de la Escritura: "La vejez no está en las canas, sino en la vida inmaculada". Joven por los años, era por su talento perspicaz para conocer cosas y personas; por su tacto exquisito para tratar negocios y caracteres; por su espíritu de sacrificio y sobre todo por esa fortaleza evangélica, que es el valor de padecer y la constancia en sufrir, digna de ceñir la corona de Superiora, que es corona de espinas y cuyo cetro es la cruz.

La Sierva de Dios, humildísima, considerándose la última y la más indigna de las Hermanas, rechazó con insistencia el cargo de Superiora y procuró con gran empeño que fuese nombrada la Hermana María Romero, de la cual hace grandes elogios en uno de sus escritos: "Cuando vinimos a fundar—dice—, de ninguna manera quería ser yo M. Presidenta. Les rogué muchas veces que nombraran a la Hermana María Romero, por ser de gran experiencia y de grandes dotes de gobierno; pero ni el P. Juan, ni mis santas

compañeras, quisieron darme ese gusto. Esta Hermana María, en los primeros años de la fundación hasta el año ocho en que murió, me valió mucho, porque como yo no entendía de cocina ni de compras, ella se corría con todo. Era una Hermana de mucho valer y muy santa”.

Puesta la M. María al frente del Hospital y de la Hermandad, pronto se apreciaron los beneficios y excelentes efectos de su dirección y gobierno.

Como el sol restaura la naturaleza aterida por el invierno con el beso cálido y amoroso de sus rayos, cubriéndola con el verde manto de los prados recamados con las polí cromas y brillantes joyas de las flores, así en el Hospital entró el orden, el amor y la alegría con la venida de las Hermanas, que hicieron florecer los campos áridos del dolor con el sudor de sus trabajos y de sus sacrificios, produciendo flores de celestial perfume: las flores de la caridad más abnegada, generosa y heroica.

La transformación fué rápida y maravillosa, causando profunda admiración en todos, sobre todo en los Regidores de la Sitiada y en cuantos de alguna manera o por cualquier motivo intervenían en la marcha y dirección del Hospital.

Ya expusimos en anteriores capítulos el estado de desorden y de abandono a que había llegado el santo Hospital, según consta del informe presentado al señor conde de Sástago por los Directores del Seminario de San Carlos; y continuando la copia de ese precioso documento, veremos la antítesis de ese estado y el feliz cambio realizado: “Pero gracias a Dios que desde la colocación de las Hermanas de la Caridad han desaparecido todos estos abusos, y en su lugar no se ve otra cosa en las salas manejadas por ellas que puntualidad y amor en la asistencia, limpieza, ejercicios de piedad y ejemplos de edificación. Porque, como V. E. no ignora, no hay día en que no se barran las salas, además de

limpiar con prontitud cualquier inmundicia o agua no más que caiga en el suelo; no se hagan las camas a todos los enfermos que se puede y no les ha de causar perjuicio y se lave la vajilla. No se va o muere algún enfermo que no se quite inmediatamente aquella cama y se sustituya otra limpia para el que venga, mudando con frecuencia la ropa de las demás; de manera, que con gran satisfacción se puede llegar cualquiera a ellas y aun refirmarse para confesar a los enfermos, sin aquel cuidado de ensuciarse en los suelos ni recoger cosa alguna de las camas”.

“La puntualidad, instancia y al mismo tiempo cariño y esmero con que suministran estas Hermanas las medicinas, alimentos ordinarios de la casa y extraordinarios, pero no perjudiciales a los enfermos, presentan la más justa idea y copia del amor de una madre o esposa. La devoción y reverencia con que rezan con los enfermos el Ave María y actos de fe siempre que da horas el reloj, el rosario por la mañana y tarde, arrodilladas, y las debidas gracias después de comida y cena; el cuidado de impedir los alborotos, malas palabras, conversaciones y visitas sospechosas, de leer algún rato libros espirituales a los enfermos, estimularlos a oír con atención la palabra de Dios, escuchándola de rodillas todos los que pueden, y el fervor con que les ayudan a disponerse para una buena confesión y dar gracias después de la comunión y con que les auxilian algunas para bien morir, parecen propiamente los buenos oficios de un celoso pastor de almas; cosas tan propias y apetecibles en un Hospital cristiano y piadoso, que los mismos enfermos reconocen y algunos de ellos no saben cómo explicar el consuelo, alegría y edificación que les causan; y cosas que sería imposible desempeñase ningún otro, a quien condujese el interés o salario; ni aun estas mismas Hermanas, si no fueran animadas de una encendida caridad, que fomentan con la cotidiana oración, frecuencia de sacramentos, mortificación y otros ejercicios par-

ticulares y de comunidad que practican en su oratorio; con que nos renuevan las imágenes de aquellas congregaciones que por los auxilios de la devoción han sido en tantos países las lumbreras más brillantes de la verdadera humanidad y los frutos más preciosos de los ejemplos del Salvador. Por todo lo cual entendemos ser sumamente interesante al bien espiritual y temporal de los enfermos la permanencia de las Hermanas de la Caridad que al presente les asisten. Zaragoza, 25 de Abril de 1807”.

Así también lo reconocía la Sitiada: “Muy pronto—dice en una de sus actas—se conocieron las utilidades y ventajas que se experimentaban en las enfermerías, por su mayor aseo y limpieza y mayor decencia y compostura, evitando las conversaciones y alborotos que anteriormente había en ellas y no podían remediarse, por no estar a la vista personas de tanto respeto, y asimismo por la puntualidad y celo con que se les administraba a los pobres enfermos el alimento y medicinas que ordenábanse por los médicos, y por el consuelo que reciben de las Hermanas por su buen trato y ejemplo, ejercitándolos, según lo permite su dolorosa situación, en ejercicios de devoción e inclinándolos a la conformación, tan necesaria en los trabajos y dolencias. Posteriormente se dieron por la Sitiada varios encargos a la Hermandad, que cumplió con la mayor exactitud, celo, desinterés y economía”.

El historiador Casamayor confirma esta bienhechora transformación del santo Hospital por la diligencia, celo y caridad de las Hermanas: “En el mes de Enero de 1805, día primero, dieron principio las Hermanas de la Caridad, venidas de la ciudad de Barcelona el día 28 del año pasado, como se dijo en dicho día, a ejercer su destino con los pobres enfermos y limpiar salas y camas, quedando desde esta hora encargadas de toda su asistencia, así de día como de noche, con cuyo beneficio han ganado mucho toda clase de enfermos y se ha aliviado al Hospital del gasto de todos sus mancebos,

a excepción de los que asisten a las Salas de Cirugía e igualmente en las amas y criadas de las enfermas, en lo que ha beneficiado, no sólo la casa y los enfermos, sino también la referida Hermandad de la Sopa”.

“Día 5 de Abril de 1805, Viernes de Dolores, se ejecutó la función de Dolores en el santo Hospital Real y General de Nuestra Señora de Gracia, con asistencia del Ilmo. Ayuntamiento, en la que ofició el señor Canónigo Dr. D. José Francisco Cistué, su Regidor. Se recogió en dicha función mucha limosna para los pobres enfermos. Ensalzó mucho el orador las ventajas que se notaban en las enfermerías desde la instalación de las Hermanas de la Caridad, estando las cuadras con mucho aseo y limpieza e igualmente las Salas de los pobres, todo a esmeros de dichas Hermanas, que se esmeran en tenerlas muy aseadas”.

La causa principal, el agente poderoso de esta sorprendente mejora del Hospital fué la caridad, abnegación, actividad y celo de la Superiora M. María Rafols. Su solicitud llegaba a todas partes; su diligencia vigilaba y procuraba remedio a todas las necesidades; su energía corregía todos los abusos; su dirección ponía orden en todos los asuntos; su discreción resolvía prudentemente todos los negocios; su caridad procuraba consuelo a todos los dolores; su ejemplo animaba y fortalecía a todos en el cumplimiento del deber; su dulzura y mansedumbre atraía todos los corazones. Por ella aquella familia religiosa aumentaba su celo y caridad y progresaba y crecía en virtud, como lo reconoce la misma Sitiada, ponderando los grandes progresos que hacía la Hermandad, “mayormente teniendo al frente a la Hermana Mabarría Rafols, nombrada Hermana Mayor en el ingreso, en cuyo destino continúa en la actualidad desempeñándolo con el mayor acierto”.

Todas las Hermanas, formadas en la escuela de la ejem-

plar Superiora, rivalizaban en celo, caridad y virtud, siendo todas muy observantes, trabajadoras y santas. La Sierva de Dios elogia muchas veces en sus escritos las virtudes de estas primeras Hermanas: "Las primeras Hermanas—dice—nunca me dieron que sentir nada, y aunque pasamos tantos trabajos, nunca se quejaban y siempre estaban contentas, edificando a todos con su buen ejemplo y santas alegrías". "¡Qué Hermanas tan santas y tan abnegadas!—dice en su escrito para después de su muerte—. Ninguna se buscaba a sí misma; todas buscaban a porfía lo peor; adonde no llegaba una Hermana, la ayudaba la que antes podía, y todo sin hacer alarde ni otras miras que dar gusto a Dios en todo. Gracias a Dios seguimos lo mismo hasta el presente".

Es sensible que por la destrucción e incendio de los archivos del Hospital durante los Sitios, no sepamos los nombres de todas estas humildes y heroicas Hermanas fundadoras que murieron víctimas y mártires de la caridad, como veremos en otro libro. Sólo conocemos los nombres de cuatro: las Hermanas Tecla Canti, Raimunda Torrellas, Teresa Calvet y María Romero. Pero si los hombres no lo conocen, es conocido por los ángeles en el cielo y Dios lo ha escrito en el libro de la vida.

Sus virtudes fueron tan grandes y su caridad tan heroica, que muchas de ellas, dice la Sierva de Dios, "subirán a los altares para gloria suya y consuelo de la Hermandad".

Como una prueba del celo y de la caridad que la diligentísima Superiora y sus Hijas ponían en el cuidado de los enfermos y en el buen orden y progreso del Hospital, citaremos unas palabras de la Sitiada: "No se contentaron estas Hermanas solamente con ejercitarse con la mayor caridad en el cumplimiento de sus deberes, pues quisieron hacerse más útiles a los enfermos a costa de su industria y aplicación, y así es que, sacándoles su celo de los límites de su Instituto, se dedicaron a estudiar la flebotomía, con conocimiento de

los señores Regidores y dirección del teniente cirujano de la Casa, y luego, a presencia del mismo y precedida la instrucción necesaria, llevaron a efecto la operación de la sangría, que la ejercitaban con grande serenidad y acierto. Ya estaban impuestas perfectamente cuando muchas de las Hermanas se presentaron a examen público en la Sitiada, que lo hicieron con mucho lucimiento y con ventaja de los mancebos de algunos años de práctica; las que en su virtud fueron aprobadas y en su consecuencia continuaron ejerciendo esta operación con un acierto admirable".

La fama de la caridad y celo de la nueva Hermandad y la transformación admirable que todos los servicios del Hospital habían tenido por su acertadísima intervención, se extendió pronto por la ciudad y la región y muchas jóvenes piadosas solicitaron ingresar en la naciente Congregación. Pero la Sitiada, por motivos que no conocemos, aunque bien pudo ser por abuso de su autoridad, siempre muy susceptible y recelosa, o por sutiles y mezquinos pretextos, se opuso a su admisión. "Pronto—dice la Sierva de Dios—empezaron a solicitar la entrada en la Hermandad muchas jóvenes; pero teníamos que cerrarles la puerta, porque la Ilma. Sitiada no quería admitirlas".

Las necesidades del Hospital eran, sin embargo, tan grandes, el trabajo que sobre las doce Hermanas pesaba tan abrumador y los servicios del Hospital a que tenían que atender las religiosas tan penosos y tan complejos, que a pesar de la resistencia primera, comprendió la Sitiada la necesidad de aumentar el número de las Hermanas, y en el año 1807 eran ya 21.

En este mismo año de 1807, la Sitiada, aunque no quería que las Hermanas salieran a fundar fuera, porque consideraba la Hermandad instituída exclusivamente para el Hospital de Gracia, accedió a las reiteradas instancias del Obispo

de Huesca, D. Joaquín Sánchez Cutanda, admirador ferviente de las virtudes de las Hermanas, permitiendo que fuese a encargarse del Hospital de Huesca la Hermana Teresa Calvet.

Así transcurrieron los cuatro primeros años de la Hermandad. En estos años la celosísima Superiora y amantísima Madre modeló en un troquel divino, el Corazón de Jesús, el corazón de sus Hijas, transfigurándolas con sus exhortaciones, con vigilante celo, con sus oraciones y lágrimas y sobre todo con su ejemplo, en ángeles y en heroínas de caridad, que pronto habían de asombrar a Zaragoza y al mundo.

LIBRO
TERCERO

La Fundadora

CAPITULO PRIMERO

Ordenes religiosas

LA estancia de la Sierva de Dios en el Hospital de Nuestra Señora de Gracia forma su vida íntegra. De él no saldrá sino para el sepulcro. En ese Hospital es donde su virtud se acrisola, se vigoriza y florece; en él se ofrece las más grandes pruebas y ejemplos de santidad; en él se reveló en toda su grandeza el temple heroico de su alma; en él sobre todo nació la Congregación de Hermanas de la Caridad de Santa Ana, obra maestra y concreción visible de su espíritu y fin de su vocación y de su misión providencial en el mundo.

Vamos por eso a decir algo antes que hablemos de sus virtudes, de su heroísmo y de los otros sucesos y vicisitudes que forman el tejido admirable de su vida, de esa obra cumbre de la Sierva de Dios; vamos a estudiarla como fundadora, que es, a mi juicio, la mejor manera de conocerla; porque para conocer a la Sierva de Dios, bucear en las profundidades de su corazón y descubrir las riquezas y los tesoros de su santidad, conviene conocer su obra, el plano, las líneas y bellezas de esa magnífica construcción y sobre todo el espíritu que la anima y vivifica, cubriéndola en una primavera eterna de flores y de frutos, porque ese es el espíritu de la Sierva de Dios, que alienta y palpita en sus Hijas.

Para conocer los rasgos característicos, los matices de esta Congregación, veamos primero las líneas generales de todas las Ordenes religiosas.

El religioso es un hombre que hace profesión de vida perfecta, proponiéndose como fin conseguir la perfección de

CAPÍTULO II

Marías y Martas

Aunque es verdad, como dice el adagio popular, que “el hábito no hace al monje”, sin embargo, la Iglesia prescribe a sus sacerdotes y religiosos uniformes y trajes especiales, ya para diferenciarlos de los seglares, indicando que, segregados del pueblo por su vocación, deben distinguirse de él por su vida de perfección; ya para señalar los distintos grados de la jerarquía eclesiástica y las diferentes familias religiosas; ya principalmente para recordarles la santidad de su estado, para que no digan ni hagan nada que pueda manchar o ceder en desdoro, menoscabo y desprecio de su dignidad. Por esto, esos hábitos tienen cierta significación simbólica y mística, que es signo del espíritu que anima ese estado o instituto.

La Congregación de Hermanas de Santa Ana tiene hábito propio, que en sus líneas generales, aunque sea diferente en algunos detalles, es el mismo que el de las Religiosas Hospitalarias de San Juan de Jerusalén. Este hábito lo describen así los estatutos: “En cuanto a la materia y forma del santo hábito, que debe ser igual en todas, se observará lo siguiente: será de una pieza, desde el cuello hasta el talón, negro, de lana, no tan grueso que impida el movimiento, no tan fino que desdiga de la pobreza; ancho de abajo; las mangas largas hasta las manos, de una tercia de anchas; lo llevarán sujeto por la cintura con un ceñidor negro de lana, en el cual llevarán un Crucifijo pequeño y una corona de la Virgen; cubrirán el cuello, cabeza y pecho con una toca blanca de tela no muy fina, sin otro rizado que los pliegues para

ajustarla por lo alto de la frente a la cabeza; y sobre la toca, un poco más largo, un velo negro de lana abierto por delante y prendido a la toca, como se ha acostumbrado desde el principio”.

Por esta descripción se ve que el traje de las Religiosas de Santa Ana es un hábito sobrio, sencillo y modesto, revelador de la sencillez y modestia de su espíritu; hábito negro que significa el sacrificio y renunciamiento de todas las cosas y afectos humanos; blanca toca que es símbolo de la pureza angelical, que ha de ser su más bello adorno y su corona más brillante; el ceñidor, que es signo de la mortificación, que debe siempre sujetar su cuerpo y su carne a la ley del espíritu, para que se muestre en todas sus obras la vida de Cristo; el manto que las cubre en la calle y en los actos solemnes es signo del aislamiento y separación de su alma de todas las cosas humanas; el Crucifijo que llevan en la cintura es el Maestro soberano de su espíritu, cuyas lecciones siempre han de meditar y tener presentes y en ellas cobrar fuerza para cumplir los deberes de su doloroso ministerio de caridad; la corona de la Virgen les recuerda su filiación mariana, y el escudo del Hospital, con los símbolos que lo adornan, es el recuerdo de su origen y de su misión hospitalaria.

Pero no es el vestido, sino el espíritu que informa esta Congregación lo que la distingue y caracteriza. Esta Congregación es mixta, que junta y armoniza maravillosa y felizmente las dos vidas, la contemplativa y la activa. Sus religiosas son Marías por la vida interior, por la contemplación, por el ejercicio y prácticas de la piedad más fervorosa, y Martas por la actividad diligente, heroica y abnegada en el servicio del prójimo y en el ejercicio de las obras de misericordia. Pero es antes contemplativa que activa, porque sus obras de caridad, sus ministerios con los enfermos, sus sa-

crificios, su diligencia, su abnegación, su dulzura, su constancia y fortaleza para resistir fatigas, contradicciones y trabajos, son fruto de su vida interior, llamas del fuego que arde en su corazón, flores que brotan por la savia divina que las anima y vivifica.

El secreto, el alma y como el resorte de esta vida interior se condensa en una palabra: el amor de Dios y el amor del Corazón Sacratísimo de Cristo. Por el amor se mueven y se sacrifican; el amor de Cristo es, usando la frase de San Agustín, su peso, su ley de gravitación y el móvil de todas sus acciones. El amor de Cristo las arrancó del amor de la familia y de la sociedad y las condujo al claustro. El amor es la llama que devora en su corazón todos los afectos de la tierra y rompe todos los lazos del mundo. El amor, que es más fuerte que la muerte, las hace fuertes para soportar los cargos más penosos y los servicios más repugnantes, y comunica a su espíritu prontitud y alegría para andar el camino de la perfección, aunque sea espinoso y difícil, y comunica la bondad a su rostro para mirar con ojos de compasiva ternura y tranquila serenidad las escenas más dolorosas, y da a sus manos dulzura y suavidad, y a sus palabras unción y amor para consolar a las pobres víctimas de la enfermedad y de la miseria. El amor de Dios es el sol que ilumina y fecunda su espíritu y hace germinar en él las virtudes, que son la esencia de la vida religiosa; por el amor de Dios renuncian a los bienes de la tierra y se desposan con la pobreza; por el amor abdican de su voluntad y juicio propio y se someten al yugo de la obediencia; el amor sobre todo crucifica su carne y pone vallas a sus sentidos para guardar siempre limpia y pura la azucena de la castidad; el amor de Dios las inspira el desprecio de sí mismas y las cimenta en la humildad; el amor pone en sus obras rectitud de intención, ordenándolas todas a la gloria de Dios y no a la propia, y concentra las aspiraciones de su alma en un solo deseo, el deseo de

agradarle y de servirle, y pone en su corazón un solo temor, el temor de ofenderle por el pecado; amor que las consagra a Dios como víctimas, destruyendo todo afecto, deseo o pensamiento que no sea el suyo, y las mueve a imitarle, a copiar sus virtudes, a parecerse a El cuanto es posible, a seguirle con entusiasmo, con alegría, generosidad y constancia por el camino que El siguió, aunque ese camino sea de espinas y de abrojos y conduzca al calvario; el amor pone alas en su alma para no correr, sino volar sin desmayo ni descanso por las sendas de la perfección, sin detenerse nunca, porque en ese camino, el que no anda, retrocede.

Para tener en su corazón siempre viva y ardiente esa hoguera mística del amor divino, en ella ha de arrojar la religiosa de Santa Ana, para quemarlos, como leña que alimiente ese fuego sagrado, sus pensamientos, su orgullo, su vanidad, su amor propio, sus afectos, su familia, su bienestar, su salud, su descanso y hasta su misma vida, y ha de avivar ese fuego con el desprendimiento de todas las cosas de la tierra y con mortificaciones interiores y exteriores, y se ha de emplear en ejercicios espirituales, sobre todo en la oración, en la recepción fructuosa de los Santos Sacramentos de Confesión y Comunión, en la lectura espiritual y en ciertas prácticas piadosas. Y aunque por su condición de Hermanas de la Caridad han de vivir necesariamente en medio de los hombres y han de salir al mundo y estar en contacto con toda clase de personas, se harán por el amor, como huerto cerrado, donde no entre nada del mundo, y como un claustro y una celda en su corazón, donde vivirán siempre retiradas en medio de sus ocupaciones y en medio del mundo, cerradas las puertas de esa celda constantemente por la modestia exterior, por el silencio, por el recogimiento interior y por la presencia constante de Dios, avivando más y más en medio de las ocupaciones exteriores su vida interior. Y si no tienen rejas que se interpongan entre ellas y el mundo, sus rejas

han de ser la vigilancia constante sobre sí mismas, y si no llevan el rostro cubierto con un velo, lo llevarán velado por sus virtudes. Víctimas del amor que consume sus almas, han de estar muertas a sí mismas para vivir transformadas en Cristo, de tal modo que sus pensamientos, deseos, acciones y todas las manifestaciones de su vida vayan ordenadas a Dios y estén vivificadas por su amor, siendo templos donde el Esposo encuentre limpia, adornada y grata mansión y puedan decir con toda verdad que no viven su vida, sino que viven la vida de Cristo.

Este es el espíritu que anima la Congregación. Es un espíritu de amor, de generosidad, exento de miras estrechas, de minucias que achican y empobrecen el corazón; el espíritu de la Congregación es amor que dilata y fortalece el alma para darse sin reserva y sin medida a Dios por el ejercicio de todas las virtudes evangélicas. Por esto, el espíritu de la Congregación es reflejo del espíritu del Evangelio, que es espíritu de amor, y por el amor de mansedumbre, de humildad, de sencillez, de sinceridad.

De lo expuesto se deduce que esta Congregación es preferentemente contemplativa, poniendo la base y el cimiento de toda su actuación y de todo su desarrollo y progreso espiritual en la vida interior con todas las virtudes que forman su brillante cortejo, el recogimiento, la modestia, el silencio, la oración, la austeridad, la humildad y sobre todo el sacrificio de su voluntad y juicio propio en aras del amor de Dios, al cual ordenan todos los afectos, palabras, pensamientos y deseos, poniéndose en sus manos con alegría y confianza filiales para que siempre y en todo se cumpla su voluntad.

Este es el espíritu que animó a la Sierva de Dios y que siempre enseñó con sus palabras y sobre todo con sus ejemplos y sus obras. Leyendo los escritos de la M. Rafols, donde se

revela su pensamiento y sobre todo examinando sus acciones, se ve claramente que siempre la inspiró y se movió a impulsos de este espíritu. Examinando estos escritos, vemos que señala como medula y esencia de la vida religiosa una vida interior tan intensa, que nada, ni el trato con los hombres, ni las ocupaciones, ni los trabajos exteriores, ni ninguna cosa del mundo sean capaces de separar y distraer al alma de ese trato íntimo, familiar y continuo con Dios en que consiste la verdadera vida religiosa, y sin el cual, nos dice, la religiosa no tiene de religiosa más que el nombre. Pone como fin de todas las obras y actos de la verdadera religiosa la gloria de Dios y el cumplimiento de su voluntad, haciendo todo para darle gusto y agradarle. El amor es para la Sierva de Dios el fuego sagrado que purifica el alma, y desprendiéndola de las criaturas vivifica la vida interior y ordena todos los movimientos del corazón a Dios. Como fuerzas que brotan del amor para conseguir el fin de la vida religiosa, señala aquellas virtudes que han de ser como las alas, con las cuales ha de volar el alma por el camino de la perfección, hasta llegar a la posesión de Dios, término y objeto de todas sus aspiraciones y donde está el fin y la meta de la Hermandad. Entre estas virtudes señala como las principales la humildad y la caridad, que han de ser la nota característica y el rasgo distintivo de las religiosas de Santa Ana.

Admirablemente condensa esta sublime doctrina espiritual en muchos de sus escritos. En la consagración que hace al Señor el día 15 de Noviembre de 1825, después de la profesión y emisión de los votos perpetuos, dice: "Vivamos siempre con un recogimiento interior y exterior muy grandes, para que ni el trabajo ni el trato necesario con las criaturas nos separen de la familiaridad y vida interior que con Vos debemos tener continuamente; si no hacemos todas nuestras obras con este espíritu, perdemos el tiempo y no tenemos de religiosas más que el nombre".

Y en su testamento dice: “Piensen todos los días en el fin que las movió al entrar en la Hermandad, que no debe ser otro que la santificación de sus almas y la gloria de Dios”.

“Procuren empezar bien el día enderezando la rectitud de intención... no haciendo a sabiendas ni una ligera imperfección y no dando ni un solo paso que no sea para gloria de Dios”.

“Han de guardar riguroso silencio, pues la experiencia me ha enseñado que sin el silencio es imposible llevar vida interior, y sin vida interior mal podremos hacer que todas nuestras obras sean agradables a Dios, que es lo único que nos debe interesar”.

“No olviden que, aunque estén en medio del mundo, han de vivir muy alejadas de él con la gracia de Dios... Sobre todo sean muy humildes en todos sus actos; sin humildad no puede haber verdadera virtud... Nunca tengan otras miras que dar gusto a Dios en todo... Han de llegar en línea recta a la posesión de Dios, que es lo único a que deben aspirar continuamente para sotener el espíritu de la Hermandad, que es vida de sacrificio, espíritu de oración, gran recogimiento interior y exterior, riguroso silencio unido a una profunda humildad y gran modestia en todo su porte... Alimenten bien el alma con continuos actos de amor”.

Y en otros escritos expone y dice frases admirables sobre este espíritu de la Hermandad:

“No olviden nunca mis Hermanas que nuestra Hermandad está fundada con los santos muros de la pobreza, humildad, sencillez, sacrificio, caridad y sobre todo en el amor a nuestro dulce Jesús”.

“Una de las cosas más necesarias para conseguir la verdadera vida interior es la santa presencia de Dios, y a esto han de aspirar sin tregua ni descanso todas mis Hermanas, pues de lo contrario de nada les servirán todos los sacrificios que hagan, porque sabido es que los trabajos en sí no sirven

para nada si no van acompañados y animados con espíritu interior y recta intención de sólo agradar a Dios. Esta vida interior la conseguirán con la oración y la íntima unión con Dios, que es el fin de toda la vida espiritual”.

Mas el corazón de las buenas es como un huerto cerrado, donde no entra ninguna otra criatura sino sólo Dios o el prójimo por Dios y nunca tiene otros cuidados más que contentar a Dios, estando muertas al amor de todas las cosas”.

“También les ayudará para conservar el alma limpia la guarda de los sentidos, de manera que para ser buenas Hermanas de la Caridad deben ser sordas, ciegas y mudas, no viendo, ni oyendo, ni hablando; sólo deben prestar atención a lo que les convenga para la santificación de sus almas. Y como por nuestros ministerios tendrán que ver y oír muchas cosas que podrían ser causa de distracción, deben trabajar todas por oírlas así como por de fuera, de tal manera que no se les pegue el corazón a ellas”.

“El P. Juan siempre nos aconsejaba que amásemos al prójimo tan sólo en Dios y para Dios, y cuando nos necesiten nos hallen afables y humildes en sus necesidades con la mayor caridad, haciéndoles esos servicios a la mayor honra y gloria de Dios, a la cual se han de enderezar todas nuestras acciones, así las interiores como las exteriores”.

“Les recomiendo tanto esta vida interior, porque nuestra misión es muy grande; y si no llevan bien la vida interior, es imposible que puedan cumplir bien los distintos ministerios de la Hermandad”.

“Las cimente bien en la humildad, caridad y mansedumbre: que hagan bien sin ruido, sin ostentación, puramente por Dios; que se acostumbren a buscar para ellas lo peor, sin alarde, y en una palabra, que se acostumbren a practicar las virtudes propias de la Hermandad”.

“Lo que más agrada al Corazón de Jesús es que se enseñe con el silencio y ejemplo. Yo le pido con toda mi alma a este

Sagrado Corazón que en todos los tiempos pueda decir: “En esta Hermandad todas son verdaderas discípulas mías; aquí descanso a mi gusto”. Esto debemos procurárselo con todo empeño, porque es tan suya esta Hermandad, que no quiere que se distinga por las cosas ruidosas, el mucho número de casas y todo lo que el mundo tiene por grande, sino que quiere que se distinga por la humildad, la sencillez, el silencio, el buen ejemplo en todo, y sobre todo, por la caridad”.

Podríamos multiplicar las citas; pero en lo expuesto se ve a través de esas palabras tan edificantes y llenas de unción, el espíritu que anima y vivifica la Congregación.

CAPITULO III

Hermanas de la Caridad y Maestras

Pero después de darse a Dios sin reserva y sin medida, esta Congregación se da también sin reserva y sin medida al prójimo. Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismas y aún más que a sí mismas, que es la síntesis de la ley evangélica, es también como la médula y la esencia de esta Congregación. Esta es la vida activa del Instituto: servir a Dios en la persona de los pobres y de los enfermos, buscar la santificación de sus almas, como dice la Sierva de Dios, y la gloria divina por medio del ejercicio de la caridad.

Pero en esta vida activa, en este ejercicio de la caridad con el prójimo, en que coincide y tiene un fin común con otras Congregaciones similares, tiene caracteres y rasgos distintivos, propios y singulares, que la honran sobre manera y hacen de ella una Congregación religiosa meritisima de la Iglesia y de la humanidad y acreedora a la admiración, a la gratitud y al amor de todos.

Estos caracteres son en primer lugar la extensión y universalidad de su caridad, que la lleva a refrigerar y fecundar todos los campos del dolor y remediar todas las manifestaciones de la miseria. Este pensamiento fué el que presidió la fundación de la Hermandad; así lo manifiesta la Sierva de Dios al hablar del P. Bonal, que le dijo: “era voluntad de Dios la fundación de una Hermandad que abrazara todos los ramos de la caridad”.

Hay Congregaciones que se dedican a remediar una necesidad determinada; unas a servir de báculo a la an-

cianidad desamparada y a alegrar con la luz de su cariño virginal el invierno aterido de la vejez; otras, a ejercer oficios de madre con los niños abandonados; otras, a regenerar y salvar a las pobres víctimas de las pasiones de los hombres, ¡pobres flores ajadas y marchitas por el fuego del vicio!; otras, a asistir a los enfermos en los asilos o en sus domicilios particulares; otras, a otro género de obras de caridad. Pero esta Congregación abraza todas las miserias morales y materiales. Los enfermos, los dementes, los ancianos, los niños expósitos, las magdalenas arrepentidas, los leprosos, en una palabra, todas las víctimas del dolor y de la miseria, son objeto de sus cuidados y amorosa solicitud.

El segundo carácter o rasgo distintivo de la Congregación en su vida activa es el ejercicio de la caridad en grado heroico, la exaltación de la caridad a un grado sublime. El heroísmo es de pocos; sólo algunas almas privilegiadas, algunos espíritus selectos y elevados llegan a esas alturas; esta Congregación exige a todas sus religiosas el heroísmo obligándolas al ofrecimiento y oblación de su vida por el prójimo. Además, el heroísmo que brota como una llamarada del fuego que quema el corazón en algunos momentos de peligro o de exaltación, se extingue pronto; esta Congregación no sólo exige a todas sus religiosas el heroísmo de la caridad, sino que lo exige en todo momento y para siempre. Así se desprende del cuarto voto, llamado de hospitalidad, por el cual se obligan todas y para siempre a servir sin interés personal ninguno a los enfermos contagiosos, con peligro de su vida, en los hospitales y también en las casas particulares, cuando lo dispusiere la santa obediencia, ofreciendo su salud y su vida por la salud y vida del prójimo.

Este espíritu de caridad en grado heroico que anima a la Congregación, lo expone en impresionantes frases la Sierva de Dios en todos sus escritos: “Piensen — dice — todos los

días y cada instante las Hermanas el fin que las movió al entrar en la Hermandad, que no debe ser otro que la gloria de Dios por medio del ejercicio de la caridad, sin distinción de enfermedades contagiosas ni pestilentes, sin excepción de amigos ni enemigos; todos son hijos de Dios, y por todos y cada uno dió su Sangre Nuestro Señor Jesucristo. A todos debemos consolar en sus aflicciones y animarlos al camino de la virtud, aunque sea a costa de nuestro reposo, desvelos y fatigas las más penosas”. También brilla este espíritu heroico de caridad en estas otras palabras del mismo escrito: “Esto de no salir de casa se entiende en tiempo de paz, pues en tiempo de guerra y epidemias será muy laudable que todas las Hermanas se sacrifiquen voluntariamente y sin descanso a ejercer la caridad con todos los necesitados, exponiendo la vida, si el Señor lo permite, por salvar la de sus prójimos”.

“Más de una vez el Corazón de Jesús me ha manifestado el gran consuelo que recibe cuando ejercemos las obras de caridad con sus hijos predilectos. Por eso, cuando las necesidades sean tan grandes, como sucede en tiempo de guerra y pestes, hemos de sacrificar hasta el descanso y comida corporal”.

“La misericordia es una de las virtudes que más le agradan al Corazón de Jesús... La misericordia es río que sale de madre y se extiende por toda la tierra; de manera, que no se contentan las almas misericordiosas con desprenderse de sus bienes, que esto es propio de las almas caritativas, sino hacen más dándose a sí mismas, doliéndose y compadeciéndose de las enfermedades de sus cuerpos y muy especialmente de las de sus almas, exponiendo sus vidas por la salvación de todos sus prójimos”.

“Estén siempre dispuestas, cuando las circunstancias lo reclamen, a sacrificarse y dar la vida, a ejemplo de Nuestro

Señor Jesucristo, por nuestros prójimos, como hasta ahora lo hemos hecho nosotras”.

Además, ejercen la caridad con todas aquellas cualidades que San Pablo señala a la primera de las virtudes, es decir, con paciencia, con benignidad, sin parcialidad, con desinterés, siendo enfermeras sufridas, compasivas, afables, diligentes y cuidadosas, porque sirven a los enfermos y desvalidos como servirían al mismo Jesucristo, al cual ven representado en la persona de los pequeños y desgraciados, poniendo en ese servicio el más grande amor y diligencia; la ejercen, además, con una humildad admirable, empleándose en todas las obras por bajas y viles que sean; esto dice la M. María muchas veces en sus escritos, recomendándoles que “cuando ejerzan la caridad, lo hagan como si lo hicieran al mismo Jesucristo”.

Con mayor diligencia aún y solícito cuidado atienden a procurar remedio a las necesidades espirituales de los mismos enfermos, excitándoles a la devoción y vida espiritual con palabras de edificación, con el rezo de oraciones, sobre todo del santo rosario, y con jaculatorias, procurando con el mayor empeño que reciban los últimos Sacramentos con las debidas disposiciones. “Con los enfermos—dice en su testamento—tampoco han de hablar más que lo preciso para animarlos a tomar el sustento y consolarlos en sus dolencias y prestarles los auxilios espirituales, preparándolos para que reciban a tiempo los Santos Sacramentos, ayudándoles en lo que puedan a dar gracias después del Viático y procuren que no les falte asistencia espiritual en los últimos momentos de su vida”.

Uno de los rasgos característicos de la Sierva de Dios es su celo ardentísimo por la salvación de las almas, y éste quiere que sea también el de la Hermandad. En todos sus escritos exhorta a las Hermanas a rogar a Dios por la salvación de las almas, a enderezar todas sus obras a este fin, a sacrificarse y trabajar sin descanso para arrancar las almas

de los lazos del pecado y llevarlas a Dios, que es el fin principal que se propuso conseguir el S. Corazón de Jesús con la creación de la Hermandad. La Congregación de Santa Ana es un Instituto misionero, apostólico, fundado para aliviar con la caridad las enfermedades del cuerpo, pero más las del alma; para socorrer las necesidades materiales, pero principalmente las espirituales. En otro libro expondremos con más detalles este carácter apostólico de la Congregación.

Brilla, por consiguiente, la caridad en esta Congregación con aquellos tres caracteres que señala San Pablo a la más excelsa de las virtudes cristianas: la latitud, la longitud y la profundidad; porque es una caridad amplia que abraza en un abrazo inmenso a todos los hombres, sin distinción de categoría, de clase o de nación, sin exclusión ni parcialidad alguna, extendiéndose a todos como el amor del Corazón de Cristo, y si alguna preferencia siente, es para los más humildes, pequeños y desgraciados. Es duradera y perseverante para remediar las miserias, cuya fuente no se agota nunca y que se renuevan sin cesar, brotando como agua amarga de la herida abierta en la naturaleza humana por el pecado; amor que no se cansa, ni disminuye, ni muere, porque para un amor humano sacrificarse un día es mucho; pero para un amor divino, sacrificarse toda una vida es poco, y en el último suspiro, que sólo es el último aliento del amor, siente la noble ambición de sacrificarse por toda la eternidad. Es fuerte para vencer el egoísmo y la debilidad del corazón y desafiar, como el Apóstol, a todas las cosas, y recoger en las ruinas de la propia existencia y en las olas de la propia sangre la palma de una caridad generosa hasta el sacrificio y hasta la muerte.

Este fuego de la caridad que las Religiosas de Santa Ana encienden en el Corazón de Cristo es el que transfigura su vida y realiza ese prodigio maravilloso de convertir mujeres pobres, frágiles, cobardes, débiles, en verdaderos ángeles y

en heroínas fuertes, invencibles, que sacrifican todas las alegrías, amores y deleites del mundo para encerrarse en el seno de un asilo o de un hospital, y ser a la cabecera del moribundo el emblema de la resignación, y en el campo sangriento de batalla la enseña gloriosa de la misericordia, y en la cuna del niño abandonado el símbolo de la ternura, y en todas partes aliento y consuelo de los que sufren, no habiendo herida que no curen, ni lágrimas que no enjuguen, ni desgracia que no socorran, ni tristeza que no disipen, ni peligro que no arrostran, ni sacrificio que no realicen, ni fatiga que no soporten; flores vivas y animadas, nacidas entre las asperezas del egoísmo humano por la savia y virtud divina de la caridad verdadera, de esa caridad que tiene su origen y adquiere la fuerza de su expansión y de su heroísmo en el Corazón de Cristo.

La M. Rafols conocía como nadie el secreto de esa transformación del corazón; sabía que para conseguir el heroísmo del corazón humano, tan miserable y tan cobarde; la generosidad sin límites del corazón humano, tan egoísta; la constancia del corazón humano, tan variable, es necesario prender en ese corazón la llama del amor divino, hundir ese corazón en el Corazón de Cristo para que se convierta en Él, como el hierro hundido en el fuego adquiere sus propiedades; poner en el amor efímero un amor eterno; unir por una cadena incapaz de quebrantarse el amor del hombre que pasa y cambia con el amor de Dios, que ni se muda ni muere, y esto procuró en la formación, dirección y régimen de la Hermandad.

Practican de esta manera las Religiosas de Santa Ana la verdadera religión, la religión sincera e inmaculada, que consiste precisamente en los dos actos de su vida contemplativa y activa, a saber: el ejercicio de la caridad con los pobres y desvalidos, y el desprendimiento del corazón humano de las cosas del mundo y la unión con Dios, según aquellas

palabras de Santiago: “La religión limpia e inmaculada es ésta: visitar a las viudas y huérfanos en su tribulación y mantenerse inmaculado del contagio del siglo”.

Pero su vida activa es aún más amplia y sube de las obras de misericordia corporales a las espirituales, por la educación y formación de las niñas en escuelas y colegios.

Esta obra ya entró en el primitivo proyecto y pensamiento de la M. Rafols y del P. Bonal; así nos lo manifiesta al escribir el elogio del P. Bonal, en el cual nos dice, que al comunicarle este santo varón los proyectos y los deseos de la Sitiada, le dijo “que la obra de la Hermandad sería grata a los ojos de Dios, útil al Rey y a la Patria y de especial consuelo a la humanidad enferma, y que también era necesaria la instrucción de niñas o jóvenes, de cuya formación depende el aumento y conservación de la Religión y tranquilidad del reino y más en estos tiempos de corrupción y desorden”.

Comprendió la M. Rafols la importancia de esta misión augusta de la educación y formación de las jóvenes y niñas, porque, como dice muy bien, de ella depende la tranquilidad y el porvenir de la sociedad. La mujer, así como el hombre es el rey de la familia, ella puede decirse que es el sacerdote, a la cual está encomendada la educación religiosa del hombre; madre, ella debe enseñar a sus hijos, entre besos y lágrimas, el nombre de Dios y las lecciones de virtud que no se olvidan nunca, porque han sido grabadas en el alma por el buril encendido del amor; esposa, debe repetirlo en la intimidad nupcial al alma enajenada de esposo; hija, debe recordarlo al anciano, llevando a sus días de decadencia una revelación juvenil y virginal. De la mujer puede decirse lo que dice el Evangelio de los Apóstoles, que ella es la luz que, puesta sobre el candelero doméstico, ilumina toda la casa, la sal que impide que se corrompa la familia. No hay,

por consiguiente, obra más útil, más fecunda y necesaria que la educación y formación de la mujer.

Así lo pensó la M. Rafols, dando con ello una prueba de la clarividencia de su espíritu en aquellos tiempos en que, al menos en España, no había ningún Instituto de Religiosas de origen español dedicado a la enseñanza de la mujer, como no había ningún Instituto español de Caridad.

Se revela, además, la M. Rafols como una admirable pedagoga, porque en el método de educación que prescribe hay dos cualidades que son las que deben presidir siempre la formación de la mujer; a saber: alteza y solidez. Alteza, porque la educación, según sus consejos, ha de estar basada en una formación religiosa que, huyendo de la piedad sentimental, ligera y muelle, la fundamente en una instrucción religiosa sólida y en la práctica austera de las virtudes. Y solidez, porque es una formación práctica de la mujer, capacitándola para desempeñar sus funciones en el seno de la familia haciendo de ella un ser útil, y no como hacen muchos métodos pedagógicos modernos, que la convierten en un ser inútil y vanidoso, capacitado sólo para exhibirse y ostentar sus gracias; flores que tienen perfume, pero no dan fruto. Su fin es hacer mujeres cristianas e instruídas en las labores propias de la mujer, crear las mujeres fuertes de la Escritura, que son la base y el cimiento de la religiosidad y prosperidad de la familia, y con ella de la prosperidad y religiosidad de la sociedad.

Las líneas de esta labor educativa las ha trazado de man maestra la M. María en el citado documento:

“Ya que el P. Juan no pudo realizar sus deseos, yo entiendo que las Hermanas que tengan que enseñar deben tener como principal fin cimentar a las niñas o jóvenes en la doctrina cristiana y cuanto se refiere a nuestra sacrosanta Religión, y también han de celar constantemente para que las niñas conserven la gracia bautismal”.

“Les inculquen mucho el amor de Dios y no dejarán de rezar ningún día los ejercicios espirituales por la mañana y también procurarán hacer lectura espiritual en algún libro de la Santísima Virgen y diez o quince minutos de oración mental, explicándoles la Hermana cómo la han de hacer, y el sábado por la tarde les explicarán el santo Evangelio”.

“Les inculcarán la modestia cristiana en todo su porte”.

“Las inclinarán mucho al trabajo y a no perder el tiempo, procurando en cuanto esté de su parte formar unas jóvenes profundamente cristianas y útiles”.

CAPITULO IV

Hijas del Sagrado Corazón de Jesús

Pero lo que principalmente caracteriza y distingue a esta Congregación de Santa Ana es que es una obra divina, inspirada, regida y amparada directamente por el Corazón Sacratísimo de Jesús.

Jesucristo, nuestro Redentor, que quiere salvar al mundo moderno, aterido y enfermo por el materialismo, el egoísmo y el odio, por medio de su amor simbolizado en su Sacratísimo Corazón, que muestra a los hombres envuelto en las llamas de una caridad que llega a la inmoción y al sacrificio, fundó esta Congregación para que en ella ardiese también siempre el fuego de esa caridad heroica y fuese en la vida espiritual de la humanidad instrumento poderoso de regeneración y de restauración cristiana.

No hay seguramente en la larga historia de las Congregaciones religiosas ninguna que haya sido objeto de la predilección y de las gracias del Sacratísimo Corazón como este admirable Instituto. En constante y maravillosa comunicación con su fidelísima Sierva va preparándola desde la niñez para esta grande obra, y durante su vida la inspira y sostiene para que la lleve a feliz término. Leyendo los escritos de la insigne religiosa se ve claramente que el verdadero fundador de la Congregación es el Sagrado Corazón; la Sierva de Dios sólo fué su instrumento dócil y abnegado. El Sacratísimo Corazón inspiró el pensamiento de la fundación; El preparó providencialmente su nacimiento y le impuso el nombre de Instituto de Santa Ana; El ha sido el Maestro que enseñó y reveló a la Santa Fundadora los principios y reglas

que habían de regirlo; El fué el Piloto que lo guió por el mar de su vida, agitado por las más terribles y peligrosas tempestades, al puerto del florecimiento y de la prosperidad; El fué el escudo y protector que lo defendió de los más rudos y crueles ataques; El fué el obrero que lo cultivó y fecundó preparando su desarrollo prodigioso; El fué el bienhechor magnífico y el Padre amantísimo que ha derramado sobre él la abundancia de las gracias más extraordinarias y le ha prometido su protección perpetua que le aseguran una vida robusta, gloriosa e inmortal, sosteniéndolo si es necesario con maravillas y milagros.

Para probar la verdad de estas afirmaciones, basta pasar la vista por los escritos de la Santa Fundadora, y en casi todas sus líneas aparece el Sagrado Corazón enseñando, consolando, guiando y defendiendo de un modo sobrenatural y maravilloso a su Sierva.

En la imposibilidad de citar todos los pasajes de sus escritos que dicen relación a esta intervención sobrenatural del Sagrado Corazón en la vida de la Hermandad, porque para esto sería necesario copiarlos íntegros, bastará poner algunas palabras y pasajes:

“Al día siguiente de la Octava del Corpus Christi me dió a entender este divino Corazón que era su voluntad que dejara este santo retiro para fundar una Hermandad de Caridad, donde El pudiera descansar a su gusto y ver remediadas todas las necesidades de la humanidad enferma de cuerpo y alma. Acepté con gusto este sacrificio y en el mismo momento le consagré por entero la futura Hermandad”.

“Quería yo poner a la Hermandad bajo la advocación del Corazón de Jesús, pero El me dió a entender que era voluntad de la su Madre Santísima que se pusiera bajo la advocación de Santa Ana”.

“Claramente se ve — dice en otro de sus escritos — la grande misericordia y las muchas mercedes que el divino

Corazón de Jesús derrama sobre esta Hermandad, que suya es desde el instante de su fundación, y bien me ha dejado sentir su paternal protección en todos los apuros y dificultades de mi vida. ¿Quién sino El ha sostenido esta Hermandad?”

En otros escritos dice: “El Sagrado Corazón ha sido el Piloto de esta pequeña Hermandad en las grandes tribulaciones y peligros por que ha pasado, queriendo el infernal enemigo destruirla en los grandes disturbios de la nación”.

“Por voluntad manifestada de este Sagrado Corazón, voy a considerar todo lo que me hizo ver y entender para el bien de esta su Hermandad”.

“Este Corazón de mi dulce Jesús no me deja tranquila hasta que escriba todo lo que El quiere para el bien de esta su Hermandad”.

“Me comunicó el Corazón de Jesús que la Hermandad sería muy perseguida y humillada; que así convenía para mejor cimentarla; pero que prevalecería contra todo, que El sería siempre su Piloto”.

En las promesas que en la hora de su muerte la hizo el Sacratísimo Corazón, son las primeras las que se refieren a esta protección del S. Corazón sobre la Hermandad; así dice la 1.^a: “Que El velará siempre por esta Hermandad”. 2.^a: “Que siempre habrá en ella almas donde El pueda descansar a su gusto”. 3.^a: “Que esta Hermandad, que fué fundada a semejanza de su apostolado, prevalecerá hasta el fin de los tiempos, conquistándole muchas almas”.

“Si todas son lo que deben ser, nada teman, teniendo como tenemos como Piloto de la Hermandad al Corazón de Jesús. En El encontrarán todo, y por El y pidiendo en su nombre conseguirán verdaderos milagros; a mí me ha hecho muchos durante mi dilatada y azarosa vida”.

“Y como al que mucho se le ha dado, mucho le será

demandado, nunca me cansaré de recomendarles el agradecimiento y amor al Corazón de Jesús por los incontables beneficios que derrama sobre esta su Hermandad y los que ha de derramar hasta el fin de los siglos si cumplen gustosas sus mandatos”.

“Grande fué mi alegría cuando el Corazón de Jesús me aseguró que esta Hermandad era suya y que perduraría contra todo; que no ambicione muchas Hermanas, sino que en los corazones de las que haya pueda El descansar y recrearse, ya que son pocas las almas que le dan buena acogida”.

“¡Qué amor tan grande nos tiene el Corazón de Jesús a todos y cuánto espera de esta su amada Hermandad! Más de una vez me ha manifestado los grandes designios que tiene sobre ella”.

“Por esto el Corazón de Jesús me aseguró que esta Hermandad la fundó para su descanso y consuelo”. Esto lo repite muchas veces en sus escritos.

El S. Corazón, entre las inmensas y excelsas gracias que dispensa a su Hermandad, promete una, la más grande y preciada: la salvación eterna a todas las que perseveren y mueran en el seno de la Hermandad. “Así me lo ha dado a entender muchas veces el S. Corazón, que todas las que perseveren muriendo en la Hermandad se salvarán”.

Hoy existen en la Iglesia católica muchas y beneméritas Congregaciones religiosas que ostentan el nombre del Sagrado Corazón de Jesús y están consagradas a su culto, a la propagación de su devoción y a la reparación de las ofensas que le infieren con sus pecados, infidelidades y blasfemias los hombres; pero seguramente no hay ninguna que como la Congregación de Santa Ana se haya fundado por inspiración y revelación expresa del S. Corazón; ninguna que haya recibido favores tan singulares y gracias tan extraordinarias; ninguna sobre todo que haya escuchado tan dul-

ces y consoladoras promesas de protección y de engrandecimiento.

No es por esto una afirmación gratuita y temeraria decir que el Instituto de Hermanas de la Caridad de Santa Ana es la primera Congregación fundada por el Corazón de Jesús para su consuelo, descanso y gloria y para la extensión de su culto y de su reinado en el mundo, y en el espíritu, sino en el nombre es verdadera Congregación del S. Corazón de Jesús.

CAPITULO V

Las Constituciones

El espíritu de la Congregación es, como se desprende de lo dicho en los capítulos anteriores, un espíritu fuerte y suave, humilde y generoso, que levanta las almas en las alas del amor, que hace fácil y suave el yugo y la carga ligera a las cumbres de la perfección para desde allí volar con alegría y diligencia sobre todos los campos de la caridad.

Podemos condensar este espíritu en estas breves palabras: las Religiosas de Santa Ana han de ser primero esposas de Cristo, consagradas por entero a su amor, y después Hermanas, Madres y Maestras de los enfermos, de los desgraciados y de las niñas, consagradas también por entero a su servicio.

Este espíritu de caridad y piedad, que es el espíritu de la M. María, el que la movió a crear la Hermandad, que es, sobre todo para aquellos tiempos, una concepción maravillosa, en la cual supo poner la quintaesencia de la perfección religiosa, o sea la vida interior, conciliada y armonizada maravillosamente con las ocupaciones y ejercicios de la caridad más amplia y heroica y con los ministerios de la enseñanza, costó grandes fatigas, trabajos y ansiedades a la Sierva de Dios conseguir concretarlo y expresarlo fielmente en las Constituciones y Reglas de la Hermandad, de tal modo que esas Reglas fuesen expresión fiel de ese espíritu, reflejo limpio y puro, sin adiciones, mixtificaciones e ingerencias extrañas que lo deformaran o debilitaran.

Al constituirse la Hermandad en el Hospital de Nuestra Señora de Gracia estaba sometida directamente a la Sitiada,

y en un principio se rigió por ciertas reglas que redactó el P. Bonal, de acuerdo con la Sitiada y con los consejos e inspiración de la M. María. Pero esas reglas no eran definitivas, ni una constitución orgánica ni completa de la Hermandad.

Este Reglamento primitivo, contenido en un cuadernito de cuarenta y cuatro cuartillas, recogió las aspiraciones y expresó el espíritu de la Hermandad como lo entendían los fundadores el P. Bonal y la M. María Rafols. y al mismo tiempo las medidas y órdenes acordadas por la Sitiada para el gobierno y condiciones de admisión y estancia de las Hermanas en el Hospital. En las disposiciones inspiradas por la Sitiada, se advierte el deseo de tener en las Religiosas, enfermeras diligentes, abnegadas, obedientes y económicamente que sustituyeran con ventaja a los antiguos sirvientes. En las reglas del P. Bonal se ve al director espiritual, al hombre apostólico que trata de levantar a las Hermanas a las cumbres de la perfección sobrenatural en alas de las virtudes y consejos evangélicos, de depositar en su corazón la semilla de la caridad, del amor de Dios, del cual son fruto natural la abnegación, la obediencia, el trabajo, el sacrificio que buscaba en ellas la Sitiada y que no tiene el corazón humano por sus solas fuerzas, sino sólo cuando está transfigurado por la gracia divina.

En estas Constituciones hay reglas muy útiles, sabias y prudentes sobre la caridad que debe animar a las Hermanas; sobre la manera de practicar todos los ejercicios espirituales y corporales, que “harán con espíritu de humildad, de sencillez y caridad, uniéndolos a los que Jesucristo hizo en la tierra”; sobre el aborrecimiento del mundo y la mortificación interior; sobre la observancia de los votos religiosos; sobre la oración, la confesión y la comunión y sobre la distribución del tiempo.

No podemos resistir al deseo de copiar unos párrafos

de estas primitivas Constituciones, que revelan muy expresiva y bellamente el espíritu de la Hermandad: “Bien entendido que ni la oración diaria, ni la confesión y comunión semanal, ni el capítulo mensual de culpas, ni los ejercicios espirituales han de ser embarazo para el fin a que han sido recibidas las Hermanas; de tal suerte, que si a un mismo tiempo surgiere la asistencia a algún enfermo y llamase la hora de confesión y comunión, que es lo más venerable que en la vida espiritual puede ocurrir, esta devoción deberá omitirse por entonces para acudir a la obligación de la caridad del enfermo necesitado”.

“Si el corazón humano hubiera penetrado los preceptos del santo Evangelio, sabría que el que no renuncia con el afecto las cosas que posee, no puede ser discípulo de Jesucristo; entendería que los que aman a su padre, a su madre, sus hijos, hermanos y su propia voluntad más que a Dios, no serán dignos de Dios; comprendería que quien no recibe la cruz que la divina Providencia le ha preparado y sigue a Jesucristo por el camino de la humildad, de la paciencia, de la verdadera mortificación de sus pasiones, apetitos y malos deseos de la castidad más pura, de la obediencia más pronta y de la conformidad más entera con el querer divino, no entrará en la escuela del Señor ni será digno discípulo e imitador suyo. Este es el espíritu de la Religión que profesamos; esta es la vida oculta, pero santa, perfecta, inmaculada, que está escondida con Christo en Dios, como decía San Pablo. Esto es vivir, no en nosotros, ni según el espíritu del mundo, sino Christo en nosotros, como decía el mismo Apóstol. Ayunar, velar, tener largas oraciones, usar de grandes mortificaciones corporales y otras cosas como estas no constituyen la perfección de un buen espíritu; pueden concurrir a formarlo en nosotros, si están gobernadas por la prudencia y animadas de la fe práctica, que obra por la caridad; pero desnudarnos del viejo Adán; negarnos a nos-

otros mismos; vestirnos de las virtudes del nuevo Adán, Christo Jesús, según sus ejemplos, y no apartarnos de su voluntad en todas nuestras obras, palabras y pensamientos, esta es la esencia, la substancia, la perfección y santidad verdadera de un espíritu bueno”.

Después de la ocupación de Zaragoza por los franceses en 1809, fueron destituidos los Regidores de la Sitiada y nombrados por los invasores otros Regidores entre gente afecta a su dominación, presididos por el P. Santander, Obispo auxiliar de Zaragoza. El primer cuidado del nuevo presidente fué redactar unas Constituciones que no reflejaban sino que eran opuestas al espíritu de la Hermandad y que impuso a las Hermanas, con la protesta respetuosa pero firme y enérgica de la Madre María Rafols. Cuando los franceses evacuaron la ciudad en 9 de Julio de 1813 y fueron restituidos a sus cargos los antiguos Regidores de la Sitiada, destituidos por los invasores, fueron abolidas las Constituciones del P. Santander y la Hermandad volvió a regirse por las primitivas del P. Bonal.

Pero todos sentían, y más que nadie la celosa Fundadora, la necesidad de dar a la Hermandad, para la perfecta organización y estabilización de su vida, nuevas Constituciones, emanadas y refrendadas por la autoridad eclesiástica. Accediendo a estos deseos, el Arzobispo de Zaragoza, D. Manuel Vicente Martínez, en el año 1818, dió encargo de redactar estas nuevas Constituciones a dos sabios y preclaros prebendados, D. Pedro Valero. Obispo electo de Gerona, y D. Benito Fernández de Navarrete, Deán. Después de detenido estudio y de consultas con la Sierva de Dios, los ilustres canónigos escribieron las Constituciones, que fueron aprobadas por la Sitiada en 18 de Noviembre de 1818; pero por las circunstancias aciagas y dolorosas de aquellos tiempos, no comenzaron a regir la vida y los destinos de la Congrega-

ción hasta el mes de Julio de 1824. Estas Constituciones, que acertaron a expresar con bastante fidelidad el pensamiento y los deseos de la Fundadora, son sustancialmente las mismas por las que se rige actualmente el Instituto. De todo esto hablaremos más detalladamente en otro libro de la obra.

Estas Constituciones no son las últimas y definitivas de la Congregación.

El S. Corazón de Jesús, Maestro y Padre del Instituto, inspira a su Sierva las reglas y consejos cuyo cumplimiento será la garantía de la prosperidad y adelantamiento espiritual de la Hermandad.

Estas divinas enseñanzas las consignó la Sierva de Dios en sus escritos por mandato del S. Corazón, para que, conforme a ellas, se redacten las nuevas Constituciones de la Congregación.

En esos escritos habla la inspirada escritora con celestial sabiduría, de todos los actos, manifestaciones y detalles de la vida religiosa; de la eficacia del dolor como medio de santificación, del deseo de padecer para asemejarse a Jesucristo y desagraviarle por las ofensas que recibe, de las dulzuras exquisitas e inefables que se ocultan bajo las asperezas de la cruz, del buen empleo del tiempo, de la manera de practicar con provecho los ejercicios espirituales, del celo por la salvación de las almas, de la vida interior y de sus excelencias, del método para andar siempre en la presencia de Dios y hacer la oración con espíritu y devoción, de las virtudes, que son fruto y corona de la vida religiosa, el silencio, el recogimiento, la humildad, la mortificación, el desprendimiento, la pobreza, la castidad, la obediencia; expone ideas atinadas y bellísimas sobre la caridad y la misericordia y el modo de practicarla con los enfermos y desvalidos; recomienda con palabras encendidas y fervorosas las prácticas de la piedad, el amor a la Eucaristía, al S. Corazón, a la Pasión del Sal-

vador, a la Virgen Santísima y a los Santos Patronos de la Hermandad; encarece la importancia del buen gobierno de la Superiora general y de las Superiores locales y da reglas sapientísimas para conseguirlo; trata de las cualidades que han de tener las Maestras de las Probantes y de las Novicias, y les enseña el camino que han de seguir para su formación; desciende en fin, a todos los aspectos y detalles de la vida religiosa, a las visitas, salidas y correspondencia de las Hermanas, a sus enfermedades, a sus vestidos, al trato mutuo entre ellas y con las personas extrañas, y no hay aspecto ni faceta de la vida religiosa que no ilumine y sobre la cual no proyecte las divinas enseñanzas que recibe de su Maestro inmortal, el S. Corazón. En esos escritos está trazado con precisos y magistrales rasgos el tipo ideal, el ejemplar perfecto de la Hermana de Santa Ana y que cristalizaba con brillantes fulgores en la Sierva de Dios.

El S. Corazón manda que, conforme a estas enseñanzas que inspira a su amadísima Hija, un P. Jesuíta, prudente y santo, componga y escriba las nuevas Constituciones de la Congregación. “Quiero — la dice su dulce Jesús — que consignes en tus escritos que cuando yo quiera que se encuentren, la M. Presidenta general los entregue a un santo teólogo Jesuíta, para que con ellos haga unas nuevas Constituciones conforme a los deseos de mi Corazón, que yo le inspiraré. Ya que el P. Juan y tú no habéis podido realizar estos mis deseos, yo haré que todo se realice”.

Estas Constituciones serán nuevas en la forma y en la letra, pero no en la sustancia y en el fondo, porque no serán sino expresión fiel y más detallada del espíritu que siempre ha inspirado y vivificado a la Congregación. “No piensen — dice — que las Constituciones que hagan serán nuevas, sino que son tan antiguas como la Hermandad, pues aunque no hemos podido formarlas en la letra, las vivimos en el espíritu”.

Con estas Constituciones la Sierva de Dios quiere fomentar en sus Hijas la verdadera religión y piedad, la religión en espíritu y en verdad, que consiste en el afecto interior, en la rectitud de la intención, en la negación y renunciamento propio, más que en la multiplicación de las obras exteriores, de las oraciones y devociones vocales. “Cuando se pongan en ejecución las nuevas Constituciones, haga la M. Presidenta general que se cumplan con exactitud, pero que no añadan otras devociones, pues no consiste la virtud en hacer muchos rezos vocales, sino en cumplir bien con los que marca la regla y hacerlos con fervor y uniformidad”.

Estas Constituciones, que serán como la concreción y la síntesis de todas las reglas, consejos e ideas que escribe por mandato e inspiración del S. Corazón, las han de cumplir las Hermanas con la mayor exactitud, diligencia y fervor, y muchas veces en sus escritos repite que a esta fiel observancia está vinculada la vida perpetua, el progreso y el engrandecimiento que, según las promesas del S. Corazón, ha de conseguir la Hermandad. “Les recomiendo—dice en uno de sus escritos—una vez más que observen con exactitud las santas reglas propias de la Hermandad, y cuando llegue la hora de formar las nuevas Constituciones, con los avisos y consejos que les dejo escritos por voluntad del Corazón de Jesús, se dobleguen todas a ellos con buena voluntad; piensen: ¿quién resiste a los mandatos del Corazón de Jesús? Lo hagan todo con gusto y le den gracias a este S. Corazón por tantos beneficios que dispensa a esta su Hermandad”. “Una vez más les suplico — dice en otro de sus escritos — que procuren con todo empeño poner en ejecución todo lo que con tanta repugnancia les dejo escrito... Tengan siempre presente que es su voluntad que todo lo lleven a la práctica, y confío que todas lo harán muy gustosas”. “No sé cuándo saldrán a la luz todos mis escritos; pero sí tengo la seguridad que serán encontrados cuando se necesiten, y pobre de la

Hermandad si los que están al frente de ella no trabajan para que se pongan en práctica todos mis deseos, por ser esta la voluntad del Corazón de Jesús, pues sólo escribo lo que El quiere que escriba; nada es mío”.

Descubiertos los escritos de la Sierva de Dios, el S. Corazón dispondrá seguramente las cosas de tal manera, que pronto aparezcan las nuevas Constituciones, que abrirán, según sus promesas, horizontes nuevos y dilatadísimos campos al celo y a la caridad de la Congregación de Santa Ana, para gloria de Dios, extensión de su santo reinado en la tierra, santificación de las almas y consuelo de los enfermos y desgraciados.

CAPITULO VI

Expansión y admirable desarrollo de la Congregación y sus numerosas obras de caridad

Vivificada la Hermandad por ese espíritu tan santo y elevado que hemos admirado en los capítulos anteriores, y protegida y guiada por su divino Piloto el S. Corazón, superó todas las tempestades y dificultades, venció los peligros de las guerras y de las maquinaciones de hombres perversos que amenazaron en un principio su vida, saliendo de todos ellos con alguna herida y desmoche que robusteció su vigor, como el árbol se robustece por la poda de sus ramas, y arraigó tan profundamente, que nada ni nadie ha podido destruirla, teniendo una vida exuberante y vigorosa y un desarrollo verdaderamente prodigioso; el árbol plantado por la M. María ha crecido hasta alcanzar proporciones insospechadas. Fué como el grano de mostaza de la parábola evangélica, que pronto creció hasta convertirse en el árbol frondoso que hoy vemos con admiración y gratitud extender por España y hasta más allá de los mares las ramas floridas y pomposas de sus numerosas fundaciones, que brindan a miles de enfermos y de desgraciados los dulces frutos de una caridad generosa que llega al sacrificio y al heroísmo, y a miles de niñas la sombra bienhechora de una educación esmerada y cristiana. ¡Arbol maravilloso de savia y vida inagotable, porque la M. María había hundido sus raíces en el Corazón de Cristo y apoyado en el Pilar de la Virgen!

La Sierva de Dios presintió y profetizó este desarrollo y crecimiento de la Hermandad. “Me decido—dice—a escri-

bir estos consejos que los creo necesarios para los tiempos venideros, pues presiento que se ha de extender la Hermandad". "Con mucha claridad he visto que la Hermandad crecerá mucho y que acudirán a ella muchas jóvenes".

En muchas otras ocasiones el S. Corazón descorre ante los ojos de su amadísima Sierva el velo del porvenir de la Hermandad, asegurándole una vida perpetua, porque El no la abandonará nunca.

"Grande fué mi alegría cuando el Sagrado Corazón de Jesús me aseguró que esta Hermandad era suya y que perduraría siempre".

Notables y sorprendentes son las palabras que consigna la Sierva de Dios, en uno de sus escritos, sobre la vida de la Hermandad y su porvenir y desarrollo. "Me comunicó el Corazón de Jesús que por muchos años la Hermandad sería desconocida de todos, pero que llegará día que, si ponen en práctica los consejos que les dejo escritos por voluntad de su Sagrado Corazón, se extenderá por todo el mundo y será tan conocida como la Compañía de Jesús, que la fundó, lo mismo que nuestra Hermandad, para su descanso y recreo".

Y hace de la Compañía de Jesús, siempre tan fiera como injustamente perseguida y calumniada, este sentido y merecidísimo elogio: "Me hizo ver de una manera muy clara que se complace mucho su divino Corazón en los hijos de San Ignacio, que son muy amados de su Corazón, porque corresponden en un todo a los altos fines que les ha confiado y que nunca le faltan, ni le faltarán muchas almas muy blancas y puras donde El pueda descansar a su gusto. Vi muy claramente que se complace el Corazón de Jesús en los PP. Jesuítas por el celo con que trabajan por la salvación de las almas, por la fiel observancia de sus reglas como en sus primitivos tiempos, por el buen ejemplo que dan siempre en su porte exterior y sobre todo por lo mucho que propagan la devoción a su Sagrado Corazón. Un día, estando en la oración, me dijo

el S. Corazón de Jesús: "Hija mía, quiero que entre los hijos de Ignacio y tus hijas haya grande semejanza; son las dos Instituciones muy amadas de mi Corazón, porque entre las dos formáis todo el conjunto de mi vida pública y privada".

El Instituto fué creado exclusivamente para el servicio de los enfermos del Santo Hospital de Nuestra Señora de Gracia de Zaragoza y en él permaneció recluso durante muchos años. Fué éste un gran bien para la Hermandad, porque durante esos años, en los que todas las Religiosas vivieron juntas bajo la dirección de la Fundadora, recibiendo la inspiración y fuerza de sus consejos y de sus ejemplos, fortaleciéndose mutuamente para seguir el camino de la perfección despertándose entre ellas una emulación santa en el ejercicio de la caridad, procurando cada una aventajar a las demás en el sacrificio, en el trabajo y en el desprendimiento, robusteció su organización y adquirió la vitalidad necesaria para desarrollarse con maravillosa pujanza, manteniendo la identidad de espíritu, de formación y aspiraciones; porque un desarrollo prematuro y rápido hubiera podido debilitar ese espíritu y perder en intensidad lo que ganaba en extensión.

Merced al celo, a la dirección, al trabajo incesante, a las oraciones y al ejemplo de la insigne Fundadora, la Hermandad fué un jardín, un campo fecundo, un plantel de almas santas que florecieron con las fragantes flores de la humildad, mortificación, mansedumbre, caridad, amor al sufrimiento, brotadas en su corazón por el espíritu que la Sierva de Dios infiltró en la Hermandad, como esencia y savia de su vida. "No hay duda—dice, hablando de las Hermanas que murieron en los Sitios de Zaragoza—que fueron muy santas y unas verdaderas discípulas del Corazón de Jesús, a juzgar por los frutos que dieron, y no sólo las primeras, sino que todas las que han muerto hasta esta fecha han dado pruebas

de seguir muy de cerca a nuestro divino Salvador por el camino del Calvario y sin murmurar, ni quejarse nunca de sus tribulaciones, ni de sus males por grandes que hayan sido, convencidas siempre y muy agradecidas de que Nuestro Señor las llevará siempre por el camino de la Cruz. Por la misericordia de Dios todas estamos ahora movidas de estos mismos sentimientos y de seguir con alegría y en silencio el espinoso camino que aún nos queda por recorrer”.

La Sitiada se oponía siempre a las nuevas fundaciones de la Hermandad. Había ésta nacido en el Hospital bajo la égida de su autoridad y quería monopolizar su vida y sus servicios.

De muchas partes adonde habían llegado las noticias de las virtudes y caridad extraordinaria de las Hermanas, de los provechosos resultados de su gestión al frente del Hospital, de la transformación admirable en él realizada, de los bienes y consuelos que los enfermos reportaban de sus cuidados y del aumento de sus recursos, limosnas y rentas por su acertada y escrupulosa administración, fueron solicitadas con empeño e insistencia por corporaciones, autoridades y pueblo; pero siempre opuso resistencia la Sitiada, y sólo por consideración especialísima al Obispo de Huesca, D. Joaquín Sánchez Cutanda, que era presidente de la Sitiada, por pertenecer entonces el edificio del Hospital a la Parroquia de Santa Engracia, que, como es sabido, pertenece por privilegio secular y extraordinario al Obispado de Huesca, consintió el año 1807 que saliera la Hermana Teresa Calvet, mujer de mucha virtud, de mucho desembarazo, de mucha caridad y de un genio el más a propósito para su desempeño, como dicen los Regidores de la Sitiada, para hacer la fundación en el Hospital de Huesca, donde, como antes en el de Zaragoza, se advirtieron pronto los beneficios de su actuación.

“En el año 1817 nos escribieron — dice la Sierva de Dios—de Madrid altas personalidades y entre ellas el señor Conde de Sástago, sabedores de nuestros servicios durante los asedios, para que nos encargáramos del cuidado del Hospital de aquella Corte, y cuando ya estaba todo muy adelantado y ya habíamos escrito a las Hermandades de Valls y Cervera para completar el número de Hermanas que hacían falta, los señores Regidores nos dijeron que si íbamos a Madrid nos quitarían del Hospital, y ante tan gran dificultad tuvimos que desistir. No menos era el interés del señor Palafox por nuestro establecimiento en Madrid, pero no hubo medio de conseguirlo, porque la Ilma. Sitiada se negó a darnos el permiso, alegando que al traernos fué solamente con el fin de que estuviéramos en este Hospital y no en ninguna otra parte”.

De Canarias también solicitaron a las Hermanas en 1824, pero se negó la Sitiada, alegando además, por medio de Mosén Juan Bonal, como motivo, el estado precario a que había llegado la Hermandad, por el escaso número de Hermanas que habían quedado después de los terribles y dolorosos quebrantos padecidos en la guerra de la Independencia y que aún no habían podido ser reparados.

Pero no podía estar siempre encerrada en los estrechos límites de la primitiva fundación; su vida era ya exuberante y rebasaba los bordes de aquel pequeño vaso, derramándose por otras partes. Las plagas y epidemias que flagelaron a Zaragoza y a los pueblos de Aragón en el año 1855 fueron la ocasión preparada por la Providencia para la expansión y desarrollo de la Hermandad. Solicitadas con empeño y tenacidad en la terrible epidemia cólerica que en ese año de 1855 anegó en llanto y cubrió de duelo multitud de hogares, y llenó de enfermos los hospitales y de muertos los cementerios, por muchos pueblos de Aragón, acudieron magnánimas y generosas, y reviviendo en ellas el heroísmo de su

Santa Madre, salieron del Hospital y fueron a los pueblos, al encuentro de la muerte, afrontando con alegría los mayores peligros y asombrando a las gentes con los prodigios de su caridad sobrehumana; los amigos y parientes aterrados huían y se apartaban de los enfermos, sin que pudieran retenerlos los lazos de la amistad ni del parentesco, y ellas en cambio prodigaban sus cuidados a unos extraños desconocidos y por ellos desafiaban la muerte, sostenidas por la caridad, que es más fuerte que la sangre, que la amistad, que la misma muerte. Conmovidos y entusiasmados los pueblos por este heroísmo de las Hermanas, querían retenerlas a toda costa, y el gobierno comprendió que no era ya justo privar a los pueblos de sus beneficios ni impedir su expansión, y a instancia del Gobernador civil de Zaragoza, señor Cardero, el Gobierno, por R. O. de 8 de Julio de 1857, autorizó a la Hermandad para hacer nuevas fundaciones y extenderse por todas partes.

“En la epidemia—dice un documento oficial de la época—que tan cruelmente castigó a España en el año 1855, Zaragoza ni su provincia no podrá olvidar jamás los actos heroicos de caridad que hicieron las veintidós Religiosas que había en aquella época en el Hospital de Nuestra Señora de Gracia; y lo más notable fué ver cómo se multiplicaban, pues con tan corto número de Hermanas asistieron a dieciocho pueblos de la provincia, en vez de descansar después de haber pasado muchos días sin dormir ni de día ni de noche, por los muchos apestados que tenían, para quienes se abrió un nuevo Hospital en el Cuartel llamado de Convalecientes. Sin descanso ni tregua se les vió a las Hermanas a la cabecera de los enfermos, tratándoles con la mayor caridad y sirviéndoles hasta en lo más repugnante. El gobernador civil de Zaragoza en aquella época, Sr. Cardero, que presencié diariamente sus esfuerzos de caridad, se llenó de contento y no pudo dispensarse de dirigirles un voto de gracias, acompañándolo con

expresión, protesta de su ánimo agradecido y admirado de cuanto había sucedido a su vista durante todo el tiempo del cólera. Al ver el señor Gobernador los buenos servicios que habían prestado las Hermanas de la Caridad de Santa Ana en el cumplimiento del cuidado de los enfermos y más en tiempo de epidemia, en que ordinariamente todos huyen de los apestados, vió que no había derecho a que se viesen los pueblos privados de unas Religiosas que tanto bien hacían a la humanidad, y por eso, aunque para la fundación y venida de las Hermanas la Ilma. Junta de gobierno había procedido con autorización Real por estar este Hospital bajo el Real Patronato, sin embargo carecían las Hermanas de las facultades necesarias para otras fundaciones”.

“Por esta razón, el dicho Gobernador civil de la provincia obtuvo del Gobierno de Su Majestad, en 8 de Julio de 1857, una R. O. para que este humanitario Instituto pudiera propagarse por toda España”.

El autor anónimo de una breve historia del Hospital de Gracia pondera la heroica caridad de las Hermanas en esta epidemia colérica con estas bellas palabras: “¿Quién debía prestarle sus auxilios? (a la población apestada). En las enfermedades ordinarias tal vez lo hicieran los parientes, los amigos y los vecinos; pero en las enfermedades contagiosas que, como el cólera morbo, llevan en pocas horas al sepulcro a los más fuertes y robustos, poquísimos son los que tienen tanta generosidad y desprendimiento. Esto hicieron, sin embargo, con un valor que admira, las Hermanas de la Caridad de Santa Ana. Sin aumentar su escaso número, tuvieron que prestar sus caritativos servicios, a más del Hospital que les estaba confiado, a otro nuevo que les fué preciso abrir, a causa del extraordinario número de invadidos. Con todo, a nadie faltó la debida asistencia, porque las Hermanas suplían su número con la multiplicación del trabajo. De día y de noche, sin darse apenas un momento de reposo, y en medio de una

atmósfera asfixiante y mortífera se las veía siempre a la cabecera de los coléricos, y no sólo para suministrarles las medicinas que prescribía la ciencia, sino también para ejercer con ellos los oficios más bajos y repugnantes. Quien en tales circunstancias visita, aunque sea por breves ratos, los hospitales, prodigando palabras de consuelo u otros útiles recursos, merece los aplausos y la admiración de todo el mundo; ¿qué es, pues, lo que debiera hacerse con esas mujeres extraordinarias, quizás tiernas y delicadas doncellas, que, con su cariño que nunca mengua, y con una sonrisa que nunca se apaga, y sin salir un sólo instante a respirar un aire más puro, están de continuo consolando y sirviendo inmediatamente a los coléricos, recogiendo bondadosas aquel aliento y aquellos residuos que traen consigo el asco y la muerte? Y ellas que derraman sentidas lágrimas ante el cadáver del que, después de haber pagado sus buenos servicios con palabras de insulto, sucumbe impenitente, permanecen tranquilas ante el cadáver de la Hermana querida, que ha muerto víctima de su deber, porque la caridad es a la vez inagotable, tratándose de salvar la vida eterna de las almas. Tal fué el proceder, tan admirables los ejemplos de heroica caridad que dieron las Hermanas de Santa Ana, en las citadas epidemias”.

También dieron pruebas edificantes y admirables de esta caridad heroica en otras epidemias. En la fiebre tifoidea que afligió a Zaragoza en el año 1860, su conducta mereció, de testigos de su heroísmo, estas palabras de admiración y encomio: “Dignos son también de que se consignent aquí los servicios prestados por las Hermanas de la Caridad de este Hospital de Zaragoza, durante la considerable aglomeración de enfermos que en el mismo tuvo lugar el año 1860, y principalmente en el desarrollo de la fiebre tifoidea, que tantas víctimas causó. Las mismas Hermanas fueron atacadas del contagio en número de trece, de las cuales fallecieron siete en el breve término de un mes; siendo lo más admirable

que, ni con el excesivo trabajo, ni con la muerte, que arrebató de su compañía a sus queridas Hermanas, desmayaron un punto; antes redoblaron sus infatigables esfuerzos, multiplicándose y acudiendo a todo con el sobrehumano vigor que la caridad les daba. La Junta Provincial de Beneficencia, que presenció todo esto, no pudo menos de dar un claro testimonio de gratitud y del muy alto aprecio que de las Hermanas tenía, en un oficio dirigido a la Madre Superiora de las mismas, con fecha 22 de Mayo, confesando y agradeciendo el celo incansable de las Hermanas de esa Congregación que, sin pararse a contar las bajas, que en las mismas hacía el contagio de la enfermedad, prodigan sus cuidados y consuelos a los pobres enfermos”. A este oficio tan laudatorio contestaron las Hermanas, en 28 del mismo mes, con otro, dictado por la verdadera caridad evangélica, en el cual daban las gracias por la distinción recibida, pero atribuyéndolo todo al Señor, por quien estaban dispuestas a sacrificarse, viéndole siempre en la persona de los enfermos.

No queremos dejar de copiar en este lugar el expresivo y elocuente elogio que de la Congregación escribe el célebre literato Antonio Flores en la crónica del viaje de los reyes D.^a Isabel y D. Francisco de Asís en el año 1860: “En cuanto al aseo verdaderamente lujoso que en él se observa, y a la cariñosa y prolija asistencia que se da a los enfermos, con decir que son Hermanas de la Caridad las encargadas de estos servicios, lo habríamos dicho todo, si se tratara de las Hijas de San Vicente de Paúl; pero no son éstas, sino otras Hermanas de la Caridad, creadas expresamente para el Hospital de Nuestra Señora de Gracia, y de cuyo Instituto creemos que salen también para asistir en otros hospitales de Aragón y aún de Navarra...”

“De todos modos, y cualquiera que sea la antigüedad de ese Instituto, los efectos que produce en el Hospital de Gracia son admirables. La abnegación, el cariño y la solicitud

con que aquellas nobles mujeres se consagran al socorro y al amparo de la humanidad enferma y desvalida, exceden a todo encarecimiento. El interés con que las enfermeras observan los más mínimos accidentes de los casos que tienen a su cargo, la dulzura y el amor con que tratan a los enfermos para la aplicación de las medicinas, la fe con que los exhortan a sufrir los dolores y las privaciones y el valor con que exponen su salud y su vida por salvar la vida y la salud de sus semejantes, las hacen acreedoras a la consideración y al respeto de la sociedad”...

Mientras vivió la M. María, Dios no quiso que sus Hijas se separasen de su lado. Como los Apóstoles mientras vivió el Señor permanecieron siempre junto a Él, bajo la luz y la influencia de sus enseñanzas y de sus ejemplos, y sólo se difundieron por el mundo para ofrecer a los hombres sentados en sombras de muerte los frutos de la Redención y la luz del Evangelio, después de la Ascensión a los cielos, así aquellas Religiosas, mientras vivió la Madre, permanecieron siempre unidas a ella bajo el calor de sus cuidados y de su dirección, y sólo se esparcieron después de su muerte.

Así lo dispuso el Maestro y Fundador divino de la Hermandad, el Sacratísimo Corazón de Jesús: “El — dice la Sierva de Dios — me dió a entender que mientras yo viva la Hermandad será poco numerosa, pero que después El se encargará de extenderla”.

“Hasta el año 1855—dice un historiador del Hospital— permanecieron las Hermanas sin salir del Hospital de Nuestra Señora de Gracia por ser fundación exclusivamente hecha para dicho Real Hospital. Gran bien se siguió de esto, pues como estuvieron tantos años las Hermanas sin salir de la cuna de su fundación y bajo la dirección de su Madre Fundadora, de ella aprendieron sus Hijas a ser abnegadas, humildes, sacrificadas, heroicas, y con aquella sencillez y caridad

que sentían en sus almas, gustosas exponían sus vidas voluntariamente en servicio de los apestados”.

Fué esto necesario para que el fuego de su espíritu no se extinguiese nunca. Fueron necesarios esos años de preparación, años comparables al invierno, donde cayeron sobre la Hermandad las escarchas y lluvias de muchas dificultades, persecuciones y sacrificios que sirvieron para arraigarla y fecundarla, dándole una savia tan abundante que la hiciese crecer y desarrollarse de un modo incomparable.

La crisálida rompió al fin su envoltura y se convirtió en mariposa de alas irisadas y brillantes, que voló por dilatados campos y desplegó su actividad y sus divinas energías en numerosas fundaciones, donde libó en las rojas flores del dolor, de la enfermedad y de la miseria la miel dulcísima de la caridad más acendrada y heroica.

No es posible ni es nuestro propósito hacer la historia de todas esas fundaciones; sólo diremos que se han difundido por casi todas las regiones de España, y en todas han dejado como señal de su presencia luminosa estela de beneficios. En Hospitales, en Colegios, en Hospicios, en Inclusas, en Manicomios, en Casas de Salud, en toda clase de establecimientos de beneficencia y en Colegios y Escuelas han aparecido siempre como ángeles de la caridad y como fervorosas religiosas, fieles al espíritu de su Santa Madre, revelando en sus actos y en su vida aquellas virtudes que fueron las características de la Fundadora y que ella imprimió como sello imborrable y señal distintiva en sus Religiosas, teniendo todas la misma fisonomía moral, la fisonomía de su Madre, o sea sencillez despojada y enemiga de vanidosas pretensiones; humildad y constancia en las obras de caridad; llaneza en su trato social; resolución heroica en cuantas empresas arduas han acometido y se han confiado a sus solícitos y perseverantes desvelos, y sobre todo abnegación y sacrificio,

generosidad y olvido de sí mismas para consagrarse a los demás.

Actualmente tiene la Congregación 2.500 Religiosas, repartidas en 130 fundaciones en España y América, en las cuales cuidan con la mayor solicitud y caridad a más de diez mil enfermos y educan cristianamente a quince mil niñas.

En todas estas fundaciones, su celo, su caridad, su previsión y diligencia han realizado maravillas y las han conquistado en todas partes el respeto, la admiración y el amor de toda clase de gentes.

Su caridad heroica las ha llevado con preferencia a los ministerios más difíciles, peligrosos y repugnantes; y sólo quiero citar como ejemplo de ese ardimiento de su caridad, de esta sed de sacrificio que las abrasa, sus fundaciones de América, en las Leproserías de Maracaibo y Cabo Blanco, que dirigen y gobiernan con aplauso y admiración del pueblo y gobierno de Venezuela hace cuarenta años.

Durante muchos años España envió al Nuevo Mundo heroicos navegantes, audaces soldados, aventureros temerarios, que desafiando sobre frágiles barcos los furoros de un océano desconocido, descubrieron y abrieron a la civilización esos países hermosísimos; había enviado misioneros y apóstoles celosísimos que difundieron en esas regiones la luz del Evangelio; había enviado negociantes y exploradores que explotaron y abrieron al comercio las fuentes copiosísimas y los veneros inagotables de sus riquezas; pero nunca había enviado España unos héroes como esas mujeres admirables, descubridoras también, no de nuevas tierras, sino de nuevos cielos iluminados por el sol de la caridad; conquistadoras también, pero no por la fuerza de las armas, sino por el encanto irresistible de su virtud; apóstoles también que predicaban el Evangelio con el ejemplo de su vida y los milagros de su heroísmo; negociantes también que iban a llevar los

ricos tesoros de su ternura y derramar sobre los desgraciados los dones de su caridad.

Para consagrarse a esta obra, para alistarse en este ejército que se lanza, atravesando el mar, a tierras lejanas y remotas a luchar contra enemigos terribles, el clima, la enfermedad, el contagio de la más hedionda y repugnante de las enfermedades humanas; para ir a encerrarse en una isla solitaria, rompiendo los afectos y los lazos más dulces del corazón, la familia, la amistad, la Patria, todas las cosas que encuentran eco armonioso en el alma, y consagrarse con peligro de su vida al cuidado de esos leprosos de aspecto horrible, monstruoso, desfigurado el rostro por horribles llagas, comida la carne, manchados y deformados los miembros que semejan y parecen, más que hombres, pavorosos espectros; esos enfermos que el mundo antiguo rechazaba como malditos y que inspiraban terror espantoso a los más valientes; para esta obra que requiere corazón de héroe y más aún que de héroe, porque ante ella retroceden los más audaces y valientes, se requiere corazón de santo; para esta obra nunca faltan voluntarias; al contrario, se presentan en tan gran número que todas quieren conseguir esa distinción que reputan como el más grande honor y el más honroso empleo; y las que se quedan, ven con santa envidia a las elegidas, porque son más afortunadas, pues en el patrimonio espiritual de la vida religiosa, cuyos tesoros son el sacrificio, la abnegación, el renunciamiento de todo lo humano, les ha correspondido y tocado una parte mayor y más copiosa.

En esas leproserías cuidan a más de mil leprosos y la transformación que en ellas realizaron fué maravillosa.

Sólo esta obra es bastante, si no tuviera acumulados tantos méritos y heroísmos en su historia no larga pero gloriosísima, para acreditar el Instituto y poner sobre su cabeza el laurel de las obras meritísimas que son honor de la Iglesia, de España y sobre todo de Zaragoza, donde nació y donde

está su Casa Madre, su Noviciado, vergel donde crecen y se desarrollan esas flores de tanta hermosura y delicado perfume; el horno donde se forja el acero de esos corazones femeninos tan heroicos y valientes; la escuela donde aprenden a ser santas y mártires.

CAPITULO VII

Las Superiores Generales

Las Superiores generales que han regido los destinos de la Congregación han sido varias después de la M. Fundadora: las Madres Tecla Canti, Teresa Períu, Josefa Codina, Magdalena Hecho, Dolores Marín, Martina Balaguer; todas fueron buenas religiosas, discretas y prudentes Superiores a las cuales debe gratitud la Congregación.

Este es otro de los privilegios y gracias concedidas por el Sacratísimo Corazón al Instituto, la seguridad de que todas las Superiores generales serán, según sus intenciones, rectas y fieles gobernantes de la Congregación, ayudándolas en su gestión para que sea santa y acertada hasta con prodigios y milagros, si es preciso. “La Madre Presidenta general—dice—que tenga buen ánimo; el Corazón de Jesús y la Virgen Santísima le ayudarán si hace falta hasta con milagros en su penosa misión, siempre que no busque más que darle gusto a El en todo. Las Hermanas por su parte que le tengan gran sumisión y que vean en sus mandatos la voluntad de Dios, ya que el divino Corazón me ha prometido que velará siempre para que sea celosa de su gloria y del mayor bien de la Hermandad”. Y en otro lugar dice: “Para consuelo de todas las Hermanas de la Hermandad les digo que el Corazón de Jesús velará para que nunca les falte una Madre Presidenta general celosa de la gloria de Dios para regir con acierto la Hermandad”.

No es posible pasar sin hacer de ella especial mención

a la última Superiora general, R. M. Pabla Bescós, que gobernó el Instituto desde el año 1894 hasta el 1929, habiendo sido reelegida cinco veces, cuatro con dispensa de la Santa Sede; siendo esta una prueba fehaciente, palpable y elocuentísima del acierto y prudencia de su gobierno y de sus grandes virtudes.

El gobierno de la M. Pabla Bescós marca el período álgido del florecimiento, desarrollo y prosperidad del Instituto. Por esto, ella es, con la M. Rafols, la verdadera Madre de la Congregación. Alma hermana y gemela de la Fundadora, ha heredado su espíritu y ha mantenido durante tantos años a la Congregación en el camino que le trazó la Fundadora, para que al dilatarse y extenderse tanto no se extravíase ni entibiase su fervor, ni se deformase su fisonomía moral o se borrasen y desfigurasen los rasgos característicos que la Fundadora imprimió a su obra. Ha sido por esto providencial el largo gobierno de la M. Pabla Bescós; su alma, espejo fiel y limpio donde se reflejan las virtudes de una perfecta Hermana de Santa Ana, está unida a la Fundadora por la comunidad de sentimientos y de destinos, porque Dios eligió a la M. Rafols para plantar la semilla de la Congregación y presidir y vigilar su nacimiento y a la M. Pabla Bescós para completar esa obra, ordenando y dirigiendo su crecimiento y desarrollo.

Nació la M. Pabla Bescós en Panzano (Huesca), el 25 de Enero de 1848, de una familia muy cristiana y muy piadosa. Su nacimiento estuvo acompañado de algunas circunstancias prodigiosas, que eran presagio y nuncio del providencial destino de aquella niña y la conquistaron ya desde la cuna afecto respetuoso de sus padres y hermanos.

Fué una niña escogida y predestinada. El S. Corazón de Jesús la eligió desde su nacimiento para continuar y desarrollar prodigiosamente la obra de la M. María Rafols. Así lo reveló a ésta el S. Corazón, descubriéndole pocos

meses después del nacimiento de la M. Pabla los destinos providenciales y las virtudes de esta niña. En el escrito de la Sierva de Dios, fechado el día 2 de Enero de 1849, cuando la M. Pabla tenía once meses y ocho días de edad, se leen estas singulares y proféticas palabras, que los hechos han confirmado plenamente: "Hija mía, también te digo para tu tranquilidad que ya ha nacido una niña que mis virtudes fielmente copiará. A su tiempo ya la trasplantaré a este santo Hospital y mis inspiraciones siempre seguirá. Yo haré de ella un perfecto modelo de Hermana de la Caridad; la estoy formando para guiar esta Hermandad. Tu espíritu en ella vivirá y a muchas almas lo comunicará. Yo premiaré su gran humildad y de modo prodigioso en su generalato esta Hermandad crecerá y con su buen ejemplo muchas almas conquistarán".

Su infancia y adolescencia transcurrieron dulce y suavemente en el retiro apacible y tranquilo de la casa paterna, consagradas por completo a los ejercicios de piedad y de las virtudes cristianas y a las ocupaciones ordinarias de su casa. Enemiga de toda diversión mundana, de las fiestas, regocijos y adornos a que tan inclinadas son las jóvenes, sólo hallaba gusto, consuelo y deleite en el retiro y en la soledad, en el trato con Dios y en la oración. En esa edad tan peligrosa de la juventud en que el corazón arde con el fuego de las pasiones, la vida es más bella y el mundo más sonriente y encantador; en que la imaginación viste con áurea gasa todos los objetos de la tierra, presentándolos atractivos y seductores, y el alma persigue las mariposas de alas irisadas y brillantes de las ilusiones y placeres mundanos, su alma pura y abrasada en el amor de Dios volvía la espalda con horror a esas falaces seducciones y sólo suspiraba por vivir para Dios y consagrarse a su servicio.

Tenía la M. Pabla Bescós en tan temprana edad el don de oración. Muchas veces sus familiares la vieron con edi-

ficación y asombro encerrada en las habitaciones más retiradas de la casa con los brazos en cruz durante largas horas, abstraída y absorta en la contemplación. Ya entonces era también muy penitente y buscaba ingeniosamente maneras de mortificarse que no fueran notadas ni advertidas; ponía piedrecitas en los zapatos, y en la comida se privaba de los manjares que eran más agradables a su gusto. Ya atraía las miradas de cuantos la veían, por su humildad, por su modestia, por su porte grave y recogido, inspirando veneración a sus mismos padres y hermanos. Era una flor que no había nacido para la tierra, sino para vivir al abrigo de los vientos peligrosos del mundo en el jardín de la vida religiosa, a la cual se sentía impulsada por una vocación clara y definida que sintió ya desde los primeros años de su vida.

Entre las numerosas Ordenes religiosas que ella conocía, después de maduro examen y siguiendo los impulsos de su corazón y las orientaciones de sus directores espirituales, eligió una Congregación que se acomodaba mejor que ninguna otra a su temperamento espiritual, la Congregación de Hermanas de la Caridad de Santa Ana. Esta Congregación está dedicada a toda clase de obras de caridad con una abnegación que llega al sacrificio y al heroísmo, y esto es lo que deseaba y buscaba su corazón generoso y hambriento de sacrificio e inmolación por Dios en la persona de los desgraciados y los pobres. Es una Congregación nacida en Zaragoza a la sombra del bendito Pilar, y esto atraía también su corazón, enamorado desde niña de la excelsa Reina y Patrona de nuestra tierra. Es una Congregación que se distingue por su espíritu de humildad, de mansedumbre, de sencillez, de austeridad y desprendimiento y por su amor ferviente al Corazón de Jesús, y éstas eran también las virtudes más amadas de su corazón.

Ingresó en la Congregación y vistió el santo hábito el 5 de Mayo de 1869. Desde su ingreso corrió con pasos de

gigante por el camino de la perfección, apareciendo muy pronto a los ojos de todas como modelo de una perfecta religiosa. Su humildad era asombrosa y profundísima; su devoción, sobre todo al Corazón de Jesús y a la Santísima Virgen, fervorosísima; su caridad ardiente, generosa y amante de los servicios más penosos, viles y repugnantes; su observancia de las Reglas exactísima; su alegría y su paz, inalterables; su amor al recogimiento y al silencio, extraordinario; su laboriosidad, incansable. Pronto las Superiores conocieron el tesoro que se ocultaba en aquella alma tan sencilla y humilde y la eligieron, siendo aún muy joven, el 1.º de Mayo de 1878, Superiora de la Casa de Alcañiz. En los once años que permaneció en esa ciudad dejó huellas indelebles y luminosas de sus virtudes, sobre todo de su caridad, que se ejercitó heroica en la epidemia colérica de 1885 y ha quedado en Alcañiz un recuerdo gratísimo de la M. Pabla, a quien entonces veneraban ya todos como una santa.

El 14 de Septiembre de 1889 fué nombrada Maestra de Novicias. No había ninguna religiosa mejor preparada para desempeñar este cargo tan difícil y tan importante, que de él en cierta manera depende el progreso espiritual de la Congregación. Modelo acabado de Hermana de Santa Ana, bastaba que las novicias la mirasen y la imitasen para aprender cuanto necesitaban para ser buenas y perfectas religiosas. Ella supo modelar con exquisito arte el alma de las novicias en el troquel conforme al cual quería la M. María formarlas.

Fuó la Maestra de novicias ideal deseada por la Sierva de Dios y que gráfica y bellamente describe en uno de sus escritos: "Será de toda necesidad que la Hermana que esté al frente de las Novicias sea muy virtuosa, muy dada a la oración y al recogimiento, muy modesta en su porte y muy prudente". Y así fué la M. Pabla.

Era tal el brillo y la fragancia de su virtud, que aunque se consideraba la última y quería esconderse, la denunciaban

sus grandes cualidades, como descubre a la violeta que se esconde entre la hierba el delicado perfume que exhala. Ella quería vivir siempre oscurecida y en el último lugar; pero Dios, que ensalza a los humildes, la elevó al gobierno general de la Congregación el 23 de noviembre de 1894. Este cargo de Superiora general, que es electivo, en la M. Pabla se hizo vitalicio, porque la Congregación la encontraba siempre insustituible.

“Los honores—dice un viejo refrán latino—mudan las costumbres”; pero en la M. Pabla no fué así; su elevación la hizo más humilde, más recogida, más laboriosa, más observante, más penitente, mortificada y silenciosa. Era un alma adornada de los más bellos dones. En su espíritu se unían con admirable ponderación y raro consorcio esas relevantes cualidades al parecer opuestas y contrarias que forman a los grandes superiores, a los directores geniales; una suavidad y dulzura encantadora y atractiva, con una firmeza que nada ni nadie era capaz de quebrantar; un recogimiento y amor de la contemplación y del retiro, con una actividad incansable, con una capacidad de trabajo asombrosa, que con tranquilidad y sin precipitación a todo llegaba y todo lo resolvía con oportunidad y diligencia; amor al silencio, con un atractivo singular en su trato social que cautivaba a cuantos la conocían; sencillez, llaneza y naturalidad en su persona, pero llena de una grave majestad que inspiraba veneración y respeto; una desconfianza total de sí misma, y una confianza absoluta en Dios; una paz inalterable en los momentos más difíciles y en las ocasiones más críticas; rectitud de intención que nada era capaz de torcer o desviar; prudencia exquisita, unida a una sinceridad y franqueza verdaderamente aragonesa; intrepidez valerosa y heroica para acometer las más difíciles empresas, sazónada por una unción suavísima; reflexión reposada para pensar y trazar planes y proyectos, y energía y prontitud para realizarlos; una paciencia que nada

podía desconcertar, y una audacia santa para desafiar peligros y contrariedades. Todo esto era fruto de su vida interior intensa. Vivía en Dios y para Dios y de Dios tomaba en la oración, que era su ejercicio favorito, la inspiración, la luz y la fuerza para dirigir a la Congregación con tanta seguridad y acierto. En su humildad, la M. Pabla todo lo atribuía a Dios y al Corazón de Jesús, y en sus últimos días tuvo empeño en apartar de su persona toda gloria, en repetir que todo era debido al que es el Maestro, el Padre y el Piloto de la Congregación, el Sacratísimo Corazón de Jesús. “Yo no he hecho nada—decía—; todo lo ha hecho Dios; jamás he gobernado. El corazón de Jesús es el Piloto de nuestra humilde Congregación. Sí. El lo es todo; yo, nada”.

Ciertamente, la M. Pabla fué instrumento del Sagrado Corazón, pero un instrumento que respondió con fidelidad y abnegación constantes a los movimientos, inspiraciones y latidos de ese Corazón divino y ejecutó con genial acierto sus designios providenciales sobre el Instituto.

No hemos de hacer aquí un recuento de los proyectos y de las obras llevadas a cabo por la M. Pabla en su largo y glorioso generalato, porque esto sería tarea interminable, y sólo apuntaremos algunos de los principales.

El mayor beneficio que hizo la M. Pabla a la Congregación fué recoger, para transmitirlo, el espíritu de la M. Fundadora. La M. Pabla, aunque ingresó en el Instituto algunos años después de la muerte de la Fundadora, fué una fiel discípula suya y la que mejor comprendió y se asimiló su espíritu, que con constancia, firmeza y arte incomparable transmitió al Instituto, imprimiéndole de un modo definitivo e imborrable la fisonomía espiritual que le dió la M. María. Fué designio providencial de Dios mantenerla tantos años en el gobierno de la Congregación, para consolidarla en este espíritu de caridad heroica, de humildad, de sencillez, de austeridad y recogimiento que la Sierva de Dios puso como

base de su Hermandad. Ahora ha dejado ya tan encendida la antorcha de ese espíritu la M. Pabla, que sus sucesoras podrán transmitírsela de unas a otras sin miedo a que se extinga.

Con santa entereza y venciendo dificultades al parecer insuperables, ante las cuales se habían estrellado todas las Superiores anteriores, libró a la Congregación de ingerencias y tutelas extrañas que impedían su libre desenvolvimiento, consiguiendo de este modo la aprobación canónica de la Congregación por la Santa Sede, temporalmente en 1901 y definitivamente en 1904.

Sacó del olvido y de la penumbra borrosa en que estaban envueltas las figuras de los fundadores y logró el reconocimiento oficial del heroísmo de la M. María y homenajes espléndidos que Zaragoza, Villafranca y España entera tributaron a la gloriosa heroína, homenajes que culminaron en el solemnísimoy triunfal traslado de sus restos y de los del P. Bonal a los magníficos sepulcros levantados en la iglesia del Noviciado. Inició el Proceso de Beatificación de la Madre Fundadora. Todos hubiéramos querido que presenciase en la tierra el término del proceso y la exaltación de la Sierva de Dios a los altares; pero el Corazón de Jesús ha querido llevársela para juntarla con ella y para activar desde el cielo y apresurar ese día tan deseado.

El desarrollo y crecimiento de la Congregación durante su gobierno ha sido portentoso; más de 60 fundaciones, entre ellas los Hospitales de Barcelona, de Madrid, de Vitoria; los Sanatorios de Nuestra Señora del Pilar, del Rosario y del Corazón de María; muchos Colegios, Hospitales y Asilos por todas las regiones de España, y sobre todo las fundaciones de Maracaibo y Venezuela, que tanta gloria dan a la Congregación, fueron obra suya.

Sin más recursos que su confianza en el Señor, acometió con santa audacia y realizó con éxito obras costosas y esplén-

didas, entre las cuales sobresale el magnífico edificio de la Casa Noviciado.

A ella le fué concedido realizar esta obra que fué una de las aspiraciones más grandes del P. Bonal y de la Madre Rafols, como consta por estas palabras: "Grandes eran mis deseos de poder llegar a tener un Noviciado independiente del Hospital".

Por su amor ferviente al S. Corazón fué elegida la Madre Pabla para cumplir la promesa que este divino Corazón hizo a la M. María Rafols en los últimos momentos de su vida: "Regalaré a tus Hijas un hermoso Noviciado, y en él permaneceré expuesto hasta el fin de los tiempos en el Sacramento de mi amor". La M. Pabla fué predestinada para realizar, con grandes trabajos y venciendo por su fervor y fe inquebrantable muchas dificultades, la profecía hecha por el S. Corazón a su Sierva. "Yo haré que muy cerca de este Hospital levanten tus Hijas la Casa Noviciado sin otros medios que la fe y confianza ciegas de muchas almas santas que siempre habrá en esta Hermandad". La fe y la oración más que el trabajo de los hombres levantaron el Noviciado, "cuyas paredes—decía muchas veces la M. Pabla—estaban amasadas con milagros".

Fomentó las vocaciones, y por el prestigio que dió a la Congregación, atrajo a ella multitud de jóvenes, dándoles una formación sólida y completa, que las capacita y prepara para las obras de caridad y de enseñanza.

Estas grandes obras proclaman, con la elocuencia irrefutable de los hechos, la fecundidad gloriosa del generalato de la M. Pabla Bescós. Otras muchas obras realizó, unas que se conocen, pero muchas que veló con santo empeño y que Dios habrá premiado en el cielo, porque para ellas sólo el premio del cielo era bastante.

Las cualidades que la Fundadora quería adornasen a la Superiora general brillaron en la Madre Pabla. "Cuando la

Hermanidad se extienda, creo que será necesario que tengan una Madre Presidenta general, la cual deberá tener cualidades muy excelentes para este cargo, y entre ellas la de ser verdadera Madre y Maestra espiritual, procurando con todo empeño asemejarse a nuestro divino modelo y amantísimo Señor Jesucristo para que con doctrina sana y abundante pueda comunicar y regir bien a sus Hijas. Ha de ser muy celosa del bien de la Hermanidad; ha de observar y hacer que se observen las santas Constituciones con la mayor escrupulosidad. Más que con nada ha de enseñar a sus Hijas con el ejemplo, hasta en las cosas más pequeñas y ordinarias”.

La M. Pabla fué, según estas palabras, modelo acabado de la Superiora soñada por la Sierva de Dios y querida por el Sagrado Corazón. porque fué Madre amantísima de sus Hijas; Maestra incomparable, celosa del bien de la Hermanidad, que procuró con constante desvelo y sacrificio; vigilante, experta, dulce y enérgica, fiel imitadora del Sagrado Corazón y amantísima suya, guiando a la Hermanidad y manteniendo su espíritu con sus ejemplos y virtudes más que con sus palabras.

Su muerte fué coronamiento magnífico de su vida. Prostrada en cama desde el día de la Natividad del Señor, en los dos meses que estuvo enferma, como la luz que al extinguirse derrama sus más vivos destellos, dió las pruebas más brillantes de su virtud acrisolada y pronunció frases ardientes de amor, de resignación, de fe, de esperanza, reveladoras de la elevación y grandeza moral de su alma. Todas las virtudes de su vida coronaron sus últimos días para consuelo, edificación y ejemplo de sus Hijas. En estos últimos días de su existencia brillaron con más vivo fulgor su paz y tranquilidad en medio de las angustias, su paciencia inalterable en los dolores y molestias indecibles de la enfermedad, su conformidad con la voluntad de Dios, la aceptación voluntaria y gozosa del dolor y de la cruz, su amor ardiente y tierní-

simo al Salvador y a la Santísima Virgen, su solicitud para sus Hijas. Fué su muerte preciosa en la presencia del Señor, dejando a sus Hijas sumidas en la tristeza de la orfandad, pero al mismo tiempo confortadas con el consuelo inefable de que tienen en el cielo una segunda Madre que velará por ellas. Murió el día 20 de Febrero de 1929, a los 81 años de edad y 60 de vida religiosa.

Dios no quiere que queden ocultas las virtudes y méritos de sus escogidos, sino que los manifiesta para ejemplo y estímulo; por eso Dios, al morir la M. Pabla, ha cubierto su nombre y su memoria con un manto de luz que ha puesto de manifiesto a los ojos de todos los tesoros espirituales que encerraba aquella alma privilegiada y humilde, y al verlos, de todas partes se ha elevado en su honor un coro de alabanzas y admiración, que se manifestó de modo emocionante en los días que estuvo expuesto su cadáver, ante el cual desfilaron durante tres días multitudes de todas las clases sociales, y en sus funerales, que fueron más bien que exequias, fiestas triunfales, escuchándose ya en su sepulcro plegarias y oraciones que son como el presagio de futuras exaltaciones.

En el mes de Julio de 1929, reunidas en la Casa-Noviciado todas las Superioras y las Hermanas representantes de las fundaciones de España y América, fué elegida para suceder a la M. Pabla Bescós, con una rara y edificante unanimidad, reveladora de la mutua caridad y unión de las Religiosas, de su alteza de miras y del prestigio de la elegida, la M. Felisa Guerri.

No quiero hacer de la nueva Superiora general el elogio que merece, porque en ella corren parejas la prestancia de sus méritos y virtudes con su modestia, y mis alabanzas serían un tormento para su humildad profunda.

Vive la Rvda. M. Felisa y quiero cumplir el consejo de

la Sagrada Escritura, que recomienda alabar después de la muerte: *Lauda post mortem, glorifica post consumationem.*

El generalato de la R. M. Felisa está anunciado en los escritos de la Sierva de Dios, y predestinado según ellos a la realización de divinos proyectos y grandes y piadosas empresas, algunas de las cuales ya está realizada y otras han empezado y están en vías de cumplimiento.

A la actual Superiora general dirige la Sierva de Dios alguno de sus escritos. “Para la M. Presidenta general—dice en el principio de uno de ellos—que haya cuando el Corazón de Jesús quiera que se encuentren mis escritos”. Le promete una protección especial y hasta milagrosa, si fuese necesaria, del Sagrado Corazón y de la Santísima Virgen para llevar a feliz término los proyectos que por inspiración divina le propone. “Le recomiendo — dice — que tenga buen ánimo y confianza, que el Corazón de Jesús y la Virgen Santísima no la dejarán si ella está animada de los mejores deseos y trabaja para que todo se lleve a la práctica. Ellos le proporcionarán los medios”.

Y estos proyectos son: la formación de las nuevas Constituciones; la construcción ya empezada de la Iglesia y del Hospital y casa de ejercicios, que ha de convertir la casa natal de la Sierva de Dios en centro intenso de vida espiritual y de caridad y en fuente copiosísima de bendiciones y celestiales gracias; la adoración perpetua, ya establecida, del Santísimo Sacramento de la Casa Noviciado, y sobre éstos, seguramente durante el generalato de la M. Felisa Guerri será, por la misericordia de Dios, una venturosa realidad la aspiración tan vehemente, tan ardientemente deseada de ver sublimada a los altares a la insigne Heroína de la Caridad y gloriosa Fundadora del Instituto de Santa Ana. El generalato de la M. Felisa promete ser glorioso, fecundo y memorable en la vida e historia de la Congregación.

En la elección de la M. Felisa ha brillado una vez más



Retrato de la R. M. Dabla Bescós

la protección y providencia especial que el S. Corazón tiene de la Congregación. La M. Felisa por sus virtudes probadas durante su ya larga y edificante vida religiosa, será una sucesora digna de la M. Pabla Bescós y de las otras Superiores que han regido con tanta prudencia y acierto el Instituto, y lo conducirá con mano experta y segura a fecundas expansiones, avivando el fuego sagrado de esas virtudes evangélicas, la humildad, la caridad heroica y abnegada, la piedad fervorosa, la sencillez, el amor y el celo de la gloria de Dios, del S. Corazón de Jesús y de las almas, características de la Congregación y de las cuales ella es también acabado modelo y ejemplar perfecto.

Formada en la escuela de la M. Pabla Bescós, ha recogido de sus ejemplos y enseñanzas el espíritu de la Fundadora, que conservará cada día más vivo y fervoroso como alma y vida de la Congregación.

La vida de la M. Felisa es una revelación y garantía de sus relevantes méritos y extraordinarias facultades. Nacida en 1871 en Castellote (Teruel) e ingresada en la Congregación de Santa Ana en 1887, brilló tan pronto su talento cultivado, su discreción, su prudencia, su bondad dulce y fuerte, su actividad fecunda y silenciosa, su piedad fervorosa y sus virtudes fueron tan notorias, a pesar del cuidado con que su humildad procuraba ocultarlas y velarlas, que atrajeron sobre ella la atención de las Superiores y la conquistaron su amor y confianza. En plena juventud fué nombrada Superiora del Colegio de Tarazona, en el cual estaba desde su profesión religiosa. En 1911 fué elevada al cargo más delicado y de mayor trascendencia para el adelantamiento espiritual de la Congregación y que exige un raro conjunto de condiciones relevantes y singulares: el de Maestra de Novicias. En 1919 fué nombrada Superiora del Colegio de Zaragoza. En 1922, Secretaria general, y en 1924, Vicaria.

El paso de la nueva Superiora general por los cargos

más delicados, difíciles y honrosos de la Congregación y la estela luminosa e imborrable de celo, de actividad, de acierto y seguridad en su desempeño, son la prueba visible y elocuentísima de las excelsas cualidades y dones que la adornan.

Que el S. Corazón de Jesús y la Virgen Santísima la conserven, protejan y fortalezcan para guiar, venciendo las dificultades y las tempestades de estos tiempos, con mano segura y hábil, la nave de la meritísima Congregación al alta mar de los gloriosos destinos anunciados por la Sierva de Dios.

LIBRO
CUARTO

La heroína

CAPITULO PRIMERO

La Siempre Heroica

Dios dispone los acontecimientos de la historia y dirige con mano fuerte y segura el timón de la humanidad en orden a sus escogidos. Todos los sucesos que se desarrollan en el mundo, las alegrías y las tristezas, las ruinas y las edificaciones, las glorias y las humillaciones, las guerras y la paz, los sucesos prósperos y los desgraciados, todos los ordena Dios a la manifestación, prueba y aquilatamiento de las virtudes de aquellos que son llamados santos. *Omnia cooperantur in bonum iis qui secundum propositum vocati sunt sancti.*

Los santos, como abejas laboriosas, de todas las cosas, de todos los sucesos de su vida supieron sacar la miel de la virtud y todo lo asimiló su espíritu para nutrir la vida sobrenatural de su alma; pero en la guerra es donde se prueba, manifiesta y resplandece el valor del soldado, y en los negocios escabrosos y delicados donde se acredita el talento y la habilidad de los gobernantes, y en el esfuerzo doloroso que crea las obras maestras en donde fulgura el genio. De la misma manera en los sucesos dolorosos, en las circunstancias difíciles, en el esfuerzo del trabajo, en la guerra y la contradicción es donde se manifiesta también y brilla la virtud, la grandeza y elevación de las almas superiores y escogidas de los santos. Esta es la razón por la cual Dios ordinariamente dispone los acontecimientos humanos de tal manera, que estas almas, para demostrar y robustecer al mismo tiempo su energía sobrenatural, suban la áspera y escabrosa cuesta de la lucha y de la tribulación.

Así sucedió en la vida de la Sierva de Dios. Esta había dado manifestaciones espléndidas de su virtud siempre. La belleza de su alma había florecido con bellos colores y exquisito perfume en su niñez, en el retiro apacible de la casa paterna, en la soledad del claustro, en la creación, ordenamiento y gobierno de la Congregación, en la dirección del Hospital, en el cuidado amoroso y caritativo de los enfermos, de los dementes, de los niños, de todos los desgraciados que se cobijaban en su recinto. Hasta ahora, en las páginas anteriores, la hemos contemplado y admirado como niña candorosa, inocente, piadosa; como observante y fervorosísima religiosa, como abnegada Hermana de la Caridad, como inspirada y genial Fundadora como discreta, prudente y diligentísima Superiora. Su santidad en todos los cargos, situaciones y estados brilla y se impone.

En este libro vamos a contemplarla subida a la cumbre de la grandeza moral, del heroísmo y envuelta en el nimbo de una gloria sin igual. Los acontecimientos dolorosos de una horrible y sublime tragedia fueron el escenario donde se desplegó toda la energía maravillosa de su espíritu, ardió más vivo el fuego de su caridad y brilló con más esplendor su virtud. El pedernal produce fuego y chispas cuando lo hiere y golpea el eslabón, y el alma de la M. María arroja también fuego y chispas de la más ardiente caridad al ser golpeada por el infortunio y la lucha.

Estos acontecimientos fueron los terribles y gloriosísimos Sitios de Zaragoza por los ejércitos de aquel genio de la guerra y monstruo de ambición que se llamó Napoleón Bonaparte.

En esos días angustiosos, en los cuales cayeron sobre la ciudad de la Virgen y de los mártires todas las plagas y la inundó el diluvio de las mayores tribulaciones y calamidades, la Sierva de Dios dió tan espléndidas y sublimes pruebas de caridad, de abnegación, de sacrificio, de trabajo, de valor, de

entereza, que fueron asombro de cuantos la vieron y excitaron la admiración y la conquistaron el aplauso fervoroso y el amor de la ciudad y de la nación entera, que agradecida a sus servicios, a su caridad admirable y a su abnegada bienhechora actuación en aquella memorable lucha, la han coronado con el glórioso título de Heroína de la Caridad y la han honrado con brillantísimos y solemnes homenajes.

No he de hacer aquí historia de aquellos memorables sucesos que han hecho a Zaragoza inmortal, célebre y admirada en el mundo entero. Las ruinas acumuladas por el furor de la lucha formaron para ella una corona más rica que las más ricas joyas, y la sangre de sus héroes derramada sobre su frente ha sido la más bella de sus diademas. No he de hacer historia de esos sucesos, porque son harto conocidos. Dos sitios sufrió la ciudad: uno en el año 1808, que duró dos meses, desde el día 15 de Junio hasta el 13 de Agosto. Otro desde el 20 de Diciembre de 1808 hasta el 20 de Febrero de 1809.

En estos cuatro meses que duraron los asedios, los horrores fueron espantosos; la ciudad se convirtió en un montón de ruinas y en un cementerio sobre el cual volaba como dueña y señora la muerte, con su triste cortejo de miserias, lágrimas, enfermedades y hambre. Parecen aquellos terribles hechos un sueño, una pesadilla asfixiante, una visión trágica, una escena macabra; el genio sombrío de la guerra derramó sobre ella la copa de la ira y del dolor.

Pero si grandes fueron esas tribulaciones y horrores, aún fué mayor el valor indomable, el heroísmo sobrehumano, la defensa desesperada y heroica, la firmeza inquebrantable, el sacrificio sublime y la intrepidez ardiente de los zaragozanos. Registrando las páginas de la historia, pasando revista a todos los heroísmos y sacrificios que honran y glorifican los pueblos, no hay ninguno que pueda compararse con el de Zaragoza. Los inmortales nombres de Sagunto y de Nu-

mancia se oscurecen ante el de Zaragoza; su nombre brilla en el cielo de la historia nimbado con la luz de la más alta gloria y su sacrificio ha sido ejemplo para todos los pueblos, estímulo que ha encendido y sostenido su resistencia contra los tiranos y opresores y ha sido invocado en las luchas y en el sacrificio.

Nunca llegó a mayores excesos la crueldad, la rabia y el furor de los invasores, ni a mayores alturas la resistencia y la energía invencible de los sitiados. La ciudad indefensa, abierta, sin murallas robustas ni reductos armados, sin recursos, sin ejércitos organizados, resistió el ataque furioso del primero de los ejércitos del mundo, de los soldados adiestrados por el genio militar más grande de la historia, por aquellos soldados que recorrieron Europa destronando reyes, saqueando pueblos y aniquilando imperios.

Zaragoza realizó en esos Sitios tales proezas, que son una verdadera epopeya que sólo podría cantar y ensalzar dignamente el genio de la poesía; y dió tan maravillosos ejemplos de fortaleza y heroísmo, que servirán eternamente de ejemplo a los pueblos, enseñándoles cómo se muere por las grandes causas de la justicia, del derecho y de la independencia y de qué son capaces los pueblos, por débiles e inermes que sean, cuando están sostenidos e inflamados por los dos grandes amores de la Religión y de la Patria, cuando luchan como los Macabeos, *pro aris et focis, pro legibus et sanctis prelia*.

En aquella lucha épica todos rivalizaron en heroísmo, todos se sacrificaron y ofrendaron gustosos en el altar de la Patria ultrajada y atropellada lo más precioso y querido de su alma, la hacienda, la familia, el reposo, la sangre y hasta la misma vida. Los hombres enardecidos, exaltados por ese ardiente y sublime patriotismo, se convirtieron todos en soldados valientes y decididos, sin excepción de edad, de condición, de estado. Niños, jóvenes, viejos, religiosos, sacer-

dotes, ricos y pobres, grandes y pequeños se armaron como pudieron para defender a la ciudad amenazada, y cuando no tenían armas, sus brazos se convirtieron en arma poderosa y su pecho en muralla inquebrantable ante la cual se estrellaba el ímpetu furioso y terrible del ejército invasor. Cada casa se convirtió en un reducto y en una ciudadela; cada calle en un campo de batalla; cada ciudadano en un héroe que luchaba sin desfallecimiento ni desmayo, siempre arrogante y audaz, hasta que la muerte lo abatía. Las mujeres mismas se convirtieron en soldados y emularon y aún más de una vez superaron a los hombres en sus proezas. El vino del amor patrio las embriagó y transfiguró, convirtiendo su timidez en arrogancia, su debilidad en fortaleza, su cobardía natural en valor indomable, ofreciendo al mundo, para ejemplo y honra de su sexo, aquellos hechos y escenas sublimes que han immortalizado los nombres de Agustina de Aragón, Casta Alvarez, Manuela Sancho, la Condesa de Bureta y otras muchas heroínas anónimas cuyos nombres son desconocidos para la historia, pero que seguramente Dios ha escrito en el libro de la inmortalidad.

Entre tantos héroes y heroínas cuyos nombres forman sobre la frente de Zaragoza corona rutilante y fulguran en el cielo de su historia como constelación brillantísima, se destaca y luce como estrella de primera magnitud, como un sol que eclipsa a todos los demás, la M. María Rafols.

El elogio mayor del heroísmo, de la caridad, fortaleza y abnegación asombrosas de la Sierva de Dios es poder con verdad afirmar esta supremacía y encumbramiento sobre tantos y tan admirables héroes. Sobresalir entre los pequeños no es gran mérito; pero sobresalir entre los grandes, entre los gigantes, es prueba de una grandeza extraordinaria, y la M. María, en aquellos días memorables, en aquella epopeya grandiosa e inmortal fué la heroína principal y sobresalió sobre todos y a todos superó.

Esta afirmación no es exagerada, no es una hipérbole inspirada por el amor y el entusiasmo hacia la Sierva de Dios, sino la expresión de una verdad y de un hecho contrastado por la historia de esa página gloriosísima que se llama los Sitios de Zaragoza.

Claro está que el heroísmo de la M. María no se manifiesta en la lucha sangrienta. Religiosa de la Iglesia, que es Madre de paz; Esposa del Cordero mansísimo, su ministerio y su obra es de caridad y de amor. No esgrimió la espada, ni dió fuego al cañón como Agustina, ni mató, ni hirió. Ella no mandó regimientos, ni batallones, ni dispuso, ni dirigió la refriega, ni ejerció el mando de la ciudad, pero hizo más que todo esto y realizó proezas y hechos más heroicos, difíciles y terribles. Una breve reseña de su intervención en aquella lucha nos servirá de demostración irrefutable de estas afirmaciones.

CAPITULO II

Sombras y luces. Dolor y caridad

En el primer Sitio de Zaragoza los sitiadores lanzaron sobre la ciudad una verdadera tempestad de metralla, y una lluvia incesante de granadas, de proyectiles y de bombas cayó durante los dos meses del asedio sobre la ciudad, arruinando edificios, desmochando torres, hundiendo casas y sembrando la muerte, la desolación y la ruina por todas partes. Los sitiadores dirigían sus tiros contra los edificios principales de la ciudad, sin exceptuar ninguno, porque en su rabia contra el valor de los sitiados y con la esperanza de intimidarlos hicieron blanco de sus tiros con preferencia los lugares más santos y sagrados, los templos, las casas religiosas, los edificios públicos, sin excluir el Hospital de Nuestra Señora de Gracia, que bombardearon con ultraje y atropello del más elemental derecho de gentes.

En estas circunstancias tan difíciles y peligrosas los ciudadanos hacían cuanto podían; acudían a los sitios amenazados, organizaban la defensa, atendían a los heridos, reparaban las ruinas y todos enardecidos por el patriotismo y llenos de valor se sostenían mutuamente y se animaban a la defensa. En esos días de excitación, de entusiasmo, pero al mismo tiempo de angustia, de inquietud, de turbación y desasosiego en que los soldados corrían a las tapias de la ciudad y a los reductos, y las mujeres preparaban auxilios para los heridos, y los que no podían hacer otra cosa acudían al templo para pedir a la Capitana invencible de la tropa aragonesa amparo y protección, y todo era movimiento y agitación en

las calles de la ciudad, la M. María y sus Hijas, serenas, tranquilas, porque tenían su corazón y su esperanza puesta en Dios, y a quien en Dios confía y pone en sus manos sus destinos nada le turba, ni le intimida, ni le espanta, desafiaban el peligro, se multiplicaban para atender a los enfermos, cuyo número aumentaba todos los días con los heridos que en gran número eran conducidos al Hospital, y por todas partes, como estela perfumada de su paso, dejaban el consuelo, la tranquilidad, la confianza, la paz que emanaba de su persona como un aroma celestial.

Olvidada de sí misma la gloriosa Heroína, noche y día, sin hurtar su cuerpo a la fatiga, al trabajo constante, al insomnio, a la abstinencia, al peligro, se hacía toda para todos y animaba a unos, consolaba a otros, curaba a los heridos, asistía a los enfermos, vigilaba el buen orden y la asistencia de las salas, ordenaba con enérgica calma, en medio de aquella confusión nerviosa y exaltada, todos los asuntos del Hospital y nada escapaba a su abnegada solicitud.

¡Bello espectáculo el que ofrecía aquella mujer fuerte, serena, tranquila, inaccesible al miedo y al cansancio, sin que la rinda la fatiga, ni la intimide el peligro, ni la muerte la espante! En aquella tempestad horrible que se cernía y descargaba sus rayos sobre la ciudad, María Rafols es como iris de consuelo, de bonanza y de paz.

Pero estas tribulaciones son *initium dolorum*, el principio de los dolores.

El cruel invasor, para espantar a aquellos bravos, a aquellos valientes a quienes no podía rendir ni la misma muerte, apela a un recurso satánico que será baldón y deshonra eterna de los ejércitos napoleónicos, y fué bombardear y destruir el Hospital, para que el amor y compasión reconocidos de los aragoneses por los enfermos los conmueva y se entreguen para salvarlos.

Pero esto no sirvió sino para avivar el fuego y encender con más brío el valor y la rabia de los zaragozanos contra los inhumanos sitiadores que así pisoteaban los más rudimentarios deberes de la guerra, que siempre, aun entre los pueblos bárbaros y salvajes, ha puesto bajo la salvaguardia y la inmunidad a los enfermos y a los heridos.

Con este perverso fin, el día 3 de Agosto, el ejército enemigo arreció el fuego y dirigió los tiros con toda intención y deliberación contra el Hospital. Las granadas y los proyectiles cayeron con estruendo espantoso sobre el magnífico y secular edificio. Su mole inmensa y la fábrica y grandiosa torre de su templo ofrecían fácil blanco a los cañones enemigos, que vomitaban ráfagas y torbellinos violentísimos de fuego y de metralla.

“El día 3 de Agosto de 1808—dice un documento oficial de la Comisión de Beneficencia—el enemigo sitiador de Zaragoza atacó con desesperación y coraje, avanzando sin cesar por la parte del Hospital, y tal era el número de proyectiles que surcaban los aires y venían a caer sobre el edificio citado, que más bien parecían gotas de agua desprendidas de una cargada nube, que elementos de muerte vomitados por los morteros y obuses enemigos, según expresión de un testigo presencial.

El espanto, la confusión, el desorden producido en las salas de los enfermos, agujereadas por las balas, fué inmenso. Los pobres enfermos, en el delirio de la fiebre, se arrojaban de las camas y corrían como fantasmas por los aposentos; otros, impedidos, se arrastraban por el suelo con gritos y ayes desgarradores; los dementes, excitados hasta el paroxismo y el frenesí, se arrojaban por las ventanas y escapaban aullando como fieras; los niños lloraban y la escena no podía ser más terrible ni dolorosa.

En esos momentos tan críticos, la M. María y sus Hijas, con el P. Bonal, inaccesibles al espanto general, desafiando

mil veces impávidas la muerte, sacaron sobre sus hombros, ayudados por algunos vecinos de la ciudad, a los enfermos, de en medio de las ruinas y de las llamas; salieron por las calles de la ciudad en medio de los estallidos de las bombas que explotaban a sus pies y de las balas que silbaban a su alrededor, para recoger a los dementes que andaban frenéticos y despavoridos, llegando al mismo campo francés, adonde habían ido a parar algunos en su desesperada carrera.

Dios premió con favores singularísimos y con delicadeza inefable esta caridad heroica de su Sierva, permitiéndole tomar en sus puras manos la Sagrada Eucaristía y apareciendo bajo la figura de un enfermo para dejarse llevar y acariciar por ella. “Cuando el horroroso incendio — dice — del Hospital, que no hay palabras para explicar lo que entonces pasó, lo primero que hice fué ir al oratorio para rescatar el sagrado copón, que no me atrevía a cogerlo, pero el Corazón de Jesús me dijo: “Hija mía, no temas; cógelo con tus puras y limpias manos”. Lo puse sobre mi indigno pecho y me dirigí a la Iglesia y me encontré allí con el P. Bonal, que estaba haciendo lo mismo con el Santísimo de allí; y se lo di y llevé los dos copones a la iglesia de San Miguel. También pude rescatar al mismo tiempo la Inmaculada que trajimos de Barcelona, el cáliz y algunos pequeños objetos. Todo lo demás pereció, menos los enfermos, que gracias a Dios no se quemó ni pereció ni uno. No sé qué fuerza y agilidad nos comunicó el Corazón de Jesús, que cogíamos a los enfermos como si fueran unas pajas. Ya pensaba yo que estaban fuera de peligro todos los enfermos y vi que faltaba uno; fuí a buscarlo, pasando por entre las llamas, lo cogí, y ¡qué sorpresa tan celestial!: era el mismo Jesucristo, y me dijo: “Hija mía, bien te mereces esta recompensa”.

“Los enfermos dementes todos desaparecieron y me fuí a buscarlos con la Hermana Tecla al campamento francés, y al verme a mí todos vinieron corriendo como unos mansos

corderos. Me pidieron pan y agua, y los franceses, que estaban asombrados de lo que estaban viendo, me llenaron de atenciones, me dieron alimentos para ellos y de lo que quedé aún pude socorrer muchas necesidades de los enfermos”.

La M. Josefa Badenas, religiosa del Convento de Santa Catalina, que antes fué Hermana de Santa Ana, en la declaración que prestó ante el notario eclesiástico D. Marceliano Casado, refiere detalles interesantes sobre estas acciones heroicas de la Sierva de Dios. “Cuando las bombas enemigas —dice—hicieron arder el Santo Hospital de Nuestra Señora de Gracia y los pobres dementes en medio de aquella confusión se desparramaron por todas partes. yendo algunos hasta el mismo campo enemigo, la M. Rafols, temiendo por sus vidas, hizo otra arriesgadísima salida en su busca y cruzando por en medio de un gran tiroteo fué al campo enemigo; y así que los pobres dementes vieron a las Hermanas y sobre todo a la M. María, las reconocieron y las siguieron como corderos, y ellas los trajeron a casa a todos con muchos trabajos y peligros, pues el tiroteo era más nutrido y los franceses estaban cada vez más cerca de la ciudad”.

Si, como dice Nuestro Señor Jesucristo, el ápice y el grado máximo de la caridad está en ofrecer y dar la vida por los seres amados, la Sierva de Dios dió en aquellos días pruebas brillantísimas y repetidas de esa caridad magnánima y heroica con los enfermos, por cuya salvación expuso constantemente su vida, siendo verdaderamente maravilloso y providencial que saliese sana y salva de tantos peligros.

El mismo día 3 de Agosto fueron sacados todos los enfermos del Hospital y colocados provisionalmente en el edificio de la Real Audiencia, en la Lonja y en algunas casas particulares. Los franceses se apoderaron del Hospital y del Convento de San Francisco, haciendo desde ellos un fuego mortífero y horrible contra los sitiados, quedando el Hos-

pital en pocos días totalmente destruído, arrasado y convertido en escombros.

En medio de este horror—dice el documento antes citado—casi no hubo tiempo de sacar los acogidos que en número de 2.111 había en el Hospital; pero el socorro para este servicio fué heroico, como todo lo allí sucedido, estando pronto estos infelices albergados y cuidados en casas particulares, en la Audiencia y Casa Municipal. El día 4, memorable y de triste recuerdo para el Hospital, cayó todo el edificio en poder del enemigo, quien habiéndolo conservado hasta el 14 del mismo mes, lo incendió y arruinó con la mayor inhumanidad, pereciendo de este modo los magníficos efectos de botica, vasos, cajones y laboratorios, los utensilios de todas las cocinas, los de curación, de ropas, los pertrechos de labranza y los acopios de granos, vino y aceite, más un numeroso rebaño. Las ropas llevadas a la limpieza fueron los únicos restos con que pudo cubrirse la desnudez de los enfermos”.

“Otra pérdida hubo más sensible, y fué su riquísimo archivo, lleno de reales cédulas, de indultos apostólicos, de antiquísimas ejecutorias y otros tesoros de gracias y concesiones; todo fué hecho pavesas por el genio de la guerra”.

Estaba por tierra aquel grandioso edificio brotado en la ciudad como flor espléndida de la caridad del alma aragonesa; aquel Hospital celeberrimo *Urbis et Orbis*, de la ciudad y del mundo, honrado por los Reyes y Papas con privilegios y gracias singulares; objeto preferente de la caridad de Aragón y orgullo suyo; relicario de inestimables joyas; escenario de memorables sucesos y donde habían encontrado durante varios siglos amoroso amparo y solícito cuidado millones de enfermos y de desgraciados; su recinto era un recinto sagrado ungido por el dolor, por los milagros de la caridad y por el aroma inmortal de grandes actos de virtud.

¡Con qué dolor vería la Sierva de Dios derrumbarse aque-

lla casa, aquellos aposentos donde había gustado las puras y dulces mieles, el jugoso y sabroso fruto que se oculta bajo la áspera corteza del sacrificio; venir a tierra aquel edificio donde había tenido principio su obra y había nacido la Congregación; donde se habían realizado los sueños y aspiraciones más vivas y ardientes de su alma! ¡Con qué inmensa pena vería desplomarse aquella iglesia donde había hecho su consagración a Dios, en la cual tantas veces se había elevado en alas de la oración su espíritu y tantas luces y consuelos había recibido su alma!

Pero sus penas quedaban ahogadas por el diluvio de las penas ajenas; se olvidaba de sí misma para pensar sólo en los enfermos y en las víctimas innumerables de aquella tragedia espantosa.

Los enfermos habían sido instalados precipitadamente y no había ni recursos, ni medios, ni elementos para atenderlos, porque todo había desaparecido con el incendio del Hospital; se carecía hasta de lo más preciso e indispensable, de ropas, de camas y de alimentos. Hacinados en las galerías y salas de la Audiencia, convertidas precipitadamente en enfermerías, todo faltaba y todo había que buscarlo e improvisarlo. La M. María fué la providencia, el ángel que a todas las necesidades proveyó y extendió sobre todos las alas de una solicitud, de una actividad y un celo asombroso. A todas partes llegaba, para todos los apuros encontraba solución y remedio. El S. Corazón daba energía sobrehumana a su cuerpo para resistir tantas fatigas y trabajos e iluminaba su espíritu para encontrar y procurar remedio a tantos dolores y miserias.

Viendo los regidores de la Sitiada y también las autoridades que los edificios donde por el momento habían sido instalados los enfermos no reunían las condiciones debidas, porque estaban separados unos de otros, con evidente per-

juicio, retraso y descuido de los servicios, y además eran insuficientes para albergar a todos los enfermos, cuyo número aumentaba y crecía de modo alarmante y doloroso todos los días, buscaron con afán y gran diligencia un edificio que pudiera sustituir de alguna manera el Hospital derruido, y hasta pensaron en reedificar este Hospital o construir uno nuevo en algún sitio conveniente. Pero viendo las grandes dificultades que había para una obra de esta importancia, optaron por el Hospicio, que por su amplitud y situación higiénica y aireada reunía las condiciones apetecidas, y allí fueron otra vez trasladados con gran trabajo y dificultad y con no pequeño sufrimiento los enfermos por los empleados del Hospital y algunos voluntarios. Las Hermanas, en este calvario tan doloroso, llevaron la cruz de los mayores dolores y miserias y soportaron la más pesada carga. Ellas fueron los cirineos que ayudaron piadosamente a todos los enfermos a llevar la cruz de las molestias que sufrieron en la vía dolorosa de estas traslaciones.

Del Hospicio por las muchas dificultades que encontraron, porque si estaban los enfermos no podían estar los aislados, después de muchas discusiones y penosas gestiones fueron definitivamente trasladados los enfermos al Hospital que entonces se llamaba Hospital de Convalecientes y que es el que ahora ocupa el Hospital.

¡Cuántos enfermos sucumbieron en estos cambios, agravadas sus enfermedades por tanta agitación! Además, en ese nuevo Hospital habilitado faltaba todo y era necesario instaurar todos los servicios, proveer de todos los elementos y poner, en fin, en marcha la máquina complicada del nuevo Hospital. La Sitiada trabajó con gran celo, constancia y abnegación para procurar remedio a tantas necesidades. Ayudada por el invicto y heroico Palafox, apeló a la caridad inagotable de Zaragoza, reclamando de sus vecinos ropas y cuantos objetos pudieran ser útiles para el cuidado y servicio

de los enfermos. Pero a pesar de esto y del generoso esfuerzo de la ciudad, la situación era horrible, como se desprende de las actas de la Sitiada y de las cartas de algunos regidores y empleados del Hospital.

Las Hermanas, enfervorizadas y sostenidas por las palabras y el ejemplo de su Superiora, se multiplicaban y redoblaban su trabajo para suplir con su caridad, diligencia y esmero la falta de elementos y de recursos. Su trabajo en los días que siguieron a la destrucción del Hospital fué abrumador. Los enfermos aumentaban, pero no aumentaba el número de las Hermanas y por consiguiente su trabajo era mayor cada día. Pero a pesar de esto, firmes en su puesto no desmayaban. Su vida era una inmólación continua en el altar de la más heroica caridad, donde sacrificaban por los enfermos todo, el alimento, el descanso, el vestido, las resistencias y repugnancias de la naturaleza, la salud y la misma vida; y este sacrificio de su persona realizaba verdaderos milagros, porque el amor, que es fértil en invenciones, encontraba medio y manera de multiplicar los recursos y de hallarlos en la mina inagotable de su abnegación. Peregrinas de la caridad, después de renunciar a su alimento mendigaban de puerta en puerta. Al fin este trabajo rindió a muchas, que cayeron víctimas y mártires de su caridad. En el mes de Noviembre, la muerte hizo hueco en el pequeño ejército de Heroínas, arrebatando a la Hermana María Teresa; seis estaban gravemente enfermas y las demás se sostenían en pie por un verdadero milagro. En la carta que el Mayordomo del Hospital, Fausto Sáez, escribió al Conde de Sástago el 14 de Noviembre de 1808, le dice: "El domingo enterraron a la Hermana María Teresa, una de las modernas. y están enfermas de peligro seis más".

La carta dirigida por la M. María al invicto general y glorioso defensor de Zaragoza, D. José de Palafox, el día 10 de Agosto de 1808, revela y pone de manifiesto en toda

su espantosa realidad, las necesidades, apuros y horrores de aquellos días, y la caridad, el trabajo y desprendimientos sublimes de la M. María y de sus Hijas. En esa carta, con sobrios y vigorosos rasgos, está pintado el cuadro negro de la miseria, hija monstruosa de la guerra, que se había enseñoreado del Hospital, sobre cuyo fondo sombrío luce y brilla como estrella de esperanza y de consuelo el sacrificio de las Hermanas. “Nuestro respetable y distinguido protector: Es tan grande el apuro en que me encuentro, que no puedo menos de recurrir a la solícita caridad de V. E. Todo lo que me entregaron de la primera colecta que se llevó a cabo por orden de V. E., después del incendio del Hospital, se ha consumido y nos encontramos otra vez en la más espantosa miseria. Sin cesar nos traen carros llenos de heridos y no les podemos auxiliar por carecer de todo recurso y más sobre todo de ropas y camas. Nos es muy sensible ver los heridos por el suelo; no podemos proporcionarles más que algún saco de paja y aun ésta escasea. Tampoco podemos vendar sus heridas por falta de trapos y vendajes. Estos últimos días hemos salido a implorar la caridad de los zaragozanos y ha sido un alivio grande; pero ahora ya no podemos salir porque tengo la mayor parte de las Hermanas enfermas, debido al cansancio, sustos y malos tratos que estos días hemos recibido de los sitiadores, sin descansar noche y día yendo de un Hospital a otro remediando las necesidades más urgentes y sufriendo horriblemente de ver que no podemos atender a todos. Nosotras no tenemos ni tocas para cambiarnos, pues las pocas que pudimos rescatar de la colada las hemos deshecho para curar las llagas de los heridos. Ya comprenderá V. E. que las calamidades que estamos pasando superan a toda ponderación y lo pongo en conocimiento de V. E. para mirar de remediarlo del mejor modo que le sea posible. No dudamos que, como siempre, oirá benigno nuestros suplicantes ruegos, que nosotras muy agradecidas

lo encomendaremos a Dios y a la Santísima Virgen del Pilar para que siga protegiéndolo como hasta el presente y pronto tengamos el consuelo de que triunfe nuestra sacrosanta religión y nuestra amada patria, sobre todo esta ciudad de la Virgen tan inhumanamente ultrajada”.

“Le da las más rendidas gracias a V. E. por la protección que tiene por esta naciente Hermandad, en nombre de todas las Hermanas. — *Hermana María Rafols*”.

En su escrito “Para después de mi muerte” también habla de ese estado horrible de miseria a que había sido reducido el Hospital, de la penuria que padecieron las Hermanas y de su abnegación y sacrificio: “Cuando el incendio del Hospital, no vaciló el P. Bonal en ponerse entre las llamas para salvar a los enfermos que estaban en más peligro. Quedaron los enfermos en una espantosa miseria y lo que más falta hacía era ropas para cambiar a los enfermos. No hay palabras para contar estos días tan horrosos que pasamos; nosotras también nos quedamos sin nada, sólo la ropa de la colada, y tuvimos que deshacerla para trapos para curar a los enfermos heridos que traían sin cesar al Hospital. Al ver la situación de los enfermos salimos a implorar la clemencia de los zaragozanos y recogimos mucho más de lo que se podía esperar; pero las necesidades de un Hospital son tantas, y más en tiempo de guerra y peste, que todo era poco; muchas veces salimos a implorar la caridad de puerta en puerta”.

La M. María Rafols, como el capitán de un barco en las horas de la tempestad y en el peligro del naufragio, permanece siempre en pie, vigilante, cuidadosa, siendo la primera en el trabajo, en el sacrificio, en la abnegación, animando con su ejemplo y con sus consejos y exhortaciones a sus Hermanas. Ella es el eje sobre el que todo gira. Capitana de aquella pequeña legión, va siempre a la vanguardia y sobre ella caen los trabajos más pesados, las ocupaciones

más dolorosas y repugnantes, la responsabilidad de la dirección. A ella acuden todos a cobijarse bajo el manto de su inefable caridad; los enfermos, en demanda de consuelo y ternura; la Sitiada, en demanda de luz, de consejo, de orientación para resolver tantas dificultades, vencer tan grandes obstáculos y remediar necesidades tan apremiantes; las religiosas, en demanda de aliento, de fortaleza, de estímulo para continuar su vida penosísima de sacrificio y llevar el fardo abrumador de tantos trabajos. Y a todos atiende y para todo halla remedio, y hay luz y amor en sus ojos, y delicadeza y ternuras suavísimas en sus manos, y dulces palabras de consuelo en su boca. Su caridad, su heroísmo, su serenidad verdaderamente sobrenaturales, su actividad, su celo, su don de consejo fueron la única luz en aquella noche tan oscura, la bonanza en aquella tempestad, el camino en aquella confusión.

Después de la retirada del ejército francés, del levantamiento del primer Sitio, la situación del Hospital continuó siendo muy angustiosa y precaria. Los enfermos causados por las calamidades, angustias y privaciones del Sitio, aumentaban todos los días; los heridos no restablecidos eran muchos, y fué necesario habilitar varios edificios para albergar a tantos desgraciados; y como esto no fué aún bastante, fueron instalados muchos, así como las Hermanas, en casas particulares, acogidos por personas caritativas y piadosas.

La M. Rafols recorría todos los días en penosa peregrinación las casas donde estaban los enfermos y las Hermanas, para velar como madre amorosa y solícita por ellos y alentarlos y consolarlos.

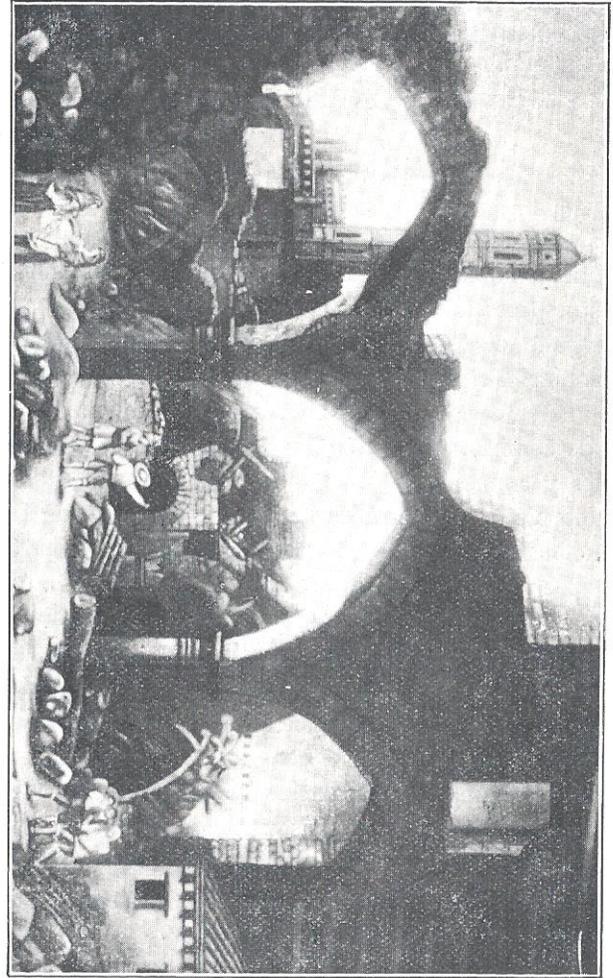
Un día, cuando iba la Sierva de Dios haciendo su visita a sus Hijas y a los enfermos, acaeció un suceso extraordinario y prodigioso, que refiere en uno de sus escritos, y que revela la caridad, el temple heroico de su alma y el amor y la protección de la Santísima Virgen del Pilar a su fervorosísima Hija:

“El Corazón de Jesús y la Virgen Santísima, un día después del primer Sitio, me hicieron un milagro muy grande. Iba yo dando vueltas por todas las casas que había enfermos y al pasar por el Coso, cerca de la plaza de San Francisco, veo que dos personajes corrían uno tras el otro para matarse, y en el mismo instante oigo a la Virgen (que siempre la llevaba a mi lado) que me dice: “Corre, hija mía, ponte delante de D. Clemente Castelar”. Así lo hice sin temor a la muerte y en un instante dispararon tres tiros. La primera bala tocó en el Crucifijo de la cintura y nada me pasó; la segunda me pasó por debajo del brazo y tampoco me hizo más que agujerearme la manga del hábito, y la tercera, ¡es lo más grande!, me atravesó el costado izquierdo por junto al corazón, y aquí es donde yo vi el milagro. Al recibir la herida, en vez de caer muerta, me quedé en pie con un bienestar y alegría tan grande que jamás la he sentido, y en el instante que el matador vió que ni había muerto a D. Clemente ni a mí, abrió los ojos del alma (que tan cerrados los tenía), y con lágrimas en los ojos y humildad y arrepentimiento del corazón se postró a mis pies y muchas veces repetía: “Perdóneme, santa mujer, perdóneme, que soy un gran pecador”. El pobre D. Clemente no sabía qué hacerse conmigo, y deshecho en llanto cayó al suelo queriendo besar mis pies; los hice levantar, y al verlos a los dos llorando les hice que se perdonaran y que fueran a confesarse y comulgar al Pilar para darle gracias a la Santísima Virgen por el milagro que les había hecho; todo se lo debían a Ella. Así lo hicieron y desde aquella fecha siempre han tenido mucha amistad las dos familias”.

“Al retirarme a la casa que estábamos alojadas, quise curarme la herida, pero vi con gran sorpresa que no tenía necesidad por estar la herida limpia y ya se estaba cerrando; a los dos días, sin haber aplicado ningún medicamento, se cerró del todo”.

“La Virgen Santísima del Pilar me ha manifestado que salvó a esos dos señores de la muerte en agradecimiento de que todos los días la visitaban en su angélica Capilla. En aquella ocasión los libró la Virgen de caer en el infierno; me hizo ver con toda claridad el estado de sus conciencias y me horroricé: las tenían muy negras. D. Clemente fué desde ese día un padre para la Hermandad, asistiéndonos mucho en aquellos años de tanta escasez y miserias”.

Pero esto, con ser tanto, no agotó los tesoros de su caridad, ni su heroísmo había llegado aún a la cumbre; van a ser necesidades más grandes, peligros mayores, dolores más terribles los que la den ocasión de desplegar toda la energía de su espíritu y todo el heroísmo de su corazón.



Destrucción del Hospicio por los franceses

CAPITULO III

Milagros y heroísmos

El ejército francés se había retirado humillado por la derrota y había levantado el Sitio de la ciudad el 13 de Agosto, pero no renunció a apoderarse de ella y a rendirla. El orgullo de los vencedores de Europa no podía soportar la afrenta y el oprobio de una derrota tan vergonzosa. Por esto vuelve en el mes de Diciembre del mismo año con armas de combate más terribles y destructoras, con planes más crueles y con ejército más numeroso. Escarmentado y aleccionado por el primer Sitio, sabe que atacados de frente son invencibles los zaragozanos, los hijos de la Virgen del Pilar, que saben morir pero no retroceder ni rendirse, y por eso apela a otros procedimientos de asedio; intenta minar la ciudad para volarla y sepultarla en sus propias ruinas; no quería ir al asalto contra Zaragoza, que era un cubil de leones invencibles, y los ataca silenciosa y subterráneamente abriendo minas que hacen reventar y avientan por los aires las casas, los templos, los palacios; era una estrategia cobarde e innoble y la confesión más clara de su impotencia.

Los horrores de este segundo Sitio superaron a los del primero. Las explosiones se sucedían sin cesar y el humo de los incendios, los clamores y lamentos de los moribundos, los gritos airados, estridentes de los luchadores, las ruinas que convertían a la ciudad en un montón de escombros, los cadáveres hacinados entre las ruinas, los heridos arrastrándose penosamente y tendidos por calles y plazas, todo esto formaba un cuadro horrible, apocalíptico, capaz de poner

espanto en los corazones más audaces y temerarios. Los zaragozanos, a pesar de esto, ni se abaten, ni se rinden; morirían a centenares, caían, pero mientras les quedaba un aliento de vida no cejan, ni consienten que el impío invasor profane con sus plantas la tierra sagrada que la Virgen había santificado con su presencia.

La ciudad es un cementerio sobre el cual extienden sus negras grandes alas las aves agoreras y fatídicas de todas las plagas y desgracias, el hambre, la peste, la guerra, que van segando la existencia de miles de hombres: más de quinientos cada día.

El Hospital está lleno, llenas las casas y las calles de moribundos, de enfermos y de heridos que se arrastran penosamente; pero, ¡cosa admirable!, aquellos esqueletos siguen luchando brava y desesperadamente. ¡Heroísmo sublime, incomprendible, que supera los más grandes sacrificios de la historia y que sólo puede explicarse por la inspiración y la protección de la Santísima Virgen del Pilar!

En estas circunstancias horribles, la Sierva de Dios y sus Hijas afrontan con serenidad todas las privaciones y peligros, y si su cuerpo sufre dolorosas torturas y se estremece de espanto y la congoja lo oprime y el desfallecimiento lo postra, su alma, sin embargo, intrépida, enardecida por la caridad, sostenida por la fuerza de la divina gracia, fortalecida por la esperanza en Dios, doma las resistencias del cuerpo y permanecen firmes en su puesto, sin que nada sea capaz de rendirlas ni abatirlas.

Nadie podrá describir y contar y sobre todo ponderar debidamente las acciones heroicas, sublimes, las maravillas de caridad, los prodigios de valor, de santa audacia e intrepidez que en los días de este segundo Sitio realizó la Sierva de Dios. No hay en la vida de ningún héroe actos de tan subido heroísmo, de tantos quilates de valor. Sus heroísmos son los heroísmos de una santa, infinitamente superiores a

los heroísmos humanos, porque aquellos heroísmos nacen y brotan en el corazón cuando éste está transfigurado y como deificado por la fuerza de la gracia divina.

No conocemos todos los hechos y actos heroicos de la Madre María Rafols y de sus Hermanas; la mayor parte están envueltos en el misterio y en la sombra, y sólo Dios los conoce y Él los recogió y ocultó a las miradas de los hombres, porque eran tan grandes y admirables esos actos, que sólo en el cielo podían ser apreciados debidamente y sólo en él encontrar la recompensa merecida.

Los hechos que conocemos, sin embargo, son tan extraordinarios, que causan asombro y admiración y revelan la grandeza de su espíritu prócer y la santidad de su alma. Ella y sus Religiosas, durante esos días de aflicción, se someten voluntariamente a todas las privaciones. Renuncian a su retribución, dejan su comida para los enfermos, contentándose con un pedazo de pan, con los restos que dejan éstos y venciendo la repugnancia de su gusto y el miedo al contagio comen lo que rechazarían los perros. Permanecen noche y día en pie, sin descansar, en medio de aquella muchedumbre de heridos y apestados, sufriendo la tortura horrible de todos sus sentidos: de su vista, con la contemplación de tantas miserias, suciedades, podredumbre, llagas, sangre, con la visión de tantos moribundos que se retuercen en los espasmos de la agonía, de tantas escenas dolorosas y horribles; del oído al escuchar los lamentos, los ayes y los gritos que se escapan del pecho de tantos desgraciados; del olfato, con el hedor insoportable que hace irrespirable la atmósfera y es un vaho que asfixia y asquea; para soportar esto, para enfrentarse con tan horribles plagas, con la peste, el hambre, el contagio, la muerte, la fatiga, necesitaban un valor mucho más heroico y fuerte que para luchar con las armas en el campo de batalla. No hay héroes comparables a estas mu-

jes débiles por la naturaleza, pero a quienes la gracia ha hecho indomables e invencibles.

Pero no sólo en el recinto del Hospital, si que también en la ciudad y en el campo de batalla da muestras la Sierva de Dios, con sus Religiosas, de esta heroica caridad. Para socorrer a sus enfermos salen todos los días a pedir, y sin miedo recorren las calles, los reductos, los sitios más peligrosos, donde la lucha era más enconada y sangrienta. Con exposición constante de su vida recogen a los heridos, asisten en el campo de batalla a los moribundos, consuelan a los afligidos, sostienen a los débiles, refrigeran a los cansados, levantan a los abatidos, animan a los caídos y se multiplican para consuelo, amparo y protección de todos. Más de una vez se vió a la Sierva de Dios cargar sobre sus hombros a los heridos y transportarlos en sus brazos al Hospital. Sacaba fuerzas, no de su flaqueza, como dice el adagio vulgar, sino de Aquel que es la fortaleza y la vida, con cuya gracia podía todo.

Pero aún no fué esto lo más grande y portentoso de su heroísmo.

La situación llegó a ser desesperada en la ciudad, y en el Hospital faltaba todo, el alimento, el agua, las medicinas; los enfermos se morían de inanición y de hambre; el espectáculo que ofrecían era angustiosísimo; pedían pan y no podían darles; se abrasaban de sed y no tenían agua para refrigerar sus labios resecaos y ardientes por la fiebre. El corazón maternal de la Sierva de Dios se rompía y desgarraba de pena al ver a sus queridos enfermos sometidos a estas horribles y dolorosas privaciones. Ella suplica a Dios, le pide amparo con la más fervorosa oración, sale por las calles a pedir limosna, y Dios Nuestro Señor revela por una maravilla cuán acepta le era la caridad de su Sierva, realizando un prodigio que es émulo de aquel gran milagro obrado

por Nuestro Señor para dar de comer y alimentar a las turbas que le seguían en el desierto. Dios Nuestro Señor bendice la limosna que había recogido y la multiplica prodigiosamente.

Oigamos a la Sierva de Dios describir con sencillez y sinceridad estos grandes prodigios que su humildad mantuvo ocultos y que ahora Dios Nuestro Señor ha querido que se descubriesen para la glorificación de su Sierva: “Cuando la escasez de los Sitios, que tanta hambre se pasó en Zaragoza, un día que no teníamos nada en el Hospital y los heridos me pedían pan y yo no tenía para darles, me fuí a hacer oración ante el Sagrario y después de estar allí un rato, se me ocurrió salir por la ciudad con otras dos Hermanas a recoger alguna limosna, aunque era difícil, porque escaseaba todo en Zaragoza. Pronto llenamos unos cestos y volvimos al Hospital para aliviar la apremiante necesidad de los enfermos. Se repartió el pan con los enfermos y heridos hasta que se saciaron, remediamos algunas necesidades particulares y a las Religiosas del Convento de la Encarnación, y aún quedó pan en abundancia. Este milagro pasó desapercibido para todas, pero para mí no, pues el Señor me hizo ver que multiplicaba el pan en los cestos. Yo estaba confundida y humillada al ver tan grande misericordia”.

Pero no sólo multiplicó el pan Dios Nuestro Señor por las oraciones de su Sierva, sino que, cual a otro Moisés, la oyó, haciendo brotar corrientes de aguas puras y frescas de una pequeña vasija. Oigamos las palabras de la M. María: “Los días más horrorosos—dice—fueron cuando los franceses cortaron el agua; no se podía ni respirar en el Hospital, de olor que había, y los pobres enfermos se asfixiaban de sed; nos pedían agua y no les podíamos aliviar. De pronto me acordé que en el Oratorio había una cántara llena de agua bendita, fuí a buscarla y empecé a repartir por las enfermeras; todos bebieron mientras tuvieron sed y la cántara siem-

pre estaba llena. Cuando todos se saciaron, la dejé en el Oratorio con la misma cantidad de agua que tenía antes y nadie se enteró de lo que había pasado, ni aun mis Hermanas. De todas las mercedes que el Señor me ha dispensado, que han sido muchas, ésta es la que más me ha impresionado”.

Dios Nuestro Señor, que de esta manera manifestaba la protección y amor a su Sierva, la inspira y mueve para llevar a cabo empresas tan audaces, atrevidas e insensatas, según los hombres, que son también una verdadera maravilla y un verdadero milagro.

Agotados todos los recursos de la ciudad, cuando la caridad de los vecinos no puede dar nada porque de todo carecen y falta en la ciudad el agua y los alimentos, decide la intrépida Heroína ir a buscarlos, movida e inspirada por Dios, al campo mismo del enemigo. Después de fervorósima oración ante Jesús Sacramentado, llama a dos de sus Religiosas la H. Tecla y la H. Juliana, se cubren con el manto, atraviesan las calles de la ciudad, pasando por encima de los cadáveres y de los escombros, salen por sus puertas y desafían impávidas la muerte que las acecha constantemente envuelta en las granadas y bombas que silban a su alrededor y estallan a sus mismos pies. Las gentes las miran llenas de espanto y admiración y tratan de detenerlas para librarlas de una muerte cierta; las creen locas, pero ellas no hacen caso y marchan ligeras hasta llegar a las avanzadas del campamento francés. Los soldados, al verlas, se quedan suspensos, y esa sorpresa que los paraliza les permite pasar entre sus filas y llegar a la presencia del general en jefe, el Mariscal Lannes. También éste y su brillante Estado Mayor se quedan atónitos al ver postradas a sus pies aquellas Religiosas que con humildes palabras imploran misericordia para la ciudad y los enfermos. Hay en sus palabras una fuerza y

seducción misteriosa y envuelve toda su persona un hálito celestial, un nimbo luminoso que hiere el corazón de aquel hombre duro, altivo y cruel. Aquel hombre que no se había conmovido ante los mayores sufrimientos, ni había oído a los hombres más poderosos, por un prodigio inexplicable se conmueve ante una débil mujer y accede a cuanto le pide, concediéndole el agua y los alimentos para el Hospital. Llegando en su liberalidad inexplicable a permitir la entrada de la Madre María siempre que quisiera en el campamento francés, dándole un salvoconducto para que pudiera ir a recoger los restos de las reses sacrificadas para el ejército invasor.

Volieron contentas y alegres a la ciudad con los mantos agujereados por las balas, siendo un verdadero milagro que salieran ilesas e inmunes de tantos peligros. Las gentes se admiraban al volverlas a ver, porque las creían ya muertas, y todos consideraron como un milagro su salvación y fué grande su gratitud y admiración a la Sierva de Dios al conocer el objeto de su salida y sobre todo al saber que el éxito más completo había coronado su audaz tentativa. Era una nueva Judith que para salvar a su pueblo no había dudado en exponer su vida y acudir a ponerse en presencia del enemigo, y como aquella Judía célebre venció a Holofernes con la seducción y encanto de su belleza, ésta lo venció con un encanto superior, con el encanto de su santidad y virtud.

Veamos cómo nos describe esta salida la Sierva de Dios: “No había agua en toda la ciudad, y al llevar la cántara al Oratorio, el Señor me inspiró que fuera con dos de mis Hermanas al campamento francés para pedir agua al general sitiador para la ciudad. Así lo hicimos, sin temor a los peligros que nos rodeaban por todas partes, seguras de que el Señor guiaría nuestros pasos, y sin ninguna novedad llegamos hasta el general y en seguida nos concedió lo que le pedíamos. Este día nos libró el Señor de una muerte

segura, porque caían las bombas como espesa granizada y ni una nos tocó a nosotras”.

Y un testigo presencial de estos sucesos, D. Manuel Sevil, Contador mayor del Hospital, en carta a D. Tomás Villanova, dice: “Muchas veces expuso la M. María Rafols su vida por salvar la de sus prójimos, lo que puedo asegurar por ser testigo de muchas de sus hazañas, sobre todo un día en que la situación del Hospital no podía ser más lamentable por carecer de todo, hasta del agua, por haberla cortado los franceses haciéndose insoportable la vida en el Hospital por el hedor que despedían los enfermos y los muchos cadáveres que había sobre montones de paja, sin poder dar abasto a su enterramiento; y en estas circunstancias, con su ingenio natural y sin apurarse ante un cuadro tan aterrador, llama a dos de sus Hijas y confiando en la protección de Dios se lanza al campamento enemigo en demanda de auxilios para los enfermos. El peligro que corrían sus vidas no podía ser más inminente, pero no atendían más que a los impulsos de su ardiente caridad, y después de haber conseguido del general sitiador el agua para toda la ciudad y los víveres necesarios para el Hospital, volvieron con sus mantos agujereados por la metralla que incesantemente caía por donde ellas pasaban como una copiosa lluvia, siendo nuestra admiración muy grande al ver que volvían ilesas, lo que no tiene explicación natural”.

La carta que dirigió la Sierva de Dios a Palafox el 19 de Diciembre de 1808 describe también su salida al campamento francés desafiando peligros de muerte continuos e inminentes, y habla de la buena acogida del general enemigo: “Nuestro distinguido y apreciado protector: Hemos pasado unos días muy fatales; tenemos sólo en este Hospital de Misericordia más de 6.000 enfermos, muchos de ellos tendidos por el suelo, pues aun con los carros de camas y colchones que nos traen estos días de la caridad pública, por orden

de V. E., no son bastantes a remediar tanta miseria. Aquí ya no se pueden colocar más, y me han dicho que las nuevas víctimas serán colocadas en el Convento de San Ildefonso y casas particulares. No teníamos ninguna clase de alimentos y sin esperanza de poder conseguir, porque no ignorará V. E. la espantosa miseria en que quedó Zaragoza después del primer Sitio. En vista de tan lamentable situación me fuí ante el Sagrario a pedir piedad y misericordia a Dios Nuestro Señor. Allí me inspiró que el medio de remediar tan apremiante necesidad era ir al campamento sitiador en demanda de alimentos. Después de conocer la voluntad divina fuí con dos de mis hermanas ante el general francés, no sin grandes riesgos de perder la vida; pero el Señor estaba con nosotras y nos fortalecía y daba ánimo para no desistir de tan difícil empresa. Todo el paseo de las Damas lo atravesamos cayendo la metralla como una copiosa lluvia; y no sólo esto, sino que los sitiadores nos amenazaban con sus escopetas, recibiendo varios golpes; pero gracias a Dios y a la protección de la Santísima Virgen del Pilar pudimos llegar ilesas ante el general, quien al vernos se le enternecieron sus ojos y con mucha emoción y amabilidad nos preguntó quién nos había llevado allí y cuál era el objeto de nuestra visita. Entonces nos pusimos de rodillas y con lágrimas en los ojos exclamé: “¡Piedad y caridad para los pobres de Cristo, excelentísimo señor! Se me mueren de hambre y en vuestra mano está socorrer estos pobres que son tan hijos de Dios como los vuestros”. El general, conmovido, nos hizo levantar y exclamó: “Señoras, no sufran más; desde este momento tendrán cuanto necesiten sus enfermos; pueden venir a buscarlo cuando quieran con este pase que les entrego”. Le dimos las gracias lo mejor que pudimos y por aprovechar el viaje volvimos cargadas de carne y gallinas para hacer en seguida caldo a los pobres enfermos”.

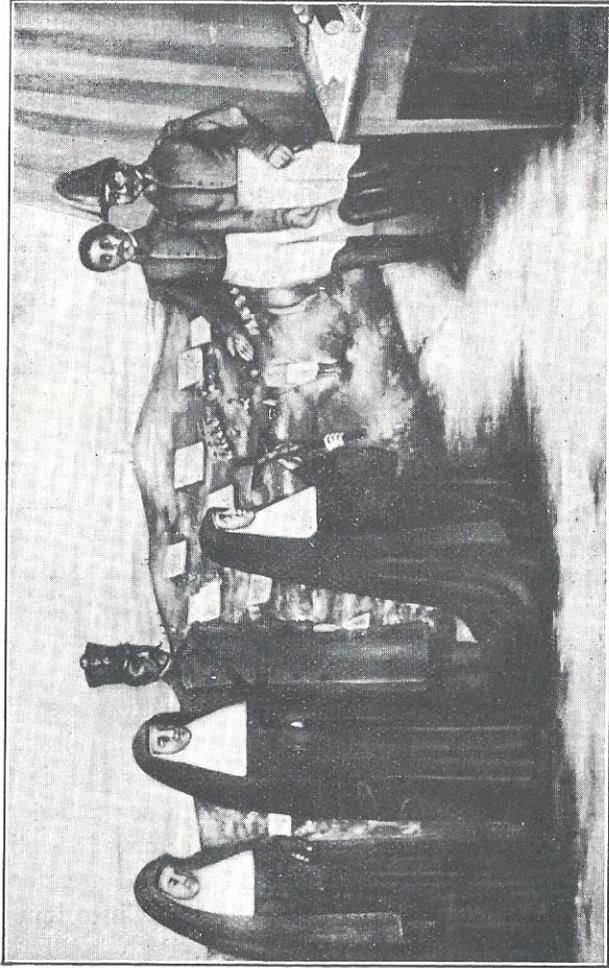
“Le comunico todo esto para su tranquilidad, pues gracias

a Dios ahora los enfermos podrán alimentarse algo mejor”.

Como se desprende de esta carta y de los escritos citados, no fué una sola vez la que la M. María salió al campamento francés, sino muchas veces y siempre con peligro de muerte. “Siempre que íbamos al campamento francés — dice — nos libraba el Señor de una muerte segura por las bombas y granadas que por nosotras pasaban sin hacernos ningún daño”. Apoyada en el salvoconducto que le dió el Mariscal Lannes iba con frecuencia, casi todos los días, desafiando con la mayor impavidez y serenidad la lluvia de hierro y las ráfagas violentísimas de metralla que lanzaban las armas de los dos bandos, a recoger los restos de las comidas y residuos que quedaban de las reses sacrificadas para el aprovisionamiento del ejército francés.

La declaración antes citada de la M. Josefa Badenas da algunas noticias sobre estas salidas, reveladoras de la caridad heroica de la Sierva de Dios:

“De la caridad heroica de la M. Rafols durante los Sitios de Zaragoza por el ejército francés, nos referían las Hermanas antiguas cosas verdaderamente grandes. Nadie podía salir en aquellos días fuera de las puertas de Santa Engracia, y en los inmediatos campos de olivares se perdía la cosecha de aceituna por no atreverse nadie a salir a recogerla, pues todos los terrenos desde este Convento de Santa Catalina, por su parte posterior, hasta el paseo actual de las Damas y Torrero, que entonces eran campos de olivares principalmente, estaba ocupado por el ejército sitiador; nadie, por tanto, podía arriesgarse a salir sin peligro inminente de caer bajo el fuego de los franceses. Pero la M. María Rafols, empujada por su ardiente caridad hacia sus pobres enfermos, que carecían de todo lo necesario para su alimentación, tomó consigo a la H. Tecla y a la H. Juliana (a quien llamaban la H. Julianica), y saliendo por la puerta de Santa



Visita de la Sierva de Dios al General francés

Engracia, pasando por entre el fuego de los sitiadores se llegó por el paseo de las Damas hasta la torre en que estaba el general francés, después de haber sufrido los malos tratos de obra y de palabra de la soldadesca francesa con la mayor mansedumbre. El valor y la paciencia de la M. Rafols infundía alientos a las Hermanas Tecla y Juliana; y cuando llegaron a la presencia del general enemigo, la M. Rafols se hincó de rodillas, imitándola sus acompañantes, y habló en catalán al general, con palabras tan persuasivas y elocuentes, que éste, dirigiéndose a uno que estaba a su lado, le dió cierta orden que las religiosas no entendieron, pero en seguida les trajeron un plomo grande, a manera de escudo, y dijo a la M. María Rafols que con aquello se podría presentar a recoger carne. Con esta especie de vale fué desde entonces todos los días la M. María a recoger con un carrito los menudos de las reses, hígados, livianos, corazones, riñones, tripa, morcales, los desperdicios, en una palabra, al lugar donde sacrificaban los franceses sus reses para el ejército sitiador; y con ello iba alimentando, aunque malamente, a sus enfermos, locos y Comunidad; el hígado frito se tenía por un exquisito manjar, como decía la Hermana Tecla, y los morcales y tripas, bien lavadas y desmenuzadas, cortadas y luego fritas, mezcladas con arroz, era la gran cena de los enfermos y dementes”.

“Al referir estos episodios, nos decía la M. Manzano, que había sido secretaria de la M. Rafols: “Yo no sé cómo no las mataron; esto era un verdadero milagro”. Esta Madre Manzano nos contaba también las salidas que hacía la M. Rafols pidiendo limosna por la ciudad para atender a los pobres enfermos, recogiendo pan, sardinas en cubo, viejas y ya amarillas, pero que en aquella carestía se apreciaban como manjares exquisitos. Estas noticias las tenía consignadas la referida M. Manzano en escrito, que desgraciadamente se ha perdido”.



CAPÍTULO IV

Redentora de cautivos

La M. María, en las salidas al campamento francés, no se reducía a buscar el alimento para sus enfermos y necesitados de la ciudad; su caridad se extendía a todos, principalmente a aquellos que veía más desgraciados y en mayor peligro. Valiéndose de ingeniosas estratagemas procuró la libertad a muchos prisioneros. Unas veces los disfrazaba con los vestidos de una sirvienta; otras los ocultaba en los bancos del carro que llevaba para transportar la comida. Al hacer esto sabía que exponía su propia vida, pero con gusto entregaba su existencia para salvar la de sus prójimos.

Los riesgos que corrió al ejercer esta obra heroica de caridad fueron espantosos, y una vez sobre todo se vió al borde de la tumba. Por delaciones hechas al ejército o tal vez por sutil suspicacia y sospecha que fácil y frecuentemente germina entre las gentes de guerra, prontas a la desconfianza que engendra el peligro y la amenaza constante del enemigo, fué al fin un día descubierta salvando a los prisioneros y fué condenada en el acto a ser pasada por las armas. Fué llevada al campo, formaron los soldados sorteados para el fusilamiento, y cuando estaba ya de rodillas encomendando con el mayor fervor su espíritu a Dios, esperando tranquilamente la muerte, y los soldados habían levantado y dirigido sus armas contra ella, por un fenómeno extraño los soldados se sienten sobrecogidos y caen las armas de sus manos. ¿Qué vieron los soldados en aquella joven, en aquella pobre religiosa? ¿Por qué temblaron ante aquella pobre víc-

tima aquellos soldados, aquellos veteranos endurecidos en cien batallas en todos los campos de Europa, familiarizados todos los días y todos los instantes con la muerte y que con la mayor indiferencia y frialdad y hasta con regocijo y alegría, como si fuera juego y diversión, mataban a los prisioneros y a las víctimas de la guerra? Es algo inexplicable que sólo la santidad de la Sierva de Dios explica. Los detuvo, sin duda, la mano de Dios, que guarda la vida de sus escogidos y no permite que caiga sin su consentimiento ni uno sólo de los cabellos de su cabeza. Los detuvo la fuerza divina que emanaba de su persona, la admiración que sintieron al ver su serenidad pasmosa, su tranquilidad, su actitud extática y sobrenatural, viendo brillar en su rostro las luces y las lumbres del cielo y de una bienaventuranza anticipada, algo extraordinario y singular, un nimbo, una luz que la envolvía y que paralizó de asombro sus brazos y sus manos. “Otra vez — dice ella — me sorprendieron salvando prisioneros, y en el mismo acto querían fusilarme; ya estaba de rodillas esperando que sobre mí descargaran sus armas, cuando de repente vieron no sé qué sobrenatural que sus armas cayeron al suelo y me dejaron libre”.

Pero no sólo hizo el sacrificio de su vida para salvar a los prisioneros y a los condenados a muerte, sino que también muchas veces apeló a la influencia, al prestigio que tenía por sus acciones heroicas y que era sin duda ninguna el más reconocido y acatado por todos y al favor y valimiento que tenía con los generales del ejército sitiador. Muchas veces arrancó a esas pobres víctimas de las garras de la muerte.

Por tradición se sabía que la gloriosa Heroína había arrancado, por su influencia y su afortunada intervención, al patíbulo muchos prisioneros condenados a muerte, pero no se conocían detalles de esos actos de caridad abnegada y conmovedora. En el último escrito encontrado la Sierva de Dios refiere con palabras emocionantes y con detalles llenos

de interés, en los cuales resplandece el prestigio que tenía entre todos y su caridad y fortaleza, la libertad de algunos prisioneros:

“Otra vez estaban prisioneros y ya sentenciados a muerte D. Miguel de la Peña, D. Saturnino Perales, D. Santiago Berenguer y D. Angel Morales, y un día, estando dando gracias después de la sagrada Comunión, el Corazón de Jesús se me apareció tan triste, y con voz suplicante como Padre misericordioso y compasivo me dijo: “Hija mía, ve al general francés y pide en mi nombre el indulto para esos pobres que son inocentes de lo que les acusan”. Inmediatamente fuí con otra Hermana; muchos apuros y peligros de muerte pasamos en aquel día, pero con la protección de la Virgen Santísima del Pilar que nos guiaba, nada nos pasó. Al llegar pedimos audiencia y en seguida nos recibió el general Lefevre; lo saludamos lo mejor que supimos, nos arrojamos a sus pies temblando, pues no acertábamos cómo pedirle tal gracia. Al fin le dije: “Señor, hemos sabido que hay cuatro señores sentenciados a pena de muerte, y como Hermanas de la Caridad que somos, en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, que dió la vida por salvarnos a todos, pido humildemente el indulto para ellos; y si es necesario, señor, algo para su rescate, aquí tenéis mi humilde persona; matadme a mí, libertad a ellos”. Tanto se conmovió el general al ver lo que yo le proponía, que muy emocionado dijo: “Ante tal caridad no hay corazón que resista; desde este instante quedan en libertad”. Le dimos las gracias lo más cortésmente que supimos, y poniéndonos de pie le rogué que no supieran los reos por dónde les había venido la salvación de sus vidas. Así nos lo prometió muy emocionado, y llenas de gozo nos volvimos al Hospital, sin decir a nadie nada de lo ocurrido. Así me aconsejó la Virgen Santísima que lo hiciera, diciéndome que hiciéramos el bien en silencio y después que nos escondiésemos de las miradas de las criaturas”.

“Cuando la rendición de Zaragoza fué horroroso lo que pasó; por la noche, por orden del general Lannes, fueron asesinados varios zaragozanos, y entre ellos el P. Basilio Boggiero, religioso Escolapio, que tanto se había distinguido sacrificándose por la defensa de la Religión y de la Patria. Estas muertes fueron muy sentidas en Zaragoza, tanto por la pérdida de sus vidas, como por la crueldad con que los martirizaron y los escarnios que hicieron aún después de muertos, arrastrándolos por los suelos hasta el Puente de Piedra, desde donde los arrojaron al Ebro. En la misma noche fueron prisioneros, con el fin de fusilarlos también, D. Domingo Jiménez, D. Federico Lafuente, D. José Aznar, D. Andrés Perales, D. Clemente Delgado y D. Francisco Lajusticia (este último era de Madrid)”.

“Los seis estaban ya con pena de muerte para fusilarlos el día 5 de Marzo, fecha en que el Mariscal Lannes hizo su entrada en Zaragoza. Sobre las once de la mañana de ese mismo día fuí a visitar a mi Dulce Jesús Sacramentado, y cuando me disponía para salir, me dijo con toda claridad el Corazón de Jesús: “Hija mía, quiero que vayas con otra Hermana al palacio del Conde de Sástago (cuando estén celebrando el banquete), a pedir el indulto de los sentenciados a muerte; yo te ayudaré en todo; pide en mi nombre el indulto y no te lo negarán”. Así lo hice, acompañada de la Hermana Tecla Canti. Al llegar al palacio anunciamos nuestra visita al general e inmediatamente dió orden de que pasáramos al mismo salón donde estaban celebrando el espléndido banquete. La confusión y vergüenza que en aquel día pasamos sólo el Corazón de Jesús puede comprenderlo. Todos los comensales (que eran más de cien) estaban regocijados y se oían grandes algazaras. Al entrar nosotras se callaron de repente todos... En aquellos instantes yo no podía dar un paso y pensé morir de pena y de vergüenza; pero el Corazón de Jesús lo mandaba y tenía que hablar. Me arro-

dillé a los pies del general Lannes, y tal era la impresión que tenía, que estuve unos instantes sin poder hablar. El general, movido sin duda por el Corazón de Jesús, con sincera amabilidad y respetuoso afecto me preguntó: ¿Cuál es el objeto de vuestra visita en día tan señalado?" A lo que le contesté yo: "Excelentísimo señor, por el amor de Dios, os ruego que concedáis el indulto para los condenados a muerte". Rápidamente contestó el general muy sonriente: "Concedido, señora; no sufráis más". Me hizo levantar y todos los comensales se pusieron en pie, aplaudiendo la gracia que tan cortés y amablemente acababa de concederme el general Lannes. Estuvo tan atento y obsequioso, que quería hacernos sentar a su lado para obsequiarnos; pero le di las gracias lo mejor que supe, excusándome que, como religiosas, no nos permitía nuestro estado aceptar tales obsequios. Inmediatamente me dió la orden diciéndome: "Vayá usted misma, M. María, a llevarles esta grata noticia a los reos que ya están en capilla". Nos despedimos dándole las gracias lo mejor que supimos y llenas de alegría salimos del salón entre grandes aplausos de todos aquellos comensales. Inmediatamente fuimos a llevarles el indulto. Los encontramos a los pobres tan tristes y desfallecidos, que parecía que iban a expirar. Al comunicarles tal nueva se reanimaron en tal forma, que yo no sé explicar lo que por ellos pasó; envueltos en llanto nos daban las gracias y todos nos preguntaban cuál era el coste de su rescate; yo les dije: "Este rescate se paga con la moneda del silencio; no quiero que hablen con nadie de este asunto ni nos nombren a nosotras para nada; todo se lo deben al Corazón de Jesús y a la Virgen Santísima". Les recomendé que fueran lo primero a Nuestra Señora del Pilar a darle las gracias por una merced tan grande, y que al día siguiente se confesaran y comulgaran ellos y todas sus familias; esa era la mejor fiesta que podían hacer para celebrar el rescate y libertad de sus vidas. Así me lo prome-

tieron y no hablamos más de estas cosas. El Corazón de Jesús siempre me dice que muchos afligidos de cuerpo y alma acudirán a mí, que yo lo invoque a El y en su nombre todo el bien que me pidan lo conseguiré. Sólo este divino Corazón sabe las muchas vidas que he salvado con su ayuda; son incontables los prisioneros que se han libertado por nuestra mediación, valiéndonos de medios muy ingeniosos; para mí lo mismo eran españoles que franceses. La caridad no tiene límites, todos somos hijos de Dios y esto basta; todas procuramos hacer lo mismo, y después de hacer el bien nos ocultamos de la vista de las criaturas para que el ladrón de la vanidad no nos robe ni una partecita del bien que hacemos a nuestros prójimos puramente por Dios".

CAPITULO V

Heroínas y mártires

Además de estos trabajos y sacrificios, atormentaban el corazón de la Sierva de Dios en estos días otros dolores más íntimos y más profundos. Como San Pablo, podía decir que sufría la inundación de todos los males: en el exterior, luchas, contradicciones, peligros; en el interior, pavores, congojas, angustias infinitas: *Foris pugnae, intus pavores*.

Porque vió en aquellos días sufrir y morir a las que formaban y eran como la mitad de su alma, a las que amaba como verdaderas hijas, a sus queridísimas religiosas, que rendidas al fin por tantos trabajos, miserias y privaciones, unas sucumbieron víctimas y mártires de la caridad, y otras cayeron enfermas y malparadas; sólo merced a una gracia especial de Dios y a la fortaleza inquebrantable, a la energía indomable de su corazón, sólo la Madre permanecía en pie, aunque llevando encima enfermedades y molestias que hubieran rendido a la más fuerte. Según consta por documentos y por tradición, murieron nueve de las veintiuna que en aquel tiempo componía la Hermandad; pero por palabras de la Madre consta que las restantes estaban todas gravemente enfermas y casi moribundas. "Llegó día —dice— que me quedé sola en pie con dos Hermanas convalecientes y las demás moribundas".

Conmueve el corazón de admiración y de pena y llena de lágrimas los ojos leer la carta que la Sierva de Dios escribió a doña Josefa Amaz y Borbón el día 25 de Noviembre de 1808. En esa carta con pocas palabras está descrito

en toda su sublime grandeza el heroísmo de aquellas religiosas, mártires de la caridad, que morían consumidas por el hambre, por el agotamiento de tantos trabajos y peligros, y también se ve en ella la fortaleza y santa resignación y la piedad confiada y ferviente de la invicta Heroína. Leamos esa carta con reverente admiración:

"Zaragoza, 25 de Noviembre 1808.

Sra. D.^a Josefa Amaz y Borbón.

Muy señora mía: Desde los días del Pilar estamos pasando en esta Hermandad una tribulación muy grande; tengo todas las Hermanas enfermas a causa del hambre y del cansancio que estamos pasando desde el horroroso incendio del Hospital, que sólo Dios sabe los apuros y fatigas que pasamos en esos calamitosos días, sacando a los enfermos entre los bombardeos que vuestra merced presenció y que ya no hemos descansado ni de día ni de noche, asistiéndolos en los diferentes departamentos donde provisionalmente se colocaban; y no es esto lo peor, sino que no tengo con qué alimentar a las Hermanas, y le suplico por caridad a vuestra merced me proporcione algunas libras de chocolate para poder alimentarlas; tengo un sufrimiento muy grande de pensar que mueren de hambre. Tengo nueve gravemente enfermas y seis de ellas viaticadas; pero en medio de esta tribulación tan grande el Señor me ayuda y consuela mucho, al ver que sucumben víctimas de la caridad. Las que ya van convaleciendo me ayudan con más celo y caridad que nunca en la asistencia corporal y espiritual de los enfermos, por lo que claramente se ve la protección de Dios en esta pequeña Hermandad y la fortaleza que nos da en estos apuros tan grandes que estamos pasando. Dios le pagará largamente esta caridad, quedando muy agradecida esta su humilde servidora q. s. m. b.; *Hermana María Rafols*."

Estas mártires y víctimas de la caridad que la Hermandad ofreció en holocausto a Dios, como flores de exquisito perfume, fueron las que cimentaron más sólidamente la Hermandad y atrajeron la protección y las bendiciones del cielo para sacarla a flote en aquel diluvio de males y llevarla al puerto de una vida duradera y de una fecundidad pasmosa. Sólo las obras que riega la sangre del sacrificio arraigan y dan fruto. Dios exigió en aquellos días a la Hermandad estos sacrificios, porque quería prosperarla y bendecirla.

Entre todos los dolores que experimentó la Madre en aquellos días, seguramente fueron las enfermedades y muerte de sus Hijas los que más la hicieron sufrir. Estaba unida a ellas con los lazos del amor más intenso, de una caridad fraterna y sentía no sólo como si fueran propios, sino más aún, todos los dolores de sus Hermanas. Al morir ellas, ella moría de pena y sufría tantas muertes cuantas eran las víctimas arrebatadas a la Hermandad. Sólo la consolaba la seguridad de que cambiaban una vida miserable por una vida feliz y eterna, conquistada por sus virtudes, por su caridad y sus sacrificios. A todas las vió morir, y su muerte, en medio de la amargura que le producía la separación de aquellas Hijas, la llenaba de celestial alegría y consuelo al verlas morir tan santamente.

Todo esto lo dice bellamente la Madre en el documento tantas veces citado: “Pero cómo me consoló el Corazón de Jesús en esos días de amargura, dándome a entender claramente que consentía esas tribulaciones para mejor cimentar la Hermandad; bien pronto experimenté el fruto de estas nueve víctimas que murieron como unos ángeles, trayéndome otras Hermanas no de menos fervor y valía, como así las necesitaba en aquellos días de turbulencia y miserias”.

Pasma y admira contemplar el espectáculo sublime de aquellas religiosas soportando los más crueles sufrimientos y dolorosas privaciones con alegría, cayendo una tras otra

con la sonrisa en los labios y la paz en el corazón. La palabra que sube espontáneamente a los labios al conocer estos prodigios de caridad, es ésta: verdaderamente eran unas santas. Sin casa ni hogar, después de la destrucción del Hospital, enfermas, agotadas, sin alimentos ni ropas, arrastrándose penosamente, se mantienen firmes en el cumplimiento de sus penosísimos deberes y en él mueren con la muerte preciosa de los justos. Fueron recibidas por los vecinos de Zaragoza, que se disputaban el honor de hospedarlas y cuidarlas. La Sierva de Dios sufre por todas y va recorriendo como un calvario doloroso las casas donde agonizan sus Hijas. El Sagrado Corazón la consuela y sostiene por un verdadero milagro para que no sucumba. Oigamos el relato emocionante que la Sierva de Dios hace de estos dolorosos sucesos y sobre todo escuchemos con admiración la descripción de la muerte santa, envidiable, dulcísima y prodigiosa de una de las Hermanas:

“Si alguna vez tienen que presenciar (lo que el Señor no permita), guerras, pestes y unos tiempos tan calamitosos como nos ha tocado a nosotras, no se apuren ni desmayen, sigan muy de cerca con los ojos de la fe sin perderlo nunca de vista al Sagrado Corazón: en Él lo encontrarán todo; yo quisiera saber explicarles toda la fortaleza que nos comunicó, sobre todo en las grandes luchas que tuvimos que sostener en los principios de la fundación y después en los horribles asedios cuando empezaron a sucumbir las primeras Hermanas, y lo más triste era que cuando estas novedades ocurrieron, nos encontrábamos sin casa propia para poder colocar más de seis mil enfermos que teníamos entre heridos y apestados, sin contar con los niños de la Inclusa, que entonces eran unos quinientos; los teníamos colocados en la Lonja, en la Audiencia y en otras muchas casas particulares. ¡Cuántos sufrimientos! No teníamos ropas para cambiarlos, y lo que más nos apenaba era ver que no los

podíamos atender, resultando de todos estos atropellos que, agotadas las pobres Hermanas de hambre y de cansancio, iban cayendo medio muertas unas tras otras, hasta el extremo de quedarme yo sola en pie y dos convalecientes; pero tal era el decaimiento que las pobres tenían, que no podían dar un paso. En aquellas circunstancias, ¡cuánto tenía que agradecerle al Corazón de Jesús por los consuelos y fortaleza tan sobrehumana que El me daba!; pues de no ser así, difícilmente hubiéramos resistido; yo no podía hacer más que ir de casa en casa dando ánimo a todos”.

“Las pobres Hermanas enfermas estaban alojadas en casas particulares, muy distantes unas de otras; todos los zaragozanos se disputaban por llevárselas a sus casas, cediendo muy a gusto sus camas para las Hermanas enfermas; pero aun así, ¡qué sufrimientos tan grandes!, ver que se estaban muriendo y tenía que dejarlas solas; estas penalidades no se pueden comprender sin pasarlas. Pero al mismo tiempo, ¡qué consuelos y goces gustaba mi alma al ver que todas sucumbían llenas de santa alegría, víctimas de la caridad!; considerándose muy felices por asemejarse un poco a Nuestro Señor Jesucristo, que dió la vida en el más grande abandono por la salvación de todos; y si en todas las casas que tenían a las Hermanas enfermas se portaron muy bien, de manera singular se distinguió una que vivía en la calle del Coso, frente al Seminario; esta familia fué tan generosa, que se marcharon a otras casas y me entregaron las llaves para que nos pudiéramos reunir el mayor número posible; en esta casa murieron cuatro Hermanas, y la primera que voló al cielo, como un serafín de amor, fué la Hermana María Teresa, que tenía al frente los niños de la Inclusa. ¡Dios mío, qué santas eran todas! Envueltas en mil padecimientos y miserias, se las veía rebosar de alegría y no suspiraban más que por padecer más; cuando me veían a mí no hacían más que sonreír y animarme, diciéndome que no penara por ellas,

que el Corazón de Jesús las inundaba de un gozo tan grande que les hacía desear más padecimientos, y que sólo sentían morir por los pobres enfermos y porque ya no podían padecer más por Nuestro Señor Jesucristo”.

“Cuando murió esta Hermana me pidió con grande humildad que hiciera subir a los niños que tenían alojados en la misma casa para bendecirlos antes de morir; por complacerla así lo hice, por tratarse de unos angelitos; al verlos, no sé lo que por ella pasó; se reanimó aquel cuerpo cadavérico y me suplicó que pasaran todos en línea para verlos y acariciarlos por última vez, y entre los sollozos de los niños y las bendiciones de nuestra santa Hermana oímos todos los presentes unas músicas tan celestiales, que hasta los niños, sin decirles nadie nada, se arrodillaron todos con el más reverente silencio; en aquellos momentos la Hermana elevó sus ojos al cielo, y su rostro, que poco antes parecía un esqueleto, se enrojeció y heroseó de tal forma que parecía un encendido serafín de amor; así estaría como una media hora; cuando volvió en sí, al vernos a todos de rodillas creyó que habíamos visto lo ocurrido, y con su humildad acostumbrada me dijo: “Madre mía, ¡qué misericordia tan grande tiene el Corazón de nuestro dulce Jesús y cómo premia los servicios hechos al prójimo con su amor, por pequeños que sean!”; y continuaba diciendo: “¿Han visto, han visto? No me ha juzgado mi Jesús; ha hecho que me juzgasen los pobres que he asistido, y entretanto la Virgen Santísima, acompañada de nuestra Madre Santa Ana, me cubría con su celestial manto y tras ellas venía una gran corte de santas vírgenes cantando unos cantos tan hermosos que no hay lengua humana que lo sepa explicar; también he visto un coro de angelitos tan agraciados, que regocijados entre los ángeles músicos traían una corona y me ofrecían, cantando unas letrillas del triunfo de la caridad; al terminar los cantos el Corazón de Jesús, con una voz muy dulce, me ha dicho:

“Mira hija mía; estos angelitos son los niños de la Inclusa que con tanta caridad me cuidaste y hoy con grandes regocijos celebran tu entrada en estas celestes mansiones”.

“Dicho todo esto, fijó de nuevo sus ojos en el cielo y con ademán de querer elevarse, se la oía decir con voz cada vez más apagada que apenas la podía entender: “Sí, sí, Jesús dulcísimo, ya voy; Virgen Santísima, ven por mí; Angel de mi guarda, no me dejes hasta que esté en los brazos de mi Jesús; Madre mía Santa Ana, gracias, gracias por haberme traído a esta santa Hermandad. ¡Qué dulce es morir en la Hermandad! Jesús dulcísimo, misericordia, yo te amo por todos los que no te aman; dadme amor, más amor, Jesús misericordioso; yo te ofrezco mi vida por la salvación de los pecadores; perdónalos, Señor, que no te aman porque no te conocen”; y dichas estas consoladoras palabras y otras muchas más que no pude entender, con una celestial sorpresa entregó su hermosa alma en brazos del Corazón de Jesús”.

“Esta santa muerte causó mucho sentimiento a todos, por ser la primera que fallecía y haber desempeñado con el mayor celo y caridad el cuidado de los niños expósitos”.

“Y como el panteón del Hospital de Nuestra Señora de Gracia no estaba transitable, por los derrumbamientos del horroroso incendio, acordaron las autoridades fuese sepultada en el panteón de la iglesia del Hospital de Convalecientes”.

“He consignado estas edificantes noticias de esta Hermana por ser la primera que murió, y porque el Señor me concedió el consuelo de verla expirar. En muy pocos días murieron nueve, y en el año siguiente tres más, y de todas se podía decir otro tanto, porque todas murieron con una paz y alegría tan grande, entre dulces coloquios y abrasadas en la caridad de Cristo. No pueden suponer la impresión tan triste y alarmante que causaba la muerte de cada una de las Hermanas en todos y el aplamamiento, creyendo que iba a des-

aparecer toda la Hermandad. Y en verdad que de no ser por la fortaleza y ánimo que recibíamos del Corazón de Jesús hubiéramos sucumbido todas; yo, en medio de tantas penas, era la que tenía que dar aliento a todos. Las Hermanas fueron sepultadas todas debajo del altar Mayor, en el panteón que habían construido pocos años antes de los Sitios; fueron colocadas empezando por la línea más alta todas seguidas, y como en aquellos tiempos quedamos en un estado de pobreza tan lamentable, la mayor parte de las difuntas las metimos en la caja envueltas en una sábana de las que nos daban de limosna, por aprovechar los hábitos y podernos cubrir en aquellos años de tanta escasez; sólo se les puso hábito a unas pocas Hermanas, porque las familias de las casas en que murieron nos dieron dinero para comprar paño para hacer otros. Tal era la pobreza de aquellos tiempos, que tampoco les pudimos colocar en el nicho una humilde lápida, y por eso les deja estas notas, para que en los tiempos venideros sepan todas dónde descansan los venerables restos de las primeras Hermanas, que tan fuertemente supieron echar los sólidos cimientos de nuestra amada Congregación, muriendo víctimas de la caridad; yo creo, y así lo dicen cuantas personas las conocieron y trataron, que todas eran muy santas”.

La Sierva de Dios escribió unas notas sobre la vida de estas Hermanas, con las cuales tenía intención el P. Bonal de escribir sus biografías; pero atareado siempre el celosísimo limosnero del Hospital con sus apostólicas empresas y viajes para recaudar limosnas, no tuvo tiempo de escribirlas. Esas notas de la M. María quedaron entre los libros del P. Juan. Hasta ahora no se han podido encontrar; la Sierva de Dios espera que se encontrarán, y así es de desear, porque esos breves apuntes contendrán detalles interesantísimos, no sólo sobre esas mártires admirables de la caridad, sino también sobre los Sitios y sobre la misma Sierva de Dios.

CAPITULO VI

La gran Heroína

En aquellas horas trágicas de los Sitios, la Sierva de Dios brilló en el cielo ceñudo y tempestuoso de aquella horrible lucha como una estrella brillantísima, como un iris de bonanza y de paz, como un ángel del cielo, que extendió sobre aquellos horrores de tribulaciones y angustias las alas de una solicitud, de un amor y una caridad verdaderamente celestial.

Nadie podrá contar ni expresar los peligros que arrojó y los atropellos, los insultos que devoró su alma; las fatigas, los trabajos, las angustias que soportó en aquellos días. Sólo Dios, que iba recogiendo y guardando aquellos dolores, aquellas gotas de sudor y de sangre y aquellas lágrimas para transformarlas en perlas y diamantes de infinito precio, para formar con ellos en el cielo la espléndida corona de su gloria, los sabe y los conoce.

Los hechos que hemos narrado en los capítulos anteriores revelan no sólo la reciedumbre, el temple diamantino de su carácter, la elevación y fortaleza de su alma, la generosidad y magnanimidad de su corazón, sino, sobre todo, el fuego de una caridad sublime que sólo puede encenderse en la hoguera del amor de Dios, sólo en Dios puede alimentarse y sólo por la protección y amor de Dios sostenerse.

El general Palafox reconoce estos grandes méritos y heroicos servicios de la Sierva de Dios; méritos que ella atribuye a Dios, en quien pone toda su confianza y a quien ha ofrecido el sacrificio de su vida por la salvación y la defensa de la religión católica y de la patria. "Dice V. E. que le

causan asombro los importantes servicios que hacemos y nuestro espíritu de abnegación y sacrificio. Bien penetrada estoy de que todo esto no es nuestro, sino de Dios Nuestro Señor, que no se aparta de nosotras y a quien hemos hecho donación de nuestras vidas si así El lo quiere por defender nuestra religión católica y nuestra amada patria. No pase pena por nosotras; estamos bajo la protección de Dios, y nada nos pasará que no sea de su divina voluntad".

Todos han reconocido esta caridad heroica de la Sierva de Dios y de sus Hijas en aquellas memorables y terribles jornadas. "Queriéndose—dice el cuaderno primero del libro de *Sitiadas*—únicamente en esta exposición dar una sucinta noticia e idea de la admisión y establecimiento de esta Hermandad en el Hospital, se omite referir por menor los servicios y méritos contraídos por las Hermanas en todos los tiempos y particularmente en los años 1808 y 1809, en los que experimentaron, a causa de la guerra, tantos trabajos y calamidades, que sólo con el auxilio de Dios pudieron hacerse superiores a ellos. También se omite las copiosas limosnas y ahorros que han procurado las mismas a esta santa casa, aun dejando en favor de los pobres su propio alimento y asistencias pecuniarias con que se les contribuye para sus indispensables gastos".

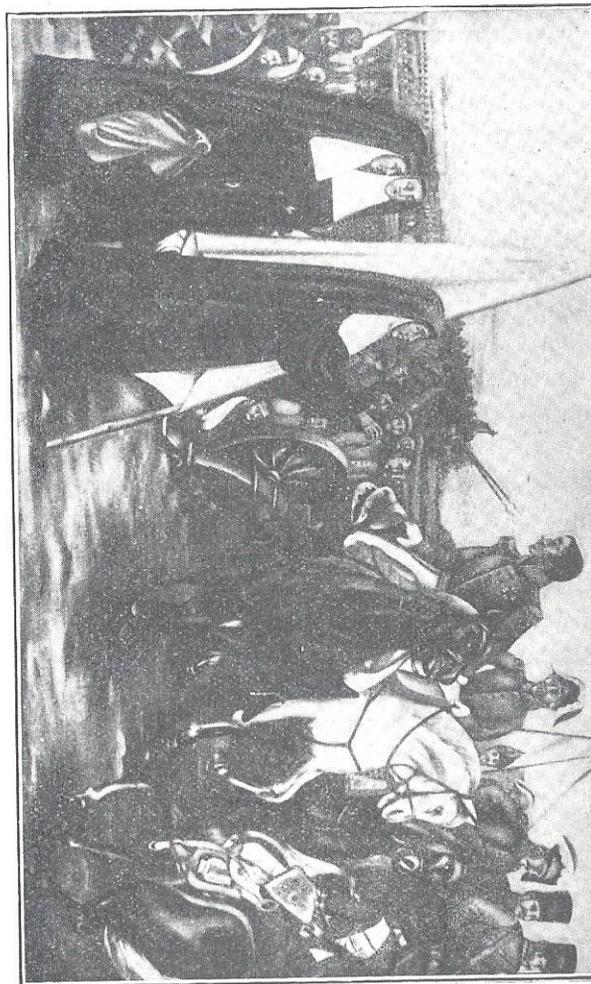
"En los años 1808 y 1809—se lee en un informe oficial de la Comisión provincial de Beneficencia—fué donde la caridad evangélica de esta Institución de las Hermanas de Santa Ana rayó a mayor altura; en efecto; sitiada Zaragoza, bombardeada, y lo mismo el Hospital, la M. Rafols y sus Hijas ayudaron a sacar los enfermos del medio de los proyectiles; ellas los conducían y alojaban, los asistían y salían a pedir de puerta en puerta el sustento para socorrerlos; ellas fueron a Torrero a suplicar al general sitiador provisiones para sus enfermos; ellas fueron en medio de la gruesa metralla a curar los heridos españoles al mismo campo

francés. Por estos hechos, por la confianza que inspiraban y su caridad sin igual se extendieron sus facultades en el Establecimiento”.

Es realmente la M. María Rafols una mujer extraordinaria, una de esas almas femeninas que de tiempo en tiempo Dios ha encendido en el cielo de la sociedad cristiana para gloria de la humanidad y salvación de los pueblos. A ella puede cantar el pueblo español tan merecidamente como el pueblo hebreo a Judith: tú eres la gloria de nuestro pueblo, la alegría de nuestra tierra y el honor de nuestra raza. La Juana de Arco española, como la llamó con frase feliz D. Alfonso XIII, ferviente admirador de la M. Rafols, es un modelo de excelso patriotismo, de ese patriotismo verdadero que no se evapora en frases sonoras, sino que florece con las rosas sangrientas del sacrificio y del heroísmo.

El heroísmo de la Sierva de Dios es tan grande y extraordinario, que sobrepuja y excede inmensamente a todos los que en aquella lucha sobresalieron. Este heroísmo tiene cualidades excelsas que lo colocan en la cumbre, en la cima más alta de la grandeza. Es un heroísmo tranquilo, que no es fruto de una exaltación momentánea, una ráfaga, una llamada que el viento de la gloria, del peligro, de la embriaguez patriótica enciende, sino que es el fuego y la llama de una virtud interior reflexiva y serena. No es un heroísmo momentáneo, fugaz y efímero, en el cual fuerzas y móviles humanos levantan el corazón alguna vez hasta las cumbres del sacrificio, pero en cuyas alturas no puede sostenerse y cae pronto y se derrumba en el valle fangoso del egoísmo, sino que era un heroísmo constante que resiste al cansancio, a la fatiga, al dolor, a la desilusión, al desengaño y que ni la misma muerte puede apagar, porque el heroísmo que brota de la caridad divina tiene su apoyo en Dios y nada es capaz por eso de abatirle. No fué un heroísmo interesado;

Visita de la Sierva de Dios al General francés



CAPITULO PRIMERO

El escultor divino de las almas

CENIDA tenía la Sierva de Dios su cabeza con la corona brillante del heroísmo y adornada estaba con ese glorioso título de Heroína de la Caridad, que conquistó gastando y exponiendo muchas veces su vida por salvar la de sus prójimos y por la inmolación continua de su persona, de su tiempo y de todo su ser por los enfermos, por los presos y en general por todas las víctimas de aquella horrible lucha, en las sangrientas jornadas de los Sitios.

Pero esta no era la corona más rica que ostentaban sus sienes. Para su exaltación suprema y definitiva en el camino de la perfección, para la consumación de su santidad, Dios puso sobre su cabeza una corona con que siempre adorna a sus santos. Esa corona, que es la señal más clara y la prueba más evidente de su virtud, es una corona de espinas, es la corona del sufrimiento y del dolor.

“Todos los que agradaron a Dios—dice el Espíritu Santo—sufrieron con gran fidelidad, constancia y fortaleza toda clase de trabajos y sufrimientos y bebieron abundantemente las aguas amargas del dolor y atravesaron caminos llenos de obstáculos, de espinas y de abrojos”. *Omnes qui placuerunt Deo per multas tribulationes transierunt fideles.* Y San Pablo ya había dicho también que “todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo, sufrirán persecución”.

El dolor es el patrimonio de los santos y la herencia de los escogidos. El dolor es el escultor sublime que embellece

y forma las almas; el dolor ilumina, corrige, limpia, transfigura y es el instrumento más poderoso de que Dios se sirve para dar al corazón humano la hermosura que lo hace digno del cielo. El laurel de la grandeza, del genio y de la santidad no descansó jamás sino sobre frentes unguidas por el dolor y el sacrificio. La grandeza moral está en razón directa del dolor y de la abnegación y en razón inversa del goce y del placer. Arriba, en las cumbres de la belleza moral, las almas bautizadas y consagradas por el dolor; abajo las almas groseras y egoístas, entregadas a sí mismas en el placer. Las rosas de la virtud siempre florecen entre espinas.

La Sierva de Dios fué un alma amada por Dios con un amor singular, porque estuvo sometida a todas las pruebas y combatida por todos los dolores. Su vida fué una tela misteriosa tejida por las manos del dolor con el hilo negro de las mayores tribulaciones y sufrimientos. Su alma devoró la hiel de desengaños, desprecios, angustias y contradicciones de todo género y su cuerpo estuvo durante muchos años torturado por enfermedades largas y dolorosas.

Su alma estuvo siempre labrada y pulida por el buril del dolor. El divino Artista quería hacer de ella una obra maestra de la gracia, una gran santa, y para esto la puso en el horno de la tribulación, la golpeó sin piedad y la hizo pasar por las estrechas sendas, por los sombríos desfiladeros que conducen a las cumbres de la perfección, de la inmortalidad y de la gloria: *Per crucem ad lucem, per angusta ad augusta.*

Su Maestro inmortal, el Sagrado Corazón de Jesús, ya desde niña le manifiesta que su vida estaría siempre sombreada por el dolor y sus caminos erizados de espinas y de dificultades, revelándole el día de su primera Comunión que la senda de su vida sería espinosa. En todos los momentos solemnes, en los episodios gloriosos de su vida, el Sacratísimo Corazón de Jesús derrama en su alma algunas gotas

amargas anunciándole sufrimientos y penas. Vive feliz y tranquila en el apacible retiro del Monasterio de Sanjuanistas, y el Sagrado Corazón, respondiendo a los deseos de su alma hambrienta de inmolación y sacrificio, le recuerda que su vida pasará pronto de los resplandores y gozos del Tabor a las sombras del Calvario. “¡Con qué paz y alegría—dice—pasaban para mí los años en esta divina unión! Pero yo le pedía con grandes ansias al divino Corazón me diera ocasión de demostrarle mi amor por medio del sufrimiento o de las penas que El tuviera a bien enviarme. y un día (viernes primero del mes de Junio de 1802) con mucha claridad me hizo entender estas palabras: “Hija mía, ahora es mi voluntad que estés en el Tabor; después te llevaré hasta el Calvario”. En el día de su entrada triunfal en Zaragoza, al retirarse por la noche al oratorio para hacer oración, “el Corazón de Jesús—dice—me hizo ver muy claro los grandes sufrimientos que nos esperaban”. En las revelaciones portentosas que el S. Corazón le hizo, en los dos meses que estuvo en su casa natal en 1815, le anuncia muchos trabajos y padecimientos, diciéndole: “Mira, Hija mía; has de ser tan torturada como el trigo que muele este molino; no resistas a nada que te suceda, yo seré siempre tu sostén, y con esa harina de inmolaciones molidas y purificadas en el molino de la tribulación me conquistarás muchas almas”.

Como ya dijimos en los capítulos anteriores, la Sierva de Dios estuvo al frente de la Hermandad desde su constitución y tuvo ya desde entonces que apurar las amargas y sinsabores que lleva consigo aparejados el ejercicio recto, justo y sincero de la autoridad.

La solicitud y preocupación de las necesidades de todas caían sobre su corazón, que era como la antena que recibía y transmitía a su espíritu los dolores y las penas de todos.

También fueron terribles, como dijimos en el capítulo

anterior, los padecimientos, trabajos y contradicciones que pasó en los años calamitosos de los Sitios, en los cuales sufrió privaciones de todo género; hasta el hambre; fatigas constantes y terribles para atender y cuidar a la multitud de enfermos y de heridos que a ella acudían en las circunstancias más angustiosas y críticas; peligros mortales arrostrados todos los días, y el espectáculo, la visión de muertes, de combates fieros y sangrientos y de tragedias, que llevaban el luto y la desolación a su alma dotada de exquisita sensibilidad. ¿Quién podrá ponderar y describir las angustias de su espíritu tan generoso y delicado al contemplar esos horrores y miserias? Fué este un sufrimiento cuya amargura sólo Dios pudo conocer. Para un alma pura y elevada y para un corazón noble y recto es un padecimiento muy grande ver la injusticia triunfante, la violencia oprimiendo al inocente, el atropello y la opresión enseñoreándose de la sociedad y el mal y el desorden invadiendo el mundo y las almas.

Pero los mayores dolores los sufrió la Sierva de Dios después de los Sitios. Sus servicios heroicos, sus sacrificios y abnegación inefables, sus trabajos, los pagaron con persecuciones y disgustos continuos y viles. “No fueron nada— dice — los sufrimientos que pasamos en los horrorosos asedios, en comparación de lo que tuvimos que sufrir desde el año 1809 hasta que salieron los franceses de Zaragoza, sobre todo el P. Juan y yo, que de buena gana nos hubieran hecho desaparecer para verse con más libertad y tal vez para conseguir que la Hermandad no existiese más. Pero no era esta la voluntad del Corazón de Jesús, y a pesar de ellos siempre salimos con victoria de cuantas tramas nos armaron para desbaratar nuestros planes y proyectos. Si nuestras bases en vez de estar fundadas en absoluto en el Corazón de Jesús, hubieran contado con el más ligero apoyo humano, no tengo ninguna duda de que a la primera de tantas dificultades hubiéramos sucumbido. Nunca será, pues, bastante nuestro

agradecimiento y gratitud para el Corazón de Jesús, que de tantos peligros y malignas hazañas del infernal enemigo nos ha sacado”.

Estas palabras de la Sierva de Dios dejan adivinar las grandes persecuciones y las muchas vejaciones y atropellos que padeció de parte de los invasores de Zaragoza.

Historiemos brevemente este período angustioso y difícil de la vida de la Santa Fundadora.

CAPITULO II

Los invasores. Dolores y contradicciones

La dominación francesa en Zaragoza duró desde el 21 de Febrero de 1809 hasta el día 9 de Julio de 1813.

Dominada la heroica e inmortal ciudad por los invasores, fueron deportados y perseguidos los gloriosos caudillos, y los humildes héroes, aquellos indomables baturros, morían a miles víctimas de malos tratos, de hambre y... de vergüenza. Más de ocho mil murieron en el primer año de la ocupación francesa.

La Madre María y sus hijas continuaron después de la rendición de la ciudad su vida de trabajo y de caridad. Las necesidades del Hospital y el número de los enfermos aumentaban y no crecían los recursos. Las Hermanas, con admirable desprendimiento y penoso sacrificio, siguieron dejando en beneficio de los enfermos sus raciones de comida y la exigua soldada que les daba la Sitiada. No comían en todo el día más que un plato de judías, sin pan, y estaban sin comer nada desde las cuatro de la mañana que se levantaban hasta las doce.

Solicitadas las Hermanas con empeño por el comandante general de la plaza y por los prisioneros españoles, que sólo en ellas tenían confianza y sólo de su caridad esperaban consuelo, fueron encargadas de distribuir las raciones a estos prisioneros, con lo cual aumentó su trabajo, ya excesivo, y muchas, agotadas por tantas privaciones y miserias, murieron y las otras estaban enfermas.

Estos milagros de caridad, estos sacrificios magnánimos

hacían a las Hermanas acreedoras a la gratitud y al amor de todos; pero no fué así. La M. María y sus Hijas no recogieron como fruto de su caridad y eminentes servicios las flores del agradecimiento y del respeto, sino las espinas de la persecución y de incalificables atropellos.

Los franceses destituyeron a los regidores de la Sitiada y nombraron otros elegidos entre gente afecta a su dominación enemiga declarada o encubierta de los leales y valientes defensores de Zaragoza, y por consiguiente enemiga de las Hermanas, que habían dado tan sublimes pruebas de patriotismo, y sobre todo de la Superiora, que había culminado en la cima del heroísmo.

Presidía la nueva Sitiada el célebre P. Miguel Suárez de Santander, Capuchino, Obispo auxiliar del Arzobispo de Zaragoza, D. Manuel Arce. El P. Santander, tan buen predicador como mal patriota, se puso desde el principio al servicio de los invasores y empleó toda su autoridad y hasta los recursos de su elocuencia en apoyar a los franceses y ponderar los beneficios de la invasión. Por estos servicios fué nombrado anticanónicamente, por el rey intruso, José Bonaparte, Obispo de Huesca, e investido con el nuevo y pomposo título de Gobernador del clero de Aragón.

La Sitiada nombrada por el Mariscal Suchet, general en jefe del ejército de ocupación, injurió más de una vez a la Madre Rafols y a las Hermanas con acusaciones infundadas, con desconfianzas ofensivas, con fiscalizaciones enojosas, con intromisiones intolerables en el gobierno de la Hermandad, y alguna vez hasta con groserías, pisoteando las leyes más elementales del decoro y consideración a que eran acreedoras por su condición de mujeres y de religiosas. Pero los tiros iban principalmente dirigidos contra la ilustre Fundadora. Su grandeza y prestigio imponía a la Sitiada, y su santidad, su entereza, el amor que las religiosas y los enfermos la profesaban eran un obstáculo para la realización de sus planes

sobre el Hospital y contra la Hermandad; querían destruirla, y para esto era necesario primero suprimir a la Superiora. Ella era la columna de la Hermandad, y destruída, se venía abajo; era la Maestra y la Madre, y desaparecida, desaparecerían las Hermanas como ovejas sin pastor.

No queremos entrar en pormenores de estas malévolas e indignas maquinaciones. La Sierva de Dios comprendió claramente que aquella tempestad se había levantado contra ella, y generosa, humilde y magnánima, para evitar molestias y peligros a sus Hijas, presentó la dimisión del cargo de Superiora a la Sitiada el 12 de Septiembre de 1811 en los siguientes términos, llenos de serenidad y mesura:

“Que habiendo sido nombrada para este empleo y confirmada en él por la Ilma. Sitiada, ha procurado cumplir exactamente con este cargo en todas las partes, como también con el encargo que le hizo el Gobierno para la asistencia y alivio de los pobres prisioneros; y siendo este empleo de tan gran peso, y haciendo ya siete años que le sirve, desea descansar de esta fatiga por algunos ajes de que se halla molestanda en algunas temporadas y de que cree se verá libre si se la exonera de esta obligación; y por todo ello suplica a la Sitiada se digne atender a su solicitud y exonerarla del citado empleo de Superiora, quedando siempre con deseos de cumplir las disposiciones de la Sitiada, como reconocida a los singulares beneficios y afectuosas demostraciones que ha merecido de la misma por espacio de los siete años”.

Nadie podrá saber nunca, porque su paciencia maravillosa, su fortaleza inquebrantable, su humildad profundísima y su resignación serena y tranquila eran un velo que cubría y ocultaba a los ojos de todos, las amarguras que inundaban su corazón, las humillaciones, vejaciones y sufrimientos que la M. María se vió obligada a devorar en estos años. Combatida, calumniada, negados y desconocidos sus servicios.

torcidamente interpretados sus actos, desfiguradas sus acciones más gloriosas y meritorias, empleaban sus enemigos todas las armas y todos los medios, por bajos y criminales que fueran, con intención aviesa y criminal, para rebajarla y desacreditarla. Había sembrado con gran trabajo, abnegación y sacrificio, los dones de la caridad, y recogía como fruto de los mismos beneficiados y socorridos, y hasta de las personas que estaban más próximas a ella, la ingratitud más negra y la persecución más injusta.

A todos estos motivos de pena y de inquietud se juntó pronto otro más peligroso para la vida de la Hermandad, porque atacaba su alma, el corazón de su organismo, y fué la imposición de unas constituciones redactadas por el Padre Santander.

Estas constituciones, que con gran aparato de erudición escrituraria y patriótica, pero con perversa intención, había compuesto el afrancesado Prelado no eran expresión fiel del espíritu de la Hermandad; su fin era esclavizar, someter a la autoridad de la Sitiada la Congregación para impedir su desarrollo y hasta su misma vida.

Paladinamente declara el elocuente capuchino estas aviesas intenciones al presentar las Constituciones a la Sitiada el día 2 de Diciembre de 1811, con palabras injuriosas para las Hermanas: “He mirado—dice—la pequeña sociedad de las Hermanas, no como a unas pocas y pobres mujeres que en la actualidad sirven con edificación. No las he mirado como un niño en la cuna, de quien nada hay que temer y recelar, sino tendiendo la vista por los siglos venideros y escarmetado con los ejemplos pasados que, empezando débiles, se hicieron fuertes y casi irresistibles; he cerrado sinceramente la puerta a todo engrandecimiento por su parte, estableciendo inalterablemente su absoluta subordinación a la Ilma. Sitiada y total separación de todo manejo independiente. Esta es la

piedra fundamental sobre que se levantó el edificio de estas Constituciones”.

La Sierva de Dios dirigió a la Sitiada una exposición razonada y redactada con exquisito tacto, en la que expone el parecer de la Hermandad sobre las nuevas Constituciones, a la cual contestó la Sitiada en 13 de Julio de 1812 con desabrimiento y sequedad, obligando a las Hermanas a la observancia de esas Constituciones desde el día 9 de Agosto.

Implantadas las nuevas Constituciones, fué admitida la dimisión que del cargo de Superiora había presentado la Sierva de Dios en Septiembre del año anterior, y acordó la Sitiada en 3 de Agosto hacer la elección de la nueva Superiora el día 10 del mismo mes.

La Hermandad, como en el día de su nacimiento, constaba de doce Hermanas, la M. María Rafols y las Hermanas Tecla Canti, María Josefa Maciá, Tecla Bon, María Sute, María Rosa Cuchi, Raimunda Torrellas, Raimunda Roselló, Antonia Dalmau, Teresa Rivera, Magdalena Castell y Cecilia Parini.

La elección se realizó con el mayor aparato y solemnidad, asistiendo todos los regidores y el presidente Santander. Fué elegida la Hermana Tecla Canti por seis votos. La Hermana María Josefa Maciá, obtuvo cuatro.

El presidente confirmó la elección y dirigió a las Hermanas, dicen documentos oficiales de la Sitiada, un *enérgico* discurso, excitándolas al cumplimiento de sus deberes. ¡Pobres Hermanas! Las que habían expuesto muchas veces su vida por los enfermos y habían probado su caridad tantas veces y su amor al Hospital con los sacrificios más penosos, no necesitaban de discursos enérgicos para cumplir sus deberes.

El día 20 de Agosto se hicieron los nombramientos de las Hermanas para los diversos cargos de la Hermandad,

y la M. María Rafols fué encargada del cuidado y aseo de las ropas de la sacristía.

Pronto se conoció la ausencia de la Fundadora en el gobierno y dirección de la Hermandad. Ella era la Madre, la Maestra, el guía y el alma de aquella obra engendrada por su celo y caridad; ella era la fuerza aglutinante, el vínculo de las Hermanas, que formaban, bajo el cetro de su autoridad maternal, un sólo corazón y una sola alma. Alejada del gobierno de la Hermandad, pronto surgieron divisiones y desavenencias, promovidas y alentadas por las torpes intromisiones e insidiosos procedimientos de la Sitiada en el régimen de la Hermandad, a las cuales sabía hacer frente y desbaratar la prudencia y santa entereza de la M. María, pero no sabía o no podía lograrlo la nueva Superiora.

Por actas de la Sitiada se viene en conocimiento de que no andaban acordes las Hermanas con la M. Tecla Canti. En un acta leemos que se da comisión al señor Deán para que procure “el arreglo de la subordinación y buen orden de la Hermandad, haciendo entender a las Hermanas la absoluta subordinación que deben a su Prelada, tanto en los negocios del Hospital como de su confraternidad, conforme a las Constituciones y ofrecimientos que tienen hechos; bien que con la reserva de que, en caso de ser inmoderadas las providencias que acordase la Superiora, recurran a la Sitiada”.

Estas divisiones y diferencias en el seno de la Hermandad fueron para la fervorosa Fundadora, tan amante de la caridad mutua, de la santa fraternidad de sus Hijas, fuente copiosa de sufrimientos y de las penas más amargas que había sufrido hasta entonces. “Nunca les recomendaré bastante—dice en uno de sus escritos—la unión y caridad que se han de tener unas con otras. Mientras haya mutua caridad, todo irá bien; pero si desgraciadamente llega a faltar esta hermosa virtud, todo irá mal. Cuando una Hermandad no

está a la altura que le corresponde, no busquen el mal en ninguna parte; es que no hay caridad o ha empezado a desmoronarse. Póngase remedio a esto y todo irá bien. Buena experiencia tengo de esto que les digo. No fueron los asedios, la muerte de las Hermanas, las persecuciones, el hambre, las calamidades que hemos pasado, que no hay palabras para ponderarlas, lo que más nos hizo sufrir, sino cuando algún miembro de la Hermandad empezó a desunirse de ella. Este sufrimiento superó con mucho a los otros, y es que entonces éramos varios cuerpos y un sólo corazón, varios espíritus y una sola alma; tan grande era nuestra caridad y unión fundada en el Corazón de Jesús, que pudimos hacernos superiores a tantos trabajos y penalidades; pero cuando empiezan las desuniones o falta la caridad, las más pequeñas contrariedades se hacen insoportables. Como digo, la desunión de algunos miembros de la Hermandad es lo que más me ha hecho sufrir”.

Afortunadamente terminó pronto la ocupación de Zaragoza por el ejército invasor. El día 9 de Julio de 1813, a las once de la noche, abandonaron la ciudad de la Virgen las tropas francesas, con gran regocijo y alegría de los buenos zaragozanos. Con ellos se fué su elocuente panegirista el P. Santander, que ya no volvió a España, y que tan triste y vergonzosamente dilapidó su talento y elocuencia, empleándolos en servicio de los enemigos de la Patria ultrajada y asolada por su invasión.

CAPÍTULO III

Nuevos peligros y contradicciones

Una de las primeras providencias dictadas por el jefe político de Aragón, D. Salvador Campillo, tres días después de la salida de las tropas francesas, fué la destitución de los regidores de la Sitiada nombrados por los franceses y la reposición de los antiguos. Son secas y terminantes las palabras con que comunica a la Sitiada la destitución el nuevo jefe de Zaragoza: “Habiéndome informado a mi arribo a esta ciudad que el Hospital Real y General de Nuestra Señora de Gracia se hallaba gobernado por una Sitiada compuesta de personas nombradas por el gobierno intruso, he dispuesto que inmediatamente cesen en sus funciones y dejen expeditas las que corresponden a los señores Regidores legítimos, que la componían antes de la ocupación de esta capital”.

Los Regidores repuestos eran D. José Dara, Barón de Purroy; D. Vicente Novella, Deán; el señor Chantre del Cabildo; el Conde Sástago; el Marqués de Montemuzo y los señores Arias, Navarrete y Zapata.

Parecía que con la evacuación de los invasores y la reposición de la antigua Sitiada iban a terminar para la Hermandad los peligros, las inquietudes y las persecuciones; pero no fué así.

Una de las primeras cosas que trató de resolver la nueva Sitiada fué el asunto delicado de los confesores de la Hermandad, que ya se había suscitado antes. Hasta entonces, el Director espiritual y confesor casi único de las Hermanas

había sido el P. Juan Bonal; pero, con asombro no exento de indignación, leemos en la *Sitiada* de 22 de noviembre de 1813 estas extrañas palabras: “Expresó el señor Navarrete, que desde luego entendía se debía prevenir a D. Juan Bonal que no solamente se abstudiese, como ya lo hace, de confesar a las Hermanas, sino que evite en lo posible hablarles sobre asuntos de la misma Hermandad; sin que por esto se entienda perjudicarle la *Sitiada* en el buen concepto que se merece por su virtud, celo y aplicación en la asistencia de los pobres enfermos”.

El sacerdote santo; el apóstol celosísimo; el padre y amigo desinteresado de los enfermos y desvalidos; el héroe abnegado que mil veces expuso su vida en los Sitios visitando los lugares de mayor peligro y asistiendo a los apestados; el bienhechor del Hospital, que sostuvo con las limosnas recogidas en penosas expediciones; el fundador, el maestro, el consejero fiel y prudentísimo de la Hermandad era separado, más aún, echado de ella con el pretexto de su falta de salud, pero, en realidad, por la baja envidia que despertaba su virtud y su prestigio.

La separación del P. Bonal cuando más necesarios eran para la Hermandad sus consejos y su dirección, causó gran pena a la Sierva de Dios y fué ocasión de graves contratiempos y peligros para la Hermandad. “Cuando ocurría esta división de las Hermanas — dice en uno de sus escritos — me vi privada de los santos consejos del P. Juan, porque valiéndose del pretexto que no estaba bien de salud, lo echaron de la Hermandad, prohibiéndole confesar a las Hermanas, lo cual se nos hizo muy sensible; pero yo nunca dejé de consultarle todas mis dudas y apuros, como me lo inspiraba el S. Corazón de Jesús, y mientras él vivió nunca tomé una determinación sin consultarle”.

En sustitución del P. Juan, fueron nombrados confesores de la Hermandad los directores del Seminario de San Carlos.

Estos cambios en la dirección de la Hermandad fueron fuente de nuevas divisiones y peligros de disolución de la Congregación y de penas y preocupaciones para la fervorosa Fundadora. Disgustadas algunas Hermanas quisieron salirse de la Hermandad, y una de las más instruídas y antiguas, la Hermana María Josefa Maciá, ingresó en el Convento de la Enseñanza, mientras otras gestionaban su admisión en otros Institutos religiosos. Además, murieron en poco tiempo tres Hermanas, quedando sólo ocho, con riesgo inminente de disolverse la Hermandad.

En estos días tan llenos de angustia y de peligro para la Hermandad, la Sierva de Dios estaba fuera de Zaragoza, en el Orcajo de Daroca, adonde había ido para reponer su salud y acompañar a la Hermana Teresa Rivera, que estaba muy enferma. Desde este pueblo seguía con solícita y temerosa ansiedad estas perturbaciones de la Hermandad, y procuraba poner remedio con sus oraciones fervorosísimas al Padre y Piloto de la Hermandad el S. Corazón de Jesús y con cartas y consultas al P. Bonal. Apresuró su vuelta a Zaragoza, y con el P. Juan venció la tempestad y llevó la Hermandad al puerto de la tranquilidad. Sus exhortaciones, su prestigio, mantuvo a las Hermanas vacilantes en su primera vocación, y el P. Juan fué a Vallés y trajo cuatro Novicias, que vinieron con gran contento y satisfacción de todas las Hermanas a llenar los huecos que la muerte y la separación de algunas había causado en aquella pequeña legión de la Caridad. “Gran trastorno fué—dice la Sierva de Dios— para la Hermandad que nos quitaran de confesor al P. Juan, porque al poco tiempo una de las Hermanas más instruídas se fué a la Enseñanza, tres se murieron y yo tuve que ir al Orcajo a acompañar a la Hermana Teresa Rivera, quedando reducida la Hermandad a sólo ocho Hermanas. Sólo por la misericordia del Corazón de Jesús se mantuvo la Her-

mandad y no desapareció. Estando en el Orcajo llegué a saber que algunas de las Hermanas que se quedaron con la M. Tecla se escribían con Sor Manuela Lecina, hija de San Vicente de Paúl, que ya la conocían desde Barcelona, para unirse con ella. Yo puse todo esto en conocimiento del Padre Juan para que se uniera a mis oraciones y de esta manera impedir tal fracaso para la Hermandad. Al poco tiempo volvimos los dos al Hospital y con la ayuda del Corazón de Jesús pudimos conseguir la tranquilidad y desistieron de sus empresas. El P. Juan fué a Valls y Cervera a traer cuatro novicias que tenía preparadas de antemano y fueron admitidas con gran contento de todas”.

Los actos y las palabras de la Sierva de Dios revelan que aunque no fuera oficialmente Superiora de la Hermandad, era en realidad la Madre, el eje y el alma de su vida. En todos los asuntos y situaciones difíciles, en los momentos de peligro, cuando acusaciones injustas tratan de mermar o de empañar el prestigio y buen nombre de las Hermanas; cuando el disgusto, la desilusión y el desaliento vienen a turbar la paz de la Hermandad; siempre, en una palabra, que la tempestad pone en riesgo de naufragio la navicilla de la Congregación, ella era la que empuñaba el timón y dirigía la maniobra como verdadero jefe, conduciéndola con mano fuerte y segura. Fué Madre dos veces de la Hermandad, porque la concibió y dió a luz con grandes dolores y sacrificios y la crió y salvó muchas veces con trabajos y solicitud aún mayores.

CAPITULO IV

La madre de los niños expósitos

No sabemos de un modo preciso la fecha en que fué la Sierva de Dios encargada de la dirección de la Inclusa, que era uno de los departamentos del Hospital, pero fué seguramente en el año 1813 ó 1814, porque en el año 1812 es nombrada para este cargo la H. Antonia Dalmau, y en el año 1815, según consta del acta de la Sitiada de 10 de Abril de 1815, que copiaremos en otro lugar, está ya la Sierva de Dios al frente de la Inclusa.

En este cargo, que desempeñó hasta los últimos años de su vida, hasta que los achaques y la enfermedad agotaron sus fuerzas y la obligaron a cierta jubilación forzosa, brilló con resplandores edificantes su caridad.

Examinemos y ponderemos esta manifestación tan simpática y tierna de su santidad.

Si hay alguna miseria que merece compasión con preferencia a todas las demás, es el abandono de estos niños, arrojados al mundo como frutos de la culpa y de la pasión, privados desde el primer momento de su vida del calor del hogar, necesario para desarrollarse y crecer esa tiernísima planta de la niñez que el menor soplo puede secar y marchitar, y del amor y sustento del pecho maternal, donde la carita del niño, fresca y sonrosada como un capullo va instintivamente a esconderse para buscar en él la fuente misteriosa de donde brota el néctar dulcísimo que alimenta su vida. ¡Pobres criaturas privadas de lo que no falta a las mismas fieras y ani-

males! El cachorro recibe en la rocosa cueva escondida en lo umbrío de los bosques el aliento cálido de su madre y la protección y el alimento del león, y el pajarillo recibe en el nido el abrigo de las alas y de las plumas de su madre y el alimento que le trae la solicitud del padre que surca interminables veces el aire para cogerlo; ¡y ellos, criaturas de Dios, han sido abandonados por unas madres menos tiernas que los leones y unos padres más descuidados que los pájaros!

Todas las obras inspiradas por el espíritu de la Iglesia han protegido de modo especial a estos niños abandonados, creando instituciones admirables para salvar su cuerpo y su alma.

El Hospital de Nuestra Señora de Gracia, que era institución nacida al calor de la caridad cristiana, tenía un departamento especial destinado a esos niños abandonados, y esta es una de sus glorias más legítimas.

La M. María, puesta al frente de este Asilo-Cuna del Hospital, lo desempeñó con tal acierto, solicitud, diligencia y caridad, que era considerada insustituible en ese cargo y por eso continuó en él hasta los últimos años de su vida. Amaba a los niños como verdadera madre y tenía para ellos efusiones y abnegaciones verdaderamente maternas; se cumplía en ella exactamente aquello que dice un escritor: “Que la virginidad del cuerpo da como fruto una maravillosa maternidad del espíritu”.

Remediaba todas sus necesidades materiales; satisfacía todos sus deseos; soportaba pacientemente todos sus caprichos; velaba con solicitud y suma diligencia, a la cual nada se ocultaba—porque sus ojos tenían la luz del amor de una madre, y al amor maternal nada se le oculta—por su defensa y cuidado, exponiendo a la Sitiada para procurarles remedio los descuidos, el abandono en que hasta entonces habían estado aquellos pobres pequeñuelos.

Bellísima es y reveladora de esa solicitud verdaderamente maternal con estos niños desgraciados la exposición presentada por la Sierva de Dios a la Ilma. Sitiada, en la cual expone las malas condiciones de las habitaciones destinadas a los niños, la mezcla de niños enfermos con sanos, con peligro de infección; la falta de camas, el mal comportamiento de las amas, la suciedad de los aposentos y algunas condiciones higiénicas necesarias para la buena salud de niños y de niñas; en todas sus palabras se advierte su espíritu previsor y sobre todo la caridad y piedad inmensa de su corazón verdaderamente de madre.

Pero si la Sierva de Dios se preocupaba mucho de las necesidades materiales de los niños, mayor cuidado tenía de las espirituales. Procuraba formar su corazón en el temor de Dios y troquelar su espíritu en los moldes de una educación sólidamente cristiana. Alimentaba su alma con el pan de continuas instrucciones religiosas, enseñándoles con suma paciencia el catecismo; derramaba en la tierra virgen de su alma las semillas de la virtud, cultivándola con esmero para que arraigasen en ella y diesen abundante cosecha de buenas obras, orientando su vida desde los primeros años por el camino recto que conduce al cielo, porque sabía que, según frase de la Escritura: “el hombre sigue siempre el camino que aprendió en su niñez y no se aparta de él ni en la vejez”.

Con estos pobrecitos desheredados del amor y de la fortuna, ¡pobres náufragos del crimen y de la pasión, salvados en el puerto de la caridad!, tenía abnegaciones, sacrificios y ternuras exquisitas para compensarles de alguna manera del abandono de sus padres y de su desgracia, y ya que no podía darles otros bienes, trabajaba sin descanso para enriquecer su alma con la única y verdadera riqueza que no se pierde, ni se gasta, ni nos abandona con la muerte: la riqueza de la virtud y de las buenas obras. Los ejercitaba en las prácticas de piedad, procurando formar en ellos hábitos santos y pia-

dosos; hacía con ellos todos los días las oraciones de la mañana y de la tarde y actos de fe, esperanza y caridad; los preparaba para la recepción de los Sacramentos, y era una catequista paciente, inteligente, diestra, y sobre todo celosa y humilde; era, en una palabra, para ellos todo, porque los amaba con todo su corazón y el amor es todo, luz, consuelo, amparo, defensa.

Su corazón estaba tan unido a esos niños, que su amor no lo enfriaba la distancia, ni las tribulaciones lo debilitaban, ni la nieve de los años lo extinguía. En años de gran penuria y escasez para el Hospital pedía en las iglesias y por las calles, con grandes trabajos, sacrificios y humillaciones, para procurarles alimento y vestido. Enferma, perseguida, con tribulaciones en el alma y enfermedades en el cuerpo, se olvidaba de sí misma para pensar en sus niñitos; desterrada en Huesca, los recomienda a la solicitud y al amor de la Hermana que hacía sus veces en la Inclusa. En carta dirigida a la M. Teresa Perió el 14 de Mayo de 1835. dice: "A la Hermana Josefa Codina que cuide bien a los niños de la Inclusa y que cuando hagan los actos de fe, esperanza y caridad no se olviden de mí que todos los días los rezaba con ellos".

Hasta su muerte tuvo una especial predilección por estos pequeñuelos, y a semejanza del divino Salvador, siempre quiso que se acercaran a ella para enseñarles y cuidarles.

Esta preferencia se manifestó con delicadeza conmovedora en los últimos días de su vida, eligiendo como habitación para vivir retirada, porque la parálisis le impedía casi todo movimiento, un pobre cuarto próximo a los niños.

CAPITULO V

Profecías y prodigios singulares

El año 1815 fué para la Sierva de Dios año de grandes gracias sobrenaturales, de favores y revelaciones extraordinarias, con las que su Protector divino el S. Corazón compensó las persecuciones, los dolores y sacrificios que había sufrido su fidelísima y amantísima esposa.

En el acta de la Sitiada de 10 de Abril de 1815 se leen estas palabras: "La Hermana de la Caridad, María Rafols, presentó un memorial, en el que expuso que hace diez años que se halla en este Hospital, en cuyo tiempo ha carecido de la vista de su familia, y hallándose con deseo de ir a ver a sus hermanos y parientes, así como éstos lo tienen de ver a la suplicante, suplica se le conceda licencia temporal por dos meses, bajo el concepto que sus parientes le costearán los gastos de viaje. Mas como el Señor pudiera disponer de su vida le ha parecido presentar las cuentas de las limosnas que ha recibido para los expósitos y de su inversión; y como se halla encargada de dichos niños, ha creído conducente, con aprobación de la Sitiada, poner en su lugar una de las Hermanas, la que, a su entender, se halla con más aptitud".

El permiso solicitado por la observante y humilde Religiosa para ir a ver a su familia, era una cosa rara y de difícil explicación. El primer biógrafo de la gloriosa Heroína, el elocuente P. Rabaza, no encuentra los motivos de ese viaje y su ingenio agudo imagina diversas conjeturas.

Hoy, descubiertos sus escritos, aparecen claras las causas que movieron a la M. María a solicitar ese permiso. En el

último escrito encontrado refiere minuciosamente los motivos y detalles del viaje a Villafranca y los favores prodigiosos y extraordinarios con que la regaló el S. Corazón durante los dos meses que estuvo en su casa natal. Leamos con admiración y reverencia la interesantísima y maravillosa narración. En ella resplandece con luz celestial la caridad encendida, la encumbrada oración, la mortificación austerísima de su alma elegida y santa y la predilección amorosísima del Sagrado Corazón para su hija preferida y singularmente amada y favorecida, ante la cual aparece en todo el esplendor de su belleza, le descubre los proyectos magníficos que sus Hijas realizarán para honrar su nombre y su casa, y las tribulaciones que la esperan, y la regala y consuela con promesas y palabras dulcísimas de protección y amor.

“El primer jueves del mes de Abril de 1815, de once a doce de la noche, estando haciendo oración ante el Sagrario se me apareció mi dulce Jesús y me dijo: “Hija mía, quiero que vayas dos meses a Villafranca; necesitas descanso y fortificar tu espíritu para que no desmayes en las grandes tribulaciones que te esperan. Mi Madre y yo te confortaremos y con nuestra presencia visible santificaremos la casa que tú naciste. Son grandes los designios que las tres divinas Personas tenemos sobre ti y aquella humilde morada; ese lugar será muy glorioso. De todas partes irán a él en busca de la salud del alma y cuerpo”. Con tales manifestaciones quedé muy consolada y al mismo tiempo confundida al ver tales larguezas y misericordias con esta vil criatura. Yo no sabía cómo llevar a cabo tal mandato, y en aquel mismo día recibí carta de mis hermanos, residentes en Villafranca, en la que me manifestaban sus grandes deseos de que fuera una temporada con ellos para restablecer mi quebrantada salud, añadiendo que ellos costearían muy gustosos los gastos de viajes y demás, y sin hacer yo ninguna diligencia (porque me repugnaba pedir tal permiso), Dios Nuestro Señor

inspiró a la Madre Tecla cuando leyó la carta que ella hablase con el señor Presidente, y a los dos les pareció muy bien el concederme tal gracia, y ellos mismos dieron orden a D. Agustín Sevil para que me hiciera la instancia solicitando el permiso y yo sólo hice firmarla. Al día siguiente se celebró Sitiada, y con anuencia de los señores Regidores me concedieron muy gustosos el permiso, por verme muy enferma y agotada de fuerzas. Yo les dí las gracias, y como no sabía lo que me sucedería con las persecuciones que mi dulce Jesús me había anunciado, me apresuré a dar cuenta de todas las limosnas que había recogido para los niños de la Inclusa y preparar bien a la Hermana Francisca Rusic, que tanto a la M. Tecla como a mí nos pareció que era la que mejores condiciones reunía para estar al frente y cuidar bien a los niños expósitos. Como el viaje era largo y estábamos tan pocas Hermanas, convinimos con la M. Tecla y el señor Presidente escribir a mi hermana Margarita para que viniese a buscarme; así lo hizo muy gustosa inmediatamente de recibir mi carta y en muy pocos días quedó todo ultimado”.

“Al llegar a Villafranca mi hermana quería que fuese a hospedarme a su casa, pero el Corazón de Jesús me dijo: “Quiero que vayas al molino donde naciste. Mi Padre y yo te hemos preparado este santo retiro para fortificar tu espíritu”. En los dos meses que estuve en Villafranca no salí de casa más que para ir a la iglesia y para rezar el Vía Crucis en el Calvario, que estaba muy cerca del molino”.

“Las gracias que en aquellos dos meses recibí son incontables; pero como han pasado tantos años, es difícil que yo las recuerde todas; haré cuanto pueda por complacer y no desagradar al Corazón de Jesús, que tanto me insiste en que escriba todas las cosas íntimas que han pasado por mi alma. Yo no sé lo que se propone mi dulce Jesús con hacerme escribir; sólo sé que son tantas las angustias que siento

cuando recibo estos mandatos, que todo lo que he sufrido en mi dilatada vida, me parece nada en comparación de las agonías que siento al escribir estas noticias tan íntimas de mi vida”.

“La noche primera que pasé en Villafranca la pasé en oración y sobre las doce se me apareció el Corazón de Jesús tan hermoso y resplandeciente como jamás lo había visto, y de los rayos de luz que despedía se iluminaron las paredes del aposento con una variedad de colores que parecían de cristal; eran unos colores tan brillantes y lindos, que yo no sé explicarlo; sólo sé decir que aquella morada pobre y humilde parecía un cielo, y cuando yo estaba ya como fuera de este mundo... oigo la voz de mi Dios y con su dulzura acostumbrada me dijo: “Hija mía, te he traído a esta casa para recrear tu espíritu y santificar esta humilde morada con mi presencia”. Y a continuación me dijo: “Quiero que ese Crucifijo que tienes en tanta estima y no está conforme con la pobreza que tú profesas (me lo habían regalado y tenía adornos de plata; yo lo estimaba mucho por ser de una persona muy santa), lo claves en esta habitación que tú moras y yo haré que permanezca aquí sin que nadie pueda desclavarlo hasta que tus Hijas vengan en los tiempos venideros a visitar y reconocer por primera vez esta santa casa. Cuando visiten esta habitación, yo inspiraré a una de tus Hijas que lo reconozca por tuyo y sin ningún esfuerzo pueda desclavarlo. A Zaragoza lo llevarán y en la Casa Noviciado lo tendrán en gran veneración hasta que tus Hijas vengan a habitar este santo lugar, y entonces es mi voluntad que la misma Hermana que lo desclave vuelva a colocarlo en el mismo sitio que lo encontró”.

Esta promesa y profecía del Corazón de Jesús se ha cumplido en todos sus detalles.

El día 31 de Agosto de 1924, varios años antes de ser

encontrado este escrito de la Sierva de Dios, que fué hallado el día 2 de Enero de 1931, la Hermana María Naya, en la primera visita que las Hermanas de Santa Ana hacían a la casa natal de su Fundadora, desprendió sin ningún esfuerzo el crucifijo de la pared en que estaba clavado y que hasta entonces nadie había podido desprender.

Un periódico de Cataluña refirió el extraordinario suceso en un artículo titulado: “¿Milagro?”

“Siendo Vicaria de la Congregación la Rvda. M. Felisa Guerri, el día 31 de Agosto de 1924, por hallarse enferma la Rvda. M. General Pabla Bescós, Superiora General, se trasladó a Villafranca acompañada de la Hermana María Naya, juntamente con varias representaciones de las autoridades de Zaragoza, con objeto de asistir al homenaje que al día siguiente, 1.º de Septiembre, se había de dedicar a la R. M. María Rafols, Fundadora de esta Congregación de Hermanas de la Caridad de Santa Ana.

Luego de la dedicación de la lápida, ocasión primera que tenían de conocer la casa natal de la Fundadora, y después que autoridades y público subieron a visitar la casa, se dispusieron la M. Felisa Guerri y H. María a visitar todas las habitaciones, siendo la primera vez que tenían la dicha de hacerlo.

Inmediatamente de llegar a una pequeña habitación que hay en el piso superior, la Hermana María Naya, al ver un crucifijo cubierto de cal que había en la pared, exclamó: “Ese crucifijo es de nuestra Santa Madre”. Entonces, la mujer que ocupaba la casa explicó el misterio del crucifijo, diciendo que siempre lo había conocido en el mismo sitio y que nunca habían logrado desclavarlo, a pesar de los muchos esfuerzos que habían hecho, razón por la cual estaba el Santo Cristo encalado. Y que lo mismo les había sucedido a los anteriores colonos. Al oír esta relación, la Hermana María Naya pidió permiso para subirse encima de un catre para ver si ella

podía desclavarlo. No hizo más que acercar la mano al crucifijo, y con suma suavidad sin fuerza alguna ni violencia, lo separó de la pared y lo mostraba a todos muy contenta, insistiendo que tenía que ser y era de la Madre Fundadora.

La Hermana María Naya reclamó su conservación y posesión para el Instituto, una vez que logró la autorización de D. Enrique Alcover, propietario a la sazón de la casita.



Santo Christo recogido por la H. María Naya, en la casa natal de la Sierva de Dios

CAPÍTULO VI

Más gracias y prodigios

El S. Corazón continuó descubriendo ante los ojos extáticos de su Sierva nuevas maravillas y consoladoras promesas: “Hija mía—le dice—, esta Casa será, cuando lleve mi nombre, un lugar muy venerado; las muchedumbres aquí vendrán a implorar protección en sus necesidades. También quiero que tus Hijas, ayudadas de otras personas caritativas inspiradas por mí, levanten en las cercanías de este santo recinto un Hospital donde se puedan alojar los pobres y toda clase de enfermos, en memoria de la caridad tan grande con que tú y tus piadosos padres acogíais a mis hijos necesitados. Este asilo del dolor se ha de llamar *Hospital de San José*, para los pobres y enfermos de cuerpo y alma” Al mismo tiempo que el Corazón de Jesús me estaba diciendo estas últimas palabras, me hizo ver y sentir con mucha claridad que cuando se encuentren estos escritos y llegue la hora marcada para poner en ejecución todos sus mandatos, El preparará un santo Prelado muy celoso de la salvación de las almas y amante de su divino Corazón, que inspirado por El, ayudará a mis Hermanas con sus consejos y con otros medios que El mismo le proporcionará, para que se pueda llevar a la práctica todos los designios de su divino Corazón”.

Este Prelado es sin duda el celosísimo y piadoso Obispo de Barcelona ferviente y devotísimo admirador de la Sierva de Dios. El día 1.º de Mayo de este año 1931 tuvo la dicha de iniciar la realización de estos divinos proyectos bendi-

ciendo la primera piedra del templo dedicado a la Virgen Santísima del Pilar.

La predilecta esposa del S. Corazón continuó la maravillosa y sorprendente narración, en la cual palpita la emoción y la sinceridad. Otra noche en que yo estaba castigando a mi cuerpo para desagraviar a mi dulce Jesús por las blasfemias que contra El se cometen en toda aquella comarca, se me apareció Nuestro Señor Jesucristo muy triste y me dijo: “Sigue, hija mía, sigue castigando tu cuerpo para desagraviar a mi Eterno Padre, que tan irritado está por los pecados de blasfemia, por las profanaciones de los días festivos y sobre todo por los pecados de escándalo y de deshonestidad con que me ofenden en estos últimos tiempos. Muy cerca de este lugar hay un tesoro escondido y cuando lo encuentren, Yo haré que a tus Hijas lo entreguen. Este tesoro que te anuncio es mi imagen que en estas últimas guerras fué robada de la iglesia del Convento de los Dominicos (creyendo que era de oro), y al pasar por aquí rompieron la Cruz con unas piedras para desclavar mi imagen, y al ver que no era de lo que ellos creían hicieron las más horribles profanaciones y me maldécían como si fuera yo la mala suerte de ellos. Y en medio de horribles blasfemias y burlas y escarnios los más soeces hicieron un hoyo en la tierra para que nadie de buena fe pudiera recogerla. Quiero que todo esto lo consigas para que cuando esta imagen mía que tan ultrajada fué, esté ya en poder de tus Hijas, quiero que le hagan un acto de desagravio y que desde ese día que le llamen el Cristo Desamparado que pide reparación”.

“Los que con fe invoquen esta imagen serán escuchados y de modo especial alcanzarán misericordia y se moverán a contrición los pecadores más endurecidos. “Es mi voluntad que cuando esté terminado el templo que bajo la advocación de mi Madre Santísima se levantará en este lugar, se colo-

que esta imagen en sitio que todos los fieles puedan venerarla y leer bien su historia”.

También esta profecía del S. Corazón se ha cumplido de un modo maravilloso.

Después de adquirir la Congregación de Santa Ana, en 1928, la casa donde nació su Fundadora, mandó hacer algunas obras para cercar la finca y plantar un pequeño jardín.

Trabajaban ordinariamente en esta obra cinco obreros, llamados Juan Amau, Teodoro Pascual Piamó, Juan Lloport, Ventura y Pedro Albiac Llop. El día 15 de Noviembre de 1929, el peón Juan Amau, haciendo una zanja encontró un Santo Cristo, y al tomarlo se encontró con la mano manchada de sangre. El obrero, creyendo que la sangre procediera de algún pequeño rasguño o herida, se limpió la mano en el pantalón, y notó con gran sorpresa que la sangre no era suya, pues no tenía ninguna lesión de donde pudiera proceder. Entonces llamó a otro peón y le dijo: “Mira, he hecho sangre al Santo Cristo”; el cual, a su vez, inmediatamente vió también que efectivamente era sangre. Estos dos obreros llamaron a los otros y todos afirmaron que la sangre había procedido milagrosamente del Santo Cristo, lo cual llenó de estupor a los citados obreros.

Al momento dieron cuenta del hallazgo y de lo sucedido a doña Teresa Puig Rafols, y también dicha señora vió sangre al Santo Cristo en la pierna izquierda. Inmediatamente lo recogió y lo guardó en la casa natal de la Madre Fundadora, de la que ella estaba al frente, con el propósito de mandarlo a Zaragoza en la primera ocasión.

Divulgado por los obreros lo sucedido, comenzaron a llegar numerosas personas de Villafranca, las unas curiosas, las otras reverentes, para ver, contemplar y aun adorar el Santo Cristo del que tales cosas contaban.

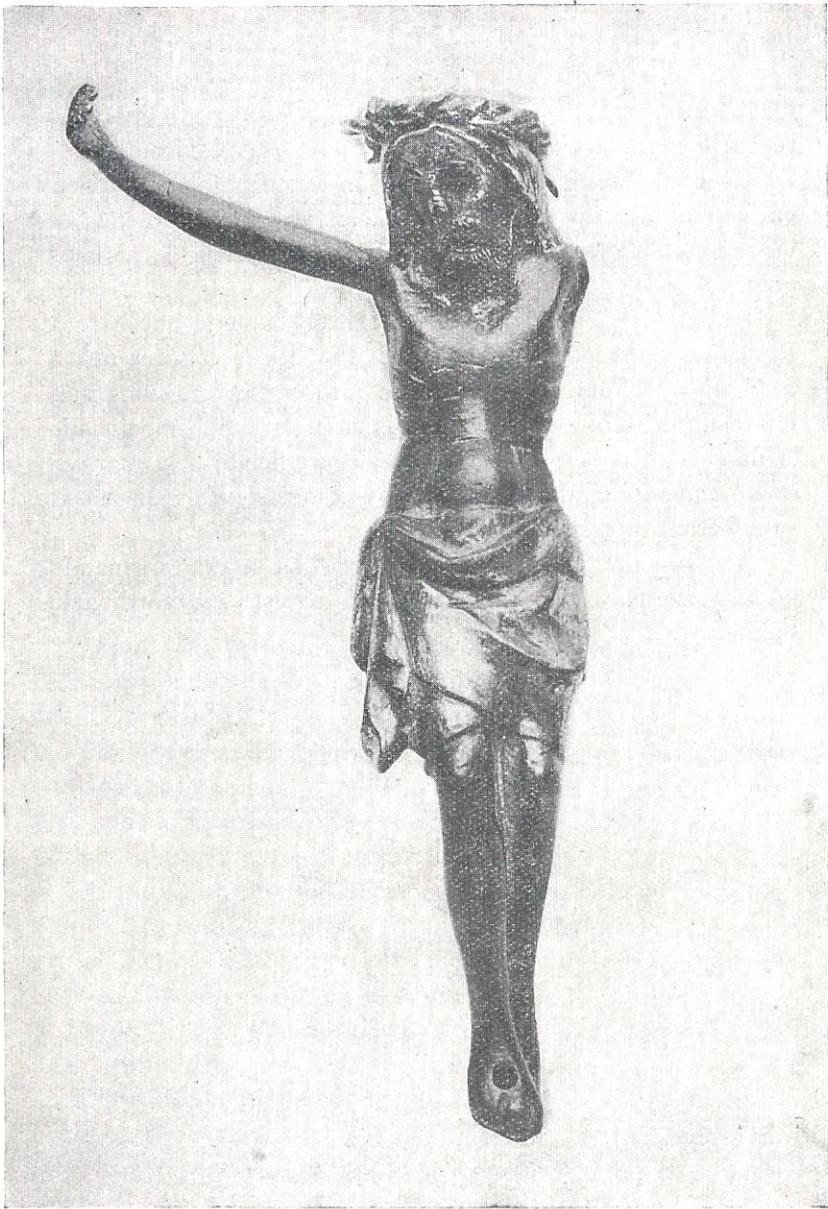
Fué tan grande la aglomeración de gente que todos los

días acudía a ver el Santo Cristo, que se creyó oportuno retirarlo y fué traído a Zaragoza a la Casa Noviciado.

Es una pequeña figura de Jesús crucificado, de bronce, que parece dorado; no tiene cruz; le falta un brazo, que se ve fué roto violentamente y conserva las huellas de algunos golpes.

La R. M. General Felisa Guerri, en el viaje que hizo a Roma en el mes de Febrero del año 1931, lo presentó a S. S. Pío XI, que lo tuvo mucho rato en sus augustas manos examinándolo con mucha atención, leyendo emocionado la narración de la Sierva de Dios, concediendo a la maravillosa imagen cuantas indulgencias y gracias puede dispensar su soberana potestad apostólica.

Actualmente, en la Curia de Barcelona se está formando un proceso para depurar la verdad de este extraordinario suceso.



Santo Christo encontrado por los obreros en las cercanías de la casa natal de la Sierva de Dios

CAPITULO VII

Desalientos y esperanzas

Por los años 1817 y 1818 la situación económica del Hospital, despojado de muchas rentas, censos y privilegios, y disminuídos notablemente los legados y las limosnas, era crítica y angustiosa; y en estos momentos difíciles, cuando los Regidores y los encargados del Hospital, que en días de esplendor y de abundancia eran los primeros y se mostraban celosos de su autoridad y prerrogativas, lo abandonaban, son los mismos que en ocasiones semejantes salvaron la santa Institución, la M. María Rafols y el P. Juan, los que se sacrifican y trabajan y emplean todas sus actividades y valimiento para allegar recursos y remediar sus grandes necesidades.

El P. Juan Bonal, peregrino de la caridad, recorre con grandes fatigas, contrariedades y penosos sacrificios, los pueblos, pidiendo limosna para el Hospital, y recoge, merced a su celo infatigable y al prestigio de su virtud, grandes remesas de dinero y de ropas, que son los únicos medios con que cuenta el Hospital para sostenerse.

La Sierva de Dios, unas veces sola, otras con la Superiora M. Tecla Canti, o con la Hermana Raimunda Torrellas, escribe al general Palafox, su gran amigo y protector, rogándole emplee su influencia y poder en favor del Hospital y de la Hermandad, amenazados de graves peligros y padeciendo grandes necesidades.

“D. Juan Bonal—dice en una de estas cartas—, que estuvo en los dos asedios acomodándonos y cuidando de los

enfermos, salió el año pasado para una limosna extraordinaria, y el fruto fué tan copioso que la ropería se ha puesto corriente, cuando apenas podíamos mudar a los enfermos. Trata de una segunda salida y ha compuesto unos despachos que remitiremos a V. E., supuesto que en ellos se habla de las pérdidas presenciadas por V. E., y esperamos que V. E. cuidará en interesarse con S. M. sobre la aprobación de dichos despachos, como también en todo lo demás conducente a los pobres enfermos y a nuestro estado, atendiendo que si V. E. no se interesa, nos parece que ninguno debe mirar ni mirará las cosas de esta ciudad como V. E., que tantas veces se ha expuesto a perder la vida por el Rey y sus derechos”.

En todas esas cartas alientan y palpitan sus tres grandes amores: el Hospital, los enfermos y la Hermandad. En medio de peligros, de privaciones, de graves preocupaciones, atormentada por achaques y dolores, se olvida de sí misma y sólo se ocupa y vive para su querido Hospital, para sus enfermos y para sus Hijas.

Pero la necesidad más urgente en aquellos años y que más preocupaba y afligía a la Sierva de Dios, porque era causa de desalientos y desavenencias en el seno de la Hermandad, era la falta de unas constituciones definitivas, aprobadas por la autoridad de la Iglesia, que dieran estabilidad y vida legal a la Hermandad.

Como hemos dicho alguna vez, la Hermandad se rigió desde el principio de su vida por las reglas redactadas, de acuerdo con la Sitiada, por el P. Juan Bonal. Durante la ocupación francesa, por las Constituciones del P. Santander; pero al retirarse los franceses y ser derogadas estas Constituciones, la Hermandad quedó en cierta manera sin Constituciones y sin reglas. Esto era manantial de multiplicadas ansiedades y de mucha intranquilidad para las Hermanas. La

carencia de una regla fija, aprobada por la Iglesia, constituía un peligro constante de disolución para la Congregación, cuyos miembros, aunque unidos por el común sentir, por el ejercicio de los mismos ministerios de caridad y por la identidad de vocación y de aspiraciones, carecían de esa fuerza de cohesión, de esa energía aglutinante poderosa y eficaz que a toda organización, a toda persona moral dan las constituciones y las reglas, que son como el alma y la sangre de su vida.

Este principio disolvente de la Hermandad estaba agudizado por las intromisiones de la Sitiada, que debilitaban la autoridad de la Superiora.

Algunas Hermanas, disgustadas por estos motivos, deseosas de mayor perfección, volvieron en el año 1817 a gestionar su ingreso en otras Congregaciones religiosas, principalmente en las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, poniéndose en relación con Sor Manuela Lecina.

La Sitiada, alarmada por estos conatos de las Hermanas para salirse de la Hermandad, ya muy reducida entonces por la muerte de algunas religiosas que no habían sido sustituidas, reconoce la necesidad de dar a la Hermandad constituciones definitivas y dirige a este fin a D. Benito Fernández de Navarrete, Deán, y a D. Jerónimo González y Secada, Visitadores regios del Hospital, una comunicación, que copiamos íntegra, porque describe fielmente el estado de la Hermandad creado por esta falta de constituciones:

“La Junta de Gobierno del Hospital Real y General de Nuestra Señora de Gracia, de esta ciudad, habiendo llegado a entender por medio bastante reservado, que entre las Hermanas de la Caridad establecidas en el mismo para el mejor servicio de los pobres enfermos y para otros destinos, en utilidad de aquél, había cundido un principio de desunión, determinándose unas a trasladarse a la Congregación de Hijas de la Caridad, fundación de San Vicente de Paúl; que

otras no estaban distantes de hacer lo mismo, y que pres-
taba más recelo a esta suposición considerarlas a todas, como
son, naturales de otro reino; por donde, viéndose unas aban-
donadas de sus compañeras y paisanas, correrían las restantes
a seguir el rumbo, excitadas de algún motivo de mayor per-
fección; después de tomar los conocimientos que se creyeron
oportunos para asegurarse de la certeza del aviso, con el
sigilo que la cosa requería, encontró el resultado de ser ver-
dad, que dos de las indicadas Hermanas tenían adelantadas
las diligencias para la insinuada traslación, y que sería muy
probable se agregase alguna más, naciendo esta novedad de
reputarse las Hermanas, que en el día existen en el Hospi-
tal, en un estado y situación totalmente precaria”.

“Los fundamentos en que se apoyan para discurrir en
tales términos, se ciñen a que, desde el año 1805, en que se
colocaron en este santo Hospital, hasta el presente, no están
formadas en Congregación arreglada, ni han recibido Cons-
tituciones que les sirvan de norma para su dirección interior
y exterior; que se extiendan a la dependencia que las Her-
manas hayan de mantener con su Superiora, ni a las facul-
tades de ésta respecto de las súbditas, con los casos y mane-
ra en que haya de ejercerlas, ni los demás agregados, tan
dignos de la mayor atención, para las funciones que deben
practicar con las enfermas y en las oficinas a que la Sitiada
les destine. Por donde, si con el mayor reconocimiento no
pueden menos de estar agradecidas a las distinciones y apre-
cio que constantemente han recibido y en el día experimentan
de la Sitiada, no obstante, como encuentran dentro de sí el
mismo principio que las condujo al Hospital, de consagrarse
al servicio de Dios por motivo de caridad, conceptuaron en-
tonces, y en la actualidad abundan en la misma persuasión,
que su celo, para ser más útil a los enfermos y a ellas mis-
mas, en la santificación de sus almas que han venido a bus-
car en el agrado de Dios, no está satisfecho mientras carez-

can de una norma de vida, que no sólo las tranquilice en
saber positivamente en cada uno de sus ejercicios y en la
distribución de sus horas, cuál sea el agrado y voluntad de
Dios, sino que, recibiendo esa autorización de reglas u orde-
naciones, puedan sosegar su ánimo, estimándose fijadas en
un género de vida digno de considerarse como permanente
y más propio, para aplicarse al servicio de enfermos y del
Hospital, con el mismo empeño con que cualquiera otra per-
sona abraza un instituto religioso, en el que, si no falta a
sus obligaciones, disfruta de todos los medios convenientes
a su salvación, sin cuidarse de otra cosa”.

“La Sitiada, pensando todas estas noticias, las ha puesto
en el punto que ellas mismas indican merecer; pero teniendo
presente que, estando aún abierta la Santa Visita, que con
la autoridad de la Real Cámara está sometida a vuestras se-
ñorías, no le corresponde entrar en más investigaciones, y
que, sosegada de lo que ha trabajado como también de haber
puesto algún remedio al mal que se temía, ha determinado
dirigirse a vuestras señorías, en contestación al oficio de 25
de Abril último, por el que pidieron vuestras señorías infor-
mes acerca de varios artículos relativos a la Congregación y
Hermanas insinuadas, se sirvan acordar lo que más con-
venga, para el bien general de los enfermos”.

A esta comunicación respondieron los Visitadores regios
en 7 de Marzo de 1817:

“Hemos recibido el oficio de V. S. I., de tres de este
mes (Marzo), en que se sirve manifestarnos los conocimien-
tos que ha adquirido en orden a las intenciones de poca es-
tabilidad de alguna de las Hermanas de la Caridad de este
Hospital, y la necesidad de arreglar las Ordenaciones para
el servicio del mismo a utilidad de sus enfermos, a fin de
cortar la propagación de aquellas ideas en que acaso entra-
rían otras Hermanas, con el perjuicio que su ausencia
produciría en este piadoso establecimiento”.

“No hemos perdido seguramente de vista el interesante extremo de dar a las Hermanas de la Caridad unas reglas u ordenaciones que fijen su estabilidad en el Hospital, de una manera conveniente y determinada; pero exigiendo su arreglo alguna meditación y estando pendiente este particular de un informe no evacuado hasta el día, no ha estado en nuestra mano poner término a este asunto, en que, con la nueva instancia de V. S. I., hemos excitado su adelantamiento; y entretanto, al paso que nos demuestra el celo que le anima en las medidas tomadas por sí; en el momento, para contener semejantes ideas. esperamos de V. S. I. estará a la mira para acordar las demás que al objeto se hagan necesarias”.

Todos ante el peligro sienten alarma, pero nadie pone el remedio. La Santa Fundadora que velaba con vigilante cuidado sobre su obra, que amaba como alma de su alma, como a una hija nacida de su amor y criada con grandes sacrificios y trabajos, es la que conseguirá esas constituciones que, recogiendo fielmente los fines y el espíritu de la Hermandad, aseguren su continuidad y normal desarrollo, poniéndola al abrigo de ingerencias extrañas y de las intromisiones de la Sitiada, cuya autoridad invadía muchas veces campos ajenos a su jurisdicción, el gobierno y dirección interna de la Hermandad, que debía quedar reservado exclusivamente a la autoridad de la Superiora, contrastada y ratificada por la autoridad de la Iglesia.

La celosa Fundadora, para conseguir esa aspiración vehementemente y durante muchos años acariciada por su corazón de dar Constituciones definitivas a la Hermandad, se decide a exponer sus deseos al Prelado que entonces regía los destinos espirituales de la insigne Archidiócesis cesaraugustana, D. Manuel Vicente Montaner, y, como dijimos en otro libro, este Prelado encargó la redacción de las Constituciones, ajustándolas en lo posible al espíritu e inspiraciones de la Ma-

dre María, a dos venerables sacerdotes, prestigiosos prebendados del Cabildo Metropolitano, D. Pedro Valero y el Deán D. Benito Fernández de Navarrete, los cuales, teniendo a la vista las primitivas reglas del P. Bonal que el Arzobispo pidió a la Fundadora y siguiendo sus consejos e indicaciones llevaron con gran acierto a feliz término su difícil y honrosa comisión. “Grandes eran—dice la Sierva de Dios—mis deseos de tener unas reglas aprobadas, porque esta era la causa de alguna discusión en la Hermandad, y fui a solicitar esta gracia del señor Arzobispo, el que me dió grandes esperanzas de satisfacer mis deseos, pues aunque nos regía por las que el P. Juan nos compuso cuando vinimos a fundar, era deseo de todos y de él que la Iglesia fuese la que nos aprobase. Para este fin me pidió el señor Arzobispo el reglamento del P. Juan y bajo esas bases formaron las Constituciones. Con estas esperanzas la Hermandad se quedó tranquila y ya esperaba con ansiedad ponerlas en práctica; este consuelo era un lenitivo muy grande en medio de tantas calamidades, escaseces y penas tan atroces, que sólo con la ayuda del S. Corazón de Jesús y de la Santísima Virgen pudimos soportar”.

Estas esperanzas que acariciaban las Hermanas de poner en práctica las Constituciones no se convirtieron en realidad hasta después de varios años, por tristes y aciagos acontecimientos, que expondremos en los capítulos siguientes.

CAPÍTULO VIII

Dos almas hermanas

La renovación de una tentativa funesta para la Hermandad fué en el año 1818, ocasión preparada por Dios para unir dos almas santas que vivían separadas y eran hermanas por la identidad de su espíritu de caridad, humildad, mortificación, mansedumbre, por sus tribulaciones y para manifestar su virtud.

Ya dijimos que las Hermanas que quisieron salirse de la Hermandad para ingresar en otros institutos religiosos estuvieron en relación para lograr sus deseos con Sor Manuela Lecina, hija de la Caridad de San Vicente de Paúl, que trabajaba con mucho celo, venciendo muchas dificultades y soportando contradicciones y persecuciones, para reorganizar en España su Congregación.

Cuando ya la Sierva de Dios creía que se había desvanecido esa tormenta y las Hermanas que pretendieron seguir a Sor Manuela para ingresar en su Instituto habían desistido por sus consejos y exhortaciones, vuelve a renovarse con más fuerza ese peligro por la llegada a Zaragoza en 1818 de la religiosa Paula: “Al principio del año 1818—escribe la Sierva de Dios—, cuando yo creía que la Hermandad estaba fuera de peligro, vino de su tierra natal de tomar los aires Sor Manuela Lecina, y se alojó en la calle Predicadores, en la casa de la familia Altahoja, y vino al Hospital con el objeto de conocernos personalmente y ver si queríamos unirnos a ellas, porque, según dijo, había llegado a saber la precaria situación en que estaba nuestra Hermandad y quería librar-

nos de tantas penas, pues ellas contaban con bastantes casas y con buenos apoyos de los gobernantes. Algunas de las Hermanas que habían pensado antes marcharse se animaron otra vez, y esto fué para mí motivo de nuevos sufrimientos. Con toda confianza acudí al Corazón de Jesús pidiéndole su ayuda y protección en tan grande apuro. Claramente me dió a entender que aunque todas se fueran yo no me debía ir; que no me apurara que El saldría en mi defensa”.

Y, en efecto, el S. Corazón arregló las cosas de modo que no sólo se desvanecieron los temores de disolución que amenazaron a la Hermandad por la venida de Sor Manuela, sino que ésta y la Sierva de Dios se unieron con los lazos de una santa y cordialísima amistad. Eran dos almas abrasadas en el amor de Dios, dos almas rectas que sólo buscaban a Dios y por su gloria trabajaban, y la caridad hizo florecer en su corazón la flor delicada y fragante de la fraternidad cristiana. Amaban las dos fervorosamente a Jesús, y en su Corazón Sacratísimo pronto se encontraron y comprendieron.

Sor Manuela, por un enfriamiento contraído en el largo y penoso viaje que hizo de Cataluña a Zaragoza, enfermó a los pocos días de su llegada y ella misma pidió ser trasladada al Hospital, y la Sierva de Dios, corazón generoso y nobilísimo, inflamado en la caridad de Aquel que nos manda devolver bien por mal y amar a nuestros enemigos, recibió a Sor Manuela, que involuntariamente tanto la había hecho sufrir, con inefable amor, y durante su larga enfermedad la cuidó con abnegada solicitud y la prodigó las manifestaciones delicadas del más sincero y fervoroso afecto, la colmó de atenciones y de maternales cuidados hasta su muerte, y para conservar su memoria describe con gran lujo de detalles el lugar y forma en que fué enterrada.

La Sierva de Dios habla de Sor Manuela extensamente en tres de sus escritos. Leyendo esos escritos se admira la delicadeza, la ternura, la elevación y pureza de sentimientos

de dos almas santas que Dios juntó en el camino del sufrimiento. Por su extensión no transcribo aquí todo lo que la M. María dice de Sor Manuela; pero quiero copiar algunos párrafos que nos dirán cómo saben sentir y amar los corazones unidos en el Corazón de Cristo.

“De resultas — dice en uno de ellos — del enfriamiento que cogió en el viaje, enfermó Sor Manuela y ella misma pidió que la trajeran al Hospital. La pusimos en el mejor cuarto que teníamos y la buscamos todas las comodidades que estaban a nuestro alcance, pero sobre todo gran caridad por parte de todas. Encontró tan buena acogida en nosotras, según decía ella, que se decidió a estar aquí hasta restablecerse”.

“Seis meses—dice en otro escrito—estuvo Sor Manuela con nosotras. Estaba tan agradecida a lo que por ella hicimos, que daba continuas gracias a Dios, que ya que estaba separada de sus Hermanas, no las tuviera que echar de menos en nada. No le faltó ninguna asistencia corporal ni espiritual, y para que pudiera visitar a Jesús en el Sagrario los días que se levantaba, la pusimos en el cuarto que hay junto al de doña Manuela, que es el mejor que tenemos y tiene una tribuna que da a la iglesia. Todas nos apresurábamos a darle lo que nos parecía más apetitoso a su quebrantada salud, y a pesar de nuestra pobreza nada le faltó, pues la queríamos como si fuera de la Hermandad. El P. Juan le administró los últimos sacramentos, que recibió con gran fervor y alegría, y murió rodeada de todas las Hermanas con una paz envidiable el día 24 de Julio de 1818”.

“Murió—dice en otro escrito—como mueren los santos, entre dulces coloquios, y pidiéndonos perdón muchas veces con tanta ternura que nos conmovió a todas; manifestando que su agradecimiento sería eterno. Su muerte causó mucho sentimiento en la Hermandad, pues por sus virtudes y circunstancias en venir a morir entre nosotras, en mis brazos,

la queríamos todas igual que si fuera nuestra. Las que hemos tenido la dicha de vivir con ella, difícilmente la olvidaremos”.

Fué sepultada en el panteón de la iglesia del Hospital, y la Sierva de Dios, anunciando lo que realmente ha sucedido, que sus Hermanas las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, desearían trasladar sus restos a Madrid para honrar sus virtudes y su memoria, describe minuciosamente el nicho donde fué colocado su cadáver y la forma del hábito con que fué amortajada: “El S. Corazón me inspira que diga en qué nicho están los restos de Sor Manuela Lecina, porque andando el tiempo sus Hermanas desearán tenerla en su casa madre para enaltecer su memoria e imitar sus virtudes. Y como tampoco la pudimos colocar lápida por la mucha pobreza en que nos encontrábamos, digo que fué colocada en el tercer nicho de la tercera línea empezando por la derecha del primer panteón que está debajo del altar mayor”.

En otro escrito dice: “No quiso el S. Corazón que saliera de este santo Hospital para que entre nosotras muriera y fuera sepultado su cadáver junto a nuestras Hermanas, y aquí permaneciera sin que sea confundido, hasta que llegue la hora en que sus Hermanas, impulsadas por Dios, vengán a buscar sus restos con la mayor veneración para trasladarlos a Madrid”.

Como anunció la Sierva de Dios se ha realizado. Las Hijas de San Vicente de Paúl trasladaron los restos de Sor Manuela Lecina el día 22 de Noviembre de 1930 desde el nicho del panteón del Hospital a su Casa-Noviciado de Madrid. Fué un acto lleno de emocionante sencillez. Se descubrió el nicho en presencia de los delegados de la Diputación, de los empleados del Hospital, de la R. M. General de la Congregación de Santa Ana, de muchas Hermanas y de las religiosas de S. Vicente. Se encontró como decía la Sierva de Dios.

La Sierva de Dios hace el mayor elogio de sus virtudes,

sobre todo de su caridad y resignación: “En mi concepto —dice—era de grandes virtudes, y la intención que tenía de que nos uniéramos a ella era muy buena, pues sólo la movía la caridad para con nosotras para evitarnos por este medio tantos sufrimientos... Mutuamente nos expansionamos las dos y vi que era un alma de grande vida interior y de mucho espíritu de sacrificio... Yo creo que era un alma muy agradable a Dios Nuestro Señor y que fué el instrumento de que se valió para la reorganización de su Instituto en España”. “En el tiempo—dice en otro escrito—que la tuvimos en nuestra compañía tan providencialmente, fuimos testigos de sus grandes virtudes, sobre todo de la gran caridad y paciencia que tenía, sufriendo con mucha resignación su larga enfermedad y otras muchas contradicciones con que permitió el Señor fuese probada la firme constancia de Sor Manuela”.

Con el mismo entusiasmo habla la Sierva de Dios en otros lugares de sus escritos de las virtudes de Sor Manuela Lecina y del mutuo y santo afecto con que se amaban.

¡Cuán admirables son los caminos de Dios! Dos almas, al parecer rivales, en realidad hermanas, se encuentran en el camino del Calvario, cuyas escabrosas cuestas suben en busca del mismo Amado, de Jesucristo, viviente en los enfermos y desvalidos. La Fundadora del primer Instituto español de caridad y la Restauradora en España de otra gloriosa y benemérita Congregación, se juntan y se aman con un amor que no muere, porque está encendido en el fuego inextinguible del Corazón de Cristo, para gloria de Dios y para ejemplo de sus Hijas que persiguen el mismo nobilísimo fin, el ejercicio de la caridad en sus manifestaciones más heroicas y sublimes.

CAPITULO IX

Peligros de muerte y divinos favores

Los cambios políticos y las luchas entre absolutistas y constitucionalistas que perturbaron España en el año 1820, llegaron en su revuelto oleaje, encrespado por el viento de las más desapoderadas pasiones y de las ideas más atrevidas e impías, a invadir el Hospital, introduciendo, con perjuicio de sus intereses y ordenado desenvolvimiento, trastornos disolventes en su organización y dirección.

La secular Sitiada, que durante tantos siglos había regido el Hospital con abnegado celo y desinterés, como correspondía a los insignes prebendados y a los representantes de la más alta nobleza de Aragón que la componían, fué sustituida por una Junta llamada de Beneficencia.

Las luchas entre absolutistas y constitucionalistas ensangrentaron muchas veces el suelo español, y los odios sectarios se desataron con violencia contra las Ordenes religiosas, cuya destrucción procuraron por todos los medios. Fué prohibido el hábito religioso y el ingreso y profesión en todas las Congregaciones. La Hermandad, guiada y protegida por su divino Piloto el S. Corazón, superó la tormenta y atravesó con peligros mortales y quebrantos, pero victoriosamente ese sombrío desfiladero de calumnias y odios satánicos. “El Sagrado Corazón—dice la Sierva de Dios—ha sido el Piloto de esta pequeña Hermandad en las grandes tribulaciones y peligros por que ha pasado, queriendo el infernal enemigo destruirla en los grandes disturbios de la nación, sobre todo cuando ocurrieron las novedades del sistema constitu-

cional, en que prohibieron vestir el hábito religioso y profesar en todas las religiones, sin que esta Hermandad pasara por esa angustiosa prueba; gracia que todos atribuimos al S. Corazón en quien estaba depositada toda nuestra confianza”.

El divino Protector de la Sierva de Dios y de sus Hijas las salvó en estos días de otros peligros más graves. Exaltados y pervertidos por las propagandas antirreligiosas y revolucionarias, algunos empleados y dependientes del Hospital llegaron en su fobia anticlerical a concertar el exterminio y la muerte de las Hermanas. Pronto llegó el día en que aquellos viles sicarios quisieron ejecutar su criminal propósito. Mientras las Hermanas estaban en el oratorio entregadas a sus piadosos ejercicios, las esperan en la puerta de la capilla para matarlas cuando salgan. La Sierva de Dios, que ya tenía alguna noticia de este infame complot, oye el rumor de los conjurados y avisada milagrosamente por la campana de la comunidad, que en esta ocasión, como siempre que algún peligro amenazaba a la Comunidad, tocaba sola, se muestra en esos momentos pavorosos y terribles, como siempre, la mujer fuerte y magnánima, la Madre amantísima y heroica que está dispuesta a sacrificar su vida para salvar la de sus Hijas, y como buen pastor defiende a su pequeño rebaño contra los lobos que quieren devorarlo, cerrándoles el paso con su cuerpo. Ante la inminencia del mortal peligro anima a sus Hermanas y con fervorosas palabras las exhorta y alienta a tener confianza en el Señor, y sale la primera, serena, tranquila, envuelta en el resplandor de una majestad que impone y desarma a aquellos malvados, ofreciendo gustosa su vida para salvar la de sus Hijas. Aterrados y conmovidos ante la serena tranquilidad y actitud heroica de la M. María, se retiraron avergonzados y dejaron de perseguirlas.

Oigamos cómo nos describe la Sierva de Dios esta trágica escena: “En otra ocasión sufrió esta Hermandad gran-

des tribulaciones, pero los mayores adversarios los teníamos en casa y habían proyectado que la Hermandad desapareciera. Ya estaba yo avisada de antemano de lo que iba a ocurrir, y un día, estando en la oración, se tocó por sí sola la campana de Comunidad, como ocurría siempre que iba a pasar algo grave, y al poco rato vinieron unos cuantos hombres con cuchillo en mano dispuestos a matarnos. Yo alenté a las Hermanas con palabras de consuelo, y salí la primera a su encuentro, y les dije con una gran fortaleza que el Señor me dió: “Me maten a mí y dejen en paz a mis Hermanas”. En esta ocasión el Señor los desarmó también; no sé qué verían en nosotras; el caso fué que se fueron avergonzados, y desde aquel día no nos han molestado más, ni de palabra ni de obra”.

Aunque la Sierva de Dios no determina la fecha, fué también seguramente en estos años tan agitados y luctuosos cuando Dios la libró providencialmente de otro peligro de muerte.

Algunos dependientes del Hospital, mal avenidos con la austera y recta dirección y administración y la serena energía de la Sierva de Dios, que era un freno y un dique infranqueable a sus codicias inconfesables, a sus concupiscencias egoístas, a sus abusos y escándalos, intentaron matarla. Los alborotos y revueltas de esos años ofrecían ocasión propicia a la realización de sus designios; en esos días se cometían impunemente los mayores crímenes y la violencia no encontraba obstáculos para sus sangrientas explosiones.

“Varias veces—dice en su escrito “Para después de mi muerte”—quisieron quitarme la vida, pero siempre me libró el Señor milagrosamente. En una ocasión vinieron a buscarme al Hospital para matarme, y cuando ya estaba para salir y antes de subir al carro, les dije unas palabras de consuelo a mis Hermanas que tanto lloraban, recomendán-

doles que se conformaran con la voluntad de Dios, que yo me sentía con gran ánimo de ofrecer mi vida por la salvación de mis perseguidores. No sé qué verían en esos momentos los matadores, que súbitamente se volvieron en mansos corderos. Me pidieron perdón y uno de ellos exclamó: “Señora, no sé lo que tiene usted que es capaz de ablandar a las piedras”. Me dejaron en libertad y fuimos al oratorio a dar gracias a Dios por tan grande beneficio”.

No ha habido seguramente en el mundo mujer tan perseguida por su rectitud, su justicia y sus virtudes, y tan heroica, tan generosa, tan paciente, tan fuerte en la tribulación y en la prueba como esta mujer admirable. Se hace superior a todo por su confianza inquebrantable en Dios, que la salva de todos los peligros y de las asechanzas de sus enemigos, y por su caridad, que a ejemplo del divino Maestro, siempre perdona y ruega por los que la persiguen y odian. La caridad es invencible y todo lo sufre y soporta victoriosamente.

CAPITULO X

La Sierva de Dios, Superiora de la Hermandad

Se disipó la tormenta que tantos trastornos y disturbios produjo en España y que amenazó la vida de las Hermanas, y otra vez renació la calma y la seguridad de las personas y de las cosas.

La Sierva de Dios, en la calma, como en la tempestad, siguió imperturbable su camino de piedad, de caridad, del ejercicio de todas las virtudes, sin que nada, ni la malicia de los hombres, ni las enfermedades y debilidad de su cuerpo enfriaran su fervor o la pudieran detener un momento en el camino del sacrificio.

En el año 1824, según dice una carta escrita por M. Juan Bonal al Arcediano de Las Palmas, en las Islas Canarias, la M. Rafols fué a un pueblo para restablecer su salud muy quebrantada y achacosa. No sabemos cuál fué ese pueblo. Tal vez fuera El Orcajo de Daroca, donde estuvo antes. Su estancia en ese pueblo debió de ser corta, porque durante los trabajos y preparativos hechos en ese mismo año para la implantación de las Constituciones está ya en Zaragoza.

Por fin, después de tantos años de deseos y de esperanzas, se establecieron las Constituciones, redactadas en 1818 por los ilustres Canónigos D. Pedro Valero y D. Benito Fernández de Navarrete.

Este era el premio concedido por el S. Corazón a los padecimientos y persecuciones sostenidas con tanta abnegación y fidelidad por su Sierva y sus Hijas.

La Hermandad, que había sostenido victoriosamente tan duras batallas y superado tantos obstáculos y peligros, estaba ya preparada, había llegado a la mayor edad y había demostrado que era digna de tener una vida canónicamente legal y organizada.

La flamante Junta de Beneficencia pública fué suprimida y restablecida la antigua Sitiada, cuyo primer cuidado fué la implantación de las Constituciones.

El día 14 de Junio de 1824, el Arcediano D. Vicente Jiménez, Presidente de la Sitiada, presentó a ésta las Constituciones, y sometidas a la aprobación definitiva del Ordinario, las aprobó el día 10 de Julio del mismo año, comenzando desde este día a regir la vida de la Hermandad.

Conforme a estas reglas, los votos de pobreza, castidad y obediencia, con el cuarto voto de hospitalidad que tantas veces habían hecho las Hermanas con el corazón y renovado de palabra todos los años, los emitieron solemnemente el día 16 de Julio de 1825, preparadas previamente con ejercicios espirituales que les dió D. Narciso Olivas, Presidente del Seminario de San Carlos, cuyos directores fueron nuevamente encargados por la Sitiada de la dirección espiritual de la Hermandad.

“Cuando ya se juzgaron dispuestas las Hermanas, dice un documento oficial, para hacer sus votos, en el día del triunfo de la Santa Cruz y Nuestra Señora del Carmen, a dieciséis del mes de Julio de 1825, que fué sábado, a las once de la mañana, en la misma estancia interior de la habitación de las Hermanas, que sirve de Oratorio, a presencia del señor doctor Vicente Jiménez, Arcediano Mayor de Santa María, Presidente y Comisionado de la Sitiada del santo Hospital, y del infrascrito Director espiritual de la Hermandad, después de haberles hecho aquél una breve exhortación de lo que iban a ofrecer a Dios, pasaron todas las Hermanas por orden de su antigüedad, con vela encen-

dida en mano, y puestas de rodillas, cada una de por sí y siguiendo la fórmula expresada en las Constituciones, hicieron sus votos las siguientes: Hermanas María Rafols, Tecla Canti, Raimunda Torrellas, Teresa Ribera, Cecilia Aparicio, Mariana Bruned, Josefa Codina, Teresa Perió, Jerónima Carreras, Ana María Barbará, Serafina Valls, Nicolasa Gimeno y María de los Dolores Muñoz”.

Este fué para la Sierva de Dios un día memorable y de los más faustos y conmovedores de su vida, porque en él se realizaron sus deseos más vehementes; su obra adquirió estabilidad y arribó al puerto de su definitiva organización, después de tantas contradicciones y borrascas. Su corazón desbordaba de gratitud y de amor al S. Corazón que cumplía sus promesas. Como en el día que concibió por inspiración divina el proyecto de la Hermandad, en éste que llegó a su pleno desarrollo la consagró al verdadero Fundador el S. Corazón y la puso bajo el escudo de su misericordiosa protección, para que con su auxilio cumpliera siempre con fidelidad los altos fines a que la ordenaba. “Dios mío — dice en la oración fervorosísima que dirigió al Señor en este día de su profesión religiosa—, aceptad la consagración que por medio de los votos de pobreza, castidad, obediencia y hospitalidad acabo de haceros para todos los días de mi vida, y os suplico, Dios mío, os dignéis hacernos a todas las que tenemos la dicha de componer esta Hermandad, que seamos fieles a lo que os hemos prometido, que cumplamos bien nuestras Constituciones, que la humildad y la caridad reinen siempre en esta pequeña Hermandad, que vivamos solamente para daros gusto a Vos, y que al ejercer la caridad con los pobres enfermos que representan tu persona sea con la sola mira de agradaros y santificarnos”.

Después de la profesión de las Hermanas, la Sitiada determinó que, conforme a las nuevas Constituciones, se hi-

ciese la elección de nueva Superiora. Desde el año 1812 era Superiora la M. Tecla Cantí. Por las vicisitudes azarosas de los tiempos y las luchas y contrariedades que había sufrido la Hermandad, poniéndole en trance de mortal naufragio, no había habido propicia oportunidad y ocasión de hacer la elección de Superiora. Pero organizada la vida de la Hermandad e implantadas las Constituciones, era necesario elegir la que había de ser la primera Superiora General.

Comisionado por la Sitiada, su Presidente, el Arcediano D. Vicente Jiménez, fijó el día 18 de Abril de 1826 para la elección, previos dos días de retiro espiritual dirigidos por M. Narciso Olivas.

Reunidas en ese día las Hermanas en el Oratorio, bajo la presidencia del Arcediano, y con asistencia del Director espiritual, depositaron sus votos en una urna que había en el altar, y salió elegida la M. María Rafols.

El Presidente comunicó a la Sitiada el resultado de la elección en un documento, que aunque el autor tal vez no tuvo esta noble intención al escribirlo, es un elogio para la Sierva de Dios, porque declara su humildad y su celo y maternal solicitud con los niños expósitos de la Inclusa, en cuyo cargo la considera insustituible.

“Con arreglo al capítulo VI de las Constituciones de las Hermanas de la Caridad, y en cumplimiento de la comisión especial de V. S. I., presencié ayer, acompañado del Director D. Narciso Olivas, a las siete de la tarde, la votación para elegir Presidenta, y salió electa la M. María Rafols. En el acto me pidió ésta con insistencia le admitiese la renuncia, en atención a que en el estado de su salud subsistían las mismas causas, y aún mayores, que la obligaron a renunciar a este destino, en el año 1812; y yo le contesté que lo haría así presente a la Ilma. Sitiada, al tiempo de darle parte. según dicho artículo, a quien toca aprobar o no aprobar la elección. Yo encuentro otras causas de consideración. Este

empleo es incompatible con el encargo que ahora tiene esta Hermana del cuidado de los expósitos, y hay serios inconvenientes en separarla de este empleo, y perjuicios en los intereses de la santa Casa, de lo que podrán informar a V. S. I. el Secretario y el Receptor. V. S. I., sin embargo, resolverá lo que entienda convenir.—Zaragoza, 17 de Abril de 1826.—*Vicente Jiménez*”.

La Sitiada, después de meditar “este punto con la atención que exige su importancia, tomando todos los conocimientos”, aprobó la elección, a pesar de la comunicación del Arcediano, y el día 24 de Abril la nueva Superiora recibió solemnemente la obediencia de las Hermanas.

La humildísima Fundadora, obediente siempre, con gran repugnancia se sometió a la decisión de la Sitiada, ofreciendo a Dios este nuevo sacrificio y poniéndose en sus manos para que El fuera el verdadero Superior y ella sólo su dócil instrumento. “Dios mío — exclama en la oración que escribió dos días después de su elección, el 20 de Abril—, ya que habéis consentido que fuese elegida para Madre Presidenta de la Hermandad, a tus divinos brazos me abandono. y confío que en todo lo que haga, no seré yo la que obre, sino Vos en mí por medio de vuestra gracia tan necesaria en estos turbados y borrascosos tiempos, en que tanto se persigue la religión; pero haced, Dios mío, que antes que seros in fieles, suframos el martirio, si es necesario”.

M. Juan Bonal, que en esos días de la elección estaba fuera de Zaragoza, en una de sus expediciones de caridad, misionando y recaudando limosnas por los pueblos para el Hospital. cuando supo por el Presidente de la Sitiada que había sido elegida Superiora la M. Rafols, escribió una carta, que reproducimos íntegra, porque es un elogio merecidísimo y sentido de las virtudes y gracias extraordinarias y un elocuente y autorizado testimonio de la santidad de la nueva Superiora:

“Soria, 3 de Mayo de 1826.

M. I. Sr. D. Vicente Jiménez.

Zaragoza.

Muy señor mío y dueño: Le agradezco la noticia que me da V. S. I. de haberse confirmado ya la elección de Madre Presidenta de la Hermandad, y les doy el parabién por el acierto que han tenido en poner al frente de la Hermandad a la ejemplar M. María Rafols, porque aunque todas son muy buenas, sobresale en virtudes y agudo ingenio la Madre María, y ya descanso tranquilo, porque estoy seguro de que la Hermandad marchará bien y aun mejorando con la práctica de las Reglas que después de tantas vicisitudes hemos logrado verlas aprobadas.

No recele usted de que los niños de la Inclusa estén peor atendidos porque no esté a su cuidado la M. María; ella pondrá los mismos desvelos para que no sufran ningún quebranto esas infelices criaturas, porque bien vemos por experiencia que cuando hay buenas cabezas todo marcha bien, y así yo le aseguro que mientras esté la M. María al frente se han de ver con los propios ojos los buenos resultados. Si el sigilo de confesión no me obligara a callar, ¡cuánto podría decir a V. S. I. de esta santa M. María!, y digo santa porque esta es mi opinión. Conozco su interior hace muchos años, porque ella con grande llaneza me lo ha manifestado, y desde que tengo el consuelo de dirigirla, aunque me considero muy indigno de esta merced, puedo decir con verdad que es un alma toda de Dios, muy enamorada del Corazón de Jesús, un alma de gran vida interior, de un corazón generoso y siempre dispuesto a los mayores sacrificios; tiene una caridad sin igual, de gran celo por la salvación de las almas y sobre todo es la verdadera Madre de todas sus Hijas. También puedo decirle que ha recibido del Corazón de Jesús grandes gracias y mercedes, las que no puedo manifestar, y sí

sólo diré que goza ya en esta vida de la continua presencia de su dulce Jesús, que así ella le llama.

Estas cosas bien me doy cuenta que las digo a un digno eclesiástico, que a nadie más las dijera, y le ruego que guarde reserva para que no llegue a los oídos de la M. María, porque lo sentiría su gran humildad.

Dios conserve a V. S. I. muchos años de vida para su mayor gloria, bien de su alma de V. S. I. y alivio de los pobres enfermos, como se lo suplica este su capellán y humilde servidor,

Juan Bonal

NOTA: Diga a D. Fausto Sáenz que me mande 1.500 novenas de Nuestra Señora del Pilar.”

Esta breve nota descubre el amor del P. Bonal a la Virgen Santísima del Pilar y que era un fervoroso propagandista de su devoción y culto.

El día 16 de Junio de este mismo año 1826 hicieron las Hermanas sus votos perpetuos. “En el día del triunfo de la Santa Cruz y Nuestra Señora del Carmen, a 16 de Julio de 1826, a las seis y media de la tarde, en la última estancia de la habitación de las Hermanas, donde hay un altarcito y se les suele predicar y acostumbra las Hermanas practicar otros ejercicios de piedad, a presencia del infrascrito Director espiritual de la Hermandad, que les había predicado dos días antes, para mejor prepararlas al cumplimiento de los votos que habían de hacer a Dios para toda su vida, pasaron las Hermanas a hacer la Profesión del modo siguiente: 1.^a Madre María Rafols, Presidenta.—Puesta de rodillas y con una vela de cera blanca, encendida, en la mano derecha, delante del Director, prometió a Dios Nuestro Señor y juró por los Santos Evangelios y ante un Crucifijo, que tenía en sus ma-

nos dicho señor Comisionado, permanecer toda su vida en esta Hermandad de Hermanas de la Caridad de Santa Ana del Santo Hospital Real y general de Nuestra Señora de Gracia de esta ciudad de Zaragoza.—Yo, la Hermana María Rafols, prometo guardar Pobreza, Obediencia, Castidad y Hospitalidad, sirviendo a los enfermos, aunque sean de enfermedad contagiosa, por todo el tiempo de mi vida, en esta Hermandad, en presencia de Dios Nuestro Señor y de mis Santos Patronos Joaquín y Ana y del señor Director y Hermanas de esta santa Casa. Amén Jesús”.

Tiene la relación oficial copiada, en la simple exposición del acto, una emoción, una grandeza y sublimidad en su sencillez que huelga todo comentario. Ya estaba consumada la obra de la Sierva de Dios y ya estaba también consumado su sacrificio. Era toda de Dios y para siempre. Los lazos que el amor había formado entre Jesús, su Dulce Esposo, y su alma, la Iglesia los había bendecido y sellado con su autoridad.

CAPÍTULO XI

Superiora modelo

La Sierva de Dios, en esta segunda etapa de su presidencia, fué, como había sido en la primera, Superiora modelo, diligente, solícita, prudente, caritativa, justa, cuyo gobierno produjo efectos muy saludables en el Hospital y en la Hermandad, llevando a todos los departamentos y obras, las enfermerías, la sección de los locos, la Inclusa, como una lluvia fecundante y una savia nueva, su caritativa diligencia y amorosa solicitud.

Pero sobre todo su gestión fué beneficiosa para la Hermandad. Su primer cuidado fué reclutar nuevas religiosas que viniesen a aumentar la pequeña legión, reducida a trece Hermanas, número insuficiente para atender a los servicios cada día crecientes del Hospital, y de estas trece cinco estaban casi inútiles por achaques y enfermedades. Durante los tres años de su gobierno, atraídas por el prestigio de su virtud, ingresaron varias Hermanas muy fervorosas: las Hermanas María del Pilar Codina, Gerónima Doménech, María Moya, Magdalena Hecho, que fué Superiora General, y Teresa Torrens.

La Hermandad, bajo el timón de su gobierno, corrió con rapidez y seguridad por el ancho mar de sus destinos providenciales, progresando en caridad, en la observancia de las Reglas y en todo género de virtudes.

En varios de sus escritos traza la Sierva de Dios, con singular acierto y seguros rasgos, el retrato de la Superiora

modelo y perfecta, que ha de ser madre amante, maestra celosa y prudente, guía experto, ejemplar y dechado de todas las virtudes, gobernante dulce y enérgico; y esto fué en grado eminente la M. María Rafols.

Examinemos con alguna extensión este aspecto de su santidad.

En la dirección de la Hermandad enseña y gobierna más que con la palabra, con el ejemplo. Aquellas palabras de uno de sus escritos: “La experiencia me ha enseñado que el modo de enseñar más útil y provechoso es el ejemplo; las palabras, aunque sean espirituales, si no va delante el ejemplo, es perder el tiempo”, son la norma y el criterio de su gobierno”.

Todo lo que ella manda, lo practica primero, y para animar a las Hermanas a seguir sin desfallecimiento y con pronto y alegre ánimo el camino empinado y muchas veces áspero y difícil de la perfección religiosa y del ejercicio y ministerio de las obras de caridad, va ella siempre delante, empleándose en los oficios más penosos, repulsivos y bajos. Sabe ella muy bien que para ser la primera en la autoridad y en la dignidad, es necesario ser también la primera en la virtud, en el trabajo y en el sacrificio. A semejanza del divino Maestro, que *coepit facere et docere*, ella también, antes que con las palabras, muestra el camino con el ejemplo. Y este es el modo de proceder que quiere observen siempre todas las Superiores: “Todas las Madres Presidentas—dice—procurarán ayudar a las Hermanas en sus ministerios y serán las primeras en hacer los oficios más humildes para estimular a las Hermanas con su ejemplo”.

En la Sierva de Dios, además, la autoridad tenía plena conciencia de su misión. Para ella la autoridad no fué nunca un honor, una preeminencia, un privilegio, un motivo de vanagloria o de satisfacción, un medio de procurarse ventajas, alabanzas o comodidades, sino una carga, un deber, una obligación y una responsabilidad. Las palabras de Nuestro

Señor, código admirable de la autoridad cristiana, porque expresan su verdadero concepto: “el que sea el mayor entre vosotros sea vuestro servidor, a ejemplo mío, que siendo el primero, no he venido a ser servido, sino a servir”, son la norma de su conducta. Ella es la madre que tiene solicitud y cuidado de todas las Hermanas y de todas las cosas. Ella sirve a todas, ampara a todas, cuida de todas y sobre ella gravita la carga principal. La primera en el trabajo y la última en el descanso. La primera en el sacrificio, la última en la recompensa.

En ella la autoridad es amor. No es Superiora, es Madre que ama a sus Hijas y a los enfermos con todo su corazón y tiene abnegaciones, cariños y solicitud de verdadera madre. Por esto, sus mandatos están siempre templados por la ternura. Se olvida de sí misma para procurar el bien de los demás. Con los enfermos es abnegada, paciente, solícita, misericordiosa, dulce para cuidarlos, consolarlos, aliviar sus padecimientos, sufrir sus impertinencias, malos humores y rarezas, sin que nada le inquiete, la impaciente o la desaliente; siempre ecuánime y equilibrada, nada puede alterar la tranquilidad, la paz y la alegría de su corazón, ni entibiar el fuego de su caridad. Pero, sobre todo con sus Hijas, su corazón se desbordaba y ellas sabían que tenían en ella una madre con el corazón y los brazos siempre abiertos para recibirlas, ampararlas y consolarlas. Era pronta para perdonar, cordial y afable en el trato, paciente con todas. Ella era el piadoso médico de sus almas doloridas, la consejera de sus dudas, la consoladora de sus aflicciones, el apoyo de su debilidad, la defensora de las acusadas y oprimidas, la fuerza y guía de las vacilantes. Por todas se desvive, pero principalmente con las enfermas, con las acongojadas, con las que vacilaban en su vocación, su corazón se desborda en cuidados, en palabras, consejos y consuelos dulcísimos; sobre su alma se reflejan las penas de todas; a ella aflúan por los canales abiertos

por el amor las aguas amargas de todos sus dolores. Podía con toda verdad repetir a sus Hijas las palabras que San Pablo dirigía a los fieles de Corinto: “¿Quién de vosotros padece y yo no sufro? ¿Quién de vosotros está enfermo y no lo estoy yo con él?” Descuidaba su salud, pero velaba con afán y con inquietud por la salud de todas. Como la gallina cobija a sus polluelos bajo sus alas, y débil y tímido animal se vuelve fuerte y fiero cuando algún peligro les amenaza, ella también se reviste de fortaleza para defender y vindicar a las religiosas acusadas o maltratadas.

La Sierva de Dios era la maestra que con lucidez y discreción verdaderamente celestiales formaba el corazón y el espíritu de las religiosas, moldeándolas en el crisol del sacrificio, abriendo su corazón a la generosidad y al amor.

Todas las noches reunía a las religiosas jóvenes, dirigiéndoles exhortaciones fervorosas, animadas e inspiradas por su caridad ardiente y que salían encendidas de su corazón inflamado por el amor; pláticas saturadas de unción, en las cuales les hablaba con preferencia del amor de Dios, instruyéndolas en las prácticas de la vida interior, tratando de inspirarles el amor a la humildad y el desprendimiento de sí mismas, procurando que por la abnegación su corazón se vaciase de todo lo humano, arrojase toda la escoria, toda la lava del egoísmo y de mollicie que el pecado ha depositado como sedimento amargo y sucio en el fondo del corazón, para que después de limpio y libre se llenase del amor de Dios y de los dones del cielo. Las instruía también pacientemente sobre la manera de servir y de cuidar a los enfermos y cómo habían de proceder en sus relaciones con extraños y seglares; y, en una palabra, ella, mujer fuerte, intrépida y elevada, quería hacer de sus religiosas mujeres también fuertes y elevadas. libres de flaquezas y apocamientos mujeriles, de todo resabio y quisquilla de amor propio, de todo espíritu

muelle, afeminado y dulce; porque la virtud, como decía Santa Magdalena de Pazis, no tiene de femenino más que el nombre; en todo lo demás es de suyo varonil.

Uno de los recuerdos que han quedado más grabados en la Congregación es el de esta solicitud y cuidado de su venerable Fundadora en la formación y enseñanza de las jóvenes religiosas. Casi todos los que han declarado o transmitido alguna noticia de las virtudes de la Sierva de Dios hablan de esto:

“Siempre fué observante de las reglas hasta en sus menores puntos, haciéndolas observar a las demás con su ejemplo, sobre todo a las Hermanas jóvenes, a quienes reunía por la noche (por no poder a otra hora por sus ocupaciones), alentándolas para el día siguiente, enseñándoles a amar el sacrificio, hablándoles del amor de Dios y del prójimo, que eran sus conversaciones preferentes”.

“En los trabajos humildes — dice otra — era siempre la primera. Por las noches, ya que no podía a otra hora, reunía a las Hermanas jóvenes, para con sus palabras alentarlas en el trabajo y prepararlas para el día siguiente; no les hablaba más que del amor de Dios y del prójimo; y el silencio era habitual en ella, pues no hablaba más que lo necesario”.

“Era muy notable—declara la Hermana Justina Sanz— el cariño que la Madre sentía hacia las jóvenes. Por la noche, ya que no podía a otra hora, las agrupaba a todas en torno suyo y les hacía pláticas muy provechosas, excitándolas al fervor, recomendándoles mucho el amor de Dios y del prójimo, señalándoles prudentemente los peligros que podían encontrar en sus ministerios de caridad. Pero las mejores ternuras de su corazón las guardaba para las pobres Hermanas tentadas en su vocación: no escatimaba sacrificio alguno para ganarlas”.

El gobierno de la M. María estuvo además adornado de

aquellas dotes que, según la Sagrada Escritura, distinguen el gobierno de Dios sobre el mundo; la fortaleza y la suavidad. Sabía unir con ese arte soberano que distingue a los superiores, según el Corazón de Dios, la energía a la dulzura; el ardor a la paciencia; la viveza y el buen sentido práctico de su primer golpe de vista, al vigor de la ejecución; un talento lleno de recursos, al tacto más exquisito en la dirección de los súbditos. Corregía con dulzura y caridad, pero no dejaba sin corregir los menores defectos. Condescendiente, amable, dulce con todos, era también firme y enérgica, oponiéndose con tranquila firmeza a todos los abusos, cortando de raíz los desórdenes que antes de su venida perturbaban la buena marcha y gobierno del Hospital, y guiando con mano experta, prudente y suave todos los asuntos que se le encomendaban, llevándolos a feliz término y levantándolos a la mayor perfección.

De esta manera suave y fuerte ordena que gobiernen siempre las Superiores: “No dejen—dice—de corregir los defectos de las Hermanas, por pequeños que sean, y cuando sea menester corrijan con energía y sin respetos humanos, procurando siempre el bien de las almas para dar gusto a Dios, pero en todos los casos den pruebas de ser verdaderas madres y pastoras celosas”.

Para gobernar con este acierto y conseguir que el éxito coronase su gestión, contaba con el poderoso elemento de su humildad, que le hacía desconfiar de sus propias fuerzas y confiar sólo en el auxilio y en el apoyo de Dios, en cuyas manos se ponía incondicional y confiadamente para seguir siempre sus inspiraciones, hacer su voluntad y ser sólo el instrumento ejecutor de sus órdenes. Se abandonaba a la acción de Dios y Dios la guiaba y sostenía. Tenía la Sierva de Dios como lema de su vida estas dos palabras: confianza y valor. Confiar en Dios, pedir y esperar que se manifestase

su voluntad, que siempre la declara a los que humildemente se entregan en sus brazos, y una vez conocida esa voluntad, cumplirla con toda energía, sin vacilación y sin volver el rostro atrás; emplear todos los medios humanos posibles, pero sometiéndolos todos a la voluntad de Dios; confiar en Dios y desconfiar de sí misma; esperarlo todo de su misericordia omnipotente y sapientísima y temerlo todo de la debilidad humana, esta era la medula y síntesis de su gobierno. Alma tan humilde como grande, tan paciente como noble, tan abnegada como confiada en Dios, de El recibía la inspiración y la fuerza.

La Sierva de Dios, llevada de su humildad y desconfianza de sí misma, meditaba mucho sus decisiones y buscaba la luz y el consejo de sus directores espirituales, y también de las otras Hermanas, aun de las más jóvenes, cediendo siempre de su parecer, a no ser que de ello se siguiese algún daño para la Hermandad, procurando evitar todo motivo de discordia o de disgusto en sus relaciones con las Hermanas, no obrando nunca por arrebató, por capricho, por impulso impremeditado o por afecto personal, sino que todas sus determinaciones estaban contrastadas por la reflexión, sazónadas en la oración y ratificadas por el consejo de otros; sin decidirse nunca a obrar sin esta previa reflexión y sin esta luz de la oración y de la consulta con sus superiores o directores.

Además, la M. María Rafols, en la dirección y gobierno de la Hermandad, procedía sin acepción de personas y sin parcialidad alguna. A todas las Hermanas amaba igualmente, porque a todas las amaba por el mismo motivo, que era el amor de Dios. No tenía preferencia para ninguna y huía como de la peste de toda amistad particular. Y esto mismo aconsejaba en su testamento a todas las Superiores.

Pasaron los tres años que, según las Constituciones, du-

raba el mandato de Superiora; la Sierva de Dios, siempre humilde y amiga del silencio y de la oscuridad, se opuso, como lo había hecho siempre, a su reelección, y fué nombrada el 22 de Abril de 1829 la M. Teresa Periu, y la Madre Fundadora ya no volvió a ser reelegida.

Como se ve, durante muchos años no fué la M. María Rafols Superiora de la Hermandad, porque por humildad renunció el cargo y siempre su modestia opuso obstáculos insuperables a su exaltación y se resistió cuanto pudo a aceptar cualquier distinción u honor.

Pero aunque oficialmente no fué siempre la Superiora, lo fué siempre de hecho, porque ella era la que inspiraba y dirigía a las Hermanas que a ella acudían siempre como a una madre en demanda de consuelo, de consejo y de dirección. En sus dudas, en sus aflicciones, en sus tentaciones y vacilaciones, en las inquietudes de su espíritu, en todas las crisis de su corazón siempre iban a ponerse a la sombra de sus consejos y de su amor, y ella encontraba en las intuiciones que enciende en la inteligencia el amor y la virtud, palabras para consolar a las afligidas, animar a las débiles, alentar a las decaídas, fortalecer a las cobardes, quedando todas consoladas y animadas con los consejos dictados por su maternal solicitud. Ella, en una palabra, fué siempre la maestra y la Madre venerada, amada y obedecida por todas las Hermanas, que veían en sus palabras y en sus ejemplos la norma, el camino y la luz de su vida.

Todo esto se ve y prueba examinando las actas de la Sitiada y la correspondencia de la Madre. Ella es la que dirige las exposiciones a la Sitiada siempre que era necesario acudir a ella en demanda de apoyo, en cumplimiento de lo pactado o para la explicación de algunas medidas o la defensa de las Hermanas. Sólo ella, o en unión con la Superiora, escribe a los grandes y poderosos para impetrar su auxilio y protección; ella es la única a quien consulta la Sitiada, y en

todas las ocasiones solemnes, en las visitas de los reyes o de los grandes personajes al Hospital, ella lleva la representación de la Hermandad y aparece como Superiora. En fin, puede decirse con toda verdad que ella es el eje, el centro, como el sol, alrededor del cual gira recibiendo luz, calor y vida, toda la Hermandad. Por esto, aunque en la jerarquía oficial de la Hermandad ella busque con afán los últimos lugares y los oficios más bajos, oscuros y trabajosos, la veneración, el amor de las Hermanas, el prestigio, el crédito de su santidad y de su carácter, la prestancia y elevación de sus cualidades la levantan al primer lugar, y donde ella estaba, aunque no quisiera, estaba la Superiora. Se cumple en su vida lo que dice el Evangelio: "Los humildes serán ensalzados".

Sus escritos, síntesis admirable y sapientísima de las reglas y del espíritu de la Congregación y de la más encumbrada perfección religiosa, son una prueba clara y elocuentísima de esta superioridad real, efectiva y perpetua de la Madre María sobre la Hermandad. En esos escritos ordena, manda, traza el camino, da reglas, prescribe leyes, actos todos reveladores de su autoridad reconocida.

CAPITULO XII

En la cárcel

Desde el año 1829 en que dejó el cargo de Superiora, hasta el año 1834, la vida de la Sierva de Dios se deslizó con relativa tranquilidad. No hay noticia de ningún acontecimiento especial en estos años. En ellos, la humilde religiosa sigue en el silencio tan amado de su corazón el camino de la virtud, subiendo siempre a mayor perfección. Su vida discurre sin descanso en el ejercicio de la caridad y en la oración, siendo cada día más fervorosa, más caritativa, más recogida, más humilde, más austera, más sacrificada. Pero el S. Corazón, para aquilatar más y más su virtud y para aumentar la unión y semejanza con El, la ofrece el cáliz de nuevas y más terribles persecuciones y sufrimientos, en los cuales se manifiesta en todo su esplendor la magnánima fortaleza de su alma, su resignación y paciencia inquebrantables, su amor a la cruz, siguiendo con alegría y pronto y decidido ánimo las sangrientas huellas de su dulce Jesús.

Los años 1834 y siguientes fueron en España de hondas agitaciones políticas que perturbaron profundamente la vida nacional, dividiendo a los españoles en dos bandos que se combatían sañudamente, destruyéndose y destrozando al mismo tiempo la Patria con guerras civiles cruentísimas, encarnizadas, sin cuartel, que dejaban un reguero terrible de ruinas, de lágrimas, de odios fratricidas y de persecuciones y atropellos injustos. Fácilmente, por meras sospechas, por falsas delaciones, por indicios explotados con mala intención,

eran enredados y envueltos muchos inocentes en la trama y en la red de procesos que llevaban a la cárcel, al destierro y muchas veces al patíbulo y a la muerte.

La Sierva de Dios vivía en estos aciagos días, como siempre había vivido, consagrada por entero al cumplimiento exactísimo de sus deberes, de las reglas de su Instituto y de los ministerios de caridad con el prójimo, ajena por completo a esas luchas y guerras, rogando a Dios por todos y haciendo bien a todos, sin distinción de bandos, de colores, de blancos y de negros, siguiendo los dictados de la caridad cristiana que a todos abraza y sobre todos derrama sus dones, a semejanza de Dios, que hace salir el sol sobre los buenos y los malos y llueve sobre los justos y los pecadores.

A pesar, sin embargo, de esta vida tan diáfana y tan santa, a pesar de su historia tan gloriosa y limpia, y tal vez por esto mismo—porque el rayo descarga siempre sobre las cumbres, y todos los grandes hombres, con cualquier género de grandeza, han bebido en el torrente de la tribulación donde recibieron como el bautismo de su consagración—, recibió los tiros del odio y los ultrajes de la persecución. La santidad, la dignidad y belleza de la vida, la luz de las almas puras y de las conciencias immaculadas hieren los ojos de los malvados, de las almas bajas y groseras, como el sol hiera los ojos de las aves nocturnas, y para rebajarlas hasta su nivel pretenden mancharlas con la calumnia y apagar con el soplo de su envidia y de su odio el esplendor de su gloria. Y esto sucedió con la M. María, a la cual almas envidiosas y bajas envolvieron en las redes de un proceso que fué fuente copiosa de trabajos, molestias y privaciones saturadas de dolor y de angustia.

No se han podido averiguar de un modo claro y completo los pretextos que dieron lugar al proceso, porque los autos de ese proceso han desaparecido de los archivos, y ni en las actas de la Sitiada, ni en las cartas de la Sierva de

Dios, ni en los documentos que se conservan, ni en la tradición guardada religiosamente en el seno de la Congregación, aparecen definidas y claras sus causas y motivos.

Hay barruntos de que fué procesada por acoger y ocultar a algunos hombres perseguidos por motivos políticos, siendo por ello delatada a los tribunales militares. Hay otros indicios que parecen indicar fué acusada de tomar parte en un complot o conspiración que, según la exposición dirigida por ella a la Sitiada en 24 de Junio de 1836, se había tramado contra el gobierno constitucional de la reina Isabel, creyendo los tribunales que estaba complicada en esa conspiración, como ella misma dice en la citada exposición, por haber dado al capellán del Hospital, Mosén Nerín, un trozo de plomo que tenía en su cuarto para cortar el papel con que se entretenía en hacer flores.

Tal vez influyeron en la formación de ese proceso y en la acusación lanzada contra la Madre, el odio y animosidad verdaderamente satánica que en aquella desgraciada época tenían los partidos avanzados contra las Ordenes religiosas, sobre las cuales arrojaban continuamente el lodo y la baba de las más infames y absurdas calumnias, para hacerlas de esta manera odiosas al pueblo, al cual trataban de engañar y soliviantar, acumulando en su corazón y en su alma crédula y sencilla tesoros de rencor, que por fin hicieron explosión en aquellas terribles y cobardes matanzas e incendios de los conventos, en aquellos hechos vergonzosos que serán eterno baldón de aquellos hombres que por sectarismo atropellaron y mataron a religiosos eminentes, sabios y santos, cuyo único delito era haber consumido su vida en la austeridad, en el retiro y en el estudio para progreso y gloria de la ciencia, de las letras, de la Iglesia y de la Patria, y quemaron y destruyeron edificios grandiosos, maravillas de arte y preciosos relicarios que guardaban joyas y tesoros artísticos inapreciables.

Pero sea de esto lo que quiera, lo que interesa saber son los modos y maneras cómo Dios probaba y acrisolaba la virtud de su Sierva en el horno de la tribulación y hermoseaba su alma con todos los esmaltes y brillo que le comunicaba el buril y fuego del sufrimiento.

Para parecerse en todo al divino Salvador, siendo inocente fué reputada como criminal, arrastrada a los tribunales y encarcelada con todas las ignominias afrentas y humillaciones consiguientes. Acusada y vendida tal vez por alguno de los suyos, abandonada por la Sitiada y por los que más debían protegerla y ampararla, vilipendiada, escarnecida por la canalla, recorrió como el Salvador la calle de la Amargura, siendo llevada al suplicio y a la muerte, de la cual se libró milagrosamente. Antes de llevarla a la cárcel, sus enemigos no se contentaron con menos que matarla; pero Dios, que velaba sobre ella, la arrancó de su poder y de sus garras maravillosamente. Oigamos sus palabras: "En el año 1834, que tanto me persiguieron, una noche antes de llevarme a la cárcel me sacaron en un carro a las afueras de Zaragoza, y cuando llegué a la era, que era el lugar convenido para matarme, bajé del carro y poniéndome de rodillas ofrecí mi vida a Nuestro Señor Jesucristo por todas las intenciones de su divino Corazón, y en el instante que iban a descargar sus armas, el Señor me cubrió milagrosamente con una luz tan resplandeciente que, atemorizados, dejaron sus armas y me volvieron al Hospital. Este hecho no pudo pasar oculto como todos los demás, porque quedaron tan impresionados que ellos mismos lo publicaron por la ciudad, cosa que yo sentía mucho. Cuando llegué al Hospital, encontré a todas mis Hermanas en la mayor desolación en el Oratorio rogando por mí, que ya me creían muerta, y ¡qué grande fué nuestra sorpresa al vernos de nuevo reunidas sin haber sufrido la menor lesión!"

Después de estos atropellos, por esas acusaciones tan in-

justas y falsas, fué llevada a la cárcel de la calle de Predicadores. Según consta por la Sitiada de 13 de Marzo de 1834 y por una carta de la Sierva de Dios, fué llevada a la cárcel el día 11 de Mayo de 1834.

Salió del Hospital custodiada por soldados como un criminal. No tuvieron con ella ninguna consideración; todos vieron pasar por las calles de Zaragoza, vilipendiada y prisionera, a la gloriosa Heroína, y nadie salió a defenderla y libertarla. Las piedras de las calles, que había regado y ungido con su sangre muchas veces, y había recorrido con gran fatiga y con exposición de su vida para salvar y para pedir por los desgraciados, se levantaban indignadas contra aquel atropello incalificable, y las gentes permanecían frías e indiferentes. Sólo sus Hijas lloraron amargamente su desgracia y la vieron, desoladas, salir del Hospital; dos Hermanas la siguieron consolándola con sus palabras y sus lágrimas.

La carta que escribió al día siguiente de su prisión a sus Hermanas, es tan hermosa y revela tanta fortaleza, tanta mansedumbre, generosidad y piedad, tan bellos y delicados sentimientos, que ella sola es bastante para acreditar su santidad heroica y sus virtudes extraordinarias y proclamarla una de las almas más grandes y uno de los espíritus superiores que han honrado la humanidad.

No podemos resistir al deseo de copiarla íntegramente: “Muy apreciable Madre y Hermanas todas en Nuestro Señor Jesucristo: Ya que el Señor permite que me encuentre separada de ustedes, voy a emplear esta mañana en contarles mis impresiones desde que salí ayer de ese santo Hospital. Grande fué, Hermanas mías, la impresión que sentí en mi alma al verme en esta cárcel. No podía apartar de mi pensamiento el recuerdo de los pobres enfermos y niños de la Inclusa y sobre todo la triste despedida, que tan amargamente lloraban ustedes al verme salir de ese santo Hospital sin saber cuándo nos volveríamos a reunir. Pero ante todo, Hermanas

mías, hagamos la voluntad de Dios; he disfrutado mucho esta noche porque el Señor me ha hecho sentir las dulzuras de la Cruz; estoy asombrada de la fortaleza que El me dió, tanto al despedirme de ustedes y al salir de ese santo Hospital, como al atravesar las calles de Zaragoza con los comisionados y las dos Hermanas que me acompañaban llorando copiosamente y más al dejarme en los umbrales de esta cárcel y verme de lejos entre rejas. Al quedarme sola en estas prisiones derramé algunas lágrimas; pero siento en mi interior una cosa tan sobrenatural que no acierto a explicar y que supera a todos los goces de este mundo. Al marcharse las Hermanas pronto me vi rodeada de un gran número de presidiarias; muchas se acercaban a mí compadeciéndome, y otras me preguntaban por qué me habían traído a la cárcel: yo no hacía más que callar y sonreírme. Al anoecer me puse de rodillas a rezar el santo Rosario, y se acercaban a mí y me decían que también ellas querían rezar; les hice arrodillar y todas juntas lo rezamos. Cuando todas las presidiarias se entregaron al descanso, me puse a meditar en la prisión de Nuestro Señor Jesucristo y en todos los insultos y oprobios que El padeció en aquella triste noche. Me hizo ver tan claramente el Señor lo que padeció aquella noche, sobre todo en la flagelación, que me dió a entender que este fué uno de los pasos que más le hizo padecer y que más olvidado tienen las personas piadosas y aun las que a El están consagradas. Al considerar todos estos padecimientos no podía menos de derramar lágrimas, y todos mis sufrimientos y persecuciones me parecían nada al ver la crueldad con que trataron a Nuestro Señor Jesucristo y la paciencia con que sufrió todo por nuestro rescate”.

“Me han dicho las Hermanas que me han traído el desayuno, que escribiera al señor Conde de Sobradriel suplicándole se interesara por mí para que me sacaran pronto de estas prisiones, que ustedes ya le han escrito. Créame, Ma-

dre Teresa, que me repugna mucho hacer diligencias para conseguir mi libertad. Ya que ustedes le han escrito y dicen con tanta insistencia que lo haga yo también, por complacerlas le escribiré uno de estos días. Les recomiendo que no busquen más intercesores; aunque es verdad que soy inocente de esto que me acusan, mucho más inocente era Nuestro Señor Jesucristo y nadie salió en su defensa. Por otra parte, créame que estoy muy contenta y en todo lo que me hacen no veo más que la voluntad de Dios, y me tendría por muy dichosa si me eligiera como víctima y también si las escogiera a ustedes, para que entre todas pudiéramos desagrarle algo de las muchas ofensas que se le hacen en estos tiempos que tanto se persigue la religión y tantos pecados se cometen en el mundo”.

“Ya que no puedo hablar personalmente con todas ustedes me he expansionado y les he abierto el interior de mi alma para animarlas y para que no me compadezcan, sino por el contrario, que vean soy muy feliz; ya saben que la corteza de la Cruz es dura; pero si una se abraza fuertemente a ella se saborean grandes dulzuras que nadie del mundo puede dar; sólo Nuestro Señor Jesucristo. Se acostumbren a ver a Dios en todas las cosas y sufran en silencio a ejemplo de Nuestro Señor Jesucristo, todo lo que El quiera enviarnos, sin perder la paz interior”.

“No se olviden de pedir por mí para que el Señor siga fortaleciéndome con su gracia, como yo no me olvido nunca de ustedes.

Hermana María Rafols”.

Dos meses estuvo en la cárcel. Durante ese tiempo, las Hermanas, preocupadas por la situación angustiosa de su Madre, trabajaron cuanto pudieron con personas influyentes para conseguir su libertad; así se deduce de la carta copiada anteriormente y de la que escribió el 13 de Mayo de 1834

al señor Conde de Sobradriel, en la cual se admira también la humildad, resignación y constancia de la Sierva de Dios:

“Zaragoza, 13 de Mayo de 1834.

Sr. Conde de Sobradriel.

Ilmo. Sr.: Las Hermanas me han comunicado que le han escrito a V. S. I. para que se interese por mi pronta libertad, mediante afianzamiento. Bien penetrada estoy del interés que siempre ha demostrado por nuestra Hermandad, y no dudo que V. S. I. se tomará la molestia de recomendar con el mayor interés este asunto al Sr. Rozas. Al escribir a V. S. I. no me mueven otras miras que aliviar los sufrimientos tan grandes que les causa a mis Hermanas el verme en estas prisiones. Por lo que a mí toca, estoy resignada a permanecer en esta cárcel todo el tiempo que el Señor permita; en todas mis obras no me mueve otro interés que el amor de Dios y hacer todo el bien que pueda a mis prójimos, aunque sea a costa de grandes sacrificios y aún de mi propia vida, si esa es la voluntad de Dios.

En medio de estos días tan amargos que estoy pasando, tengo una tranquilidad muy grande, y hay momentos que disfruto mucho al verme rodeada de muchas de estas pobres mujeres a quienes hablo de Dios y me ayudan con fervor a rezar el santo Rosario.

Le queda muy reconocida a las muchas atenciones y molestias de V. S. I., esta humilde servidora que le encomienda a Dios,

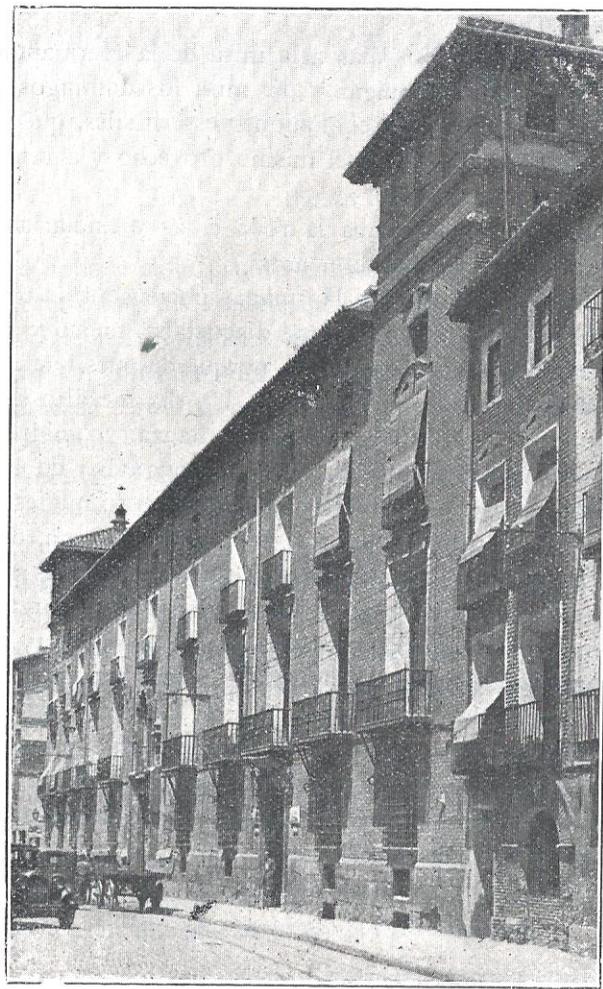
Hermana María Rafols.”

Pero, ¡oh, egoísmo e ingratitud incalificable de los hombres!, todos la abandonaron, nadie quiso salir fiador de aquella santa, nadie defendió a aquella heroína que tantas

veces se había sacrificado por todos. Así lo permitió su Señor y Esposo divino el Sacratísimo Corazón, para probar a su Sierva y hermosarla en el dolor y en la humillación, colmándola al mismo tiempo de espirituales delicias y consuelos y dándole a gustar las dulzuras inefables que se esconden en la Cruz. Además consintió el Señor este abandono de los hombres, porque quería ser El su único amparo, su fiador y su defensa.

En la cárcel, como en todas partes, María Rafols fué la mujer ejemplar, piadosísima, caritativa, heroica, compasiva y paciente, llevando con alegría el peso de tan grandes tribulaciones, consagrandolo su tiempo a la oración y a las obras de caridad y misericordia con las reclusas, derramando en la lobrete y frío de la cárcel la luz divina de sus enseñanzas y el calor confortante de sus ejemplos altísimos de caridad y de virtud. Pero oigamos las palabras edificantes de la Sierva de Dios, que nos declara todo esto con una sencillez llena de emoción: “En la cárcel estuve dos meses y también allí me consideraba feliz y daba continuas gracias a mi dulce Jesús porque me hacía la gracia de asemejarne a El en el sufrimiento.

“Sentía grande amor a mis perseguidores y ofrecía mi vida al Corazón de Jesús por la salvación de sus almas. Pensaban las criaturas que con llevarme a la cárcel me ocasionaban un gran sufrimiento, y el Corazón de Jesús se proponía únicamente hacerme sentir más su amor en ese retiro que nadie me podía distraer, ni siquiera las conversaciones de las pobres presidiarias. Las que sufrían eran mis Hermanas, y yo estaba muy tranquila y gozaba de una paz y consuelo de mi dulce Jesús, que parecía que la cárcel se había convertido para mí en un paraíso. Entonces me concedió el Corazón de Jesús la gracia de gozarme en el sufrimiento. Mi principal ocupación era la oración noche y día, y aquí es



Cárcel donde estuvo presa la Sierva de Dios

cuando más claramente vi lo que el Señor padeció en su sagrada Pasión”.

“Me unía todos los días a la misa de la Hermandad, ya que yo sólo podía comulgar y oír misa los domingos; entre semana hacía constantes comuniones espirituales, que por la divina misericordia sacaba el mismo provecho y a veces más que de las sacramentales”.

“También les arreglaba la ropa a las presidiarias y les daba gran parte de mis alimentos”.

“Mucho trabajaron las Hermanas por encontrar una persona que saliera fianza; esto me disgustaba mucho y gracias a Dios no lo pudieron conseguir, porque después que algunos les daban palabra, se volvían atrás. Un día me dijo el Corazón de Jesús: “Hija mía, yo seré tu fianza, yo saldré en tu defensa”. Aquel mismo día me pasaron aviso de la Real Audiencia para que me fuera al Hospital, pero que estuviera sin salir de casa hasta que me designaran el lugar del destierro, porque así convenía, según ellos, en aquellas circunstancias. Me fuí al Hospital y las Hermanas se sorprendieron al verme, cuando menos lo esperaban. Todas juntas fuimos a dar gracias al Señor al Oratorio y todas me preguntaban qué había pasado; yo sólo les dije: el Corazón de Jesús lo ha querido así. Pedí oficina a la M. Presidenta y me mandó con los niños de la Inclusa, donde permanecí en el mismo retiro y vida de oración que el Corazón de Jesús me había proporcionado en la cárcel”.

CAPITULO XIII

En el destierro

Pero aunque salió pronto la Sierva de Dios de la cárcel, no se terminaron las consecuencias fatales de aquel injusto proceso. Después de haberla libertado se constituyó prisionera dentro del Hospital, del cual no le permitían salir.

El proceso siguió su curso y al fin fué declarada inocente por el tribunal, que, según consta en el acta de la Sitiada de 10 de Abril de 1835, no había hallado en ella complicidad alguna, y como la Sierva de Dios declaró en la exposición antes citada del 24 de Junio de 1836, el fiscal fué siempre de opinión se la pusiese en libertad, porque nada resultaba contra ella; sin embargo, a pesar de este reconocimiento claro, explícito y terminante de su inocencia—y son palabras de la Sierva de Dios—, por una providencia política más que por una decisión de justicia, y considerando que su presencia en Zaragoza no podía convenir en aquellas circunstancias de efervescencia, el tribunal condenó a la heroína gloriosa al destierro; primero al pueblo de su naturaleza, como dice la Sitiada del mes de Abril de 1835, y después por haber recurrido ante el tribunal, como dice la Sitiada de 7 de Mayo del mismo año, a la ciudad de Huesca.

La pena del destierro es una de las más acerbas que pueden afligir al hombre en este triste y tenebrosísimo planeta. Comer el pan amargo del destierro, dice inmortal poeta, es el mayor de los dolores, mayor que la cárcel, porque como decía el célebre Toscani al salir de la cárcel de Venecia para

el destierro, al fin, la tierra y el aire de la cárcel eran la tierra y el aire de Venecia.

Este tormento es el que sufrió la M. María Rafols al arrancarla por fuerza de Zaragoza, del Hospital y de sus Hijas, a los cuales estaba adherido su corazón con lazos inquebrantables. Este dolor estaba mitigado, porque iba a vivir entre Hijas y Hermanas, porque en Huesca estaba la única fundación del Instituto; allí había crecido como verde y florido retoño la rama arrancada en 1807 al árbol de la Congregación plantado en Zaragoza. No iba a vivir, por consiguiente, entre extraños, pero sí entre desconocidos.

Y aquí se ve una vez más la grandeza y el desprendimiento heroico de aquella alma toda de Dios. El tribunal la desterraba al pueblo de su naturaleza, y esto parece que había de halagarla y compensar de algún modo la injusticia de la sentencia; porque había de ser para ella dulce y agradable volver a ver aquella casita donde se deslizaron tranquilos y alegres los días dichosos y apacibles de su infancia, y en la cual tan extraordinarias gracias y favores había recibido del S. Corazón, y que estaba embalsamada por el perfume de los recuerdos de su padre y de su santa madre, y ver aquellos campos en cuya visión tantas veces se recrearon sus ojos, y aquella iglesia donde su espíritu se abrió como una flor para recibir el rocío de la gracia divina en el bautismo y en la primera comunión. Había de ser para ella dulce y alegre ver a las amigas de la infancia, esas amigas que no se olvidan nunca, porque los afectos nacidos en la primavera de la vida y tejidos con las flores de los primeros latidos y simpatías del corazón no mueren ni se rompen nunca. Pero la Sierva de Dios había renunciado, al consagrarse a Jesús, a todos los afectos y recuerdos de la carne y de la sangre, y para ella su hogar único es el Hospital; sus amigos, su madre, sus hermanos, su familia entera son sus Hijas las religiosas y los enfermos y desgraciados. A ejemplo de Nues-

tro Señor, para quien su madre y sus hermanos son los que hacen la voluntad de su Padre, para ella también su casa y su familia eran sólo aquellos que estaban unidos a su corazón por ese parentesco espiritual más dulce y más fuerte que el carnal, por ese parentesco que engendra en el alma el nacimiento a la vida sobrenatural de la gracia.

Por eso trabajó y recurrió para que ya que no podía vivir con sus Hermanas de Zaragoza, le sea asignado como lugar de su destierro la ciudad de Huesca, donde podrá encontrar Hijas y Hermanas de su Congregación. Había roto y renunciado para siempre a todos los lazos del mundo, de la familia y de la tierra.

El día 10 de Mayo de 1835 salió para el destierro, en medio de la desolación y llanto de las Hermanas; porque cuando estaba en la cárcel tenían el consuelo de verla y de hablarla, de recibir la luz de sus consejos y de sus palabras y sobre todo quedaban confortadas y edificadas al contemplar su resignación y fortaleza, la ecuanimidad y equilibrio de su espíritu, nunca perturbado por tantos dolores y persecuciones; pero ahora iban a dejar de verla y de oírla, y no sabían por cuánto tiempo, tal vez para siempre. Su desolación era inmensa, como de hijas que se quedaban sin madre, de ovejas sin pastor, de discípulas sin maestra. La despedida fué dolorosa y patética. Siempre juntas, identificadas por la comunidad de sentimientos y de intenciones, enlazado su corazón con el más tierno amor, la separación desgarró su alma.

Llegó a Huesca el día 11 de Mayo y fué recibida con mucho amor y reverencia por aquellas Hermanas, que la colmaron de atenciones y la pusieron en la mejor habitación que tenían.

Así lo dice en la carta que escribió el 14 de Mayo, tres días después de su llegada, a la M. Teresa Periú; carta her-

mosísima, reveladora, como tantos de sus escritos, de su paciencia, de su conformidad y alegría en los trabajos, de las santas efusiones y delicadas ternuras de su corazón:

“Huesca, 14 de Mayo de 1835.

Muy apreciable Madre Teresa y Hermanas: Gracias a Dios, después de un viaje muy triste por nuestra separación, llegué sin novedad a este santo Hospital; he tenido buena acogida; las Hermanas me han destinado la mejor habitación que tenían, de donde no he de salir más que para comulgar y oír misa. Sepamos aprovecharnos de estas pequeñas penalidades que Dios, en su infinita misericordia, nos manda para mayor santificación de nuestras almas. Suframos en silencio y nos ofrezcamos víctimas para desarmar la justicia divina, y retire el azote que nos tiene levantado por los muchos pecados que se cometen en el mundo y las muchas infidelidades que cometemos las almas que a Él estamos consagradas. Yo, con la ayuda de Dios, estoy muy contenta con su santa voluntad y pido también esta gracia para todas ustedes, por ser el camino más seguro y corto para llegar al cielo.

No sufran por mí, Dios me fortalece mucho, y más siento lo que ustedes sufren que mis propias penas.

Que seamos todas muy santas y amantes del sacrificio es lo que pide a Dios todos los días

Hermana María Rafols.”

Los mismos sentimientos nobilísimos y santos expresa en la carta que escribió algunos días después, el 10 de Junio de 1835, para consolar y alentar a las Hermanas:

“Huesca y Junio, 10 del 1835.

Muy apreciable Madre Teresa y Hermanas: Hoy hace un mes que Dios permitió mi salida de ese santo Hospital, y aunque sigo enferma y no sé cuándo me levantaré de esta cama, no quiero dejar de ponerles estas líneas para aliviarles algo su dolor.

No lloren ni sufran por mí; el Señor alivia mucho mis sufrimientos y encuentro lenitivo muy grande en la Pasión de Jesucristo y en la santa Eucaristía, considerando continuamente en lo que sufrió y padeció Él por nuestro rescate. Les recomiendo con toda mi alma no hablen mal de nuestros adversarios, y roguemos a Dios tenga misericordia con todos y que nos aumente la fe para ver en todos los trabajos que nos suceden en estos calamitosos tiempos la mano de Dios que lo consiente todo, para purificar nuestras almas de las muchas infidelidades que a diario cometemos.

De presente me encuentro bien, y tengo mucha esperanza de que Dios me fortalecerá con su gracia hasta el fin de mis días.

Ejerciten bien la caridad con las pobres enfermas, que son la imagen de Cristo dolorido; yo, desde mi celda, puedo ejercitarla ofreciendo todos mis sacrificios y oraciones por la salvación de las almas.

Todos los días las encomiendo a Dios Nuestro Señor para que nos alcance su divino amor y una verdadera humildad, que debe ser siempre el distintivo de esta Hermandad.

Sor Pabla y las otras Hermanas me dan sus expresiones; y no ocurriendo por ahora otra cosa, las encomiendo a Dios rogándole nos haga a todas muy santas,

Hermana María Rafols.”

En el destierro estuvo seis años, hasta el 13 de Junio de 1841.

En esos años sufrió toda clase de padecimientos, enfermedades continuas y molestísimas que la obligaban a estar casi siempre en la cama, sinsabores y humillaciones de todo género, como veremos historiando brevemente estos años.

Aunque estas pruebas las endulzaba el Sacratísimo Corazón que siempre estaba con ella en comunicación maravillosa, con consuelos celestiales: “Mientras estuve en el destierro — dice — me visitó el Corazón de Jesús con toda clase de pruebas; pero ¡qué dulces eran estas pruebas para mí!; y las más punzantes para mi corazón eran los olvidos y desprecios de algunas de mis Hermanas. Con esto me dió a entender muy claro el Corazón de Jesús que lo que más lastima su Corazón es la ingratitud y olvido de las almas que a El están consagradas”.

El desprecio de algunas de las Hermanas fué en estas circunstancias tan dolorosas, el mayor sufrimiento que padeció. Era un alma delicada y amante, y la ingratitud y olvido de sus Hijas la herían en las fibras más sensibles de su corazón. En otro de sus escritos habla de esta ingratitud y desprecio de algunas Hermanas, disculpándolas al mismo tiempo con caridad admirable: “Cuando yo estaba en el destierro, cómo recordaba a Sor Manuela al verme también olvidada y despreciada de alguna de mis Hermanas!; tenían por una muy grande afrenta al verme a mí desterrada, y es que las pobres, como no sabían los designios de Dios ni lo que se proponía con tales persecuciones, no era de extrañar obrasen así. Les digo todo esto para que tengan mucho amor y caridad, y cuando vean alguna Hermana en tales circunstancias no la abandonen; no pueden ustedes comprender, la que no lo ha pasado, el consuelo y aliento que recibe el alma afligida cuando encuentra en su camino otra criatura que la comprende y pide por ella”.

La Sitiada—dice el acta de 10 de Abril de 1835—acor-

dó, “atendiendo a los buenos servicios que la M. María había prestado por espacio de más de treinta años en esta santa Casa y considerándola sin recursos para su subsistencia, que en el caso de tener efecto su salida, se le contribuya con 400 reales para gastos de viaje y con seis reales diarios durante su ausencia de este santo Hospital”.

Esta modesta pensión, que era absolutamente necesaria a la Sierva de Dios para atender a su subsistencia, y a la cual tan acreedora se había hecho por sus buenos y heroicos servicios durante tantos años, no siempre le fué abonada, sino que muy pronto la suspendieron y se la regatearon con una tacañería y desconfianza verdaderamente incomprensible e irritante, y con unas cicaterías, dilaciones y expedientes que indignan y que llenaron seguramente de amargura el corazón de la Sierva de Dios, acongojada ya con tantas penas. Así leemos con dolorosa sorpresa e indignación en la *Sitiada* de 25 de Mayo de 1836, que sin detallar los motivos ni las razones, se acuerda que por ahora se suspenda el pago del señalamiento que se le hizo a la M. María.

Esto era muy humillante y muy doloroso para la Sierva de Dios, colocándola en una situación muy desairada y apuradísima, porque, como ella dice en la exposición dirigida a la Sitiada en 24 de Junio de 1836, “el Hospital de la ciudad de Huesca era una casa pobrísima que no estaba en disposición de suministrarle los auxilios necesarios en sus enfermedades habituales, que la han tenido postrada en cama por espacio de muchos meses, no es justo que ella sea gravosa a dicho establecimiento, porque perteneciendo siempre al de esa ciudad, la persuasión de la Sitiada de aquél es que el de Zaragoza debe sostenerla con los alimentos correspondientes”. ¡Cuántas amarguras, humillaciones y privaciones revelan estas palabras! Padecía su alma tan delicada, generosa y abnegada al ser una carga para aquel Hospital pobre y para aquellas Hermanas, y ella, que se había privado de su propio

alimento para dar de comer a los enfermos, sufría mucho al ver que la daban alimentos que tal vez eran necesarios para ellos. Enferma, carecía de lo necesario y de lo más preciso, y lo que la daban, como se desprende de esas palabras, se lo daban con protesta y con disgusto.

Su situación era angustiosa, violenta y precaria. Así lo da a entender la Sierva de Dios en alguna de sus cartas. En carta escrita en 19 de Julio de 1836 a la señora doña Justa Frías, que la había mandado una limosna, dice: "Muy respetable señora: Recibí su atenta carta con la limosna que me manda para mis necesidades, que no sabe lo mucho que se lo agradezco por carecer de recursos. Dios le pague las frases de compasión que me dirige en su carta; pero créame que estoy pasando grandes angustias por el mucho tiempo que llevo en la cama, sin otra enfermedad que un decaimiento muy grande por no poder socorrer mis mayores necesidades, porque la Ilma. Sitiada hace algún tiempo no me manda lo que me asignó al desterrarme". Y en la que escribió en 29 de Septiembre de 1836 a D. Manuel Sevil, dice: "Yo estoy bastante delicada y mi situación cada día es más angustiosa, por estar de continuo enferma, haciéndome gravosa a este santo Hospital que está en un estado muy lamentable de pobreza, tanto, que los enfermos muchos días carecen de lo más necesario".

Para poner remedio a esta situación insostenible, a instancias seguramente y requerimientos de D. Manuel Sevil y de otros amigos leales que veían con indignación este proceder con aquella santa mujer que había sido la madre de los enfermos, la columna y sostén del Hospital, la defensora y el amparo de todos en días difíciles y tenebrosos, dirigió a la Sitiada esa exposición que hemos citado tantas veces, solicitando que la atiendan con la cantidad convenida y se procure, dice, llena de delicadeza, "que se le levante el destierro

para que ese santo Hospital no se vea privado de un individuo y gravado en la prestación de sus alimentos".

La Sitiada, al enterarse de la situación apurada y angustiosa de la insigne religiosa, parece debía haber acordado en el momento mismo acceder a lo solicitado, dándole la cantidad convenida; pero no lo hace así, sino que revelando celos y desconfianzas irritantes, escribe al Gobernador civil o Jefe político de la provincia, Presidente de la Sitiada del Hospital de Huesca, para saber si se le suministra por aquel Hospital, a la Hermana María, los alimentos necesarios, ya en especie, ya en dinero, y en vista de la contestación que se reciba de dicho Gobernador, determinará la Sitiada sobre la solicitud de dicha Hermana.

¿Pero qué temían o qué desconfianzas abrigaban aquellas almas bajas, ingratas y duras? ¿Acaso que no fuera verdad lo expuesto por la Madre? Era incomprensible e indigna esa conducta de los regidores de la Sitiada, tan diferentes de aquellos nobles y cristianos caballeros que conocimos cuando vino la M. María a Zaragoza.

No habiendo recibido contestación la Sitiada a esa exposición que dirigió al Gobernador o Jefe político de Huesca, envió nuevo oficio en 17 de Septiembre de 1836 pidiendo con urgencia contestación. La Junta de Sitiada de Huesca contestó a este oficio con otro fechado en 20 de Septiembre del mismo año, manifestando que la Hermana María desde su llegada a aquel Hospital estaba casi siempre enferma, y que aunque sólo pagó los seis primeros meses de su estancia la cantidad de seis reales diarios, que fué el concepto en que se la admitió, la han asistido sin embargo con todo cuanto necesita en su estado quebrantado de salud, y manifiestan que por la pobreza y los apuros económicos del Hospital les es muy gravosa la estancia de dicha Hermana y debe por consiguiente la Sitiada de Zaragoza acceder a la justa solicitud que la citada Hermana María tiene hecha respecto de

sus alimentos, con cuya cantidad podría esta Junta continuar prodigándole los auxilios que hasta ahora, siendo imposible de otra manera el atenderla como corresponde.

Esta respuesta de la Sitiada de Huesca es una dura y noble lección a la Sitiada de Zaragoza; pone ante la vista y saca a la luz el contraste de su conducta generosa, dando a la Hermana María cuanto exige su delicado estado de salud, a pesar de no recibir la pensión convenida y del estado de pobreza del Hospital, con la conducta egoísta y tacaña de la Sitiada cesaraugustana que olvida a aquella mujer insigne, negándole el socorro convenido y faltando villanamente a sus promesas.

Movida por esta contestación y avergonzada de su conducta, la Sitiada, en 26 de Septiembre de 1836, acordó contribuir a la Hermana María con la cantidad de 500 reales por una sola vez y con una pensión diaria de tres reales vellón alegando hipócritamente, para justificar esta tacañería inexplicable, que su falta de recursos no le permitía extenderse a mayor gracia — llamando gracia a lo que era una carga de rigurosa justicia, a la cual se había hecho acreedora por multitud de méritos y servicios la Sierva de Dios—. Ella había sido pródiga de su tiempo, de su actividad, de su salud, de su misma vida gastándola toda y entregándola sin reservas en el servicio del Hospital y de los enfermos, y cuando necesita para no morir de hambre y atender al restablecimiento de su salud quebrantadísima, el socorro ofrecido se le regatea y se le rebaja indigna y cruelmente. A cualquier servidor se le sostiene en la casa donde ha servido, y a la M. María, después de más de treinta años de eminentes y sublimes servicios, se la abandona y hubiera muerto de inanición y de hambre si no hubiera sido por la generosidad y desprendimiento del Hospital y de las Hermanas de Huesca. ¡Cuántas humillaciones y cuántas penas para la Sierva de Dios!

La Sitiada de Zaragoza insiste sobre estas razones de penuria y pobreza del Hospital para justificar la rebaja de la miserable pensión en carta que en 31 de Octubre de 1836 dirige a don Manuel Sevil, en la cual contesta a otra de este señor que se quejaba de la corta asignación que se había señalado a la Hermana María, a todas luces insuficiente para su sostenimiento, diciéndole la Sitiada que aunque se hallaba animada de los mejores deseos, sin embargo, por sus apuros y necesidades económicas agravadas y acentuadas cada día, porque dejaba de percibir algunas de sus principales rentas, llegando a tal extremo que se había visto obligada a reducir la ración de los enfermos y dependientes y los salarios y el número de sus empleados, no podía acceder a aumentar la pensión de la Hermana María.

Esta contestación añade la burla a la crueldad, ¿porque acaso tres reales diarios eran capaces de desconcertar el presupuesto del Hospital? ¿Además, no era ésta la deuda más sagrada y que primero debía ser satisfecha por los méritos extraordinarios y la situación difícil de la Madre Rafols? ¿Quién más acreedora que ella, sobre todo en las circunstancias dolorosas y tristes a que la reducían la enfermedad y el destierro? Pretende además la Sitiada, que sea el Hospital de Huesca el que pague parte de esa deuda, diciéndole que por esas razones espera que ese Hospital le ayudará al sostenimiento de la Hermana. ¡Pobre Madre María, llevada y traída por unos y otros y arrojada como una carga pesada y enfadosa!

Sumida en el mar de tantas humillaciones, agobiada de penas, torturada por enfermedades dolorosas crónicas, al saber que algunas de sus Hijas de Zaragoza están enfermas, se olvida de sus padecimientos y escribe a la Superiora M. Teresa Períú una carta en la cual palpita con pulsaciones amorosísimas su corazón de madre angustiada por los sufrimientos.

mientos de sus Hijas, y ya que no puede hacerlo personalmente, recomienda a la Superiora y le señala la manera de cuidarlas y la esmerada solicitud con que debe atender a todas sus necesidades, descendiendo a detalles reveladores de su ternura. El corazón de la heroica Fundadora es un prodigio de caridad, de nobleza, de los más exquisitos y generosos sentimientos; es un cielo en el cual cuanto más se mira más bellas cumbres se descubren; un diamante precioso de muchas facetas que irradia divinos resplandores. Dice así esta carta:

“Huesca, 15 Mayo 1840.

Muy apreciable Madre Teresa: Lamento mucho la indisposición de salud de las Hermanas, y quiera el Señor que se restablezcan pronto. Usted por su parte y las demás Hermanas que están buenas las cuiden y las atiendan todo lo mejor que puedan. ¿Qué no hace una madre por sus hijos y una hermana por sus hermanos? Adivina todas sus necesidades y las remedia y nunca tiene en cuenta los sacrificios que le cuesta ni se acuerda de ellos; sólo atiende a consolar y remediar a ese ser paciente, como quisiera que lo hicieran con ella si se hallara en las mismas condiciones; y con el mismo esmero cuida al hijo o hermano mayor que al más pequeño. Pues si esto hace una madre y una hermana del mundo. ¿cuánto más no debemos hacer nosotras que no somos madres ni hermanas carnales sino espirituales? No escaseen nada para las Hermanas enfermas, que son los pararrayos de la Hermandad; alivíenles la cruz todo lo que puedan, que esta es una gran obra de caridad que el Señor les recompensará largamente. Tenga usted esto y las Hermanas como una de sus más estrechas obligaciones y que han de ser responsables delante de Dios.

Ni usted, Madre Teresa, ni las Hermanas tengan preferencia por ninguna; cuiden a todas lo mismo y todo lo mejor

que puedan; todas somos hijas de Dios, y por Él dejamos nuestros padres y familia para consagrarnos de lleno al ejercicio de la caridad; pero tengan en cuenta que si no la practicamos primero con nosotras mismas, como tenemos estrecha obligación de hacerlo, mal podremos practicarla con nuestros prójimos.

Además, que si desde los principios se acude a la gotera, podrán evitarse las más de las enfermedades. Ya recordará lo que hicimos con la M. Magdalena Hecho cuando enfermó en la juventud, y aunque estábamos en tanta pobreza se pusieron todos los remedios que estaban a nuestro alcance, y adonde no llegaban los fondos de la Comunidad llegaba la caridad pública que nosotras solicitábamos. Consulte con el médico si a las Hermanas que están abatidas les sentaría bien la leche de burra; por el gasto no deje de hacerlo; Dios proveerá.

Vaya usted misma todos los días a la cocina para ver si se condimentan bien los alimentos de las Hermanas enfermas, y exhorte a la Hermana de la cocina a tener paciencia con las rarezas que naturalmente lleva consigo la enfermedad, y en lo que esté de su parte, que procure adivinarles sus gustos, y que lo hagan como si lo hicieran al mismo Jesucristo, y tengan presente que si así lo hacen será muy grande la recompensa que recibirán en el cielo.

Si alguna de las Hermanas fallece, lo que el Señor no permita, confórmense con su santa voluntad; pero hagan todo lo que puedan, velen bien su cadáver y no la dejen sola un momento, y por espacio de tres días empleen un rato del recreo en rezar una parte del rosario en sufragio de la difunta y tampoco reciban visitas en esos tres días.

Quiera Dios que no tengan mayor novedad; yo, al presente, me encuentro bastante restablecida de mi salud, gracias a Dios.

No me olviden en sus oraciones, que yo tampoco me ol-

vido de ustedes, para que el Señor nos haga a todas muy santas.

H. María Rafols.”

Por fin acabó la vía dolorosa de su destierro y pudo volver a Zaragoza, realizando su deseo ardiente de estar otra vez entre sus Hijas, compañeras queridas de abnegaciones y sacrificios, y vivir en aquel Hospital, escenario de sus heroicas hazañas y cuna de su Instituto, y volver a ver aquellos enfermos y niños de la Inclusa que amaba como madre. En 13 de Abril de 1841 dirigió una solicitud a la Junta municipal de Beneficencia de Zaragoza, que había sustituido a la Sitiada en la dirección y gobierno del Hospital, pidiendo le fuese permitido su regreso a Zaragoza, a lo que accedió esta Junta, como consta en el oficio que dirigió al Presidente y Junta municipal de Beneficencia de Huesca el 2 de Junio de 1841.

A este oficio contestó la Junta de Huesca el 9 de Junio de dicho año con otro, en el cual hace merecido elogio de la M. María, de quien dice, “que por el buen porte que ha tenido durante su larga permanencia en el Hospital de Huesca, es acreedora a todas las consideraciones”.

Según consta en el libro de registro de cédulas del año 1841, en la página 12 y legajo 246, la M. María regresó a Zaragoza el 13 de Junio de 1841.

Fué recibida con grandes muestras de veneración, entusiasmo y alegría por todos, aun por aquellos que habían sido causa o a lo menos habían influido en su proceso y destierro, convencidos y constreñidos por la magnanimidad, heroica fortaleza y paciencia invencible de la Sierva de Dios a reconocer sus virtudes y su inocencia. Pero sobre todo fué inmensa la alegría y dulcísimo el consuelo de las religiosas al volver a ver a su Madre amantísima. Madre e Hijas se confundieron en lágrimas y abrazos reveladores de la emoción hondísima

de su espíritu al encontrarse, dando gracias fervorosas al Señor que se había dignado, después de tantas pruebas, privaciones y trabajos, juntarlas nuevamente.

Debió ser una escena tiernísima y emocionante la entrada de la M. María en el santo Hospital. Empleados, enfermos, niños, religiosas y hasta los dementes, recobrada por un instante la discreción, salieron a recibir en triunfo a aquella mujer que era como el alma y la luz de aquella casa. Los enfermos la saludaron como a la consoladora de sus aflicciones, el bálsamo de sus dolores, cuya solicitud amorosa y tierna era la mejor y más eficaz de las medicinas, y cuya ausencia había sido para ellos fuente de penas y exacerbamiento de dolores; los niños a ella se abrazaban como a su madre, como los polluelos van a cobijarse bajo las alas y al abrigo y calor de la gallina; el Hospital se estremecía de alegría al abrir sus puertas a la que era su restauradora y su gloria más legítima, y las religiosas abrían su corazón a la esperanza al ver otra vez a aquella que era la estrella que las guiaba, la maestra que las enseñaba, camino para sus pasos, luz para sus dudas, escudo para su defensa, amparo, aliento y fortaleza para su debilidad consuelo y bálsamo para sus penas y sostén y apoyo de su espíritu. Su ausencia las había llenado de aflicción y sumido en tinieblas al apagarse la luz de su consejo, de su ejemplo y de su amor, y las había dejado expuestas, como ovejas sin pastor, a los peligros de los enemigos y a la dispersión. Por esto su alegría era inmensa al volver a encontrar a su Madre que creían ya perdida para siempre; su venida fué una verdadera resurrección.

CAPITULO XIV

Enfermedad y últimos años de la Sierva de Dios

Pero con la alegría de ver a su Fundadora las Hermanas sintieron tristeza y compasión al contemplarla tan postrada, tan abatida y tan enferma. Las preocupaciones, las angustias, los trabajos, penitencias y privaciones habían dejado huellas terribles en su cuerpo, que desfallecía y se encorbaba entorpecido y vacilante bajo el peso de sus años llenos de dolor y de sacrificio. Viejo y robusto árbol, aparecía carcomido por la enfermedad y surcado por las huellas y cicatrices gloriosas de tantos trabajos.

Estaba enferma y la enfermedad había clavado sus aceradas uñas en su cuerpo para no dejarlo nunca, empujándolo constantemente por la vertiente de nuevos y siempre renovados sufrimientos hasta precipitarlo en el sepulcro.

Era de constitución fuerte, sana y robusta. En ella, durante su infancia y juventud, se cumplía plenamente aquel viejo aforismo, síntesis de perfección humana: *Mens sana in corpore sano*. Era un alma pura, elevada y noble, encerrada como joya preciosa en un cuerpo hermoso, robusto y fuerte. Era la flor que había brotado llena de color, de belleza y perfume en el tronco de una familia cristiana, de puras y sencillas costumbres, de santas tradiciones, cuya sangre no estaba viciada ni corrompida por el virus de vicios que estirpes deshonradas y manchadas transmiten como terrible herencia a sus descendientes.

Hija de los campos, tuvo la hermosura y el vigor esplén-

dido de las plantas y de los seres acariciados por el aliento regenerador de la madre naturaleza.

Pero aquel cuerpo fuerte y vigoroso se rindió; aquella flor lozana y fresca, aquel árbol pomposo y florido se inclinó bajo el peso de continuos trabajos, dolorosos sacrificios y terribles privaciones.

Ya es bastante para desgastar y consumir la salud y agotar las fuentes de la juventud y de la fuerza el constante cumplimiento de deberes penosos; y son siempre deberes penosísimos y dolorosos los deberes de una religiosa, y sobre todo de una Hermana de la Caridad, obligada al cumplimiento de una Regla austera, que lleva consigo privación de descanso, de sueño, de comida, aumentadas estas privaciones y sazonadas con penitencias y mortificaciones que fortifican y robustecen ciertamente la energía y el vigor del espíritu para que pueda domar y vencer las rebeldías y frenar las torpezas y desarregladas concupiscencias de la carne, pero que debilitan y destruyen las energías del cuerpo.

A este motivo se añadieron otras muchas circunstancias y vicisitudes de su vida que fueron la causa principal y como la fuente de donde brotaron sus continuas y molestas enfermedades.

En los años de los Sitios sufrió tan rudo golpe su naturaleza, que quedó herida para siempre y desde entonces su cuerpo estuvo hundido en el fuego y en el crisol de crónicas y terribles dolencias.

Ya en 1811, cuando presentó a la Sitiada el 12 de Septiembre de ese año la dimisión de su cargo de Madre Superiora o Presidenta de la Hermandad, declara que se ve obligada a presentar la dimisión por sus achaques. Lo mismo dice cuando es elegida Presidenta el 16 de Abril de 1826, afirmando que aquellos achaques en los cuales fundaba su dimisión en 1811 se habían aumentado y agravado notablemente, por lo cual suplicaba a la Sitiada que no confirmase

su elección, librándola de una carga superior a su naturaleza debilitada y enferma. Estas enfermedades y achaques se agravaron de un modo extraordinario en el fatídico año de 1834, cuando fué tan injustamente perseguida y encarcelada, y en los seis años que duró su destierro en Huesca, en los cuales, como consta por los documentos citados en el capítulo anterior, estuvo casi siempre enferma y postrada en cama.

Cuando volvió a Zaragoza del destierro, esas enfermedades y achaques de la Sierva de Dios sufrieron el vaivén y flujo y reflujo de crisis, unas veces adversas y otras favorables, pero nunca se vió libre de sus molestias; por el contrario, a medida que bajaba por la pendiente y cuesta de la vida y los años aumentaban el peso de la carga sobre su cuerpo gastado y agotado por una vida tan combatida y laboriosa, sufría más y sus achaques progresaban tanto que la rindieron definitivamente hasta inutilizarla. Sus últimos años fueron un continuo padecimiento; pero su ánimo esforzado, su corazón rebosante de caritativa generosidad, su fortaleza y magnanimidad vencían el dolor y superaban la enfermedad, continuando sin descanso en el ejercicio de sus ministerios de caridad y de piedad.

Hasta el año 1845 continuó al frente de la Inclusa. En Febrero de este año, al cesar en el cargo de M. Presidenta la Madre Teresa Perriú, fué nombrada Directora del departamento de los niños expósitos y fué separada la Sierva de Dios, en atención, dice la Sitiada, “a su avanzada edad, destinándosela a aquellas labores que fueran compatibles con sus años, y habiendo quedado la Junta plenamente satisfecha del celo, esmero e inteligencia que ha desplegado en los muchos años que estuvo prestando sus servicios, no solamente en la Inclusa, sino también en el Hospital General, los que esperaban continuaría en cuanto lo permitieran sus facultades”.

Y continuó, efectivamente, prestando esos servicios, mu-

chos más de los que permitían sus fuerzas. Infatigable siempre en el trabajo, venciendo la debilidad de su cuerpo, era la primera en el cumplimiento de las reglas, en los oficios más bajos y penosos, y a medida que iba descendiendo al ocaso el sol de su vida irradiaba los resplandores más brillantes y las luces más puras e intensas.

Durante estos últimos años escribió la mayor parte de sus escritos, rayos que saltan del fuego de su santidad y en los cuales su alma, antes de partir para el cielo, dejó tan brillante estela de divinas lecciones y santos ejemplos.

En estos años, su vida interior ganaba en intensidad lo que perdía su vida exterior por el decaimiento de sus fuerzas físicas. Su oración era continua y fervorosísima. Pasaba gran parte del día y de la noche en el oratorio, al pie del tabernáculo, en una especie de éxtasis continuo, en que su alma desprendida y como desligada ya de la carne volaba al Corazón de Jesús para descansar en El y derramar en sus senos insondables todos sus afectos y pensamientos. Era un bello crepúsculo el de su vida gastada en los más santos ministerios; una ancianidad venerable coronada con la más rica de las diademas, la corona de los trabajos y de las luchas sostenidas por la más alta y noble de las causas, la caridad, en sus manifestaciones más heroicas y sublimes. Llevaba en sus achaques y enfermedades las cicatrices gloriosas recibidas en las batallas incruentas de la virtud y del amor, y su persona aparecía a los ojos de todos iluminada por una luz singular, esa luz que era la proyección a través de las ruinas de su cuerpo, de la hermosura de su alma convertida por el amor en un sol.

Los enfermos contemplaban con grata admiración a aquella anciana que recorría con penoso esfuerzo las salas repartiendo palabras y cuidados de aliento y de edificación. En su rostro demacrado, donde todos los sufrimientos habían dejado hondos surcos, brillaba la dulzura y tenían sus

ojos miradas de compasivo afecto para los dolores ajenos, olvidada de los suyos propios, y en su boca siempre florecía la sonrisa de la bondad más pura y dulce, y sus manos se extendían llenas de beneficios y consuelos; los niños la idolatraban y buscaban con afán refugiarse a la sombra de su solicitud maternal protectora y rica de caricias e inefables ternuras. Sus hijas sobre todo la contemplaban con amorosa veneración, viendo en su vida el modelo acabado de la Religiosa de Santa Ana y buscando su consejo, sus lecciones de celestial sabiduría. En estos últimos años la Madre multiplicaba, a pesar de su debilidad, sus exhortaciones y enseñanzas a las religiosas, para dejar antes de morir bien grabado en su corazón el espíritu y las virtudes propias de la Hermandad.

Desde que volvió de Huesca sólo tenemos noticia de una salida de la Sierva de Dios, a Belver de Cinca, en la provincia de Huesca, en 28 de Junio de 1845, “para restablecer su quebrantada salud por el tiempo que fuera necesario”. No sabemos cuánto tiempo permaneció en ese pueblo: seguramente regresaría a Zaragoza en Octubre o Noviembre al empezar los fríos del invierno. En este pueblo escribió el escrito que titula: “Para después de mi muerte”. “Hace mucho tiempo — dice en el principio de este escrito — que el Señor me pide que escriba algunas cosas de las ocurridas en la Hermandad, y siempre he dejado pasar esta inspiración sin hacer caso, hasta hoy que el Señor me lo pide con insistencia, y ya que me ha traído a este pueblo de Belver de Cinca por disposición de la obediencia a pasar una temporada, y viéndome libre de las terrenas ocupaciones, digo que no pasa más tiempo sin escribirlo para lo que el Señor sea servido”.

En los tres o cuatro años últimos progresaron de modo alarmante los achaques crónicos de la Sierva de Dios y fué

atacada por la parálisis, que entorpeció el movimiento de sus miembros, pero conservó expedito el uso de la lengua, y su inteligencia hasta el último instante mantuvo la lucidez y el equilibrio. Algunos de sus escritos los redactó en estos últimos días de su vida con plenitud de juicio y discreción, aunque sus brazos estaban como paralizados. “No sé—dice en el escrito fechado el 2 de Enero de 1849—lo que se propone el Corazón de Jesús con tanto hacerme escribir, y yo creo que es El mismo quien me lleva la mano, porque todo este escrito lo estoy haciendo con el brazo derecho que lo tengo hace unos meses medio paralítico”.

CAPÍTULO XV

Alma triunfante

Este fué el martirio constante de la M. María Rafols, martirio de su cuerpo y de su alma, angustias de su espíritu y dolores de su carne, persecuciones, calumnias que torturaron su corazón y enfermedades que atormentaron su cuerpo. Dios la dió a beber la hiel de las mayores amarguras, y cargó sobre sus espaldas pesadas cruces de los más variados tamaños y formas, y el dolor revistió toda clase de matices para atormentarla con refinamientos exquisitos y siempre nuevos de crueldad.

Pero no está la grandeza de un alma en vivir sumergida en el mar amargo de muchas pruebas y dolores, sino en sufrirlos con entereza, con tranquilidad de espíritu, con resignación y hasta con alegría.

La manera de soportar el dolor es la piedra de toque de la santidad, el termómetro que marca los grados que ha alcanzado un alma en el camino de la perfección, el fiel contraste de la virtud; por él se conoce si esa virtud es oro legítimo o falso.

Las almas cargadas con la cruz—y son todas, porque la cruz, como dice el libro de la “Imitación de Christo”, en todas partes está preparada y nos espera y nacemos ya crucificados—, se pueden dividir en cuatro clases o grupos: el de los rebeldes, que llevan la cruz con desesperación y blasfeman de Dios que la afianza sobre sus inquietas espaldas; el de los impacientes, que no blasfeman ni se rebelan, pero se quejan; el de los resignados, y el de los triunfantes. Estas almas

triunfantes son pocas en número, pero ¡cuán grandes y sublimes son!; son esas almas superiores que se abrazan al dolor con alegría, recibéndolo como a un amigo celestial; esos espíritus privilegiados que quieren asemejarse en todo a Jesús, su divino Capitán, y seguir gozosamente sus sangrientas huellas. Su vida es un cántico de triunfo que celebrá las sabrosas dulzuras del dolor, de la cruz, sobre la cual viven perpetuamente extendidos y crucificados.

A esta raza regia y superior de espíritus fuertes, de almas triunfantes, pertenecía la M. María Rafols.

Pocas almas seguramente habrá habido más flageladas por toda clase de sufrimientos, como hemos visto en toda esta obra, y pocas que hayan llevado esa pesada cruz con más resignación, más fortaleza y alegría. Se goza en los dolores y bebe con afán sus aguas amargas hasta saciarse.

Su paciencia fué heroica, su constancia inquebrantable. su serenidad pasmosa, su alegría en medio de los dolores admirable, de tal manera que su conducta era el asombro de todos, que no podían comprender aquella tranquilidad de su alma en medio de la borrasca deshecha de la persecución y del dolor. Jamás prorrumpió en una queja, ni se lamentó ni dolió de sus males, ni pronunció una palabra de reproche ni recriminación contra los que de mil maneras y con manifiesta injusticia y crueldad la perseguían y ultrajaban hasta desear y procurar su perdición y su muerte.

No se contentaba la Sierva de Dios con olvidar y perdonar las injurias y las persecuciones, lo cual ya es grado muy elevado de santidad, ni siquiera se contentaba con recibir en silencio y en paz sin exhalar una queja, ni una recriminación, ni intentar una defensa, los atropellos más duros e injustos, sino que su alma santa, heroica y generosa se abría como se abre la flor al sol y a la lluvia, para prodigar los dones de su amor y de su caridad a los que la injuriaban

y pisoteaban bajo el pie de las más injustas persecuciones. Era un alma hambrienta de sacrificio, de humillación y de anonadamiento y recibía con alegría y con gratitud los golpes y persecuciones de sus enemigos, que sin saberlo cooperaban admirable e inconscientemente a satisfacer esos deseos.

La Sierva de Dios, como laboriosa abeja, de todas las cosas sabía extraer la miel de la virtud, pero sobre todo la libaba en las flores rojas del dolor y del sacrificio. Sabía muy bien que el dolor es horno donde el alma se purifica, troquel donde se modela el corazón según los proyectos divinos, buril que pule, limpia y embellece el espíritu y el mejor freno para domar la rebeldía de la carne y apagar el fuego vergonzoso de las pasiones. Por eso ella amaba el dolor y lo recibía como un auxiliar eficazísimo que Dios la enviaba para hermosear su alma y a él se abrazaba como al mejor amigo, y encontraba secretas e inefables alegrías en el sufrimiento, y su espíritu se complacía al sentir los golpes del dolor con el cual Dios iba retocando y añadiendo nuevos esplendores, matices y esmaltes de belleza espiritual a su alma, haciéndola cada día más agradable a su Corazón Sacratísimo, más semejante al ideal divino de toda santidad, Jesucristo Nuestro Señor, y más acreedora al premio del cielo. Bajo los golpes, bajo el buril del sufrimiento, surgía la obra maestra, la estatua preparada para adornar los palacios eternos de la gloria, y su alma saltaba de alegría al recibir sus ásperas caricias, como hubiera saltado también de gozo y entusiasmo al recibir los golpes duros del robusto cincel de Miguel Angel, si hubiera tenido conocimiento y conciencia de sus actos, el tosco trozo de mármol de donde su genio hizo brotar la asombrosa estatua de Moisés, pasmo de los siglos. Conocía por experiencia ese poder maravilloso de transformación y de santificación que posee el dolor, que tan hermosamente ha expresado un filósofo cristiano diciendo,

que el dolor “de los nacidos hace hombres y de los hombres hace santos”.

Como San Pablo, rebosaba de alegría en medio de sus tribulaciones y abundaba en consuelos incomprensibles para el mundo en medio de la pobreza, de la humillación y de la enfermedad. La alegría y serenidad que inunda su alma en medio de los trabajos, se percibe en sus palabras, en sus cartas y se refleja en la paz, en la serenidad radiante, en la dulzura apacible de su rostro que todos admiran y contemplan con asombro.

Y no es que ella no sintiera el dolor: no era insensible al sufrimiento; al contrario, era una alma muy fina, muy delicada y noble, y por eso más sensible a las heridas del dolor; pero al mismo tiempo la convicción de que el dolor es un instrumento eficazísimo de santificación, campo donde se podía recoger ubérrima cosecha de méritos y mina de la cual se podían extraer riquísimas joyas y diamantes de muchos quilates de subidísimo precio y de que esa era la voluntad de Dios, que dispone los acontecimientos para nuestro bien y siempre nos castiga por amor, inundaba su espíritu de espiritual gozo de consuelo inefable, y su alma, levantándose en alas de la caridad y de la fe sobre las nubes y las tempestades de la tribulación, vivía en un cielo sereno, bañada en celestial luz de consuelo y de paz.

Su vida, como ha sido la vida de la mayor parte de los santos y fué la vida de la Virgen y del Salvador, es un tejido donde se unen y entrelazan vivísimo gozo con amarguísimas penas. Su cuerpo y elemento sensible padecía y estaba sometido a la tortura de todos los dolores, y al mismo tiempo su espíritu deificado y transfigurado por la gracia se explayaba en la luz y en la alegría. Esto es lo que se contempla también en la vida de la Virgen, en la cual se juntan durante su existencia mortal divinos gozos con inefables dolores. Sólo los santos conocen este secreto arte de extraer y sacar alegría

y gozo de los dolores y convertir en luz las sombras; sólo ellos poseen esa maravillosa alquimia de convertir en oro puro el barro y la tierra de los dolores y sufrimientos de la carne; sólo en ellos se da ese contraste inexplicable para los mundanos, de la alegría en la mortificación y en el sufrimiento; los mundanos creen que sólo se goza en el placer, y los santos, más felices, saben gozar y alegrarse en el dolor.

Este amor del dolor desborda de todos los escritos y brilla en todos los actos de la Sierva de Dios. Ya lo hemos visto en los escritos copiados en estas páginas. En ellos se ve que fué un alma enamorada de la cruz; amante fervorósima del S. Corazón de Jesús, que es Corazón herido y sangrante, quiere imitarlo y seguirle por el camino del Calvario y unir sus sufrimientos a los sufrimientos del Salvador para satisfacer a la Justicia divina por los pecados de los hombres.

Además de los escritos copiados anteriormente, hay en otros escritos de la Sierva de Dios frases tan hermosas sobre el dolor, enseñanzas tan sublimes y saludables exhortaciones de tanta unción a sus Hijas para moverlas a seguir alegremente el áspero camino del sacrificio, que aunque sean largas las citas, no quiero dejar de copiarlas. En ellas admiraremos una vez más la grandeza de su alma triunfante y vencedora del sufrimiento.

“Hermanas mías, les ruego que sufran por amor de Dios todo lo que el Señor les envíe en silencio. ¡Ah! si todas las personas que estamos consagradas a su servicio fuésemos lo que tenemos estrecha obligación de ser, no estaría el mundo tan corrompido ni se vería obligado Nuestro Señor a castigarnos con tantas calamidades públicas. Por eso, Hermanas mías, nosotras que tanto le debemos por tantos títulos y de un modo especial por habernos traído a esta santa Hermandad (según sus palabras, para su descanso y recreo), le ame-

mos mucho por todos los que no le aman y suframos con gusto todo lo que El en su infinita misericordia nos mande, y todo nos debe parecer poco para satisfacer por nuestra parte los muchos ultrajes hechos a nuestro dulce Jesús, para que entre todas podamos darle con nuestro amor y sufrimientos tanta gloria si fuese posible como le robamos entre todos con tantos pecados como cometemos”.

“Imitemos a Santa Teresa (a mí me ha hecho mucho bien todo lo que ella escribió), que experimentó en su vida muchas enfermedades y aflicciones y persecuciones de todas clases, pero con la ayuda de Dios todas las soportó con ánimo varonil y con santa alegría... Todos estos ejemplos, Hermanas mías, nos deben enseñar a todas el uso que debemos hacer de las cruces que Dios en su infinita misericordia nos envía y el espíritu con que debemos llevarlas, enseñando al mundo con nuestro ejemplo a buscar en los males presentes a Dios, que sólo nos castiga para que recurramos a El en busca de perdón y consuelo. Nunca busquen el consuelo de sus males pasajeros más que en El, en el corazón de Jesús, y nunca busquen la santidad ni la verdadera felicidad más que en los padecimientos que sufran por El, y si no piensen ¿qué santidad fué más probada ni más eminente después de la santidad de nuestro divino Redentor que la de su Santísima Madre? ¿Mas con qué martirio de dolor no fué herida toda su vida su hermosa alma y mucho más en la muerte de su amado Hijo? Y el mismo Jesucristo decía que San Juan Bautista era el mayor de los hijos de los hombres, y sin embargo, ¿cómo vivió y murió? Y lean también las vidas de todos los santos, y verán que todos han pasado por el camino de grandes injusticias, por la calumnia u oprimidos con toda clase de enfermedades o combatidos de las más violentas tentaciones”.

“Así, que si esas almas tan santas han pasado por las mismas miserias que nosotras estamos pasando, no hay que

desanimarse; por el contrario, confiemos que con la ayuda de Dios sacaremos muchos provechos de las mismas miserias, de las mismas enfermedades y de las mismas tentaciones, sufriendolas como ellos las padecieron, con grande paciencia y sumisión de juicio. Así llevaban ellos la cruz de sus trabajos y por eso se hicieron tan grandes santos. Pidamos todas al Corazón de Jesús nos conceda como a ellos los dones de la paciencia y de la sumisión y una fe grande y viva de corazón para ver en todos los trabajos de esta vida el mayor bien que podemos recibir de nuestro divino Maestro y guía que nunca nos mandará más de lo que podamos soportar y necesitamos para conseguir nuestra santificación. Que ninguna se desanime en el camino, por espinoso que sea; miren siempre adelante y no duden que llegarán a gozar en los padecimientos, gustando un deleite tal que no se puede comparar a nada de la tierra. Esto cuesta conseguirlo, y no lo conseguirán si no se dan de lleno a Dios; pero si se abandonan en su Providencia y no confían ni aman más que a El o por El, estén seguras que llegarán a gozar siempre de una paz y alegría tan grande que nadie les podrá robar, porque el mayor recreo lo tendrán en padecer por Nuestro Señor; pero esta gracia tan sobrenatural sólo nos la puede dar Nuestro Señor Jesucristo, convirtiendo en suavidad aquello que con los ojos de la carne sólo se ve áspero y amargo. Razón tenéis, Señor, en decirnos que vuestro yugo es suave, pues que en vuestro servicio cuanto más se padece más se desea padecer por vuestro amor. ¡Se siente un gozo tan grande al ver que la voluntad de Dios se satisface por medio de los padecimientos y que por medio de ellos podemos expiar nuestros pecados! Y aún tienen otras muchas ventajas las aflicciones, entre otras la de apartarnos del trato del mundo y de las ocasiones de pecar. Tengan en cuenta que las alegrías que se sienten en padecer por nuestro Salvador no son alegrías de los sentidos, sino un placer y bienestar tan grande

del alma, que es superior a todos los sentimientos. Yo puedo asegurarles que ni la cárcel, ni las calumnias, ni todas las persecuciones por que he pasado, me han quitado la paz del alma; por el contrario, nunca he gozado más que cuando estaba en la cárcel, porque aunque se padece mucho, cuando se sufre por Dios se padece de otro modo...”

“Yo les ruego que sean muy generosas y se ofrezcan todos los días al Corazón de Jesús para que descansen su Cruz en cada una de ustedes, y verán con sus propios ojos cómo por ese camino de la Cruz corren hacia la santidad...”

“Y, por último, les recomiendo que sirvan al Señor con toda fidelidad por el camino que el Corazón de Jesús las quiera llevar; tengan en cuenta que el más seguro es el de la Cruz, que El mismo nos enseñó llevándola primero. Hay que sufrir y sembrar en esta vida, si quieren recoger cosecha a la hora de la muerte; cuanto más trabajen en la sementera, más frutos recogerán para la vida eterna; no importa que suframos en la siembra y que derramemos lágrimas; el llanto no es pecado, y esas mismas lágrimas que se derraman mientras vivimos en este destierro, sirven las más de las veces de beneficiosa lluvia para multiplicar la buena semilla que hay en nuestras almas. Así que mucho amor a la Cruz, y no sólo por el premio que esperamos en el último día, sino puramente por aliviar la que lleva nuestro dulce Jesús y para que pueda descansar en cada una de nosotras, como son sus deseos. El Señor sólo nos aflige por nuestro bien espiritual, y si todos los trabajos de esta vida supiéramos sufrirlos con paciencia, por medio de ellos podríamos alcanzar todas las virtudes. Yo, Hermanas, mías, he sufrido mucho y sólo siento que se acabe mi carrera porque ya no podré sufrir más por mi Jesús, a quien tanto le debo. Es verdad que Dios me ha favorecido mucho, porque puedo asegurarles que nunca me ha faltado la fe para ver en todas las adversidades que me han sucedido la mano de Dios y en eso he encontrado mi ma-

yor consolación, sintiendo en el fondo de mi alma una especie de contento y alegría tal, que tanto en lo dulce como en lo amargo, siempre he visto la santa voluntad de Dios. Y esto mismo he visto practicar a todas mis Hermanas y también a Sor Manuela Lecina, que tantas persecuciones y penalidades de todas clases pasó; pero como era un alma tan enamorada de la Cruz y estaba tan acostumbrada a sufrir, nunca se quejaba. Cuando se veía tan olvidada de sus Hermanas, que era lo que más lágrimas le hacía derramar, no se le oía decir más que estas palabras: "Dios lo quiere, Dios lo consiente, bendita sea su santa voluntad". Y cuántas veces llorando me decía: "Pida, Madre María, pida no que me quite las persecuciones, sino que sepa expiar con estos sufrimientos mis pecados y los de mis Hermanas que tan ciegas están en su modo de obrar algunas. Yo las perdono y pido por todas, y Dios no quiere el pecado ni la división solamente, quiere mi aflicción; bendita una y mil veces sea su santísima voluntad en todo".

Hablando de la violencia que tiene que hacerse para escribir, exclama: "Sea Dios bendito por todo; yo abrazo esta cruz, y todas las que el Señor me quiera enviar, con mucho amor y alegría, convencida de que si estuviera un solo momento sin sufrir, creería que mi dulce Jesús ya no me quería".

Al referir las promesas que le hizo el S. Corazón en el Convento de Sanjuanistas, invitándola a seguir el nuevo camino que le traza, dice: "Con estas cosas que me prometió encontré mucha tranquilidad y en esta dulce paz han transcurrido todos los años de mi vida por cualquier camino que me haya conducido, teniendo como una de las gracias más grandes el que desde aquel tiempo siempre me llevé entre las cruces, humillaciones y sufrimientos con que no ha cesado jamás de honrarme y en las cuales ya sólo puedo hallar mi consuelo y descanso. En el Sagrario y en las cruces encuentro

yo mis delicias, y fuera de este camino creo que me sería imposible poder vivir; por eso yo jamás le pido a mi Jesús que alivie mis padecimientos; al contrario, mientras más dolencias siente mi cuerpo, más alegría tiene mi alma (entiéndanlo bien, al cuerpo siempre se le hace duro sufrir; los goces que les digo se sienten sólo en las potencias del alma)".

LIBRO
SEXTO

La santa

CAPITULO PRIMERO

De las virtudes de la Sierva de Dios

EN los libros anteriores hemos contemplado a la Sierva de Dios en varias y solemnes circunstancias de su vida, que acreditan su grandeza; la hemos admirado en el ejercicio de sublimes ministerios y en la realización de altas y nobles empresas y de fecundas obras y fundaciones; la hemos visto, ora en la cumbre de la gloria nimbada de luz y colmada de honores, ora envuelta en las sombras del dolor y derrumbada en los valles oscuros de la persecución y de la humillación; hemos asistido con reverente admiración y entusiasmo a las maravillosas transformaciones de su persona, viendo convertirse la niña inocente, la crisálida, en la religiosa fervorosa, a la cual han salido, como a la mariposa, alas de santas inspiraciones y gracias para volar por las luminosas esferas de la contemplación y del amor divino, y fundar el primer Instituto español de caridad; después, con creciente asombro, hemos visto transformarse aquella humilde religiosa en heroína abnegada y valiente, y, por fin, la hemos visto soportar con maravillosa fortaleza e incomprendible alegría la carga de toda clase de contradicciones y dolores, apareciendo a nuestros ojos ceñida con la corona de la heroína, pero también con la palma del martirio.

Pero estas obras y hazañas, estas transformaciones y grandezas de esa mujer extraordinaria, son el fruto, la llama y como el resplandor de su alma; y para trazar con exactitud su fisonomía moral, para dibujar con rasgos precisos

y vigorosos su retrato espiritual y delinear su figura excelsa, es necesario que nos adentremos cuanto sea posible en el misterio de su alma; que escudriñemos y cavemos en su corazón y exploremos las regiones de su espíritu, para encontrar en él la fecunda semilla de donde procedían esos frutos y el fuego que era el foco de aquellas llamas y resplandores que alumbraron y nimbieron su vida; es necesario que averigüemos cómo se formó y dónde se incubó su grandeza.

Esta empresa es tan difícil, que, por lo atrevida y arriesgada, parece temeraria; subir hasta el cielo, donde brillan las luces y estrellas de sus virtudes y mirar de frente el sol de su santidad, es empresa superior a nuestras fuerzas, porque el sol sólo pueden mirarlo de frente las águilas y al cielo sólo pueden subir los ángeles. Con la ayuda de Dios, sin embargo, lo intentaremos, procurando mostrar en este capítulo las gracias y virtudes de su alma, que fueron la fuente de donde brotaron todas las maravillas que hemos admirado en los libros anteriores.

La grandeza verdadera del hombre no consiste en la hermosura de su cuerpo, ni en la fuerza de sus músculos, ni en la grandeza de su estatura y de sus miembros, ni tampoco en la agudeza de su ingenio, en la fuerza creadora de su talento, en la ciencia y cultura de su inteligencia, ni aun siquiera consiste en la cultura moral, en las solas virtudes naturales que hacen al hombre honrado; mucho menos la hemos de poner en el dominio de la materia, en la posesión de los bienes materiales, ni tampoco en los honores, en las glorias con que se decora el orgullo humano, en el ejercicio del poder, en el brillo de la majestad; sino que la grandeza del hombre está en la posesión de ese don sublime y sobrenatural que se llama la gracia, que es una difusión y comunicación divina, por la cual vivimos la vida de Dios y par-

ticipamos de su naturaleza; ese don que realiza en nosotros esa maravillosa transformación que nos convierte de viles y miserables criaturas en hijos de Dios, príncipes herederos de la gloria, miembros de Cristo, vasos vivos de su plenitud, templos del Espíritu Santo, otros dioses.

En esta divina transfiguración operada en nosotros por la gracia, consiste la vida cristiana. Esta vida no es un estado pasivo, sino un hogar de santa actividad. La naturaleza humana es árbol fecundo que Dios ha plantado para recoger en él frutos saludables de vida; estos frutos son las virtudes y las buenas obras, engendradas por la savia de la gracia que las hace agradables a Dios y meritorias de la vida eterna.

En la Sierva de Dios, todas sus obras y virtudes fueron floración magnífica y espléndida de esa vida divina de la gracia que adquirió en el bautismo y nunca perdió por el pecado mortal. Ya desde los primeros años de su vida, desde los albores de su inteligencia, fué fidelísima a las inspiraciones de la gracia y correspondió a ellas orientando su corazón y su vida a Dios. Hay almas que se vuelven hacia abajo y dejan caer sobre la tierra todos sus dones, viven vueltas las espaldas a Dios, y la gracia, al derramarse sobre ellas, resbala y no penetra en su espíritu. Otras almas, por el contrario, vuelven siempre su corazón al cielo y recogen todo el rocío divino y celestial de la gracia hasta llenarse.

Así fué la Sierva de Dios; vuelta desde el principio de su vida hacia Dios, recibió la gracia hasta llenarse, y esa abundancia de vida sobrenatural la dió aquel vigor, aquella robustez y belleza extraordinaria y admirable, que produjo en una constante primavera las flores y los frutos de las más heroicas y variadas virtudes.

Describir estas virtudes es tarea difícil porque sólo ella podía conocerlas, ya porque sólo ella supo practicarlas en aquel grado sublime y heroico, ya porque es difícil descu-

brirlas, porque tuvo empeño en ocultarlas con su humildad.

Para establecer cierto orden, hablaremos primero de las virtudes teologales de la fe, de la esperanza y de la caridad, que son las flores primeras que brotan de esta semilla sobrenatural de la gracia.

La M. María Rafols tuvo las virtudes teologales en grado heroico, es decir, las practicó de un modo más perfecto, con mayor constancia y diligencia que las acostumbradas por las personas justas y buenas que llevan o hacen vida piadosa.

CAPITULO II

De la fe de la Sierva de Dios

La fe es la primera de las virtudes cristianas y como la raíz y fundamento de todas ellas. El justo, dice San Pablo, vive de la fe y por ella se salva.

La fe da a nuestra inteligencia luz y virtud para conocer verdades a las cuales nunca podría llegar con sus fuerzas; es un maravilloso auxilio a nuestra pobreza intelectual; una inmensa extensión de las fronteras de nuestro espíritu; una energía sobrehumana añadida a nuestras potencias naturales; especie de telescopio por el cual vemos astros y espacios a los cuales nunca podrían llegar nuestros ojos; un criterio sobrenatural para ver en todas las cosas y acontecimientos la voluntad de Dios, reconociendo en todos ellos la mano y la obra de su providencia.

La Sierva de Dios, María Rafols, tuvo la virtud de la fe en grado heroico. La fe fué como la raíz de donde brotaron sus virtudes extraordinarias, su piedad, sus santas prácticas y heroicas resoluciones; donde cobró ánimo y fuerza para padecer y llevar con serenidad y alegría la pesada carga de persecuciones y enfermedades; la fe fué el hogar donde encendió el fuego ardentísimo de su caridad y donde afirmó su esperanza; la fe fué para ella el faro que alumbró su camino y dió a su espíritu el acierto en la solución de los más difíciles problemas y en la dirección y gobierno de sus empresas, y comunió a su inteligencia luz para ver todas las cosas con un criterio sobrenatural.

Recibió la virtud infusa de la fe en el santo bautismo,

y cuando su inteligencia se abrió a la discreción y llegó a la edad del discernimiento, se desarrolló espléndida y hermosa esa semilla de la fe que el primero de los Sacramentos había depositado en su alma, por la cristiana y esmerada educación que recibió en el hogar paterno, principalmente por la diligencia de su madre, y fué esclarecida por las enseñanzas de los religiosos dominicos y franciscanos, que le enseñaron el catecismo y los primeros elementos de la ciencia cristiana; ese desarrollo de la fe se completó en su inteligencia por la oración constante y la meditación de los divinos misterios, por las lecturas piadosas y prácticas de la vida religiosa, y, sobre todo, por las revelaciones íntimas de su dulce maestro el S. Corazón, que iluminó su alma con la luz de una comunicación constante y admirable.

Esta luz de la fe nunca se debilitó ni sufrió ocasos ni eclipses; en el cielo de su espíritu se mantuvo siempre viva y brillante, sin que jamás fuera, no digo apagada por el soplo frío de la herejía y del error, sino ni siquiera empañada un momento por la indiferencia o por la duda. Hija fidelísima de la Santa Iglesia Católica Romana, asintió siempre con rendimiento completo, con prontitud y fidelidad a todas sus enseñanzas, considerándose feliz por este gran beneficio de la fe y dando rendidas gracias a Dios nuestro Señor por el gran favor que le había dispensado de nacer y ser educada e instruída en la santa fe católica. “Os doy gracias, dice en la oración que recitaba todos los días por la mañana, por haberme hecho hija de vuestra Iglesia y haber tenido unos padres tan cristianos”. Rezaba todos los días por la exaltación de la fe y por el Romano Pontífice.

Procuraba todos los días avivar su fe, haciendo actos externos de ella y también trabajaba con suma diligencia para que los hiciesen todos los días las personas encomendadas a su cuidado o sometidas a su gobierno, como las religiosas, los niños de la Inclusa, los enfermos del Hospital.

Así consta de sus palabras, copiadas en los libros anteriores.

No sólo todos los días hacía actos de fe, sino todas las horas al dar el reloj repetía estos actos con el mayor fervor, prescribiendo esta santa práctica a sus religiosas, que hasta ahora la observan con la mayor fidelidad y procuran que la practiquen también todas las personas que están bajo su dirección.

Su fe era sencilla, profunda, firme, sin titubeos, sin diltintos; fe inquebrantable, por la cual estaba dispuesta a sufrir con gusto y alegría todos los tormentos y a derramar su sangre para confesarla y dar testimonio de ella ante el mundo y los hombres.

Fué la fe de la Sierva de Dios una fe ilustrada. Estudió siempre la religión y quiso, comprendiendo que la base de la vida cristiana y sólidamente piadosa es la instrucción religiosa, que sus Hijas tuvieran esa formación. “Todo el tiempo, dice, del noviciado, lo dedicarán muy especialmente a la formación del espíritu y les han de procurar una formación religiosa muy sólida”.

Su fe no era solamente especulativa, sino práctica y vivificada por las obras, como lo demuestra su vida consagrada al ejercicio de todas las virtudes.

Pero la Sierva de Dios poseyó sobre todo el espíritu de la fe, ese espíritu que es como un órgano nuevo y como unos ojos espirituales por los cuales en todas las cosas se ve a Dios y se contemplan y juzgan por un criterio sobrenatural. Ella, en todas las cosas veía a Dios y en todas quería que se cumpliera su voluntad.

Iluminada por este espíritu de fe comprendía que el único bien digno de ser amado y buscado con preferencia a todos, era la salvación del alma en comparación del cual nada son ni valen todos los bienes y tesoros de la tierra. Por eso ella deseaba ardientemente la conversión de todos los pecadores

y la salvación de sus almas; y a ejemplo del divino Salvador, que sufrió los más crueles tormentos y muerte de cruz por salvarlos. ella estaba dispuesta, y muchas veces como hemos visto, lo dice y repite en sus cartas y escritos, a sacrificar su vida por la salvación de las almas.

En conformidad con este espíritu de fe, que la movía a poner por encima de todos los bienes caducos de la tierra y del tiempo los impercederos intereses del alma y de la eternidad, procuraba con toda diligencia y empeño, aunque fuese a costa de grandes sacrificios, costosos trabajos y enojosas molestias, que los enfermos recibiesen a tiempo y con las debidas disposiciones los últimos sacramentos y auxilios espirituales.

Su celo por la salvación de las almas, encendido por el Corazón de Jesús y avivado por el ejemplo y exhortaciones de aquel gran apóstol, Mosén Juan Bonal, era ardiente, abnegado y capaz de todos los sacrificios. "Se afligía mucho el P. Bonal, dice, de que los hombres ofendieran tanto a Dios y fuesen ingratos a sus beneficios, y esos mismos sentimientos nos infundía a nosotras, dándose muchas veces el caso que cuando teníamos bajo nuestra tutela algún pecador endurecido, todas a porfía. sin cesar día y noche, hacíamos oración y penitencia hasta conseguir su conversión. Nos decía el P. Juan que ésta era la verdadera caridad, no descansar ni escatimar ningún sacrificio y hasta la propia vida si es necesario por la salvación de una sola alma. Era tan notorio el celo que por la salvación de las almas tenía él, que sólo con verlo era bastante para manifestar a los ojos del mundo el fuego de abrasada caridad que en su corazón ardía por la salvación de las almas". Y tan notorio como en el P. Bonal, era ese celo en la Sierva de Dios, y en todas sus acciones manifestaba ese fuego de caridad por los pecadores y por la conversión de los infieles.

Devorada por este celo y amor de la salvación de las almas

ejerce un verdadero apostolado, no con la palabra y con expediciones misioneras a lejanos países, que su sexo y profesión y las circunstancias en que se encontraba hacían imposible, sino con sus oraciones, penitencias, ejemplos edificantes, exhortaciones, conversaciones espirituales y con todas sus obras que ordenaba y ofrecía a Dios por la conversión de los pecadores y por la difusión y extensión de la fe cristiana, deseando en los ardores de su celo que la luz del Evangelio llegase a iluminar todas las almas, para que todas se salvaran. "Dios quiera que andando el tiempo aún haya almas que, no contentas con sacrificarse voluntariamente en la patria, se ofrezcan a llevar la fe de Jesucristo a tierras infieles por medio de nuestros ministerios de caridad. Ya en dos ocasiones estuvimos a punto de ir, y cuando más entusiasmo había en la Hermandad. volvieron atrás los señores Regidores, con gran pena por parte de todas y no menos del P. Bonal, que tantos deseos tenía de que la Hermandad se extendiera".

La Sierva de Dios hubiera querido ser misionera y marchar con sus Hijas a los países infieles para consagrarse a las tareas del apostolado y de la difusión de la fe, pero el Sagrado Corazón no quiso que fuese ella, porque su presencia aquí, en el seno de la Hermandad, era absolutamente necesaria; le anunció, sin embargo, para su consuelo, que llegaría tiempo en que sus Hijas, con los Hijos de San Ignacio, irían a misiones. "Mientras estuve en el destierro, dice, el Corazón de Jesús me concedió grandes gracias y también tuve el consuelo de expansionar mi espíritu algunas veces con los PP. Jesuitas. Yo les manifesté mis deseos de ir a tierras infieles para ayudarles en la conquista de las almas, pero el Sagrado Corazón de Jesús no quería y me dió a entender muy claramente su divina voluntad de que en vez de ir yo, irían mis Hermanas con otros santos PP. Jesuitas cuando la Hermandad sea numerosa. Ésto me llenó de alegría, porque siempre había tenido estos deseos y me moriré

tranquila confiando que desde el cielo verá cumplida esta promesa del Corazón de Jesús”.

Estas palabras de la Sierva de Dios revelan su celo y también su intuición de los tiempos futuros, de estos tiempos en que el apostolado misionero se ha desarrollado de un modo admirable. es la gran preocupación de todos los fieles, la obra más recomendada por los Papas y a la que ya se consagra gran parte de las Congregaciones religiosas. La realización de estos vaticinios del Corazón de Jesús añadirá un nuevo florón a la corona de obras edificantes y caritativas que realiza, para gloria de Dios y salvación de las almas, el Instituto de Santa Ana.

La Sierva de Dios, celosísima de la salvación de las almas, que era su pensamiento constante y a la cual endereza todas sus obras, penitencias y oraciones, sufre mucho por las infidelidades de las personas consagradas a Dios y por la tibieza y frialdad de algunos sacerdotes que gastan su tiempo en fútiles y vanos pasatiempos, en vez de trabajar por su santificación y por la salvación de las almas.

Quería que todos los sacerdotes empleasen el tiempo en obras útiles a las almas, y en sus escritos hay algunas páginas hermosísimas, en las cuales se manifiesta su fe ardiente y su amor a los pastores de las almas.

“¡Cuántas almas se perderán por no cumplir bien los pastores de almas con el principal y sagrado ministerio que es de precepto divino, apacentando a sus ovejas con Doctrina divina, Sacramentos y buen ejemplo en todo! Porque si los que hemos de dar luz vivimos en tinieblas, ¿cómo podremos dar luz y guiar a las almas por buenos senderos?...”

“También darán cuenta a Dios los sacerdotes que se contentan con hacer sólo oficio divino y celebrar la santa misa; eso es muy poco y eso no es dar *pasto* a las almas; hay que confesar y enseñar la doctrina y el camino del cielo a tantas

almas que están ciegas y no tienen quién las guíe por los senderos del bien... Para poder cumplir bien con los ministerios tan sagrados del sacerdocio, después de celebrar la santa misa y el oficio divino, confesar y enseñar la doctrina, deben tener también lección espiritual, leyendo libros de moral y de doctrina con los que llenarán su alma del pan de la verdad, con el que podrán alimentar a tantas almas como en el mundo se están muriendo de hambre, y si no están llenos de Dios, por más que prediquen y hagan mucho ruido, no darán más que palabras, porque nadie puede dar lo que no tiene...”

“Hermanas mías, pidan todos los días para que en la Iglesia de Dios nunca falten santos sacerdotes y prelados celosos de la salvación de las almas, y que todas las personas que a El estamos consagradas, le sirvamos con fidelidad. Si todas fuésemos celosas de su gloria, no se perderían tantas almas”.

Este amor de las almas y este celo por la difusión de la fe procuró inculcarlo en sus Hijas, recomendándoles que trabajasen, en primer lugar, para dar a las niñas de los Colegios y escuelas puestas bajo su cuidado, ante todo y sobre todo la instrucción religiosa y la enseñanza de la doctrina cristiana, antes que la instrucción profana.

Esto mismo les recomienda que hagan con los enfermos del Hospital. “Deben, dice, atender no sólo a las necesidades corporales, sino muy especialmente a la salvación de tantas almas que viven alejadas de Dios y que están bajo nuestra tutela, para que con su ayuda las conquistemos para el cielo”. Quiere que sus Hijas alcancen una encumbrada santidad por la observancia exacta de todas las reglas, hasta las más sencillas, y por la generosidad de dar a Dios lo que les pida, para llevar por este medio muchas almas a Dios, que esto, dice, tenemos obligación de procurar con grande empeño. En conformidad con esta aspiración, señala como vocación

suprema de la Hermana de la Caridad de Santa Ana, no curar y salvar los cuerpos que están destinados a la corrupción y a la muerte, sino salvar almas que no mueren, y que redimidas por el precio infinito de la Sangre de Cristo, están destinadas a vivir eternamente en el cielo. Quiere que sus Hijas sean apóstoles y que prediquen la religión y lleven muchas almas al cielo, no con la palabra, sino con una predicación más eficaz, con el ejemplo de sus virtudes, de su vida inmaculada y con el precio de sus sacrificios. “Esta, dice en el documento citado, debe ser la principal misión de la Hermana de la Caridad: salvar muchas almas, aun a costa de los mayores sacrificios; pero tengan en cuenta que el medio más provechoso para salvar las almas es el buen ejemplo. Esto es de absoluta necesidad para toda Hermana de la Caridad. Sólo hablarán con los prójimos lo necesario para encaminarlos a Dios para la salvación de sus almas”.

Según el testimonio de las Hermanas que conocieron y trataron a la Sierva de Dios, una de las recomendaciones que les hacía con más encarecimiento y frecuencia, era que fueran predicadores mudos que hablasen de Dios y de la religión con el lenguaje más elocuente que es el del ejemplo. También les decía que la Hermana de la Caridad podía y debía ser una misionera que conquistase para Dios más almas que los mismos misioneros, porque podían ganar las almas y llevarlas a la fe por medio de las maravillas de la caridad. Esto que la Madre recomendaba y como profetizaba a sus Hijas se ha cumplido por la gracia y misericordia de Dios millones de veces. ¡Cuántos enfermos, conmovidos ante el heroísmo de la caridad de las Hermanas han reconocido y confesado sus pecados y vuelto a Dios! Esta eficacia del apostolado de la Hermana de la Caridad de Santa Ana, está contrastada todos los días por la experiencia. Asilados, enfermos, leprosos que hasta entrar en las casas y hospitales y ver a las Hermanas vivían alejados de Dios, en la mayor

indiferencia y muchas veces en la impiedad, viven luego una vida fervorosa y edificante.

Para el espíritu de la M. María, iluminado por una fe viva y profunda, los ministerios de la caridad con el prójimo habían de ser medio para llegar a las almas, cuya salvación ha de ser el fin que se proponen conseguir las Hermanas de la Caridad con estos ministerios.

Exhorta la Sierva de Dios a sus Hijas a trabajar sin descanso por la gloria de Dios y la extensión de la fe por todo el mundo, pidiendo por los misioneros, heroicos e infatigables obreros de la viña del Señor, para que Dios bendiga su apostolado y la fe alumbre todas las almas. “Trabajen, dice, sólo para su gloria, valiéndose de cuantos medios estén a su alcance para hacerle conocer y amar a todos los prójimos que traten, y con sus oraciones podrán ganar también muchas almas y ser misioneras aún antes de ir a tierras de infieles. Pidan también mucho por la constancia y celo de los pobres misioneros y porque nunca falten almas generosas que estén siempre dispuestas a dar la vida gloriosamente porque triunfe la religión católica, conquistándole muchas almas. Este celo por la salvación de las almas es uno de los medios más edificantes para conseguir en poco tiempo la santificación, pues en la medida de lo que ustedes trabajen, porque todos le conozcan y amen, Él las santificará a ustedes con su misma santidad”.

Nuestro Señor premió este celo de la M. María concediéndole una gracia especial y extraordinaria para atraer a la penitencia a los pecadores. Durante toda su vida, pero principalmente en la guerra napoleónica, muchos franceses y españoles se convirtieron y volvieron al seno de la Iglesia por su feliz y celosa intervención.

Concedió también el S. Corazón a su fidelísima Sierva el don extraordinario de conocer el estado de las conciencias

de los pecadores, para moverlos a penitencia. “El Corazón de Jesús, dice, me hace la gracia de que conozca el estado de las conciencias de los pobres pecadores, para que haga penitencia en unión de mis Hermanas y se salven muchos por nuestra mediación. ¡Cuánto sufro al ver tantas y tantas almas tan alejadas de Dios! El medio más eficaz de que me valgo para llevar a las almas al buen camino, es decirles con caridad y grande reserva alguno de sus muchos pecados, haciéndoles ver la gran misericordia del Corazón de Jesús y el peligro tan grande en que están de condenarse. Al hablarles tan claro de sus pecados ocultos, en seguida se convierten, diciéndome que se confesarán cuando yo quiera”. También el S. Corazón la prometió “en recompensa del amor que todas le tenemos, que todas las personas que mueran bajo nuestra tutela y cuidados, se salvarán haciéndoles invocar su dulcísimo nombre”.

Sobre todos los otros males y penas, sentía los atropellos y persecuciones que en aquellos días agitados por el espíritu impío de la revolución, afligían a la Iglesia y a la sociedad. En su humildad profunda, la Sierva de Dios creía que todos esos males eran castigo que Dios enviaba por sus infidelidades y también por las infidelidades de las personas religiosas. queriendo aplacar a la justicia de Dios ofreciéndose víctima, sufriendo y muriendo si era preciso por desagraviarlo. Todos sus escritos, sobre todo las cartas a la Madre Teresa Perió, están llenas de frases reveladoras de estos piadosísimos y santos sentimientos.

Podemos con toda razón deducir de lo expuesto, que la Sierva de Dios fué un verdadero apóstol, una de las almas más celosas que ha habido en estos tiempos, anticipándose y preparando con su santidad esta cruzada misionera que hoy marcha triunfalmente bajo las órdenes del Supremo Jefe, el Soberano Pontífice, a la conquista del mundo infiel y

a la restauración cristiana de la humanidad por el reinado universal del Sacratísimo Corazón de Jesús.

Pero penetremos más en la fe viva de la M. María, encendida en su espíritu como un faro que iluminaba los caminos ásperos de la perfección y la enseñaba a subir por ellos, y como la raíz de todas sus virtudes y portentosas obras. De la fe en primer lugar nacía su devoción y su piedad fervorosísima y edificante.

El primer objeto de la piedad y devoción de la Sierva de Dios, fué la persona adorable del Salvador. Durante su vida, la meditación de la vida del Salvador fué como la savia y el resorte de todas sus acciones. A semejanza del Apóstol, no quería conocer otra cosa que a Jesucristo crucificado, y todas las demás cosas del mundo las despreciaba como basura y estiércol, para ganar a Jesucristo. La imitación de Jesucristo Nuestro Señor fué su escuela de santidad.

Pero a Nuestro Señor Jesucristo podemos considerarlo bajo múltiples y siempre admirables aspectos, y estudiando la piedad de la M. María se ve que en la vida y persona del Salvador amaba con preferencia lo que significa y representa más vivamente su amor, o sea la Eucaristía, el Sagrado Corazón y la Pasión.

CAPITULO III

De la devoción de la Sierva de Dios a la Sagrada Eucaristía

El primer objeto de la devoción y como el centro de la vida de la Sierva de Dios fué la Sagrada Eucaristía. Por la fe veía a través de las especies sacramentales real y verdaderamente presente a Jesucristo en la Sagrada Hostia, y de esa visión nacían en su corazón sentimientos de profundísima adoración y gratitud al Redentor, que por amor nuestro se había quedado prisionero en el Sacramento del altar.

La Sierva de Dios creía y amaba todos los misterios y dogmas de nuestra fe, pero creía y amaba sobre todos este misterio de su amor. Jesucristo era el objeto de su amor, y allí estaba su corazón y su alma donde estaba Jesucristo; el Sacramento era, por consiguiente, como el centro y como el sol de su vida.

Este amor de la Sierva de Dios a la Eucaristía se manifestaba de muchas y delicadas maneras.

Lo visitaba con la mayor frecuencia, permaneciendo delante del Sagrario cuantas horas podía, encontrando en esas visitas su mayor alegría y consuelo. No se contentaba con visitar muchas veces al divino solitario del Tabernáculo durante las horas del día, aprovechando todos los momentos que la dejaban libre sus múltiples ocupaciones, sino que hurtaba muchas horas al descanso y al sueño para visitarlo y hacerle compañía en el silencio y en la soledad de la noche. En esas visitas se derretía su corazón de gratitud y de amor y se derramaba en dulcísimos coloquios con su Amado, pro-

rumpiendo en encendidas frases. Postrada ante el Dios oculto y humillado en el Tabernáculo, su corazón se humillaba y se unía a El, queriendo compensar con su amor y con su adoración rendida, con su fe viva y humilde, los olvidos y ofensas que le infieren los indiferentes y los impíos. Como la lámpara que arde constantemente ante el altar, quería que su alma fuese lámpara siempre encendida con el aceite suavísimo del amor divino en la presencia del Señor. En los ardores de su amor hubiera querido consumir su vida, en las llamas de ese culto y de esa adoración.

Allí, ante Jesucristo Sacramentado, que es en el Tabernáculo como lo fué en su vida mortal y lo es y lo será eternamente en el cielo. luz, camino, verdad, resurrección, vida, fuente de todas las gracias, dador de todos los bienes, refrigerio de todos los trabajos, alivio de todas las fatigas, consuelo de todos los dolores, medicina de todas las enfermedades y escudo contra todos los peligros, iba a postrarse en los momentos difíciles, en las aflicciones, en las horas de peligro y de apuro, en las dudas, para pedirle consuelo y consejo. Con El consultaba y se consolaba y en El encontraba fortaleza para resistir, luz e inspiración para resolver todas las dificultades y solucionar todos los conflictos.

En aquellos días aciagos de los Sitios, cuando la muerte se enseñoreaba de Zaragoza, causando víctimas innumerables por medio de las armas enemigas y más aún por medio del hambre y de la enfermedad, y todo era espanto, miseria y confusión, ¿adónde iba la M. María en demanda de luz, de socorro y amparo? Iba, como ya dijimos, al Sagrario, y allí encontraba inspiración y fuerza.

Cuando se encontraba, como era frecuente, abrumada y oprimida bajo la carga pesadísima de dolorosas enfermedades, de persecuciones injustas, de fatigas, iba ante el Sagrario a depositar allí ese pesado fardo y a pedirle al Señor que la aliviase y siempre se levanta confortada.

En estas visitas frecuentes y cordialísimas en que del corazón de la Sierva subía hasta el Señor el incienso de la adoración, el homenaje del amor y la demanda de socorro, y del Señor descendía sobre la Sierva la luz y la lluvia copiosísima de gracias y de misericordias, es donde encontraba la M. María su vigor espiritual, su grandeza y su santidad.

Este amor ardiente que siempre sintió la Sierva de Dios a Jesús Sacramentado, abrasó su alma ya desde la niñez; lo encendió primero en su corazón la palabra de su santa madre; lo avivó después aquel fervoroso amante de la Eucaristía, su Director y Padre D. Juan Bonal, que cuando la conoció en Barcelona ya le decía que desde su niñez encontraba sus mayores complacencias visitando el Santísimo Sacramento; se consumó en su vida sacrificada de religiosa de la Caridad. El amor a la Eucaristía lo recomendó la M. María con el mayor encarecimiento a sus Hijas, cumpliendo la recomendación que les había hecho en su lecho de muerte aquel santo varón: “En los últimos momentos de su vida, dice la M. María, el P. Bonal encargó a todas las Hermanas la caridad y la devoción a la santa Eucaristía, porque él sólo había tenido siempre esta Escuela toda su vida”.

En las sapientísimas reglas que da a la maestra de las novicias, dice: “Igualmente las ha de acostumbrar a que se preparen para recibir la sagrada comunión y dar las debidas gracias después y el modo de que este Sacramento sea siempre en ellas muy fructuoso. Incúlqueles muy de veras amor y reverencia al jueves, por ser éste el día que nuestro dulce Jesús escogió para instituir el Santísimo Sacramento y quedarse en nuestra compañía, cuando los hombres estaban tramando su muerte. ¡Qué amor tan infinito nos tiene! Estas obras y maravillas sólo las hace Dios; son incomprensibles a nuestra cortedad y vileza humana. ¡Si me fuera posible decir algo de este Sacramento!; pero no tengo palabras que lo

sepan explicar. Haga que se acostumbren desde el noviciado a hacer muchas y fervientes visitas al divino Prisionero del Sagrario, y cuando no puedan ir corporalmente al Oratorio, que las hagan desde el sitio donde están empleadas con el espíritu; el caso es que siempre le estén haciendo compañía en la soledad del Sagrario, donde la mayor parte de los hombres le dejan abandonado. Esta íntima unión con Jesús les hará más fáciles y llevaderas sus cargas y fatigas, y sobre todo, proporcionarán al Corazón divino de Jesús, tan humillado y despreciado por nuestro amor, un consuelo muy grande, porque El desea comunicarse a sus criaturas y la mayor parte de ellas no le dan lugar. Se han de esforzar todas a demostrar su amor, no con solas palabras, sino con obras, y cuando se encuentren en algún apuro o duda y en todas sus necesidades, vayan lo primero al Sagrario con grande fe y confianza, y estoy segura que si lo hacen así, siempre saldrán fortalecidas y animadas, porque es el único médico que puede remediar y curar todas nuestras necesidades”.

Pero sobre todo quiere el Sagrado Corazón que el Instituto se consagre de un modo especial al culto del augustísimo Sacramento y sea una Congregación adoradora y reparadora. El dulce Jesús manda que, cuando se encuentren los escritos de la Sierva de Dios, se le rinda perpetua adoración en el Sacramento de su Amor. Oigamos las palabras de la enamorada de la Eucaristía: “Cuando la Hermandad sea numerosa, quiere el Sagrado Corazón de mi dulce Jesús que en la Casa-Noviciado se le rinda perpetua adoración en el Sacramento de su Amor, para desagraviarle de las ofensas que recibe de las almas que a El están consagradas, sobre todo de los sacerdotes y religiosos y de los defectos de las Hermanas, que siempre los habrá, pero han de procurar que sean involuntarios. Grandes eran mis deseos de poder llegar a tener un noviciado independiente del Hospital, para poder llevar a la práctica los deseos del Cora-

zón de Jesús, de que en esta Hermandad se le adore en el Santísimo Sacramento con solemnidad por los fines que dejo dichos, pero estoy viendo que el Señor no me dará esta satisfacción en la tierra por la cohibición que nos hacen; pero tengo la seguridad que andando el tiempo llegará a efectuarse y yo lo veré desde el cielo. Con el P. Juan traté muchas veces esto, por ser del mismo parecer que yo y aún tuvimos intención de ponerlo en las constituciones, pero atendiendo a que no había medios para que llegara a efecto, no se hizo. Ahora he visto muy claro que, cuando el Corazón de Jesús quiera que se encuentren todos mis escritos, hará que los Superiores que estén al frente de la Hermandad lo agreguen a las constituciones, todo con el fin de agrandar más a este Sagrado Corazón, cumpliendo ésta su voluntad santísima.

“Yo creo que hasta que no tengan abundancia de personal no deben tener el Expuesto más que de día y los jueves toda la noche; y si llega un tiempo que tengan Novicias bastantes para relevarse por la noche, entonces la adoración al Santísimo que sea noche y día, que es como más le agrada al Corazón de Jesús”.

Este proyecto de la adoración perpetua del Sacramento en el Noviciado, lo revela el Sagrado Corazón a su Sierva en varias ocasiones.

La actual Madre General se ha apresurado a cumplir los deseos del Sagrado Corazón cuando han sido conocidos los escritos de la Sierva de Dios, disponiendo, con autorización de la Santa Sede y del Arzobispo diocesano, la adoración del Santísimo todos los días y los jueves durante la noche. Y, cosa sorprendente, prueba palpable de la verdad de las revelaciones de la santa Fundadora, la adoración se inauguró solemnemente el día 30 de Agosto de 1930, y en el mismo día, por la tarde, se descubrió el interesantísimo documento escrito por D. Agustín Oliver, y en él se lee que una de las

promesas con que regaló el Sagrado Corazón de Jesús a su Sierva antes de morir, es la siguiente: “Yo haré que la Madre Presidente General que haya, inspirada por Mí, haga que se inaugure la adoración de mi Sacramento de Amor el día 30 de Agosto del mismo año que se encuentren tus escritos”. La verdad de la promesa está clara y evidentísima por su cumplimiento.

Para honrar al Señor en el Sacramento, la Madre recomienda también a sus Hermanas que todas las fiestas las celebren con el Santísimo expuesto.

Pero la visita al Santísimo no era bastante para satisfacer su devoción y su amor. Su corazón deseaba una unión más íntima; esa unión que realiza el milagro de transformar el alma en el Amado hasta el punto de vivir su vida y convertirse en su propia substancia, la unión inefable de la comunión.

La M. María aspiraba para consumir su amor a esta unión de la comunión. Deseaba comulgar todos los días. Desgraciadamente, entonces no era autorizada de ordinario la comunión diaria por los directores y confesores. No había aparecido aún el santo Pontífice Pío X y dado el decreto sobre la comunión diaria.

Su corazón apetecía, como el ciervo sediento las aguas frescas y cristalinas, ese Pan del cielo. Pero si por la costumbre de aquellos tiempos no podía comulgar todos los días, comulgaba cuantas le era posible, por lo menos tres veces a la semana, y cuantas por su insistencia la autorizaba el confesor.

Para recibir este augusto Sacramento se preparaba con un fervor tan grande, que es imposible pedir más a la humana fragilidad. Su espíritu pasaba de la acción de gracias de una comunión a la preparación de otra, haciendo en ese intervalo todas sus obras de tal manera y con tal perfección,

que fuesen como flores perfumadas y bellas que adornasen su alma para preparar digna morada al Esposo. Se acercaba a la Sagrada Mesa impregnado su espíritu de humildad y de fe y palpitante su corazón de amor. Comulgaba con tal recogimiento y reverencia que edificaba a cuantos la veían. ¿Pero quién podrá ponderar su fervor después de recibida la comunión? Recogida y como extasiada, su ser entero, despegado de todas las cosas de este mundo, se unía a Dios para darle gracias por el inefable beneficio. En estos momentos todo cantaba en ella un himno de gratitud, de amor y de consagración. Ya desde el día de su primera comunión recibió siempre al Señor con esa devoción y fervor extraordinarios y angelicales, llevada siempre de la mano por la Santísima Virgen. Después de comulgar parecía estar envuelta en un hálito divino, y toda su persona revelaba la divina transformación de su alma. Para dar gracias al Señor, renovaba en cada comunión el acto de consagración que había hecho el día de su primera comunión. Aquellas palabras que dice Fray Luis de Granada: “¿Qué deleite, qué suavidad se sentirá en el alma del justo en la hora que lo recibe? No suena entonces allí otra cosa sino cantares dulcísimos del hombre interior, clamores de deseos, hacimientos de gracias y palabras suavísimas en alabanzas del Amado”, se cumplen maravillosamente en el alma de la M. María.

“Cuando ya hubiereis comulgado, dice Santa Teresa, cerrad los ojos del cuerpo y abrid los del alma, para que así veais el cielo”; y esto hacía en sus comuniones la Madre María; cerraba sus ojos y todas las puertas de sus sentidos para incomunicarse totalmente con el mundo exterior y ver con los del alma a Jesús que convertía en un cielo su corazón. Hubiera querido, a semejanza de los ángeles en el empíreo, vivir extasiada en perpetua acción de gracias. Así procuraba mantenerse durante todo el día, siendo para ella una verdadera tortura volver a sus ocupaciones, arrancarse del Ta-

bernáculo donde hubiera querido se consumiese su vida en holocausto, para pagar y agradecer al Esposo las finezas de su amor.

Esta piedad y fervor, estas disposiciones extraordinarias y santísimos sentimientos con que se acercaba siempre a la Sagrada Mesa, se revelan y manifiestan claramente en las recomendaciones y consejos que da a sus Hijas para la comunión. “Los días, dice, que reciban la sagrada comunión, que se conozca más intensamente el recogimiento y el silencio, y no hablarán ni una sola palabra antes de comulgar ni después, aunque sean días festivos, sin absoluta necesidad y en voz baja, y esto mismo han de hacer todo el día, pues de no hacerlo así difícilmente sacarán ningún provecho de la santa comunión”.

Su alma estaba siempre hambrienta de ese Pan. Cuando no podía comulgar sacramentalmente, comulgaba espiritualmente muchas veces durante el día. todas las horas por lo menos, y en la santa misa, que oía cuantas podía, acudiendo al templo para asistir al augusto sacrificio aun en los días de sus enfermedades y aunque le costase las mayores molestias y dolores. En los seis años de su destierro en Huesca no salía nunca de su celda, si no era para oír misa y comulgar, y en los últimos días de su vida, cuando la parálisis había quitado todo movimiento a sus miembros, se hacía transportar en la silla para asistir diariamente al santo sacrificio.

Manda a sus Hijas que en todas las horas comulguen espiritualmente, y aunque no pueda ya realizarse la recomendación que las hace de comulgar en la misa espiritualmente los días que no comulguen sacramentalmente, porque hoy felizmente comulgan todas las Hermanas de Santa Ana diariamente, copiamos, sin embargo, sus palabras, porque son reveladoras de su amor eucarístico: “Todos los días, dice, oirán la santa misa con sumo recogimiento, y los días que no sean de comunión, comulgarán espiritualmente con el

sacerdote, con el fervor que les sea posible, para hacerse dignas de comulgar sacramentalmente con toda la frecuencia que les permita el confesor, además de los señalados en las Constituciones”.

Muchos, al leer los heroísmos que parecen incomprensibles en una mujer, se preguntarán de dónde sacaba aquel valor y aquella fuerza; dónde se robustecía su espíritu para afrontar los peligros y realizar aquellos prodigios de caridad verdaderamente sobrehumanos. Y yo les contesto que es fácil encontrar la fuente donde bebía ese valor; era la comunión, era el pan de los fuertes el que comunicaba a la Madre la resistencia para entregarse día y noche, olvidada hasta de sus necesidades naturales, a trabajos penosísimos y agotantes; en la comunión hallaba el valor para afrontar una débil mujer peligros de muerte; allí se enardecía y se revestía de la fortaleza de un león. Aquellas hermosas palabras de San Juan Crisóstomo: “*Tanquam leones ignem spirantes, ab illa mensa recedamus, facti diabolo terribles*”, se cumplen admirablemente en la Madre. Como león se levantaba la Sierva de Dios de la Sagrada Mesa, pronta y dispuesta a todos los sacrificios y terrible a los enemigos de Dios y de la Patria. En ese foco se encendía el fuego de su caridad ardentísima, abnegada e infatigable, aprendiendo en el amor de un Dios que llega por los hombres a extremos que parecen delirio y locura, a darse a todos y sacrificarse por todos.

El amor de este augusto Sacramento encendía también en la Sierva de Dios un gran celo por el decoro del templo, la limpieza y ornato del altar, el esplendor, brillo y riqueza de los ornamentos y vasos sagrados, para que fuesen dignos de la majestad del Señor que está presente en el Tabernáculo.

Era muy cuidadosa de todas las cosas ordenadas al culto divino, y ella misma atendía con esmerada diligencia a la

limpieza del templo y a la ropa y ornamentos sagrados. Para ella y para sus Hijas, todo en el vestido y ornato de su persona le parecía mucho; para Dios y su templo todo le parecía poco. La consumía el celo de la casa de Dios. En los años que ejerció el cargo de sacristana, ella misma confeccionaba y limpiaba las ropas dedicadas al culto. Este celo por el decoro de la casa de Dios lo han heredado sus Hijas, siendo sus templos y capillas modelo de limpieza y esplendor.

“Sólo para el culto divino—dice en sus avisos espirituales—han de ser espléndidas, y la Hermana sacristana sea muy solícita en procurar que todo esté con la mayor limpieza y orden y haga las cosas de su oficio con la mayor reverencia y amor... El tiempo libre que le quede después de limpiar bien la iglesia y arreglar los ornamentos sagrados, lo empleará en hacer flores para adornar el altar. Tenga cuidado de que haya las velas de obligación, y si puede poner más, mejor”.

En el último de sus escritos expone ideas sublimes sobre el amor al adorable Sacramento y la reverencia que se debe al templo, que es el palacio de este Rey inmortal de los siglos.

Copiaremos algunas de estas bellísimas y encendidas palabras:

“No me cansaré nunca de recomendarles el amor tan grande que deben tener a este Sacramento de Amor, y a El deben acudir en todos sus apuros y necesidades; El es el Manantial y la Vida; fuera de El no encontrarán más que trabajos y miserias. Por eso yo deseo que cuando tengan la gran dicha de tenerlo expuesto en la Casa-Noviciado, haga la Presidenta General que todas las Hermanas se formen en esa Escuela de Amor y recomiende a todas sus Hijas el amor y agradecimiento que todo el Instituto debe tener al Corazón de Jesús por este beneficio que nunca podremos comprenderlo en la tierra. Le amen mucho por los que no le aman y procuren estar en el templo con recogimiento y

suma reverencia. No olviden nunca (porque es muy digno de notar) que siendo nuestro Redentor tan benigno y misericordioso con los pecadores, sin embargo, de tanta piedad fué tan formidable con los profanadores del sagrado templo arrojándolos a latigazos, y no se sabe que castigase con su propia mano mientras vivió en esta vida mortal más que a los que profanaban el lugar sagrado; por aquí conocerán el respeto y reverencia con que deben entrar y salir a la iglesia y el fervor con que deben estar ante la Majestad del Sacramento de Amor... Todo el tiempo que les toque en suerte de estar con Jesús Sacramentado lo aprovechen bien y pídasle perdón de las profanaciones que recibe en el Sacramento de la Eucaristía y en su templo; ámenle con todas sus veras y le reverencien como lo hacen los ángeles, que muchas veces los han visto personas muy santas en figura de hermosísimos mancebos, brillando luces y resplandores, descalzos sus pies y encorvados sus cuerpos con suma reverencia, y asombrados del amor que nos tiene nuestro dulce Jesús Sacramentado, contemplaban y miraban atentamente la Sagrada Hostia y reverentes inclinaban las cabezas y con indicios de alegría permanecían allí mientras la Sagrada Hostia estaba expuesta. Ya ven Hermanas mías, lo grande que es tener en el Noviciado diariamente el Sacramento del Amor expuesto hasta la consumación de los siglos, como el mismo Jesús me lo manifestó al comunicarme este beneficio tan grande. Pero esta gracia ¡a cuánto nos obliga!; por eso quiero que estén advertidas todas, pues aunque son tantos los beneficios y frutos que pueden sacar de este Sacramento de Amor, no todas las que estén corporalmente adorando al Santísimo sacarán frutos de santidad, por no asistir ante El con atención y devoción. Estén alerta y no hablen ni una sola palabra sin verdadera necesidad en el templo, ni consientan que los demás hablen; les avisen con una pequeña seña, mostrándoles la Sagrada Forma. Y no sólo en el templo, sino que será

de mucha edificación que la M. Presidenta General mande poner en la puerta del atrio de la iglesia y en todos los parajes próximos al templo, unos carteles con letras grandes, recomendando, por amor y reverencia de Jesús Sacramentado, que todos allí hablen bajo, considerando que están en el palacio del Rey del cielo. Sólo haciendo cuanto esté de parte de todas se harán dignas de que nuestro dulce Jesús esté a gusto entre nosotras en el Sacramento de Amor y realice sus grandes designios sobre esta Congregación”.

Este encargo de la piadosísima Fundadora lo ha cumplido la celosa M. General con la diligencia y cuidado con que se apresura a realizar todos los santos proyectos recomendados en sus escritos.

Pero si procuraba con gran cuidado la limpieza y ornato del templo material destinado a servir de palacio al Dios de la Eucaristía, mucho mayor empeño ponía en la limpieza y ornato del alma, que era por la comunión y el amor templo vivo de Dios. Para limpiarlo de toda imperfección, de esas distracciones involuntarias, de esos desfallecimientos inherentes a nuestra condición de viadores; para borrar ese polvo que constantemente, por muy diligente que sea el alma cae sobre ella en su peregrinación por este valle de lágrimas, se confesaba con gran frecuencia, por lo menos dos veces cada semana.

De conciencia delicadísima, de alma blanca y pura, la menor mancha que viniera a empañar su brillo le producía inquietud y desasosiego intolerable, y quería borrarla cuanto antes y limpiarla con las aguas de la penitencia y absolución sacerdotal. Su deseo de santidad, su avidez insaciable de mayor perfección no podía soportar ni la sombra siquiera de la falta más leve e indeliberada.

Por esta razón se confesaba con tanta frecuencia y con tan vivo dolor, porque su alma abrasada en el amor divino

sentía tal horror al pecado, que la más pequeña falta le producía más pena que todos los males y desastres del mundo. Decía muchas veces que era preciso confesar las cosas más pequeñas y resistir las cosas menudas y exteriores, para hacer frente a las graves tentaciones interiores.

CAPÍTULO IV

De la devoción de la Sierva de Dios al Sacratísimo Corazón de Jesús

Pero no sólo era devotísima la Sierva de Dios de la Sagrada Eucaristía, sino también del Sagrado Corazón de Jesús. En su alma brotaba, junto a esa flor perfumada de su amor eucarístico, otra tan espléndida y fragante que era gemela, o mejor aún, causa de ese amor, y era la devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús. No se puede amar la Sagrada Eucaristía sin amar al mismo tiempo el Corazón abrasado en el amor infinito que produjo ese delirio de caridad que llamamos la Eucaristía. La Eucaristía fué el fruto más bello y fragante del Corazón de Cristo. El amor y devoción que la Sierva de Dios tiene al Sagrado Corazón se revela y manifiesta en sus escritos y en su vida con más claridad y se destaca con más vigoroso relieve y precisión que ninguna otra devoción o amor de su alma. Y es sorprendente y admirable esta devoción, porque en los tiempos de la Madre era poco conocida y practicada la devoción y el culto al Sagrado Corazón.

Los tiempos modernos pueden llamarse con toda verdad los tiempos del Sagrado Corazón. Las Congregaciones que llevan su nombre y se consagran a su culto y a la propagación de esta devoción; las fiestas frecuentes y solemnes; las estatuas y emblemas que adornan los templos y se exhiben en las calles, en las casas y en todas partes; las entronizaciones y consagración de las familias y de los pueblos y otras muchas manifestaciones, demuestran el triunfo definitivo de esta devoción en el mundo cristiano.

Dios, para hacer triunfar esta devoción por la cual quiere restaurar cristianamente el mundo, eligió algunas almas privilegiadas y santas.

Los santos de estos últimos siglos distingúense por un amor férvido y generoso al centro de la caridad, el Corazón de Jesús. Este Corazón da a la piedad de estos héroes contemporáneos ese sello especial y admirable de mansedumbre y fortaleza, de dulzura y de energía, de suavidad y de heroísmo que los distingue.

Entre estas almas santas y escogidas, apasionada del Sacratísimo Corazón y fervorosa propagandista de su devoción, sobresale entre todas la M. María Rafols.

Desde niña se siente atraída por el Corazón de Cristo. La Madre Rafols era un alma nacida para el amor, la generosidad y la abnegación; un alma siempre preparada y dispuesta al sacrificio y a las efusiones de la caridad, y por eso siente atracción irresistible y especial devoción a aquel Corazón divino que es el símbolo del amor infinito, la fragua de los más encendidos y santos afectos, el río de la generosidad más inagotable, el foco de donde irradia el fuego de la caridad sobre el mundo y la fuente de todos los dolores y tormentos que llenaron de amargura la copa de la vida mortal del Salvador. En el Corazón de Cristo se condensa y se sintetiza toda su vida, que compendian estas dos palabras: dolor y amor; y la M. María Rafols, fué también un alma amante y dolorosa, prodigio de caridad y sufrimiento. Mujer de corazón generoso, esforzado, magnánimo, ardiente, apasionado por todo lo grande y noble, orientado siempre hacia arriba y hacia el cielo, hacia el ideal, es una enamorada de aquel Corazón modelo, de aquel Corazón tipo, de aquel Corazón ejemplar y dechado de los más santos amores y altos y sublimes ideales. Para vivificar su corazón lo juntaba y unía al Corazón de Cristo, y quería hundirlo en

aquella hoguera de amor para encenderlo y deificarlo; quería latir y palpar al unísono con aquel Corazón divino que nunca latió ni palpó sino a impulsos del amor, del perdón y de la misericordia.

En el Corazón de Cristo, tal como se dignó mostrarlo a los hombres en las apariciones de Paray le Monial, veía la Sierva de Dios como la condensación y síntesis de todas las aspiraciones de su corazón. Corazón inflamado el Corazón de Cristo, que arde como horno encendido en un fuego tan intenso de amor que las llamas saltan y suben y se extienden queriendo incendiar al mundo; Corazón que gotea sangre, herido por la ingratitud, por el odio y por el pecado; Corazón ceñido de espinas, emblema de su constante sacrificio; Corazón coronado por la cruz, símbolo de su inmolación por los hombres. Pues este era también y este procuró que fuese su corazón la Sierva de Dios; corazón inflamado en las llamas de una caridad ardiente que salta y se derrama en dones y ternuras inefables; corazón herido por la injusticia y por el cuchillo de las más crueles persecuciones; corazón ceñido con las espinas de constantes sacrificios; corazón coronado por la cruz de heroicas inmolaciones por el bien y la salud de sus prójimos.

No es extraño por esto que la M. María Rafols amase tanto aquel Corazón cuya imitación es la base y cumbre de toda santidad. Corazón manso y humilde, en El aprendió la mansedumbre, la paciencia invencible, la humildad profundísima, el desprendimiento de todas las cosas de la tierra, la longanimidad, la paciencia, la compasión, la mortificación.

La Virgen enciende desde su más tierna edad el fuego del amor al Sagrado Corazón, y ese fuego crece y se aviva sin cesar. En el Monasterio la regala el Sagrado Corazón con consuelos e ilustraciones extraordinarias que convierten, según su expresión, su vida, en un cielo anticipado. El Sagrado

Corazón es el que la inspira la idea y el proyecto de la Congregación; el Sagrado Corazón es su Maestro, su Protector, su Esposo amantísimo, su Padre y Señor que la ilustra, la guía, la defiende, la consuela y la arranca de los brazos de la muerte muchas veces. Son innumerables los beneficios que el Sagrado Corazón derrama sobre su Sierva. “¿Cómo podré yo — dice — recordar los muchos beneficios que tengo recibidos del Corazón de Jesús en las distintas épocas de mi vida? Son incontables y sólo voy anotando aquellos que más se han grabado en mi alma”. Estos beneficios los concede el Sacratísimo Corazón a su Sierva porque sabe corresponder a ellos con una fidelidad y generosidad edificantes. “Nunca le he negado nada — dice — al Corazón de Jesús, aun en las cosas más pequeñas he procurado darle gusto a El sólo y mi principal ocupación ha sido siempre seguir todas sus inspiraciones. Este es el secreto de mi constante felicidad”. Toda su vida estuvo consagrada al Sagrado Corazón y a El ordenó siempre todos sus pensamientos y todos los afectos de su alma. Todo lo hace para su gloria y todo cuanto ordena lo ordena para dar gusto al Sagrado Corazón.

Leyendo los escritos de la Sierva de Dios se ve que tiene un sólo amor, el amor del Corazón de Cristo; un sólo fin, darle gusto; una sola aspiración, extender y propagar su devoción y su reinado; una sola escuela, su imitación; un sólo placer y deleite, sufrir y sacrificarse por su amor y gloria.

En el Sagrado Corazón pone toda su confianza e invita a sus Hermanas a que la tengan también muy firme, viendo con los ojos de la fe, sin perderlo nunca de vista al Sagrado Corazón.

El Sagrado Corazón la fortalece siempre y consuela.

Sería interminable referir todos los favores del Sagrado Corazón a su Sierva e imposible ponderar la fidelidad y el amor con que la Sierva de Dios corresponde a esas finezas de

su Amado. Ya hemos visto muchos en las páginas anteriores.

En sus últimos momentos la regala con favores extraordinarios, apareciendo ante sus ojos de una manera visible, inundándola de consuelo y de alegría, envolviéndola en un nimbo de luz, presagio de su próxima gloria, y diciéndole palabras de salvación y promesas de vida.

El Sagrado Corazón es su Padre, su Maestro, su Protector y su todo. Por El y para El vive, y su vida está iluminada y elevada por el Sagrado Corazón a intimidades y favores tan extraordinarios, maravillosos y frecuentes, que pasman y demuestran que es una de las almas más amantes del Sagrado Corazón y más amadas y favorecidas por El. Las conversaciones del Sagrado Corazón con su esposa amadísima son íntimas y constantes. Goza siempre de la presencia visible del Sagrado Corazón, como también de la Virgen Santísima y del Angel de su guarda.

En los libros anteriores hemos consignado muchos de estos favores y apariciones. Pero calla por humildad, oculta muchos, casi todos. En sus escritos se muestra este amor en todas las líneas, pues apenas hay una en que no se lea este nombre dulcísimo. Si de la abundancia del corazón habla la boca, el corazón de la Sierva de Dios está lleno de este amor del Sagrado Corazón que se desborda por todos sus escritos e inspira y penetra como una savia divina todas sus obras.

Encendida en su amor, es una gran propagadora de la devoción al Sagrado Corazón. A sus Hijas les recomienda sin cesar esta devoción y les manda que para honrarle celebren con la mayor solemnidad su fiesta. “Tengan todas — dice — especial devoción al Sagrado Corazón de Jesús y todas las festividades del Corazón de Jesús las deben celebrar con la mayor solemnidad posible”. Les manda también que celebren esta devoción, que ahora se preconiza como una novedad, la Hora Santa y los jueves primeros

de mes como preparación al primer viernes: “Todos los primeros jueves de cada mes procuren hacer con gran fervor la Hora Santa en preparación para el primer viernes” También procuró agregar su Hermandad a la Pía Unión del Sagrado Corazón por medio del ejemplar jesuíta P. Busqueto”, “lo que consiguió—dice—con gran consuelo y contento de toda la Hermandad y se solemnizó ese día para perpetua memoria de todas mis Hermanas”. No sólo quiere que sus Hijas tengan especial devoción al Corazón de Jesús, sino que sean propagadoras de su culto, siendo apóstoles del deífico Corazón. “Propaguen—dice—esta devoción todo lo que puedan”; y a las maestras manda que les inculquen a las niñas la sólida devoción al Corazón de Jesús y en los viernes les harán la lectura espiritual en algún libro de la Pasión de Nuestro Señor.

En su último escrito las postreras palabras a sus Religiosas son para recomendarles con el más tierno y vivo encarecimiento el amor al Sagrado Corazón y la propagación de su devoción y de su culto. “Me despido—escribe—recomendándoles por última vez que amen mucho, mucho, al Corazón de Jesús y propaguen su devoción cuanto puedan por todas partes. Yo deseo y pido que en esta Hermandad reine siempre y descanse el Corazón de Jesús en todas y que siempre encuentre consuelo de las ingratitudes que recibe en el mundo de sus hijos ingratos. Mucho me gustaría que a medida que se extiende la Congregación pongan en el portal de todas las casas la imagen de su divino Corazón y que todas estén siempre dispuestas a dar hasta la última gota de su sangre para que la devoción del Sagrado Corazón de Jesús se acreciente más y más por todo el mundo. “¡Oh, mis queridas Hermanas!, si supiésemos comprender las riquezas infinitas que este Sagrado Corazón tiene escondidas para derramarlas sobre las almas que le sirven con fidelidad, no omitiríamos nada para procurarle lo que El desea con tanto ardor”.

De todo lo expuesto se deduce con claridad meridiana que la M. María Rafols fué un alma escogida y amada con especial predilección y favorecida con singulares gracias por el Corazón de Jesús; una de las almas más amantes de ese divino Corazón; y se deduce también que Dios, que en su Providencia sapientísima determinó salvar y restaurar cristianamente el mundo por la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, eligió a la M. María Rafols como uno de los instrumentos más poderosos y eficaces para extender y propagar esa devoción y para desagraciarle y honrarle por medio de su Instituto, porque sus Hijas, fieles a las recomendaciones y al espíritu de su santa Fundadora, consideran como uno de sus más dulces deberes y obligaciones amar, desagraciar y honrar al Corazón de Jesús y propagar su devoción en el mundo; el Corazón de Jesús, siempre agradecido y que da el ciento por uno, cumpliendo las promesas que hizo a su Sierva de proteger y cuidar con amorosa solicitud a la Congregación, constantemente le da pruebas de su misericordia y amor. La R. M. Pabla Bescós, de santa memoria, amantísima como la Sierva de Dios del Sacratísimo Corazón, confesaba que durante su fecundo y largo generato había experimentado muchas veces la protección del Sagrado Corazón y recibido de El especiales favores y gracias singulares para la Congregación.

CAPITULO V

De la devoción de la M. María a la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo

Todo en la persona de Jesús es adorable. Pero en la vida del Salvador hay un período que tiene una grandeza y atracción singular, y es su Pasión y Muerte, en las cuales se revelaron mejor que en ninguna otra circunstancia de su vida las perfecciones de su persona, se pusieron de manifiesto las infinitas riquezas de su caridad inagotable, enseñó las más sublimes enseñanzas, practicó las más heroicas virtudes, culminó su misión divina de Redentor y brilló con más vivo fulgor entre las nubes y sombras del dolor y de la humillación el sol de su divinidad. Por esto la Pasión y la Cruz de Cristo han ejercido una atracción singular sobre las almas, principalmente sobre las almas fuertes, abnegadas, sedientas de sacrificio y de inmolación; sobre las almas combatidas; sobre las almas que tienen el gusto y el deseo de las virtudes varoniles; esas almas que prefieren encontrar a Dios en el santo abandono de sí mismas y seguirle por el camino de la cruz del sufrimiento y de la muerte, mejor que por el camino del Tabor, de la gloria y del triunfo; esas almas que, según frase del Kempis, le siguen, no sólo hasta el partir del pan, sino hasta beber el cáliz de la pasión.

La M. María Rafols, alma fuerte, abnegada, combatida, hambrienta de sacrificio, tuvo este gusto, esta predilección de la Pasión de Jesucristo, y gozó más que en las otras escenas de la vida del Salvador en la contemplación de estos dolorosos misterios. Amó en Cristo su vida dolorosa con prefe-

rencia a su vida apostólica, y encontró singulares y suavísimos deleites en la meditación de esos misterios de dolor más que en los de gozo y de gloria. Alma enamorada del celestial Esposo, quiere seguirle y acompañarle por el Calvario, por las sendas ásperas y empinadas del sacrificio, mejor que por las alturas gloriosas del Tabor. Quiere acompañarle y seguirle en sus dolores mejor que en sus triunfos; porque el amor se manifiesta en la desgracia y ella quiere manifestar a Jesús su amor cuando lo ve rendido, abandonado y humillado; quiere acompañarle en el tormento, en sus horas amargas, para unir su corazón al de la divina Víctima y ofrecerle en compensación de la hiel de los verdugos el vino dulce y generoso de su amor ardiente y de su gratitud profunda.

Ya desde niña conoció y gustó estas divinas efusiones y palpité su corazón a impulsos de la participación en los dolores y Pasión del Salvador. El relato de la Pasión de Cristo que le refería su madre en medio de besos y caricias, en los días de su infancia, la conmovía hasta derramar lágrimas y se grabaron tan profundamente estas escenas augustas y terribles de la Pasión del Hijo de Dios en su corazón, que nunca se borraron, haciéndolas objeto preferente y constante de sus meditaciones y oraciones. “¡Cuánto se desveló—dice en su escrito “Para después de mi muerte”—mi madre por darnos una sólida educación religiosa! Yo nunca quería separarme de ella por las cosas tan santas que me decía, sobre todo de la Santísima Virgen y de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo; a mí me hacían llorar estas cosas y se me grabó tanto todo esto que nunca lo he olvidado”.

En los días de sus persecuciones, cuando era la Sierva de Dios, a semejanza del Salvador, arrastrada a los tribunales, encerrada en la cárcel y condenada a pesar de su inocencia; al recorrer esta calle de amargura, la servía de estímulo poderoso, de aliento invencible y de inefable consuelo para llevar con resignación y hasta con alegría la cruz de

estos atropellos e injusticias, la consideración de que delante de ella marchaba su Señor, su Dios y su Maestro, cargado con una cruz más pesada y víctima de mayores injusticias y atropellos. Pensando en la Pasión del Salvador, meditando en esas escenas horribles, recorriendo con el recuerdo y la meditación sus pasos y estaciones, se siente confortada y animada para seguir padeciendo; y las sombras de la cárcel se iluminan para ella con la luz que irradia en su espíritu este recuerdo de la Pasión, convirtiendo el recinto sombrío de la prisión en lugar luminoso y deleitable; y su celda del Hospital de Huesca, donde como el pan amargo del destierro, acibarado constantemente con humillaciones y continuas enfermedades, se transforma por la divina claridad que esparcen sobre ella las llagas de Cristo en mansión alegre y feliz; y el sillón donde está atada con las cadenas de la parálisis, verdadera cruz y patíbulo en el cual sufre la angustia y la congoja de una agonía que no tiene fin, se transfigura por la eficacia divina de esta consideración viva y ferviente de los tormentos de Jesús en trono de gloria y en fuente de celestiales deleites.

La Sierva de Dios sabe encontrar en la cruz aquellas secretas dulzuras que saborearon en ella algunas almas muy santas y muy escogidas, esas dulzuras que expresa el Kempis cuando dice: “En la cruz está la salud, en la cruz está la vida, en la cruz está la defensa de los enemigos, en la cruz está la infusión de la suavidad soberana, en la cruz está la fortaleza del corazón, en la cruz está el gozo del espíritu, en la cruz está la suma virtud, en la cruz está la perfección de la santidad”.

En el Crucifijo, en Jesucristo pendiente de la cruz tiene la Sierva de Dios puestos y fijos siempre sus ojos y en Él halla el consuelo y la fortaleza. El Crucifijo, como afirman muchos testigos y consta por tradición en la Congregación, era su Maestro y Consejero con el cual consultaba todas sus

dudas y al cual acudía en todas sus necesidades. Muchas horas pasaba en su celda de rodillas delante del Crucifijo y bañada en lágrimas. Así consta por multitud de pasajes de sus cartas y escritos ya citados.

“En medio — dice en su escrito “Para después de mi muerte” — de estas tribulaciones soy muy feliz, y sólo Nuestro Señor sabe lo que disfruto en esta celda por la gracia que me dispensa de asemejarme a Él un poco en sus sufrimientos y de esta manera poder cooperar a la salvación de las almas”.

En el ardor de su amor quiere apurar hasta las heces el cáliz del sufrimiento y desea grabar como un sello divino sobre su cuerpo los tormentos y llagas de la Pasión, y siente ese deseo que muchos santos han sentido, de gustar los dolores de la Pasión y de tener grabados los estigmas gloriosos de las llagas en su carne. No sabemos si Dios le concedió alguna vez esta singular prueba de amor, pero ella la desea y la pide con vivas ansias todos los días: “Santísimo Jesús mío — dice en una de sus oraciones cotidianas—, haced que encuentre mis delicias en sufrir por vuestro amor y dignaos grabar en mi alma los tormentos de vuestra Pasión”. No tuvo, como San Francisco de Asís, una impresión externa y corporal de las llagas del Señor, pero sí la tuvo interna y espiritual y las llevó siempre impresas en su alma. Durante su destierro en Huesca no tenía otro consuelo que la oración ante el Crucifijo, y a cuantos la compadecían lamentándose de sus dolores y de la injusta persecución de que era objeto, les decía estas santas palabras: “La Cruz es muy hermosa y la mejor medicina para santificar las almas”.

Gran parte del día pasaba la Sierva de Dios en la meditación de estos santos misterios y escenas de la Pasión del Salvador. Empezaba el día con esta meditación, oyendo la santa misa, meditando la Pasión del Salvador con sumo

recogimiento. Así lo aconsejaba a sus Hijas y así lo practicaba: "Todos los días oirán la santa misa meditando con sumo recogimiento en la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo". Durante el resto del día, cumpliendo el consejo que daba a sus Hermanas, se consagraba con suma frecuencia a este piadoso ejercicio, aprovechando cuantos ratos libres tenía para acompañar a su Señor en su dolor y tormentos.

Sobre todo tenía la Sierva de Dios una devoción especialísima al piadoso ejercicio del Vía Crucis, que era, según decía, la devoción que más agradaba al Corazón de Jesús. Desde que vistió el santo hábito religioso lo rezó todos los días sin dejarlo nunca, ni aun en aquellos días de los Sitios, de tan abrumadores trabajos, y tampoco en los días de sus enfermedades, por graves que fuesen. A sus Hijas les recomienda que lo recen si pueden todos los días, y cuando no muchas veces, y en la Cuaresma diariamente: "También procurarán rezar el Vía Crucis todos los viernes del año en Comunidad, y en la santa Cuaresma todos los días, y si bienamente pueden sin faltar a sus obligaciones, récnlo todos los días, si les queda algún rato libre. Desde que por la misericordia de Dios llevó el santo hábito religioso, he tenido el consuelo hasta el presente de rezarlo todos los días, y cuando por mis muchas ocupaciones no he podido rezarlo durante el día, lo he hecho en la celda antes de entregarme al descanso.

Pero brillaba la devoción de la Sierva de Dios a la Pasión del Salvador más que en la constante práctica del ejercicio del Vía Crucis, en el recogimiento y compunción con que lo practicaba. Iba, aun cuando estuviese muy enferma y dolorida, de rodillas de una estación a otra. En todos los pasos y estaciones meditaba con gran recogimiento, acompañando a la divina Víctima con aquel espíritu con que le acompañaban las santas mujeres. Hubiera querido recibir en su cuerpo, para librar a su Señor, los golpes y los azotes e interponerse

entre la divina Víctima y los verdugos para recibir sus golpes e insultos. Hubiera querido, como la Verónica, limpiar su rostro y ayudarle como el Cirineo a llevar la Cruz. Su espíritu se estremecía de espanto y de dolor al oír las blasfemias de la turba enloquecida e impía y escuchar el ruido de los golpes y martillazos, y su espíritu volaba al pie del santo madero para recibir, en unión de la Virgen Dolorosísima y del discípulo amado, su sangre, escuchar sus últimas palabras, agonizar con El, poner en su Corazón abierto y desgarrado el suyo, muriendo al mundo y a todas las cosas para vivir siempre en El. Que tales eran los sentimientos que embargaban su alma durante la práctica del santo ejercicio del Vía Crucis se adivinaban y traslucían en las lágrimas de sus ojos, en los suspiros que exhalaban sus labios, en la transformación y transfiguración de su rostro dolorido y convulso sobre el cual se proyectaban la agonía y las penas del Redentor. Consta por tradición que todos los que la veían rezar el Vía Crucis quedaban conmovidos y edificados.

Esta devoción y amor al Crucifijo y a la Pasión del Salvador lo dejó como herencia preciosa a sus Hijas, a las cuales, como antes hemos visto, recomienda reiteradamente y con mucho encarecimiento la meditación frecuente de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo y el ejercicio del Vía Crucis. Su deseo es que cuantas veces puedan en el día y siempre que tengan ocasión y tiempo, buscando esa ocasión aun a costa de sacrificios, renunciando a salir de casa, se ocupen con preferencia en este devoto ejercicio: "Yo entiendo que agradarán más a Dios estando recogidas en casa empleando ese tiempo meditando en la Pasión de Jesucristo por medio del ejercicio del Vía Crucis, que yo entiendo es la devoción que más agrada al Corazón de Jesús". También les manda que los primeros viernes de mes los dediquen de un modo especial a la meditación de la Pasión.

La Sierva de Dios propone a sus Hijas con tanta insistencia la meditación de la Pasión, porque la considera el medio más eficaz de santificación y la escuela mejor de perfección, porque en esta escuela de Jesús, humillado, sacrificado y muerto por nuestro amor en un patíbulo afrentoso, se aprenden las virtudes que han de ser el ornamento y la corona de una perfecta Hermana de Santa Ana, a saber: la humildad, la mortificación, el desprendimiento de todo lo terreno, el espíritu de sacrificio, el recogimiento interior y exterior y la caridad que ama hasta la muerte y que es más fuerte que la misma muerte.

CAPÍTULO VI

De la devoción de la Sierva de Dios a la Santísima Virgen

Sólo Jesús es, como dice San Pablo, el cimiento y la base de la santidad, y quien edifique sobre otra base edifica sobre arena y pronto caerá en tierra la construcción que no tenga por fundamento esa piedra indestructible y angular. Pero después de Jesús, la base de la santidad y el modelo de la perfección es María.

Por esto la devoción y amor a la Virgen es, después del amor a su divino Hijo, el rasgo característico de todos los santos. No hay santo que no se haya formado en la escuela e imitación de María y que no deba a su protección y maternal amor las gracias divinas que lo encumbraron a la santidad.

La Sierva de Dios no podía ser una excepción a esta regla; antes al contrario, florece ya desde su infancia en su alma esta hermosa y perfumada flor del amor y devoción a la Virgen.

Como de casi todas las virtudes que adornaron su vida, recibió la Santa Fundadora la semilla de este amor y devoción a la Virgen de su santa madre. Le fué impuesto por su madre el nombre de María, y fué consagrada a la Virgen. Desde el día mismo de su nacimiento su madre arrulló el alma de aquella hermosa niña con el nombre dulcísimo y suave de María, con ese nombre que excede en suavidad y dulzura a cuanto hay de más dulce y suave en el mundo, y que es como del nombre de Jesús decía San Bernardo, melodía para el oído, miel para el paladar y júbilo para el

corazón. La niña María se despertó a la luz de la razón, llevando grabado sobre su espíritu por las manos de su madre este nombre y este amor. Constantemente su madre la hablaba de la Virgen, y el corazón puro, limpio y generoso de la niña se enternecía y palpitaba de admiración y de entusiasmo al oír las grandezas y las bondades celestiales de esta Reina y Madre de todos los hombres. Lo mismo que la narración de la Pasión, la de las virtudes de la Virgen la conmovía hasta derramar lágrimas.

En su casa, en el hogar cristiano de sus padres florecían lozanas las santas y tradicionales costumbres de la familia cristiana que eleva a Dios y a la Virgen todos los días la oración colectiva de todos sus miembros por el ofrecimiento de las obras del día, la oración de la noche, la bendición de la mesa y sobre todo por el rezo del santo rosario. Todos los días, al declinar de la tarde, en el misterio del crepúsculo, cuando la campana desgrana desde la torre la música de sus sonidos llamando a los cristianos a la oración, desde el modesto y apacible hogar del Molino d'En Rovira se elevaba a la Virgen y se ofrecía a la Señora ese espléndido ramo que forman las oraciones del santo rosario. La niña María sentía a pesar de sus pocos años el atractivo y el encanto poderoso de esta oración, y así, aunque estuviese profundamente dormida, se despertaba al momento alegre y gozosa cuando era llamada para rezarlo, y en cuanto tuvo edad conveniente para ello, ella misma dirigía el rezo del piadoso ejercicio. Durante su vida nunca abandonó esta piadosa costumbre y desde la fundación de la Hermandad rezaba todos los días las tres partes del rosario, piadosa práctica que observan hoy todas sus Hijas.

Obsequiaba la Sierva de Dios con filial piedad a la Santísima Virgen con flores de actos piadosos y de abnegación y sacrificio, depositando ante su altar los ramos floridos formados por los exquisitos y santos afectos de su corazón. A

la Virgen se encomendaba todos los días y en sus brazos maternales se abandonaba para que Ella la cuidase y defendiese como cosa suya y la guiase por los senderos de la virtud y de la santidad, librándola de todo peligro y pecado. Todas sus obras las ofrecía a la Santísima Virgen para que Ella las presentase a Dios uniéndolas a sus méritos y a los de su Santísimo Hijo. “Dios mío — decía en su oración cotidiana de la mañana —, ofrezco a vuestra mayor gloria todas las obras y trabajos de este día, uniéndolos todos a los méritos de Nuestro Señor Jesucristo y de la Virgen, suplicándoles no me dejen de su mano y que nunca dé un solo paso que no sea para gloria de Dios”. Y en otra jaculatoria dice: “Virgen Santísima, ampárame, libra mi alma de todo pecado y guía mis pasos hasta el último momento de mi vida”.

Todos los días repetía el acto de consagración a la Virgen, rogándole que cuidase con amoroso esmero su corazón para que nunca se marchitase la flor de la pureza. Quería ser toda de la Virgen y reproducir en el terso y limpio espejo de su alma la pureza inmaculada de María, y su aspiración era vivir iluminada por el brillo y esplendor de la virginidad sin mancha de la Madre de Dios. “¡Oh, Madre mía! — decía en una de sus oraciones —; yo me ofrezco toda a Vos, os ofrezco mis ojos, oídos, lengua y todo mi sér: acordaos que soy vuestra para siempre, dadme una gran pureza de alma y cuerpo”.

Con la Virgen consultaba los asuntos más difíciles y quería que Ella fuese la maestra y el camino de su vida. A la Virgen acude para conocer cuál era la voluntad de Dios y su vocación en aquellos momentos angustiosos en que su espíritu estaba indeciso y fluctuante entre permanecer en el Convento de las Sanjuanistas o salir de él, siguiendo los impulsos de su corazón para fundar una Hermandad de Caridad, y a Ella se confiaba antes de cumplir el sacrificio doloroso de abandonar aquel santo y apacible retiro en el cual se desli-

zaron dulce y suavemente, sin inquietudes y sin zozobras los años más felices y bellos de su vida, los años de su adolescencia y juventud.

Bajo el manto de su maternal amor se cobijaba en los trances difíciles y en las ocasiones solemnes y peligrosas para hallar a su sombra luz, consuelo y amor. Al ser elegida Presidenta de la Hermandad, implora el apoyo de la Virgen: “Virgen Santísima — dice —, sostenedme con vuestro favor en todos mis trabajos”.

Amaba, en fin, a la Virgen con amor de hija fidelísima, poniendo en Ella su confianza y siguiendo con fidelidad y humildad sus pasos, procurando imitarla en todos sus actos. Quería como una niña andar el camino de la vida cogida de la mano de su celestial Madre para no extraviarse y no caer.

Constantemente recomienda a sus Hijas la devoción filial y la confianza en la Virgen y las exhorta a su imitación como medio el más fácil y eficaz de santificarse. A las niñas de los colegios manda que se les inculque este amor a la Virgen Santísima de un modo especial, procurando cimentar su educación en la imitación de María, que propondrán siempre a las niñas y jóvenes como modelo; “de una manera especial—dice en su elogio el P. Bonal—les inculcarán la devoción a la Santísima Virgen, y será muy conveniente que en todas las escuelas tengan su imagen y rezarán el santo rosario todos los días, los sábados de rodillas. En todos sus actos les pondrán a la Santísima Virgen por modelo recordándoles a menudo su comportamiento cuando se educaba en el templo”. Dondequiera que estuviera, en las salas de los hospitales o en la cárcel, a la Virgen acude para traer a Dios a los enfermos y a las desgraciadas reclusas. El rezo del santo rosario es el arma que esgrime para vencer y triunfar en esas empresas de conquista de las almas.

Es fervorosísima la devoción de la Sierva de Dios a la

Virgen e incontables los favores de esta dulcísima Madre a su Hija predilecta. La Virgen es su devoción preferida desde que alboreó en su alma la luz del discernimiento y de la razón. La Virgen, para corresponder a la pureza y fidelidad de la piadosísima niña, se constituyó en su Maestra y Protectora. Ella es la que comunica a su alma el amor a su Santísimo Hijo. Ella la prepara para su primera comunión y la lleva de la mano siempre que comulga. Ella, con el Corazón de Jesús, le muestra el camino espinoso que ha de recorrer, prometiéndola su amparo y protección. La Virgen Santísima con celestial inspiración la lleva a la Iglesia de San Juan, preparando de este modo su ingreso en el monasterio de Sanjuanistas. En este Monasterio la Virgen colma a su amantísima hija de beneficios y la ilustra con divinas enseñanzas. La Virgen Santísima es la que da nombre a la futura Hermandad. Siempre es el Sagrado Corazón y la Santísima Virgen los que la asisten y revelan los secretos del porvenir; la Virgen Santísima con el Sagrado Corazón prometen su ayuda a la Hermandad hasta con milagros si es preciso. Siempre la Sierva de Dios, para mover a las Hermanas a la perfección y al cumplimiento de las reglas, les pone delante el ejemplo de la Virgen y las exhorta a implorar su protección, que como es, dice, la mejor de todas las Madres, muy gustosa vendrá en su ayuda como Madre y como Hermana por ser todas hijas de Santa Ana. En muchos lugares de sus escritos les manda que sean muy devotas de la Santísima Virgen, y a las probantes, que se dejen siempre guiar por la celestial Señora. “Les recomiendo—dice al final de su último escrito—que sean muy devotas de la Santísima Virgen. Ella les alcanzará en poco tiempo la devoción tan grande que quiero le tengan todas al Corazón de Jesús. Ella me la enseñó a mí desde la niñez y Ella me la ha aumentado cada día. Es la mejor Maestra que debemos tomar para conocer a Jesús y amarle, porque es la única criatura que ha pene-

trado en todos los secretos de tan amante Corazón y la única que le ha correspondido con amor hasta en las cosas más indiferentes y minuciosas. ¡Cuántas gracias he recibido de esta bendita Madre, y cuánto le agradezco me haya comunicado la devoción al Corazón Sagrado de su Santísimo Hijo! Por eso deseo que no sea yo sola la que le agradezca este beneficio tan grande a tal Madre y a tal Hijo, sino que se les agradezcan también todas mis Hermanas. Yo pido con toda mi alma para todas mis Hermanas que sean tan calladas y humildes como la Virgen Santísima y aprenderán a amar a Jesús como Ella le amó”.

La Virgen Santísima viene también con su Hijo a su lecho de muerte para asistirle en sus últimos momentos, cubriéndola con su celestial manto y mostrándole para su consuelo a todas las Hermanas que habían muerto y a las cuales pronto podría juntarse.

“La Virgen ha sido siempre mi Madre y Maestra. Ella me ha consolado y acompañado en todos los apuros de mi vida, y Ella ha sido siempre la primera que me ha comunicado los favores que su divino Hijo iba a derramar sobre mi alma”.

Este amor de la Sierva de Dios a la Virgen cristaliza brillantísimamente en la devoción que profesa a la más antigua, gloriosa, admirable y sobre todo a la más española de las advocaciones marianas, la Virgen Santísima del Pilar.

María Rafols profesó desde su infancia, ferviente devoción a la Virgen Santísima del Pilar, que es, dice, la Virgen de sus amores.

Es extraño y sorprendente que la Sierva de Dios, nacida lejos de Zaragoza, en la región catalana, profese desde niña esta devoción especial a la Virgen del Pilar, sobre todo en aquel tiempo en que no estaba tan extendido como ahora el nombre y el culto de nuestra Patrona. Parecía natural que la

Virgen de su predilección hubiese sido una advocación mariana de su país. Todos hemos bebido de la boca de nuestra madre el amor a la Virgen en una de esas advocaciones propias del pueblo en que nacimos, en cuyo santuario fuimos ofrecidos a la Virgen y que tantas veces visitamos en poéticas romerías. Pues por un fenómeno extraordinario, la niña María Rafols, a pesar de que nació en Cataluña, ama con predilección, no una advocación mariana de su tierra y de su pueblo, sino a la Virgen del Pilar. ¿Quién encendió en su alma tan pronto la llama de ese amor? ¿Fue su madre? ¿Fue alguno de aquellos dominicos y franciscanos que dirigieron su primera educación religiosa? No lo sabemos; pero desde luego podemos afirmar con toda seguridad que quien le inspiró ese amor fue la misma Virgen del Pilar, ya inmediata y directamente por sí misma en algún favor o aparición milagrosa, ya por medio de alguna de esas personas. Y fue la Virgen del Pilar, porque María Rafols era una niña predestinada por Dios para plantar en la ciudad santificada con su presencia, la semilla de la primera Congregación española de Caridad, que por su protección maternal había de crecer prodigiosamente para bien de la humanidad y gloria de España y Zaragoza. No puede fructificar en España ninguna obra buena y santa destinada a ejercer la caridad y difundir los altos ideales cristianos, si no es a la sombra del Pilar y bajo el manto de la Virgen, que vino a traer a España la fe y por cuya intercesión ha de prosperar toda la vida espiritual de España.

La primera visita que hace con sus compañeras al llegar a Zaragoza es a la Virgen del Pilar. Ya hemos descrito en otro capítulo esta primera visita de María Rafols y sus Hermanas al Templo del Pilar y las dulcísimas emociones que sintieron al ver por vez primera a la Virgen que está sobre la columna como sobre un trono de amor. A ella se consagraron y eligieron como verdadera Superiora de la

Hermandad que nació a la sombra de su Pilar y en el cual quería vivir siempre apoyada. Estas esperanzas de María Rafols en la protección de la Virgen no fueron vanas; desde el primer día de la fundación la ha amparado y protegido como a obra suya, y por su protección, por estar fundada sobre la piedra incommovible del Pilar, ha tenido la Hermandad esta vitalidad y desarrollo asombroso y ha pasado sin conmoverse por todos los peligros y dificultades. ¡Dichosa y feliz Congregación, cuyo origen no ha podido ser más santo y glorioso, porque brotó como una llama del Corazón de Cristo y como una flor bellísima y fragante en el tronco del Pilar!

Durante su larga vida, la M. María experimentó los favores y protección de la Virgen del Pilar. ¿Quién sino Ella, la capitana invencible de la tropa aragonesa, levantó a nuestra biografiada a las cumbres del heroísmo? ¿Quién sino Ella, por cuyo influjo en aquella memorable lucha de los Sitios los débiles se fortalecieron y los fuertes se convirtieron en héroes, y los héroes en mártires de la Religión y de la Patria, comunicó a su débil corazón de mujer la fortaleza y energía para desafiar peligros de muerte, vencer trabajos y fatigas capaces de rendir a los hombres más fuertes? ¿Quién sino el Pilar, que fué el faro que alumbró a Zaragoza en aquellas tinieblas de la guerra, y el lábaro santo por el cual aquellos indomables baturros juraron morir, y el bálsamo que endulzó la tristeza de tantos duelos y dolores, sonrisa de esperanza en la vida, corona de triunfo en la muerte y prenda segura de inmortalidad y de gloria, encendió en su corazón la llama de aquella caridad que la llevó tantas veces al holocausto e inmolación de su vida? ¿Quién, en fin, la salvó muchas veces de la muerte, y la sacó de peligros terribles, y la libró milagrosamente del furor de sus enemigos y de la malicia de los hombres?

¡Cuántas veces visitó a la Virgen en su santa Capilla,

sobre todo en aquellos días luctuosos de los Sitios, cuando al Templo acudían todos, soldados y religiosos, sanos y enfermos, los unos para tener el último y supremo consuelo de exhalar su postrer suspiro bajo las miradas de la Virgen, los otros para implorar su ayuda; en aquellos días en que ni un momento, ni de día ni de noche, cesaba de desfilar delante de su imagen el río de las muchedumbres angustiadas y enardecidas, que elevaban ante la columna el murmullo de sus sollozos y de sus penas, y llenaban los ámbitos del Templo con los gritos de la victoria o los lamentos de la derrota, pero siempre con el himno del amor, de la gratitud y de la esperanza! ¡Cuántas veces la Sierva de Dios se postró ante la Virgen y besó fervorosísima su Pilar y elevó ante su trono el incienso de encendidas y tiernísimas plegarias y renovó ante Ella el juramento de su amor y su consagración!

Esta devoción fervorosísima de la M. Rafols a la Santísima Virgen del Pilar es tradicional y característica en su Instituto. La imagen de la Virgen del Pilar figura en sitio preferente en todas las Casas de la Congregación. Cumpliendo el mandato de la Fundadora celebran su fiesta con alegría y esplendor. Algunas de sus Casas están puestas bajo su advocación. La saludan en todas las horas con esa oración tan clásica y armoniosa para los oídos españoles y aragoneses: "Bendita y alabada sea la hora", etc., y son las Religiosas de Santa Ana propagadoras entusiastas del culto y de la devoción a la Virgen Santísima del Pilar en todos los pueblos y regiones adonde van en alas de la caridad para cumplir su penosa y bienhechora misión. El templo que se ha de levantar en su casa natal manda que se dedique a la Santísima Virgen del Pilar.

De la devoción de la M. María Rafols a los Santos

La Sierva de Dios sabía y creía firmemente con la Santa Iglesia católica que los Santos son nuestros intercesores ante Dios y modelos que se nos proponen para la imitación de sus virtudes.

A todos los bienaventurados amaba y reverenciaba como a guías, protectores y maestros, pero se sentía especialmente atraída por el ejemplo de algunos Santos de su especialísima devoción; eran los Santos unidos con los vínculos de la sangre a la Persona Sacratísima del Salvador, los Santos que formaron su familia terrena, San José, San Joaquín, Santa Ana y San Juan Bautista. En San José, modelo de vida obscura, humilde y laboriosa, buscaba el estímulo para seguir esas virtudes que tan bien se acomodaban a las aspiraciones y necesidades de su espíritu, y en él veneraba al tutor fidelísimo y amante de Jesucristo y al protector celestial de la gran familia cristiana. A él se encomendaba todos los días: "Santísimo José — dice —, protector mío, en vos confío que defenderéis mi alma en la hora de mi muerte, haced que desde ahora me vaya preparando con obras de una santa vida para conseguir una muerte santa y dichosa".

San Joaquín y Santa Ana fueron los Patronos bajo cuya protección y nombre puso su Hermandad, por inspiración del Sagrado Corazón y de la Santísima Virgen. También dice que son especiales protectores de la Hermandad, San José y San Juan Bautista, y fué también muy devota y transmitió esta devoción a sus Hijas de San Agustín y de San Francisco de Asís, a los cuales todos los días se encomendaba.

También tuvo especial devoción a los Innumerables Mártires de Zaragoza por los grandes favores y gracias que recibió en su templo en los días de los Sitios, y manda a sus

Hijas que celebren la fiesta de estos Santos Mártires, gloria inmortal de Zaragoza: "Esta Hermandad recibió en las tumbas de los Mártires de Santa Engracia gran fortaleza y ánimo al implorar su protección en nuestras arriesgadas salidas al campamento enemigo, de donde salíamos tranquilas y enardecidas en el amor divino para dar la vida por nuestros prójimos y la Patria, si esa era la voluntad de Dios, y por esto deseo que se perpetúe y conmemore de alguna manera la fiesta de los Innumerables Mártires".

CAPITULO VII

De la esperanza de la Sierva de Dios

La esperanza es la más bella y consoladora de las aspiraciones humanas. La esperanza mueve al hombre y es el estímulo y el acicate de todas sus obras; porque espera, el hombre anda, trabaja y se mueve. Cuando esta luz de la esperanza se apaga en el alma y cae sobre ella la noche de la desesperación, toda felicidad, toda alegría y todo movimiento se extingue en el corazón y la vida sin esa luz se convierte en un infierno, lugar de eterno horror porque no hay esperanza; lugar de eterno llanto porque en él habita la desesperación, según aquella célebre frase que el Dante puso sobre la puerta del infierno: "Los que entráis aquí, arrojad toda esperanza"; el infierno no sería infierno si los condenados esperaran.

Esta aspiración natural del corazón humano ha sido sublimada por la gracia divina, que levanta los deseos del alma a esperar bienes eternos, la felicidad misma de Dios, su visión y posesión en el cielo. En esa vida nueva que la gracia comunica al alma elevándola al orden sobrenatural la esperanza es la florescencia de la fe, es el impulso y como las alas con las cuales podemos elevarnos hasta la consecución del mismo Dios; la esperanza es el faro que orienta el corazón hacia las cosas eternas, desprendiéndolo de la tierra.

La Sierva de Dios tuvo en grado heroico y eminente esta virtud de la esperanza sobrenatural.

La Madre María Rafols, desde niña, desde que su corazón se abrió al deseo y su inteligencia al raciocinio, orien-

tó su alma hacia el cielo y vivió siempre con el corazón puesto en las alturas. Alma grande, corazón ardiente y vasto, del cual puede decirse lo que dice la Sagrada Liturgia del corazón de Teresa de Jesús, que era amplio como el mar, sintió desde el principio el desprecio de los bienes caducos de la tierra, de los placeres groseros de la materia y de la felicidad efímera y mentida del mundo, y suspiró sólo por los bienes y la felicidad del cielo. Pasó María Rafols por el mundo como alma desterrada, siempre suspirando por la patria lejana de la gloria; y como la aguja imantada de la brújula sobre el rubí que la sostiene está inquieta hasta que se orienta hacia el Norte, así su alma estaba intranquila cuando miraba a la tierra, y adquiriría la paz y la tranquilidad cuando miraba al cielo. Iba por el camino de la vida como peregrina siempre anhelante por llegar pronto al término del viaje, marchando sin detenerse, sin distraerse con las cosas de la tierra que bordean la senda de la vida humana y que tantas veces nos detienen y hasta desorientan y extravían y nos hacen perder el camino del cielo.

Fortalecida su alma con esta celestial esperanza, hollaba con firme planta esos deleites y mentidos paraísos con que el mundo y el demonio engañan a las almas, y le salían alas a su espíritu para encumbrarse sobre todo lo material y terreno y vivir como el águila en regiones y en esferas de luz con los ojos fijos en el sol de la eterna felicidad.

Hay almas groseras que viven como las bestias inclinadas siempre sobre la tierra, codiciosas de sus bienes y a quienes basta para satisfacer sus deseos la vil comida de los deleites carnales, las bellotas de los animales inmundos; almas como cantaba el poeta latino, encorvadas sobre el suelo y vacías de los bienes celestiales: *pro curvae in terras animae et caelestium inanes!* Hay otras, por el contrario, que viven perpetuamente atormentadas por deseos y nostalgias inde-

finibles, por un hambre divino que sólo puede satisfacer Dios y a quienes repugnan las cosas de la tierra y producen tedio todos los bienes del mundo; almas que pasan por el mundo sin pararse en él, ni siquiera mirarlo; y así era la Madre Rafols.

Esta esperanza del cielo es la que da fuerzas y alientos a su espíritu para seguir sin desmayo el camino estrecho, la senda áspera y difícil de la perfección evangélica y para cumplir con exactitud todos sus deberes.

La virtud de la esperanza sobre todo endulza sus dolores y hace suaves y fáciles sus trabajos y ligera la carga de sus tribulaciones, porque sabe que la vida cristiana es una milicia, una lucha encarnizada y constante con enemigos despiadados y poderosos que luchan y se esfuerzan para apartar al hombre del camino del cielo; el mundo con sus falsas doctrinas, con su espíritu antitético del espíritu de Dios y con sollicitaciones al pecado; el demonio con sus ataques y tentaciones; la carne con sus rebeldías, conspirando todos para extraviar al hombre y perderlo precipitándolo en el infierno; lucha horrible, tenaz, enconada, sin tregua ni descanso, que empieza en la cuna y no termina hasta el sepulcro, y en la cual sólo vencen los luchadores valientes y audaces, porque el reino de Dios, como dice el Evangelio, sufre violencia y sólo los violentos, es decir, los fuertes y constantes lo consiguen y lo conquistan. La Sierva de Dios fué un alma heroica, tenaz en esa lucha con sus enemigos, venciendo al mundo por el desprecio de sus pompas y de sus vanidades, cerrando sus oídos a sus sollicitaciones y volviéndole la espalda en el aislamiento y en el refugio de la vida religiosa; refrenando y ahogando los deseos desordenados, los impulsos e instintos de la carne bajo la ley del espíritu con el alma y el freno de la mortificación, de la penitencia y de la oración fervorosa y constante.

Para ella, como para el peregrino que desea llegar pronto

y seguro al término del viaje, el camino mejor era, no el más cómodo y llano, sino el que conducía de modo cierto y breve al cielo, aunque ese camino fuese estrecho, difícil y lleno de piedras y de dificultades.

Toda la vida de la Sierva de Dios es una carrera, un avance constante hacia el cielo, bregando y navegando en este mar tempestuoso de la vida con la proa del alma, siempre enfilada hacia las playas de la gloria.

Por esto la Sierva de Dios vivía tranquila y alegre en una paz admirable, que era como preludio de la bienaventuranza eterna, sin que logran conmoverta las tempestades de los más adversos sucesos, porque sabía que todas las vicisitudes y vaivenes de la vida, las sombras y la luz, el dolor y la alegría, eran oleadas que la empujaban y aproximaban a la playa, medios de que Dios se valía para acercarla al cielo y apresurar la aurora de aquel día interminable sin noche y sin ocaso que da al alma la posesión de todos los bienes en uno sólo; sabía que Dios es el artífice divino que va modelando las almas, unas veces con el buril suave de caricias, alegrías y consuelos, y otras con golpes fuertes de trabajos y dolores, pero siempre ordenando todo a la salvación de las almas y conduciéndolas por caminos que muchas veces no comprendemos y hasta nos irritan y escandalizan, pero que en su providencia amorosísima son los que guían más directa y seguramente al cielo. La Sierva de Dios comprendía este trabajo misterioso del Padre Celestial, y a él se sometía y cooperaba con todas sus fuerzas.

Este deseo y pensamiento constante del cielo ponía en su boca palabras y conversaciones espirituales; su conversación era, como la del Apóstol, del cielo, y no sabía ni siquiera hablar de otra cosa; a sus Hijas muchas veces les recomienda que no hablen nunca de cosas mundanas, de las cosas fútiles y vanas de la tierra, sino sólo de aquellas cosas

espirituales que aviven en su corazón el hambre de Dios y de la bienaventuranza eterna.

La esperanza de la M. Rafols era amplia, inmensa, incommovible. La Sierva de Dios lo esperaba todo de Dios y se abandonaba en las manos de su providencia con la misma confianza que el hijo está en los brazos de su madre, sabiendo que El proveerá con solicitud más que maternal a todas sus necesidades. Llena del espíritu del Evangelio, buscaba primero el reino de Dios, la salvación del alma, sin pensar en ninguna otra cosa, porque sabía que los demás bienes, sin la bondad de Dios que viste a los lirios del campo con más galanura y pompa que se vistiera Salomón en sus tronos de pedrería y da de comer a los pajarillos, le daría por añadidura cuanto necesitase. Esta recomendación hace a sus Hijas: “Hijas mías — les dice —, no seamos ambiciosas; vivamos para hoy, que mañana Dios Nuestro Señor cuidará de nosotras. Vivamos en las manos de la Providencia como los israelitas que estaban en el desierto, que se mantenían del maná, y uno que ambicioso cogió más de lo que necesitaba para el día, al día siguiente el Señor lo castigó encontrándolo lleno de gusanos. Para que el Señor no tenga que castigarnos, vivamos desprendidas, incluso de nosotras mismas, y no duden que mientras seamos humildes y confiemos sólo en la providencia de Dios, el Señor cuidará de nosotras y derramará copiosas bendiciones sobre esta Congregación”.

Como no tenía confianza en sí misma, tampoco la tenía en otra criatura. La Escritura dice: “Maldito sea el hombre que confía en el hombre”; y la M. Rafols, en todas sus tribulaciones, en todas sus dudas y trabajos, en las graves crisis de su espíritu, en aquellos períodos agitadísimos de los Sitios y de sus persecuciones sólo a Dios acude y a El sólo confía sus penas y las angustias y dudas de su espí-

ritu, y de El sólo espera la protección, el consuelo y la fortaleza. No buscaba el apoyo ni el amor de las criaturas, que son cañas frágiles que se rompen, pobres y miserables que al momento agotan sus recursos. La intrépida Heroína sólo en Dios omnipotente y misericordioso confía, y Dios, que ha dicho por la boca del Real Profeta que no serán confundidos aquellos que en El esperan, y protegerá a los que en El ponen su confianza, siempre la oía, protegía y alentaba en todas sus tribulaciones y penas.

De este espíritu de esperanza y del apoyo y protección que Dios la dispensaba está llena, como hemos dicho, toda la vida de la Sierva de Dios. Los grandes y singulares prodigios que hizo el Señor para ayudarla en sus necesidades y para librarla de los grandes peligros que amenazaron su vida y del furor de sus enemigos, son una prueba clara y patente de su esperanza y del favor divino. Ella esperaba en el Señor, y el Señor la libraba; clamaba al Señor, y la salvaba; esperaba en El y por eso nunca fué confundida. Antes de enumerar uno de esos prodigios que esmaltan su vida y la circundan de un nimbo divino, dice: “No sin mucha repugnancia voy a consignar alguna de las cosas que me han sucedido, para que mis Hermanas, por muy apuradas que se encuentren, no confíen más que en la infinita misericordia de Dios, que nunca abandona a las almas que a El se entregan totalmente”.

La vida de la Sierva de Dios es una serie continuada de actos de esperanza en Dios, y de parte de Dios una serie ininterrumpida de favores y prodigios.

Además, la esperanza de la Sierva de Dios era una esperanza cultivada con diligente esmero. La esperanza es una flor delicada y necesita mucho cuidado y precauciones para que no se marchite o por lo menos se debilite en el corazón, porque la esperanza vive sólo de deseos y se alimenta de

anhelos y de afanes y va en busca de una futura y muy alta y ardua felicidad. No vive la esperanza sin el cultivo de la fe, que es su semilla, ni florece y prospera sin el abono y riego de la práctica de las buenas obras. La Sierva de Dios vivió con constante vigilancia, manteniendo siempre viva la luz de su esperanza con las prácticas piadosas, con la oración asidua y sobre todo con la mortificación de su espíritu y de su carne, con el renunciamiento de las cosas y afectos terrenos, que son las ligaduras que nos sujetan a la tierra y nos impiden volar con holgura y rapidez a las altas cumbres. La Sierva de Dios, virgen prudentísima y sabia, siempre estaba preparada con la lámpara encendida y llena del aceite de sus buenas obras, para que el Esposo, cuando viniere, la encontrase dispuesta y aparejada, y sierva diligente y laboriosa negociaba los talentos que Dios la había confiado para que fructificasen y pudiese dar buena cuenta de ellos al Señor cuando la llamase a juicio. Era valerosa y generosa; valerosa para vencer todos los obstáculos y todos los enemigos que se oponían a su salvación, y generosa dando al Señor todo lo que le pedía, sin regatearle ningún sacrificio.

Era también su esperanza firme, a prueba de los ataques del enemigo que combate de un modo especial la virtud de la esperanza, porque en ella va envuelto el éxito o el fracaso de nuestra salvación. La M. María, alma elevada y grande, en las horas de negras luchas, de obscuridad y de fatiga, en todas las vicisitudes y vaivenes que agitaron su alma, nunca flaqueó su esperanza, ni se desanimó por las asperezas del camino, ni se inclinó hacia la tierra para buscar en sus dulzuras refrigerio y consuelo y descansar de sus fatigas a la sombra de sus deleites y de sus bienes. sino que, firme y animosa, pasó por el desfiladero sombrío de toda clase de tentaciones y peligros con el corazón y la vista

y la esperanza puestas en aquella felicidad inefable que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni cabe en el corazón del hombre, y pisoteó todas las falsas felicidades de la tierra, teniendo a la risa por desvarío, y al placer por vanidad y a los bienes de la tierra como basura, no teniendo ni queriendo otra cosa que a Jesucristo, ni gozar en la tierra donde Cristo padeció, para gozar con Él en el cielo. Arrastrada muchas veces y amenazada por la tempestad, flotó tranquila e impávida sobre las olas hirvientes, sostenida por una confianza sin límites ni vacilaciones

Para hacer más firme esa esperanza, procuraba robustecerla en su corazón haciendo todos los días y a todas las horas fervorosos actos de esperanza, enseñando a los niños y mandando que lo hicieran así también sus Hijas.

CAPITULO VIII

De la caridad de la M. María Rafols para Dios

Si era grande la fe de la M. María Rafols y muy firme su esperanza, era mayor todavía su caridad.

La fe que ilumina la inteligencia con las luces de una ciencia divina superior a todas las ciencias y hace planear el espíritu en regiones tan altas que desde ellas se adivinan y columbran, aunque envueltos en niebla, los misterios de la eternidad; y la esperanza esa virtud sublime que desprende nuestro corazón de las mentidas felicidades de la tierra para amar sólo los eternos bienes, no son las más grandes virtudes, porque hay otra que, como dice San Pablo, es mayor que éstas y las corona y vivifica; esa virtud es la caridad.

“La caridad — dice el Apóstol — es el vínculo, es decir, el ápice y la cumbre de la perfección”. Sin ella todas las virtudes están muertas y para nada sirven.

Es que la caridad es Dios, Dios es caridad, dice San Juan, y su esencia y su ley es la caridad. La síntesis de la vida cristiana es la caridad y la plenitud de la ley es el amor. Todos los mandamientos se compendian en uno sólo: el mandamiento del amor.

La caridad, por consiguiente, marca el grado de la santidad; a mayor caridad corresponde más grande perfección. “Tanto tendrás de santidad — dice Fr. Juan de los Angeles — cuanto de caridad y no más”.

La Sierva de Dios culminó en la cima de la perfección, porque fué un modelo de caridad. La caridad es la virtud que la caracteriza y que forma como el fondo, la base y la

sustancia de su vida. Todas sus virtudes, todas sus buenas obras, todas sus empresas heroicas fueron como floración y fruto de la caridad, que era la savia y la sangre de su espíritu.

La M. Rafols fué un alma superior y escogida en la cual perdió desde que tuvo uso de razón el fuego del divino amor que la purificó y elevó, destruyendo en ella todo afecto y todo elemento humano. Su espíritu y su corazón fueron dos luces alimentadas por el fuego de un amor que crecía siempre.

El amor es la ley de la gravitación para la vida humana. Adonde quiera que el hombre se dirige y camina, va siempre arrastrado y movido por el amor. *Amore feror, quocumque feror*, dice San Agustín.

El termómetro que marca la elevación o la decadencia del espíritu humano es el amor; si el alma se mueve por el amor de altos ideales, de objetos sublimes y santos, la vida sube, es noble, es fecunda, es santa y elevada. Si el alma, por el contrario, es arrastrada por el amor de cosas bajas, de groseras pasiones, de objetos viles, la vida baja, es grosera, se degrada y se extingue en la esterilidad y en la infamia. “Si amas la tierra — dice San Agustín —, eres tierra. Si amas a Dios, eres Dios”.

La vida de la M. María Rafols fué una vida elevada, luminosa bella, porque fué una vida de amor, del amor de las cosas más santas y de los ideales más sublimes y puros. No tuvo tal vez las elevaciones de la ciencia, las luces de la doctrina, aunque sus escritos son obra de un espíritu muy culto, muy fino y de exquisita sensibilidad y depurado gusto; pero tuvo indudablemente algo que vale mucho más, las intuiciones geniales del amor. Fué una mujer de inteligencia aguda y clara, pero fué sobre todo una mujer de corazón grande, generoso, abnegado y heroico.

El amor de Dios, la caridad es el amor en su más alta expresión, y marca el punto más alto, el *non plus ultra* de la perfección humana.

La Sierva de Dios cumplió este precepto del amor de Dios, que es el primero y el máximo de los preceptos, con un amor constante, fervorosísimo, activo y generoso. Su corazón, enamorado de un supremo ideal de belleza y perfección, sólo en Dios encontraba descanso y sólo en El realizado ese supremo ideal. Su vida fué un continuo acto de amor a Dios, para el cual fueron siempre todos los pensamientos de su inteligencia, todos los afectos de su corazón, todas sus potencias y sentidos. A El se consagró por entero y El fué su único dueño y Señor. El amor de Dios fué el sol que iluminó su espíritu y lo vivificó y fecundó; el resorte de todas sus acciones; el móvil y el imán de su corazón; el astro en cuyo torno giró siempre su alma, recibiendo luz y calor. El amor fué el hilo de oro con que tejió la preciosa tela de su vida, la mina de donde extrajo el tesoro de sus virtudes, la savia que adornó su alma con las flores de la más subida santidad. A Dios consagró su cuerpo y alma desde niña; por El renunció a todos los afectos de la tierra y lo buscó en el retiro y en el aislamiento del mundo, eligiéndolo como Esposo de su corazón y entrando en la vida religiosa para vivir unida a El, ligada con las cadenas de los votos de su profesión.

Todos los actos de su vida, como hemos visto, están inspirados por el amor de Dios. A Dios busca en todo y todo lo hace por su amor. Las páginas de sus escritos están inspiradas por la caridad y en ellos se siente palpitar el corazón enamorado de la Sierva de Dios. Su primer pensamiento al despertarse era para Dios y el último al caer en el sueño también era para su dulce Jesús.

Su corazón encendido en las llamas de este amor divino, lleno hasta desbordarse de este licor celestial, embriagada

con este vino generoso, prorrumplía constantemente en frases fervorosísimas, en ardientes jaculatorias, que eran como llamas de la hoguera, chispas que salían del horno ardiente de su corazón, y como gotas que caían del vaso lleno de su espíritu y flechas encendidas que partían de su corazón e iban directas al Corazón de su dulce Jesús. Hacía constantemente actos de amor de Dios. Recogida interiormente, prostrada en espíritu ante el Dueño divino, que se sentaba como Rey y Señor absoluto en el trono y en el altar de su corazón, repetía mil veces aquellas palabras de San Pedro: “Señor, Vos que sabéis todas las cosas, sabéis que os amo y quiero amaros más y más cada día”. La Sierva de Dios, enamorada ardientemente de su Señor, le repite sin cesar su canción de amor, siendo su corazón una arpa que siempre vibraba bajo el viento de la caridad.

Muchas veces repite estas inflamadas jaculatorias: “Ama a quien tanto te ama, ama a Jesús sin medida; sólo Dios sea tu vida; sólo Dios sea tu amor; porque el alma que aspira a la vida interior, debe hablar poco, orar mucho, no estar fijada en nada, sólo a Dios, sólo a Dios”. “Jesús mío, haced que mis miradas, mis acciones, mis palabras, mis pasos, mis pensamientos, trabajos, padecimientos y latidos de mi corazón sean otros tantos y aún multiplicados actos de amor”.

Y a sus religiosas manda que “alimenten bien el alma durante el día con continuos actos de amor de Dios”. Y en uno de sus escritos expone ideas muy fervorosas y edificantes sobre las jaculatorias que el alma abrasada en el amor divino debe dirigir muchas veces al Señor como manifestación de su amor: “También es muy grande remedio para llevar la presencia de Dios el uso de algunas jaculatorias en medio de las ocupaciones para no dejar enfriar el calor de la oración. Mas ya que por la vocación de Hermanas de la Caridad no podemos estar siempre en contemplación

como en los Monasterios de clausura, al menos trabajen por llegarse muchas veces al fuego y tomar de allí calor para repartirlo entre los prójimos, que la mayor parte viven en la tibieza y en el pecado, y por esto es de mucha necesidad que siempre estén muy unidas a Dios y que vayan muchas veces a aquel fuego divino para defenderse de los vientos y hielos terribles de la fría región del mundo que tienen que vivir. Por esto se llaman jaculatorias, porque son saetas que se arrojan al Corazón de Dios, con las cuales el alma se enciende más en su amor, y no siempre han de ser las mismas, para impedir que las digan de rutina, sino con variedad de afectos que el Espíritu Santo les inspira, porque para todas hallará palabras según sus necesidades en aquellas voces celestiales. En las ocupaciones y cosas que oigan y vean en los prójimos que traten les darán ocasión para levantar el corazón a Dios con otras maneras de afectos que las mismas calamidades que vean despertarán en sus almas, porque si de veras aman a Dios, en todas las cosas le verán. Procuren con las ayudas de libros espirituales tener el corazón ocupado y bien dispuesto para que sea digna morada de nuestro dulce Jesús, que tanto nos ama y distingue”.

Pero no sólo con palabras manifestaba la santa religiosa su amor a Dios, sino principalmente lo manifestaba con obras; porque el amor verdadero, como el árbol, se conoce por el fruto que da, se conoce por las obras que inspira, según aquel adagio conocidísimo y vulgar: “Obras son amores y no buenas razones”. “El amor de Dios — decía un maestro y héroe de la caridad — es cosa que ha de probarse a fuerza de brazos y con el sudor del rostro, pues todos los actos de amor de Dios, de mera complacencia, de benevolencia y otros semejantes bien que buenos en sí y apetecibles, valen poco cuando no se resuelve en obras. Personas hay de imaginación acalorada y de corazón sensible, a quienes

agradan mucho los coloquios con Dios en la oración y proferir palabras de amor en esas expansiones piadosas de su espíritu; pero que luego, al salir de allí y cuando se trata de trabajar por Dios, de sufrir, de mortificarse, de enseñar y socorrer a los pobres, de recibir con gusto alguna privación y de tener por bien venida la enfermedad y la contradicción, ya no sienten el mismo ardor ni el mismo placer y gusto”.

Toda la vida de la Sierva de Dios fué un continuo holocausto en aras del amor de Dios. En esa hoguera divina arrojó todo cuanto tenía, el tiempo, la familia, los afectos humanos, la libertad, el ser entero, porque todo lo sacrificó por Dios. Trabajó sin descanso y fué fidelísima en el servicio de su Señor, haciéndolo todo por cumplir su voluntad y para su mayor gloria. Aquel lema que era compendio de la vida de San Ignacio de Loyola, “A la mayor gloria de Dios”, era también la síntesis de la vida de la Sierva de Dios y el fin de todas sus obras. “Todo a la mayor gloria de Dios”; así terminan algunos de sus escritos.

Nunca procedió ni hizo nada por vanagloria, por provecho propio, por dar gusto a sus deseos, sino sólo por dar gusto a Dios. En todas sus obras nunca se buscó a sí misma, sino sólo a Dios. Leyendo sus escritos muchas veces recomienda esta rectitud de intención a sus Hijas como la base de la perfección espiritual y religiosa. Todos los días, en la oración de la mañana, ordenaba y ofrecía a la mayor gloria de Dios sus obras. El fin que la movió a fundar la Hermandad no fué otro, como vimos, que el deseo de dar gloria a Dios.

Ordena y recomienda a sus Hijas con el mayor encarecimiento que no den un solo paso que no sea para gloria de Dios; y en sus cartas y escritos con frecuencia se lee que todo lo hacía para dar gusto a Dios y para procurar su gloria.

Obraba siempre no como sierva por el temor, sino como hija y esposa inspirada y movida por el amor, y podía repetir con toda verdad el conocidísimo soneto de San Francisco Javier. "En todas mis obras — dice — no me mueve otro interés que el amor de Dios".

La M. María Rafols, en el silencio y recogimiento interior, todo, hasta lo más pequeño, hasta el más insignificante de sus actos, todo lo recogía y espigaba en el campo de su corazón para tejer y formar un ramillete de fragantes flores que pudiese ofrendar todos los días a su divino Dueño. Sus suspiros, las menores palpitations de su corazón, los más pequeños detalles, esas acciones comunes y ordinarias de la vida sabía transformarlas, penetrándolas y empapándolas en amor para que así resultasen agradables a Dios; porque, como ha dicho un piadoso escritor, Dios acepta todo lo que está transfigurado por el amor, porque todo de esta manera, hasta lo más pequeño, contiene la semilla del cielo. Toda era de Dios, y podía decir con San Francisco de Sales: "Si yo supiera que había en mí ser una sola fibra que no palpitase a impulsos del amor de Dios, me la arrancaría al momento aunque me costase la vida".

Su amor era un amor activo, generoso, adornado de esa discreta solicitud y asiduidad que distingue al amor verdadero y sinceramente celoso de la gloria divina, seguidor de toda justicia, hambriento de las almas, aborrecedor implacable de toda culpa, ese amor varonil, emprendedor, magnánimo, tanto más denodado cuanto más humilde tanto más perseverante cuanto más exento de humanos respetos, más extraño a todo egoísmo y más confiado en Dios; amor siempre solícito, siempre pródigo, dando con largueza todo y sobre todo a sí misma, buscando sacrificarse por todos a fin de ganarlos a todos para Dios.

La verdadera caridad es constante y arroja al mundo, a

la tierra, al cielo y al infierno estas palabras de desafío, expresión magnífica de un amor más duradero que el tiempo y más fuerte que la muerte: "¿Quién me separará del amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, el hambre, la desnudez, el riesgo, la persecución, la espada? En todas estas cosas triunfamos por la virtud de aquel que nos amó. Por lo cual, estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni lo presente, ni lo futuro, ni la fuerza, ni lo que hay más alto o más profundo, ni ninguna otra criatura podrá jamás separarnos del amor de Dios, que se funda en Jesucristo Nuestro Señor".

Estas palabras del Apóstol son la expresión del amor divino, de la caridad de la M. Rafols, la expresión de su fidelidad y constancia hasta la muerte. Dominó la inconstancia propia del corazón humano fijándolo con cadenas indestructibles al Corazón de Cristo, para que nunca fuese ya a la deriva arrastrado por otros amores. Venció como el Apóstol, tentaciones y dificultades de todo género que embistieron su corazón para arrancarlo del Corazón de Dios, tribulaciones, persecuciones, angustias, enfermedades, peligros de muerte, privaciones de todo género; pero en medio de todas estas tentaciones y peligros pudo ella también lanzar este reto de desafío al mundo y a la tierra: "¿Quién se atreverá a separarme del amor de Jesucristo?".

Su vida fué una ascensión continua a las alturas; porque, como la llama tiende a subir, su corazón, inflamado en el amor de Dios, subió siempre hasta llegar a la unión y a la absorción completa de su ser en el seno del Amado.

Aquel monje inspirado que en el misterio y en la soledad del claustro oculto en la umbría de los bosques, cantó ese himno magnífico que se llama el libro de la imitación de Cristo, dice estas sublimes palabras, que son como condensa-

ción de toda la vida de la Sierva de Dios y explican todas sus virtudes, su heroísmo y su santidad extraordinaria: "Gran cosa es el amor y bien sobre manera grande. El sólo hace ligero todo lo pesado y lleva con igualdad todo lo desigual".

"Pues lleva la carga sin carga y hace dulce y sabroso todo lo amargo".

"El amor nos anima a hacer grandes cosas y mueve a desear siempre lo más perfecto".

"No hay cosa más dulce que el amor, nada más fuerte, nada más delicioso, nada más extenso. El que ama vuela, corre y se alegra; es libre y nada le detiene. Todo lo da por todo, no mira a los dones, sino que vuelve al dador sobre todos los dones. El amor no siente la carga, ni hace caso de los trabajos; desea más de lo que puede; no se queja de que le manden lo imposible, porque cree que todo lo puede y le conviene".

"Para todos es bueno y muchas cosas ejecuta y pone por obra, en las cuales el que no ama desfallece y cae".

"El amor siempre vela y durmiendo no duerme; fatigado no se cansa; angustiado no se angustia; espantado no se espanta, sino como una viva llama de ardiente luz sube a lo alto y se remonta con seguridad".

¿Nos admiran el heroísmo, la paciencia, la serenidad imperturbable ante la muerte, las empresas audaces y sublimes, la resistencia en el trabajo, la alegría en el sufrimiento, la actividad incansable, el hambre insaciable de humillaciones, el amor de la obscuridad y del silencio, el afán constante de buscar los puestos más bajos y las ocupaciones más penosas y humillantes; nos admiran estas virtudes de la Sierva de Dios y no acertamos a explicarlas ni a comprenderlas, considerándolas superiores a las flaquezas e imperfección humanas? ¿Creemos su vida imposible porque excede los límites de la resistencia y del valor humanos? Es que des-

conocemos el secreto de esa vida, la fuente de esa fortaleza, el resorte de su actividad; miremos su corazón y lo veremos convertido en una llama ardiente, en una hoguera viva de amor divino, y en ese fuego está el secreto de su grandeza y de su perfección. El amor, que es el padre de las virtudes heroicas y de aquellos sacrificios tan grandes que para ellos no hay premio digno en este mundo, fué la fuerza de su vida; con el amor de Dios todo lo pudo y el amor le hizo fácil, hacedero y suave el cumplimiento de los más penosos deberes; por el amor nada encontraba imposible y por él venció todos los obstáculos, derrotó todos los enemigos, salvó incólume todos los peligros, y adquirió robustez espiritual para soportar todas las fatigas. "A los que no aman—dice San Agustín—, cualquier trabajo se les hace pesado; sólo el amor se avergüenza del nombre de dificultad". La Madre Rafols era una sierva del amor divino, una esclava de su Corazón, y por eso no siente los trabajos, ni le son dolorosas las penitencias, ni pesadas las mortificaciones, ni penosa la observancia de los preceptos y de las reglas, ni costoso el ejercicio de las virtudes más difíciles, ni sensible la privación de los bienes y deleites de la tierra, ni empinada y escabrosa la cuesta de la perfección. Todo para ella en el servicio de Dios era llano, agradable, deleitoso, dulce, fácil, porque todo lo hacía sabroso y lo sazónaba y alegraba el amor. "Dadnos tu divino amor—exclama muchas veces—; sin él no ejerceremos la caridad con nuestros prójimos".

CAPITULO IX

Del ejercicio de la presencia de Dios de la Madre María Rafols

El amor de Dios produjo en el jardín bellissimo, en la tierra jugosa del corazón de María Rafols una flor de fragancia exquisita, que es uno de los medios más poderosos y eficaces de santificación, la presencia constante de Dios.

El que ama busca siempre la presencia del amado y siempre lo tiene delante de los ojos, ya esté presente, ya esté ausente, porque cuando está presente lo ve, y cuando está ausente recuerda y reproduce por medio de la fantasía su imagen con tal viveza, que realmente lo ve como si lo tuviera presente. La M. Rafols siempre vivía con esta presencia de Dios, porque su corazón no amaba ni buscaba otra cosa que a Dios; siempre lo veía, porque el amor le daba ese conocimiento y visión de Dios que no tienen los que no aman. Dios no está ausente de nosotros; está tan presente y tan cerca que, como dice el Apóstol, nos penetra y nos envuelve y en Él nos movemos y somos y vivimos. Estamos envueltos y como empapados, como la esponja sumergida en el agua, de la presencia de Dios y está más cerca de cada uno que él mismo; pero sólo los que le aman y son limpios de corazón pueden verle y gozar de su presencia. La M. Rafols se veía como envuelta en esa atmósfera divina y vivía como empapada y llena de Dios y veía a Dios, porque era pura y limpia de corazón. Veía a Dios en todas las cosas y esto mismo recomendaba a todas sus Hijas: "Acostúmbrense—dice—a ver a Dios en todas las cosas". Siempre

lo tenía delante de los ojos y sólo en su contemplación encontraba contento. Por esa presencia de Dios se animaba a hacer las cosas con la mayor perfección, para darle gusto en todo, y se animaba para vencer todos los obstáculos, dificultades y tentaciones. La presencia de Dios era la fuente donde bebía dulzuras desconocidas; estaba en comunicación perpetua, en un coloquio constante con su Amado, que nada, ni nadie, ni el comercio de las criaturas, ni la visión de las cosas de la tierra podía interrumpir. La presencia de Dios transfiguraba su vida y le daba las alegrías de una bienaventuranza anticipada. Ver a Dios es la esencia de la felicidad de los elegidos y en la tierra sólo los que por el amor de Dios viven constantemente en su presencia gustan ya de las delicias del cielo. Esta presencia y visión de Dios, este trato continuo con Él, al cual se encaminaban todas sus aspiraciones, deseos y afectos, le inspiraba desprendimiento y disgusto de todos los goces y bienes de la tierra. Porque ¿qué eran para su alma, que gustaba constantemente esas delicias celestiales e inefables dulzuras del trato y de la presencia de Dios, el trato y la presencia de las criaturas pobres y miserables? En ellas no encontraba sino tedio y desabrimiento. La presencia de Dios, además, era en ella como el sol que la iluminaba y fecundaba; estaba siempre frente y cara a Dios, y Él la inundaba de las claridades celestiales. No pensaba en otra cosa que en Dios, y tan necesario y tan frecuente como era para la vida de su cuerpo respirar, era para su espíritu el pensamiento de Dios, que formaba como el oxígeno y la atmósfera de su alma.

En uno de sus escritos expone ideas admirables y muy edificantes sobre este ejercicio de la presencia de Dios, y da a sus religiosas consejos sapientísimos para conseguirlo. Citaremos algunas frases: "Una de las cosas más necesarias para conseguir la verdadera vida interior es la santa presencia de Dios, y a esto han de aspirar sin tregua ni des-

canso todas mis hermanas, pues de lo contrario de nada les servirán todos los trabajos y sacrificios que hagan, porque sabido es que los trabajos en sí no sirven para nada si no van acompañados y animados con espíritu interior y recta intención de sólo agradar a Dios. Esta vida interior la conseguirán con la oración y la íntima unión con Dios, que es el fin de toda la vida espiritual. Siguiendo estos medios paso por paso, se armará una escalera y subiendo por ella alcanzarán el fruto de la verdadera felicidad según que en esta vida se pueda alcanzar”.

“Éstas son las mejores disposiciones para entender bien las cosas divinas, según aquellas palabras del Salvador: “Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios”. Porque en las almas puras y limpias relucen más claros los rayos de la verdadera virtud; y sólo con su presencia reparten luz a los que andan en tinieblas; porque en los corazones limpios y tranquilos mora siempre Dios. Para esta guarda del corazón, el medio más provechoso es andar siempre en la presencia de Dios. No sólo lo han de tener presente en el tiempo de la oración, sino en todo lugar y ocupación. Y no hagan como los niños en las escuelas, que mientras está delante el maestro están muy quietos y compuestos, y en cuanto desaparece de su presencia no hacen más que travesuras. Por el contrario, deben trabajar todas las Hermanas por conservar aquel calor que sacaron de la oración y continuar aquel santo pensamiento que allí tuvieron; si así lo hacen, llegarán en breve a la cumbre de la perfección. Vivan siempre en estrecha unión con Dios y tomen este santo ejercicio por último fin de todas sus devociones, de manera que aunque sean Hermanas de la Caridad y ocupadas en muchos y penosos ministerios, con todo esto, en medio de tantas ocupaciones, vivirán tranquilas y contentas teniendo a Dios presente y haciendo todo por Él”.

CAPITULO X

De la oración de la Sierva de Dios

El amor de Dios, que la ponía siempre en su presencia y la movía a buscarlo en todos sus actos, dió a la Sierva de Dios un espíritu de oración altísima que la elevaba a su unión en todos momentos y la daba facilidad maravillosa para concentrarse en su contemplación y aislarse de las cosas de la tierra, siendo en ella esa comunicación y unión con Dios, esa oración constante, fervorósima, intensa, una inclinación irresistible y como necesaria, constituyendo una forma habitual de su vida.

La oración es el ejercicio más elevado a que nos podemos consagrar en el mundo, porque es trasunto y copia, aunque imperfecta, de la única ocupación a que se entregan en el cielo los bienaventurados y que constituye su felicidad y su gloria; porque los bienaventurados no hacen sino ver, hablar y tratar con Dios, estar en comunicación constante con Él, y la oración es esto también, el trato y la conversación con el Señor. Todas las almas santas han sentido el hambre y tenido el gusto y la necesidad de la oración, que para ellas era la comida más sabrosa y el recreo más agradable. A ejemplo del Salvador, que estaba *pernoctans in oratione Dei*, pasaba las noches enteras en oración; todas las almas que siguen sus huellas se pasan también la vida y la noche en ese ejercicio.

Esta fué la vida de la M. Rafols. Sus días estuvieron llenos de este santo ejercicio; siempre ponía el oído atento para escuchar las comunicaciones de Dios, y se le podían

aplicar con toda verdad aquellas admirables palabras del Kempis: “Bienaventurada el alma que oye al Señor que le habla. Bienaventurados los oídos que no escuchan la voz que oyen de fuera, sino la verdad que enseña de dentro. Bienaventurados los ojos que están cerrados a las cosas exteriores y muy atentos a las interiores. Bienaventurados los que penetran las cosas interiores y estudian con ejercicios continuos en prepararse cada día más y más a recibir los secretos celestiales”.

Cuando estaba retirada en su celda no hacía otra cosa que rezar ante el Crucifijo, con el cual entablaba coloquios y conversaciones admirables. Pasaba largas horas en la capilla en una especie de éxtasis, en una meditación tan intensa que la desprendía de la tierra y la transportaba al cielo, llegando a olvidarse de todo, hasta de sus necesidades materiales, viéndose obligadas muchas veces las Hermanas a sacarla de esa contemplación para atender a la satisfacción de esas necesidades. Pero la Sierva de Dios sabía indemnizarse de estas interrupciones, y en las horas tranquilas y silenciosas de la noche, mientras sus Hermanas iban a pedir al sueño la restauración de sus fuerzas agotadas por el trabajo del día, ella se iba directamente a la capilla, y allí, de rodillas, ante el tabernáculo, inundados de lágrimas sus ojos, suspirando de dolor y de amor, pasaba la noche en altísima contemplación y en oraciones fervorosísimas. “Toda mi vida—dice—mi mayor placer ha sido siempre pasar horas enteras (por la noche, por no tener tiempo de día) delante del Santísimo Sacramento”.

En la cárcel en el destierro, la oración era su ejercicio continuo y su consuelo. Recibió del Señor en el Templo del Pilar, como dijimos, un espíritu de perfecta oración y de altísima y constante contemplación”.

La norma de la vida santa es la oración; como dice San

Agustín, “rectamente sabe vivir el que rectamente sabe rezar”. El arma de la vida espiritual y la esencia de la perfección es la oración. Todo esto lo expresa Santa Teresa de Jesús con su gracia y encanto peculiares en este hermoso verso: “El alma sin oración—es como el huerto sin agua,—como sin fuego la fragua,—como nave sin timón”.

La oración fecunda el alma para que produzca abundante cosecha de virtudes, quema sus defectos, extirpa las raíces de los malos hábitos y de las culpas; enardece el espíritu y lo enciende en el deseo de los bienes espirituales, y orienta y señala el camino verdadero para llegar al puerto. Estos beneficios y bienes de la oración se ven en la vida de la Sierva de Dios. En la oración la Sierva de Dios se animaba para vencer los obstáculos y dificultades que se oponían a sus designios. En la oración encendía el fuego de su caridad; en la oración recibía las luces para regir y gobernar con tanto acierto y salvar las situaciones más apuradas y críticas; en la oración se robustecía su alma para caminar con bríos siempre nuevos por la senda de la perfección; en la oración se fecundaba su espíritu para producir sabrosísimos frutos de virtud y de santidad. No tenía otro libro ni otra escuela para aprender que la oración, ni otra arma para defenderse que la oración. Surgía un peligro o una dificultad, a la oración acudía para vencerlo. Sentía desfallecimiento o cansancio, en la oración se refugiaba. Era combatida por sus enemigos, en la oración hallaba fuerzas para vencerlos. La oración era su descanso, su oasis perfumado, su huerto delicioso donde iba a descansar, a explayarse y a recoger aquellas flores con que adornaba su corazón para preparar morada dulce y agradable al Esposo.

A sus Hijas les recomienda muchas veces la oración: “Hay que ser—dice en uno de sus escritos—almas de oración. Religiosa sin oración es como soldado sin armas en

medio de crueles enemigos, que inmediatamente será vencido”.

“La oración debe ser para una Hermana de la Caridad su continua ocupación en medio de sus muchas ocupaciones, porque con la oración se contiene la voluntad, y con tanta variedad de ministerios y cuidados se estimula una a trabajar de tal forma, que el celo del amor de Dios la tiene en continuo movimiento hacia el bien”.

Pero examinemos y veamos el modo cómo la M. Rafols oraba. Desde luego se preparaba a la oración con esmerada diligencia y continuo cuidado, apartando en primer lugar el obstáculo principal que se opone a ella, el pecado, que es como una valla, como un velo que se interpone entre Dios y el alma para no verse ni oírse: *Deus peccatores non audit*, Dios no oye las oraciones de los pecadores.

La Sierva de Dios procuraba evitar ese obstáculo del pecado huyendo de toda culpa, aun la más leve, extirpando las más pequeñas faltas, limpiando su espíritu, como el pardinero limpia su huerto de toda mala hierba, de todo defecto por pequeño que fuese, viviendo con una exquisita vigilancia sobre sí misma, con gran mortificación de sus sentidos, teniendo límpidos, purísimos y transparentes los cristales de su espíritu para que por ellos entrase a raudales sin obstáculo ni impedimento alguno la luz divina. Como era inocentísima y muy limpia, fácilmente subía a esa montaña de la oración en la cual se conversa con Dios.

Además, la M. María Rafols procuraba vivir con el mayor recogimiento y evitar todos los pensamientos e ideas extrañas, inútiles o vanas que pudieran distraerla en la oración.

Es necesario preparar el alma a la oración como se prepara para los asuntos más trascendentales de la vida. Antes de la oración prepara tu alma, nos advierte el sabio, y esa preparación consiste en acallar la actividad febril de los ne-

gocios y trabajos mundanos, apaciguar esa impetuosidad natural que nos saca fuera de nosotros mismos para ir de un lado a otro e impedir esa evasión de nuestro espíritu por las cosas exteriores, y en tener dominio de nosotros mismos en ese momento augusto y solemne en que Dios se digna descender hasta nosotros para escuchar nuestras plegarias.

La Sierva de Dios vivía de tal manera, que dominaba todos los movimientos de su espíritu con tal orden y armonía, que llegó a adquirir esa paz interior, esa inmovilidad silenciosa, que es llamada en el lenguaje místico con una palabra profundamente significativa: recogimiento, sustrayéndose y arrancándose con santa violencia a toda preocupación y a todo pensamiento importuno que pudiera absorberla o distraerla, recogía su espíritu, su corazón, su memoria, su imaginación, sus ojos, sus oídos, su boca; en una palabra, todas las facultades de su alma y todas las potencias de su cuerpo, para inmovilizarlas y juntarlas en un haz glorioso que ofrecía a Dios en el acto de la oración para que fuesen suyas totalmente y las llenase de su presencia. Durante todo el día se preparaba a la oración guardando riguroso silencio, huyendo de toda palabra vana, de toda conversación inútil, de todo lo que pudiera distraerla, mortificando sus sentidos para que no se fijasen en las cosas de la tierra y estuviesen siempre fijos en Dios. Así siempre estaba dispuesta a la oración, y la primera señal, el primer movimiento de la gracia la encontraba preparada para entrar en posesión de sí misma con un recogimiento profundo y entregarse a la contemplación”.

No es extraño por eso que apenas se ponía en oración su espíritu se transportase y quedase como en éxtasis, fijo como un serafín en Dios, permaneciendo de esta manera horas enteras, inmóvil como una estatua. Dios, en premio de su constancia y de su esfuerzo para dominar sus potencias y prepararse a la oración, la dió el privilegio de no distraerse nunca y una

facilidad admirable para recogerse aun en medio del bullicio y del movimiento de los negocios y ocupaciones exteriores. Es que su alma, aunque estaba en el mundo, vivía fuera de él y permanecía siempre cerrada en la celda de ese recogimiento que la aislaba de todas las cosas y la transportaba a la soledad amada de Dios y propicia para la contemplación. Santa Teresa decía, que en medio de sus viajes y de sus correrías constantes y en el trato frecuente con toda clase de personas, siempre estaba encerrada en la celda, porque se había construido una en su corazón y de allí no salía nunca. Esto mismo podía decir la M. Rafols; consagrada por su cargo a toda clase de ocupaciones y de asuntos y en el trato también frecuente con el mundo, vivía fuera de él, encerrada siempre en la celda de su espíritu cerrado a todas las impresiones terrenas por el recogimiento y la mortificación.

Sobre la importancia y necesidad de este recogimiento en la oración, da en algunos de sus escritos admirables reglas y consejos, hijas de su experiencia:

“¡Cuántas veces ocurre que hay religiosas que quieren hacer oración pensando en la Pasión de Jesucristo, y así como comienzan a pensar en esto, sin darse cuenta se les derrama el pensamiento en mil partes y no pueden tener los ojos fijos en la santa imagen del Salvador por el mal hábito de dejar el pensamiento por donde se le antoja! Es necesario, para hacer bien la oración, cerrar las puertas del alma a toda clase de pensamientos inútiles y habituarla poco a poco a las cosas interiores y altas de perfección; aunque les cueste conseguir esto, no tienen que desmayar, pues si son diligentes en pensar siempre cosas buenas, cierran los sentidos a todo lo que no convenga para este camino interior. Una de las mejores ayudas para hacer bien la oración es la guarda y recogimiento del corazón; es menester que el corazón esté bien templado y aparejado para las cosas de Dios; de otra manera no se hará nada de provecho, y todo el negocio de la vida interior

andaré desconcertado. De dos cosas especialmente conviene que esté libre y limpio el corazón donde se ha de aposentar el Espíritu Santo. De manera que así como los pintores aparejan las tablas o lienzos en que han de pintar, así se ha de limpiar nuestro corazón si queremos pintar en él la imagen del Corazón de Jesús; y para que se grabe bien debe estar muy limpio de pensamientos y de afectos desordenados; sólo así escribirá con gusto el Espíritu Santo en los corazones de todas, la sabiduría del cielo, que es lo único que debe interesar a todas las de esta Hermandad”.

Dios muchas veces entraba a su Sierva en la bodega de sus vinos, como a la Esposa de los Cantares, y la inundaba y embriagaba con los regalos y dulzuras de las consolaciones sensibles, de delicias espirituales y de suavidades inefables. Entonces la oración era para ella la ocupación más grata y discurrían y pasaban rápidamente las horas en esa especie de embriaguez espiritual. Pero otras veces Dios parecía que se ocultaba y se retiraba, y su alma era precipitada en la negra sima de angustiosas oscuridades, y se veía obligada a caminar por el desierto de terribles sequedades espirituales, de arideces desoladoras; entonces la oración era para ella ingrata, difícil; pero no por eso desmayaba ni se debilitaba su fervor y su constancia en la oración. Importunaba a Dios sin cesar en esos momentos y en esas horas oscuras y terribles, le buscaba sin descanso; se humillaba en su presencia, considerándose merecedora de aquellas sequedades por sus pecados e infidelidades; aceptaba como una reparación esas angustias y desolaciones de su espíritu; pero seguía llamando a Dios con gemidos y súplicas, hasta que otra vez Dios, viendo la fidelidad de su Sierva que lo buscaba con la misma diligencia y fervor en el tiempo de la tribulación, se mostraba de nuevo a su alma y la inundaba de su luz y de sus con-

suelos y la enriquecía con nuevas y cada vez más prodigiosas gracias y dones.

La Sierva de Dios, en sus escritos, describe estos estados del alma en la oración con suave unción y da a sus Hijas lecciones de celestial sabiduría para que saquen fruto de la oración en los contrastes de luz y de sombra, de dulzura y sequedad que tenga su alma: "La devoción es también de dos maneras: devoción sensible, que consiste en lágrimas y afectos suaves con el alma y en algunos instantes parece que se derrite en amor divino sintiendo afectos de gozo y de humillaciones con que suelen salir las palabras. Sucede en este caso como cuando un gran señor celebra un espléndido convite, que tanta es la abundancia que hay, que no sólo los convidados disfrutan, sino también los esclavos lo pasan muy bien regalándose con los manjares que sobran, y esto es lo que sucede cuando el alma es regalada de Dios y está prevenida de sus bendiciones; también a los sentidos del cuerpo les cabe no pocas veces su buena ración, que rebosa desde el centro del alma y se reparte por todos los sentidos..."

"La otra devoción es sustancial y consiste en la prontitud de la voluntad en todo lo que es obsequio de Dios y cumplimiento de sus obligaciones y reglas".

"Esta devoción la tienen las almas justas a quien Dios prueba con sequedades y desamparos, despojando de su alma muchas veces la luz con que otras les asistía, dejándolas como a oscuras y en brazos de mil temores y cerrados todos los caminos, no sólo para el consuelo, sino hasta para tener un buen pensamiento; esto sucede aun en personas religiosas que de ordinario llevan una vida ajustada y de buena conciencia, que fatigadas con enfermedades del cuerpo o de la cabeza, aunque oren y recen, como los sentidos del cuerpo no ayudan entonces al alma para entender y amar, todo les parece sin jugo y les viene una especie de tedio y decaimiento corporal. Mas estas almas no deben temer ni crear que su oración es

menos devota en lo sustancial que cuando les da la oración consuelo; todo esto que les digo lo sé por propia experiencia, pues en mi dilatada vida he pasado por todos estos estados y comprendo que lo más perfecto es no desear nada y vivir completamente abandonadas en los brazos de su divina Providencia, convencidas de que el Corazón de Jesús, viendo los buenos deseos que tienen de amarle y servirle con toda fidelidad, las guiará por el camino que más les convenga para conseguir su santificación. Así que no se desanime ninguna; por el contrario, hagan todo lo que puedan por estar devotas en la oración, pensando con ciega fe que están pagando al Señor fielmente con el desamparo y sequedad y que con esos sufrimientos del alma el Señor las purifica".

Las oraciones de la Sierva de Dios eran muchas y multiplicadas. Desde la mañana, en que dirigía apenas despertaba su primer afecto y pensamiento a Dios, hasta la noche, en que cerraba sus ojos y caía en el descanso de un brevísimo sueño con la oración en los labios y el pensamiento fijo en Dios, todas las horas del día y casi todos los instantes estaban iluminados por la luz y refrigerados por el calor de continuas y fervorosas oraciones. No siete veces, como dice el Salmista, alababa a Dios, sino innumerables. Después de las primeras oraciones de la mañana consagraba más de una hora a la meditación; oía la santa misa entretenida en oraciones devotísimas, siguiendo la liturgia admirable del santo sacrificio; comulgaba sumida su alma en celestial arrobamiento, y durante largo rato como ya dijimos, su espíritu enardecido se derramaba en acción de gracias fervorosísimas; rezaba todos los días las tres partes del santo Rosario, el Vía Crucis, el Trisagio; hacía muchas visitas al Santísimo Sacramento, y el tiempo que le quedaba libre lo empleaba en lecturas espirituales, en conversaciones piadosas, y su vida era una continua oración. Su primer pensamiento al despertarse era

para su dulce Jesús, que ya en todo el día se apartaba un momento de su alma, siendo para El todos sus afectos y pensamientos. Este es el consejo que da a sus Hijas: "Para que prenda pronto por la mañana el fuego del amor de Dios, les ayudará mucho que cuando se despierten por la noche alcen en seguida el corazón a Dios; por experiencia les puedo asegurar que esto ayuda para preparar el alma a una perfecta oración; y así, apenas habrán abierto los ojos cuando ya tendrán plantada en el corazón la memoria del dulcísimo Jesús, antes que otra criatura les ocupe la posada del corazón; porque en esas horas de la mañana está el alma tan blanda, que el primer pensamiento que se imprime en ella la prende tan fuertemente que apenas se olvidarán después, ni darán cabida durante el día a pensamientos inútiles y vanos".

La Sierva de Dios a la oración vocal prefería la mental, que le enseñaron, según afirma en uno de sus escritos, el Sagrado Corazón y la Santísima Virgen, y huía en la oración de ese rutinarismo que multiplica las oraciones vocales, llevando al consorcio del alma con Dios esa fecundia que prolonga indefinidamente nuestras conversaciones y de las cuales está ausente el alma.

El fin de la oración como de toda obra piadosa es procurar la unión con Dios, que no se puede alcanzar por los sentidos y al cual nos debemos unir con nuestro espíritu en la parte más íntima de nuestro ser, dándole lo que es en nosotros más visible, más profundo, más misteriosamente oculto. El ha de ser luz para los ojos del alma, sabor para nuestro paladar espiritual, música para los oídos del corazón y aire que respire siempre nuestro espíritu; esta unión íntima, completa, que abarca todas las potencias del alma; este amor victorioso y superior a Dios, es el fin de la oración como el de toda la religión, es la adoración en espíritu y en verdad de que habla el Señor. Amar a Dios, unirse a Dios, vivir en

Dios y para Dios, esa es toda la religión, toda la ley y toda la perfección. Las prácticas piadosas exteriores, las oraciones vocales, todos los actos de religión no son sino medios para llevarnos a Dios, para unirnos a El, para avivar y mantener siempre viva la llama del amor divino. Son medios, no fin. Si pudiéramos amarle y unirnos a El sin el auxilio de esas prácticas exteriores, no tendríamos otra oración ni otro ejercicio piadoso que el amor mismo, y nuestra religión consistiría sólo en un acto purísimo, incesante, inacabable de amor. Por esto, cuando un alma es más perfecta y más santa, menos prácticas exteriores tiene, porque su vida es vida de amor y su culto a Dios es amor. La M. Rafols, alma santa y abrazada en el amor de Dios, prefería a esas oraciones vocales y prácticas exteriores, esa contemplación y meditación interior, en la cual todo su espíritu se unía a El con la consideración de sus perfecciones, la moción de los afectos y las resoluciones y propósitos de la voluntad; en las oraciones vocales que practicaba, como el santo rosario y otras, las hacía poniendo en sus palabras el alma, y por eso eran palabras vivas que tenían alas para subir hasta Dios, porque estaban animadas y vivificadas por su espíritu. Adoraba en espíritu y en verdad.

Sobre la oración vocal da la Sierva de Dios consejos utilísimos: "Otra de las cosas que les quiero encomendar es que la oración vocal la hagan con modestia y recogimiento. La primera condición del rezo es que se haga con verdadera devoción, y la devoción dimana de la santa ilustración del entendimiento y de la voluntad que Dios da a estas dos potencias del alma, las cuales la inclinan a orar y rezar devotamente". "No se dejen engañar del enemigo y se contenten con rezar de rutina, que esto es perder el tiempo. Dios no se contenta nunca con lo exterior de lo que se hace, y en esto hay que ir con mucha cautela para no dejarse engañar, pues muchas veces parece que estamos rezando con mucho reco-

gimiento y ni siquiera nos damos cuenta de lo que hacemos. No seamos como las manzanas de Sodoma y Gomorra, que en apariencia eran hermosas y olorosas, mas interiormente eran ceniza; así suele ser las devociones y virtudes de muchas almas. Hermanas, no pierdan el tiempo ni recen nunca con el fin torcido de que las tengan por fervorosas, ni pretendan nunca ganarse con estos medios exteriores el aprecio y buen concepto a sí mismas. Hay que hacer la oración vocal con sustancial devoción, quietud en el ánimo y exterior reverencia. Así es como se saca fruto de la oración vocal”.

Hacia todos los años ejercicios espirituales por espacio de diez días y un día de retiro cada mes.

La Sierva de Dios manifiesta una predilección especial a los ejercicios espirituales de San Ignacio, y en muchos de sus escritos los recomienda a sus Hijas y les manda que los extiendan entre todas las que estén bajo su dirección por el mucho bien que de estos ejercicios reportan las almas. En su casa natal manda que se construya una casa para que las personas seglares hagan ejercicios todos los años bajo la dirección de los Padres Jesuítas.

También recomienda que cerca del Noviciado, pero independiente de él, construyan una casa para que puedan hacer ejercicios espirituales durante ocho o diez días las jóvenes, para avivar su piedad y conseguir las gracias que necesitan para defenderse de la disipación y corrupción del mundo. “Esta obra—dice—de los ejercicios espirituales es muy del agrado del Sagrado Corazón de Jesús, y yo creo que deben dar todos los años por lo menos dos tandas y a ser posible las den los Padres Jesuítas”.

Quiere también que las educandas tengan una tanda de ejercicios, “y lo mismo—dice—deben procurar para las niñas que están bajo la tutela de la Hermandad en los Hospicios o Asilos, y a ser posible con estas pobres niñas pongan

más empeño en instruir las y cimentarlas bien en las virtudes de nuestra sacrosanta Religión por ser unos seres que merecen mucho amor y compasión, no olvidando nunca que en este mundo no tienen otras madres que a nosotras. Así que les ruego no escaseen ningún sacrificio y les hagan todo el bien que esté a su alcance en todos los sentidos. Con este medio de los ejercicios espirituales se les hace un beneficio muy grande a las jóvenes, porque a esas edades todo es poco para preservarlas de las vanidades y asechanzas con que nuestro cruel enemigo trabaja para inclinarlas por senderos torcidos y peligrosos de cuerpo y alma. Los ejercicios de las educandas o niñas de los Hospicios deben ser más llevaderos que los que den a las jóvenes de la Casa Madre”.

CAPÍTULO XI

De la caridad de la Sierva de Dios con el prójimo

La M. María Rafols, como hemos visto, era un modelo de caridad y de amor a Dios, al cual amaba con todo su corazón y con todas sus fuerzas, pero no por esto dejaba de amar a las criaturas. Esta es la maravillosa fecundidad del amor divino, de la verdadera caridad, que al darse por completo a Dios no se agota, sino por el contrario es más rica de amor al prójimo, de tal manera que podemos decir que la medida de la caridad con el prójimo es la medida del amor de Dios y aquél ama más a su prójimo que más ama a Dios. Nadie amó más a los hombres que Jesucristo Nuestro Señor, que dió la vida por ellos, porque nadie amó más que Él al Padre Celestial.

Esta virtud de la caridad, del amor al prójimo por Dios es tal vez la virtud sobresaliente y característica de la Madre María Rafols. Llamada Heroína de la Caridad, su corona más brillante la forman sus altas, magníficas y excelsas obras de caridad. A la posterioridad ha pasado nimbada con la gloria de este nombre y entre todas las virtudes que modelaron su alma de mujer fuerte y ejemplar descuella y culmina la caridad que la llevaba con impulso irresistible allí donde había penas que consolar, desgracias que socorrer, lágrimas que enjugar, víctimas que salvar. Ante el brillo y esplendor de esta virtud se ocultan y como se esfuman, como las estrellas se ocultan a la aparición del sol, las otras virtudes, de tal manera que siempre cuando se nombra a la Madre Rafols lo primero que se ve en ella es su caridad, y las gentes

la honran, veneran y conocen principalmente por sus obras de caridad.

Naturalmente, tenía la Sierva de Dios un corazón generoso, tierno, rico en afectos y delicadezas; una sensibilidad exquisita que fácilmente se emocionaba y vibraba a impulso de todos los sentimientos generosos y nobles; un temperamento amable, suave, afectuoso, en el cual fácilmente florecía con rica y espontánea vegetación el amor, la piedad, la compasión. Como vimos en el primer capítulo, desde su más tierna infancia dió muestras de esa ternura generosa de su alma. Estas cualidades naturales fueron sublimadas por la virtud sobrenatural de la caridad.

Así como hay en nuestras conciencias cristianas un misterio de fe, hay en nuestros corazones un misterio de amor.

Este misterio de caridad es toda la vida cristiana y en ella se condensa toda la ley cristiana. Esta ley la promulga el divino Salvador cuando dice: “El precepto mío es que os améis los unos a los otros como yo os he amado”. Esta caridad fraterna es el sacramento supremo de la fe, el punto culminante de la doctrina cristiana, el tesoro del nombre cristiano, el fundamento de nuestra paz, la savia del árbol de vida, la medula de la vida sobrenatural, la señal, en fin, distintiva, característica del cristiano; señal viva, sello grabado en el fondo de nuestro ser, sin el cual no se vive la vida sobrenatural de la gracia. “Que se signen todos—dice San Agustín—con la señal de la cruz, que se bauticen todos, que frecuenten los templos o que los construyan a sus expensas, nada de esto me dice quién es cristiano, pues lo que verdaderamente distingue de los hijos del diablo a los hijos de Dios es la caridad. Vestir tosco sayal; mortificar la carne con ayunos, disciplinas y cilicios; rezar de día y de noche, trabajar sin descanso; estar colmado por Dios de mercedes singulares y de comunicaciones extraordinarias, todo esto no

es señal suficiente para saber que esas almas son de Dios y viven en Dios; la señal clara y terminante es el amor a los hermanos, es la caridad mutua; en esto y sólo en esto consiste la verdadera justicia, la verdadera piedad, la verdadera perfección, y sólo con eso se merece y se logra la felicidad verdadera”.

La Sierva de Dios es de Dios y vive en Dios, es un prodigio de santidad porque es un prodigio de caridad. Su vida fué un perpetuo holocausto en aras de la caridad más heroica. Amaba a todos no por un motivo natural, sino por un motivo sobrenatural, por Dios, porque en todos los hombres, a través de sus flaquezas, imperfecciones y miserias, veía la imagen de Dios, veía a su dulce Jesús, objeto supremo de su amor.

Por esto amaba al prójimo con un amor siempre constante. Lo amaba con un amor sin medida, porque siendo el amor del prójimo por el mismo motivo que el amor de Dios, lo amaba como a Dios, con todas sus fuerzas, con todo su corazón, con toda su alma. Lo amaba con un amor universal sin restricción, sin parcialidad, sin división; amaba a todos hombres sin acepción de personas, sin distinción de clases, ni de razas, ni de pueblos, ni de estados, ni de condiciones; a los amigos más acendrados como a los indiferentes más desdeñosos y a los más encarnizados enemigos; a grandes y pequeños; a pobres y a ricos; a sanos y enfermos; a buenos y malos, porque en todos, prescindiendo de sus cualidades exteriores y naturales, veía impresa la imagen divina.

Por esto lo primero que ama en todos y busca y procura con un amor puro, discreto, desinteresado, compasivo, es ese bien divino, esa vida sobrenatural de la gracia, esa imagen de Cristo en el alma; y ama y busca ese bien como Cristo lo buscaba y procuraba, con un amor capaz de llegar al sacrificio y a la muerte.

Amaba a todos los que tenían esa vida divina o podían tenerla; amaba con singular afecto y se fortalecía con su

ejemplo a las almas que están ya en el cielo, a los ángeles y a los santos que ya tienen consumada perfecta y segura esta vida divina. Amaba a las almas que están en el purgatorio y procuraba ayudarlas con sufragios, con oraciones, con todas las gracias e indulgencias que podía lucrar y que ofrecía con el mayor desprendimiento y liberalidad por su sufragio e intención. Amaba a las almas justas que poseen y conservan la gracia, y trabajaba y pedía por su conservación y acrecentamiento. Amaba y tal vez con amor más ardiente que a nadie, porque eran más desgraciadas y necesitadas, a las almas pecadoras que había perdido esa vida divina, y ofrecía a Dios su vida misma por su conversión. Amaba a las almas infieles, a aquellas que están sentadas en sombras de muerte y también rogaba sin cesar por ellas, y en los ardores de su caridad, como vimos en otro capítulo, hubiera querido tener alas para volar a todas las partes donde no era conocido Cristo para predicarlo y difundir la luz de su doctrina sobre todos los infieles. Sólo había un lugar adonde no llegaba ni podía llegar su caridad: la triste morada donde reina, como dice Santa Teresa de Jesús, la desventura de no amar.

La Sierva de Dios amaba con preferencia a la Iglesia, y en la Iglesia principalmente a aquellos que han recibido de Dios la misión de la autoridad para gobernarla y aquella divina potestad para realizar los grandes misterios de la gracia en la sociedad cristiana, transmitiendo y restaurando la vida sobrenatural en las almas. Amaba y reverenciaba de un modo singular al Vicario de Cristo y rezaba todos los días por él para que el Señor lo conservase, lo hiciese feliz y lo defendiese de sus enemigos. Reverenciaba también a los Prelados de la Iglesia con una especie de culto religioso, porque eran para ella los pontífices de Jesucristo verdaderas personas sagradas. En los sacerdotes veía a los ministros de Dios y los veneraba y les mostraba gran reverencia, y si eran sus directores se sometía gustosa a sus consejos y nunca tomaba

ninguna resolución en los negocios graves sin consultarlos. Amaba a todas las personas religiosas y consagradas a Dios, alegrándose santamente de que la vida cristiana, las virtudes evangélicas brillasen y floreciesen con tanta lozanía y armoniosa variedad en todos los Institutos religiosos para gloria de Dios, salvación de las almas y beneficio de la sociedad; nunca se mostró celosa de los triunfos y glorias de otras religiosas, sino que por el contrario su alma nobilísima se alegraba de ello; y no sólo profesaba a todas las esposas de Jesucristo este santo respeto y religioso amor, sino que las ayudaba siempre que podía, privándose en más de una ocasión de lo necesario para atender a otras religiosas necesitadas. Ejemplo edificante de esta caridad lo tenemos en el socorro que prestó en días angustiosos para ella y sus religiosas a las Monjas de la Encarnación, dándoles alimentos y auxilios de que ella y sus Hijas estaban también muy necesitadas. Pero como hemos dicho en otros capítulos, a quienes amaba con un amor singularísimo y con una caridad extraordinaria era a sus religiosas, a sus Hijas. Para ellas siempre tuvo entrañas y corazón de Madre; atendía con una solicitud incansable a todas sus necesidades, las protegía en todos los peligros, hasta con exposición de la vida más de una vez; las guiaba con sus lecciones y ejemplos; las cuidaba con amoroso esmero en todas sus enfermedades; era el médico de sus dolencias, la consoladora de sus aflicciones, la consejera de sus dudas, la confidenta de sus secretos y de sus penas.

Trataba sobre todo de formar en ellas el espíritu de caridad y sacrificio, que ha de ser el adorno y la corona de una Hermana de la Caridad, y no omitía medio ni trabajo para encender y avivar ese fuego con exhortaciones, con consejos, con oraciones, con castigos si era preciso, porque la verdadera caridad, que es compasiva, indulgente, paciente, no es, sin embargo, como el amor terreno, un amor afeminado y cobarde, sino que es fiel, denodado, firme, y cuando es necesario

corregir, castigar y herir para salvar en el alma la vida divina amenazada, no duda ni retrocede en hacerlo.

Pero en donde brilló más la caridad de la M. María Rafols fué en el cumplimiento de ese precepto evangélico que es la gloria de la ley cristiana, en el amor de los enemigos. La Sierva de Dios, como hemos visto en estas páginas, tuvo muchos enemigos encarnizados, violentos, tenaces, que la insultaron, la llevaron a los tribunales, a la cárcel, al destierro y muchas veces trataron de matarla, y a todos no sólo los perdonó, sino que rezó por ellos y ofreció constantemente a Dios su vida por su salvación. Nunca se quejó ni recordó el nombre de sus enemigos, y prohibió a sus Hijas que hablasen mal de ellos. Llenos están sus escritos de estos nobilísimos sentimientos. Devolvía siempre bien por mal y hacía cuanto podía por sus perseguidores.

También amaba con especial predilección, según consta en las páginas anteriores, a los más desgraciados y miserables. La desgracia arrancaba a su corazón tesoros de ternura inefable.

A esta caridad interior juntaba modales exteriores llenos de dulzura, de gracia, de amabilidad, y era atenta, cortés, cariñosa en sus palabras; toda su persona respiraba afabilidad y había en ella un encanto singular, mezcla de majestad y de bondad, de gravedad y de gracia, que era como el perfume y el calor de su caridad interior, que atraía y seducía a todos. Tenía tal dominio de sí misma, había tal equilibrio en su alma, que jamás se le escapó una palabra de crítica, de desagrado, de disgusto, de displicencia y menos aún de injuria para nadie; en cualquiera circunstancia a todos acogía bien, respondía con afabilidad, les hablaba con cariño y en su rostro brillaba la luz de una dulzura especial.

Esta es una de las mayores pruebas de su extraordinaria y subidísima santidad. Porque en las circunstancias tan variadas que rodearon la vida de la Sierva de Dios; en los

sucesos tan diversos, trágicos y dolorosos muchas veces que tejieron la urdimbre de su existencia; tratando a toda clase de personas buenas y malas; educadas y groseras; atentas y descorteses y algunas veces hasta brutales; atormentada por múltiples molestias y enfermedades; sometida a la dolorosa operación de persecuciones injustas, de atropellos incalificables; viendo recompensados sus sacrificios con insultos e ingratitudes, sin embargo, a pesar de estos ataques y asaltos a su corazón y a su paciencia, nunca se descomponió, nunca la impaciencia arranca a su boca una palabra dura, una frase de enojo, una queja; siempre igual e invariable, hay constantemente sonrisas en su boca, y luz de amor en sus ojos, y moderación y dulzura en sus palabras, y rendimiento y modestia en sus modales.

Huía sobre todo de la murmuración como de una serpiente venenosa. Hablaba siempre bien de todos, de las personas presentes y de las ausentes, a las cuales defendía y excusaba. No consentía que en su presencia se hablase mal del prójimo ni se murmurase; si las personas con quienes hablaba eran personas sobre las cuales tenía autoridad o confianza, cuando oía hablar mal del prójimo procuraba con habilidad desviar la conversación a otros asuntos, sobre todo a cosas espirituales; si no podía impedir la murmuración, o se retiraba, o si no podía hacerlo por atención a las personas con quienes estaba, tapaba su oído, según el consejo del sabio, o mostraba en su rostro el disgusto que aquellas palabras le producían.

Nunca, aunque supiera faltas de su prójimo, las decía o declaraba, sino que las ocultaba y como sepultaba en el sepulcro de un silencio absoluto y procuró por todos los medios posibles conservar la buena fama de esas personas, sin que jamás, por sus palabras o por sus acciones, pudiera sospecharse de ellas.

A sus Hijas les recomienda con gran encarecimiento y

reiteradamente que huyan de este vicio, el más impropio de una Hermana de la Caridad: “Ninguna — dice en uno de sus escritos — abrigará en su corazón ningún resentimiento ni hablen mal unas de otras”. “Y si involuntariamente — escribe en otro — se faltan, tengan mucha caridad y humildad para reconocer su falta y no se acuesten sin reconciliarse antes”.

Donde ella estaba y donde quiera que se presentaba conquistaba la simpatía y el amor, y era como el arco iris, que cuando aparece disipa las tormentas y las discordias y es signo de bonanza y de tranquilidad. Trató y estuvo en relación constante por sus cargos y ministerios con toda clase de personas de toda edad, sexo y condición, y nunca tuvo diferencias, ni discordias, ni disputas con ninguna.

Una de las recomendaciones que con más insistencia repite en sus escritos a sus Hijas es el amor mutuo, la caridad fraterna, amándose como verdaderas Hermanas, desterrando todo motivo de discordia, rencilla o división. Muchas veces en sus exhortaciones y consejos les recomienda y manda esta caridad y aún la preconiza como la virtud primera que debe tener una religiosa que lleva y ostenta este hermoso nombre de Hermana de la Caridad: “Amense en caridad unas con otras y tengan mucha paz y unión, pues sería muy lamentable que ejercitando la caridad voluntariamente con todos, no tuvieran caridad y unión las Hermanas entre sí. Además, que la mutua caridad y unión hace llevaderas y aun gustosas las mayores cargas y fatigas”.

En el último de sus escritos, despidiéndose de sus Hermanas, después de recordar las palabras tiernísimas de amor que el Salvador dirigió en la última cena a sus discípulos, les dice: “Hermanas mías, como a mí también me ha anunciado el Corazón de Jesús mi cercana muerte, les hago el mismo encargo: que todas se amen mucho en Dios y para

Dios como hasta el presente lo hemos hecho. Conserven esta unión fraterna que con la gracia de Dios yo les dejo en la Hermandad... Por amor de Dios, Hermanas mías, les ruego que se amen mucho unas a otras". Y termina este escrito repitiendo la misma recomendación: "Las bendice y ama en el Corazón de Jesús la que por última vez les recomienda que se amen unas a otras como hasta el presente nos hemos amado". En casi todos sus escritos pondera la necesidad de esta caridad mutua entre las Hermanas.

De sus obras de caridad y misericordia corporal no quiero añadir nada a lo dicho en este libro. Llenas están sus páginas de sus acciones heroicas de caridad en los Hospitales, en las guerras, en las epidemias, con los enfermos, con los prisioneros, con los dementes, con los niños, con todas las víctimas del dolor y de la miseria. Vivió para todos y por todos se sacrificó. A ejemplo del Corazón de Jesús, en su corazón todos tenían cabida y encontraban alojamiento. El amor de Jesús dió a su corazón una capacidad ilimitada y una caridad que subía a las cumbres del sacrificio.

CAPITULO XII

De la humildad de la Sierva de Dios

El afán del corazón humano es subir, empinarse sobre los demás y llegar a ser el primero y el más alabado. Todos, si no con la boca, con el deseo y el corazón, repiten las sacrílegas palabras de Lucifer: "Subiré a los cielos, levantaré mi trono sobre las estrellas y seré semejante al Altísimo". El hombre, ya haya nacido en un trono o en una cabaña, aspira siempre a ser el primero. Aquella célebre frase que César pronunció al pasar delante de una pequeña aldea: "Más quisiera ser el primero en esta aldea, que el segundo en Roma", es el grito de la naturaleza humana trastornada por la soberbia del primer hombre.

Solo que hay una clase de hombres que por una conducta incomprensible al mundo no aspira a subir, sino a bajar, y tiene horror a todo pedestal, a no ser que ese pedestal sea la cruz. Esta clase es la raza de los santos. A esta raza perteneció la M. María Rafols; huyó de toda preeminencia, de toda exaltación; amó la oscuridad y el olvido del mundo; se ocultó y rebajó cuanto pudo y sólo amó este trono y pedestal de la cruz, de la humillación, del desprecio.

Puede decirse que la humildad fué la virtud característica de la Sierva de Dios, y quería también que fuese la virtud característica de la Congregación. Muchas veces dice en sus escritos que la humildad debe ser siempre el distintivo de la Hermandad: "Que la humildad y caridad—dice en uno de ellos—reine siempre en esta pequeña Hermandad". "Todos los días—añade en otro lugar—las encomiendo a Dios Nues-

tro Señor para que nos alcance su divino amor y una verdadera humildad, que debe ser siempre el distintivo de esta Hermandad". "No consentan—dice en su testamento espiritual—singularidades de ninguna clase y se acomoden en todo con lo de la Comunidad, pues esto contribuye mucho para mantener el espíritu de humildad y caridad, que deben ser los distintivos de esta Hermandad".

Ejerció la Sierva de Dios la humildad en un grado heroico.

Según Benedicto XIV, la humildad heroica exige el ejercicio frecuente de los actos propios de esta virtud, que son el sincero desprecio de sí mismo, considerándose el último y más despreciable de los hombres; el rendimiento de la propia voluntad a los Superiores y aun a los iguales e inferiores; rechazar y huir de los honores y dignidades y de toda gloria humana; ocultar cuidadosamente todos aquellos dones y cualidades que pueden granjearle estimación y alabanza; buscar con afán los desprecios y humillaciones y gozarse en verse vilipendiado, perseguido y escarnecido; y, en fin, ejercitarse con gusto y alegría en los oficios viles y repugnantes.

Todos estos actos que caracterizan la verdadera y heroica humildad, los ejerció la Sierva de Dios con constancia, alegría, prontitud y buen ánimo.

La Sierva de Dios, a pesar de ser la Fundadora y la Madre de la Hermandad; a pesar de sus méritos extraordinarios, de sus gloriosas hazañas, de sus servicios eminentes, de sus dones sobrenaturales e inefables carismas, se consideraba la última y más indigna y miserable de sus Hermanas, hasta el punto de creer que sus infidelidades eran la causa de los males, disturbios y trastornos de su tiempo.

Siempre sometió la Sierva de Dios su juicio al de los demás y cedía de su propio parecer, cuando de ello no se seguía perjuicio para nadie, para evitar discordias y disensiones que turbasen la paz. En su trato con todos siempre

era muy humilde, aunque fuesen inferiores, y servía con gusto a todos.

Se sometía no sólo a los Superiores, sino también a los inferiores, siendo de gran edificación ver a la Sierva de Dios cuando era Superiora no hacer nada sin pedir parecer y consejo a todas las Hermanas, aun las últimas y más jóvenes.

Nunca buscó preeminencias, ni honores, ni cargos, ni nada que pudiera redundar en alabanza de su persona; por el contrario, rehusó, como hemos visto en su vida, con tenacidad, el cargo de Superiora, que sólo aceptó cuando se vió obligada por la obediencia, y en cuanto pudo, sin detrimento para la Hermandad, lo renunció para volver a ocultarse en el silencio y en la oscuridad tan amadas de su corazón.

Tenía suma complacencia en ejercitarse en las ocupaciones más humildes, en los oficios más bajos y en los ministerios más repugnantes. Se adelantaba siempre que podía a las demás religiosas en el ejercicio de estos ministerios, haciéndolos por la noche, cuando nadie la veía; por la mañana las Hermanas, cuando se levantaban, ya encontraban muchas veces limpias las salas de los enfermos y arregladas sus ropas y sus lechos.

Tuvo la Sierva de Dios empeño en ocultar con el mayor cuidado y diligencia las gracias, favores y carismas extraordinarios y sobrenaturales con que Dios la adornó y regaló, cubriendo con el manto de la humildad todos estos tesoros con que el Sagrado Corazón enriqueció su alma. En los capítulos anteriores expusimos muchos de estos favores y dones y también el gran cuidado con que los ocultaba. De los milagros que por sus oraciones e intercesión hizo el Sagrado Corazón en la época de los Sitios en favor de los enfermos y heridos del Hospital nadie se enteró, como tampoco de la manera milagrosa con que Dios la libró de la muerte en muchas ocasiones. Las revelaciones y gracias con que el Sa-

grado Corazón la favoreció durante su vida no las dijo a nadie nunca, y si consignó por escrito alguna de ellas, fué con repugnancia y sólo por obedecer a los mandatos del Sagrado Corazón, y además porque sabía que sus escritos no serían descubiertos hasta después de su muerte.

Son admirables las palabras que dice en el último de sus escritos: “El Dulce Jesús me manda escribir más detalles de mi vida íntima, y ¡cuánto sacrificio me cuesta este trabajo!, porque yo quisiera borrarle de la memoria de las criaturas presentes y venideras; pero me lo manda el Corazón de Jesús y tengo que obedecer a pesar de todas mis resistencias”. En el mismo escrito añade: “Todo esto que yo escribo nunca jamás lo hiciera si no fuera por mandato del Corazón de Jesús y de la Virgen Santísima, pues sólo ellos saben el martirio que es para mí decir estas cosas íntimas de mi vida siendo yo la más imperfecta de todas”. “Yo no sé lo que mi Dulce Jesús—dice en el mismo escrito—se propone con hacerme escribir. Sólo sé decir que son tantas las angustias que siento cuando recibo estos mandatos, que todo lo que he sufrido en mi dilatada vida me parece nada en comparación de las agonías que siento al escribir estas noticias tan íntimas de mi vida”. “El sólo sabe los sacrificios tan grandes que me ha impuesto con hacerme escribir tanto, porque desde la edad de cuatro a cinco años he sentido en el fondo de mi alma unos deseos muy grandes de vivir desconocida, despreciada, pobre, con deseos de comunicar sólo con Dios en la más escondida soledad. Estos han sido siempre mis deseos, pero mi divino Maestro me ha conducido casi siempre por caminos distintos a mis inclinaciones. Yo he tenido siempre una repugnancia grande en figurar en la Hermandad”. “No me atribuyan — exclama — nada bueno a mí; todo es de Jesús, y por eso mis deseos son que en vida y en muerte quede mi memoria sepultada en el Corazón de Jesús y en un eterno olvido de las criaturas”.

Los favores que hace, como el indulto de los reos condenados a muerte que muchas veces consiguió, no quería que lo supiesen los favorecidos y procuraba que quedasen ocultos.

Su Madre y Maestra la Virgen Santísima le aconseja que haga siempre el bien en silencio y escondiéndose de las miradas de las criaturas, y así procede en todos sus actos.

Fué la Sierva de Dios amantísima de las humillaciones y desprecios y recibió con gran alegría y consuelo de su alma las persecuciones, insultos, vejaciones y vilipendios con que muchas veces, como hemos visto en los capítulos anteriores, la malicia y la perversidad de los hombres la maltrató. Se gozaba en las tribulaciones y en todo lo que pudiera rebajarla y humillarla, abrazándose con gran contento y ánimo a los mayores dolores y miserias. El manjar más regalado para su alma era la humillación.

Estos sentimientos de humildad son los que recomienda con más interés a sus Hijas. Con reiterada insistencia las exhorta a la práctica de esta virtud y al amor de las humillaciones. “Sean—dice—todas las Hermanas muy humildes y mortificadas”. “Sobre todo—escribe en otro lugar—sean muy humildes en todos sus actos; sin humildad no puede haber verdadera virtud; busquen siempre en todo, lo peor, sin alarde y sin llamar la atención, haciendo los oficios más humildes sin que nadie las vea si puede ser; nunca tengan otras miras que dar gusto a Dios en todo, y cuanto más antiguas sean, más obligación tienen de ser más humildes y mortificadas. El distintivo de todas ha de ser la humildad y su inclinación natural sea ocultarse de las miradas y alabanzas de todas las criaturas... Nunca hablen de sí mismas ni consientan que las adulen... Sean amantes de las humillaciones y mortificaciones hasta morir. Nunca se excusen, aunque sean inocentes, a no ser que se trate del buen nombre de la Hermandad”.

En otro de sus escritos dice estas hermosas palabras, re-

veladoras de su amor a la humildad y de la sed que tenía de ser humillada y de padecer por su Dios y Señor el Sagrado Corazón: “Yo le doy muchas gracias al Sagrado Corazón porque me lleva y nos lleva por el camino de la Cruz y le pido a este Sagrado Corazón que les dé a todas mis Hermanas un amor muy grande a las humillaciones, pues presiento que han de ser muy humilladas, ya que este es el camino más seguro y el Corazón de Jesús no quiere que se pierda ninguna de las que perseveren en la Hermandad. Deseo y pido con toda mi alma que sean muy amantes de la oscuridad, que procuren hacer el bien de una manera oculta, para que el ladrón de la vanidad no les robe ni una partecita y todas sus obras sean del todo del agrado del divino Corazón”.

“No deseen ninguna recompensa de las criaturas en esta vida sino el amor del Corazón de Jesús en la eterna. Piensen a menudo cuánta alegría tendrán en la hora de la muerte si han sabido soportar con alegría los desprecios, las humillaciones, las falsas acusaciones que el Sagrado Corazón les mande en toda su vida, aunque no les vayan de El directamente, sino de parte de las criaturas”.

Todos cuantos la trataron y conocieron reconocen su humildad. Su confesor D. Agustín Oliver declara su humildad, esperando que por ella sea glorificada y ensalzada. “El Señor—dice—ha prometido ensalzar a los humildes, y estoy seguro que cumplirá su palabra. La M. María fué humilde en sumo grado”.

CAPITULO XIII

De la mortificación de la Sierva de Dios

El cristianismo es abnegación, es lucha del hombre consigo mismo, y la mortificación es por esto como la esencia del cristianismo y el acto más noble y principal de la vida cristiana. El Apóstol manda que todos lleven ceñido su cuerpo con la mortificación de Jesucristo para que por ella se manifieste la vida del Salvador.

“Santidad y mortificación—decía San Francisco de Borja—son dos términos moralmente sinónimos”. La Cruz es el único camino para ir a Dios y subir a la cumbre de la perfección.

La Sierva de Dios fué en esta, como en las demás virtudes, un modelo acabado.

La mortificación más agradable a Dios y más útil para la perfección y progreso espiritual, no es la que voluntariamente se impone el hombre sino la que Dios envía. Aceptar con resignación, y lo que es más meritorio, con alegría, los dolores, las enfermedades, las contradicciones y pruebas de la vida; someterse con humildad a la voluntad de Dios, es la más dolorosa y por esto la más meritoria y eficaz de las mortificaciones.

Bajo este aspecto, la M. María Rafols fué modelo de la más austera mortificación y no tuvo rival. Llovieron sobre ella las persecuciones, las calumnias, las vejaciones de todo género, penosísimos trabajos, largas y dolorosas enfermedades, y todo lo sobrellevó y soportó no sólo con paciencia admirable y con edificante resignación, sino con santa ale-

gría y regocijo. Como hemos visto en capítulos anteriores, se alegraba en los dolores. Padecer por su Dios era su deseo más vehemente y su manjar más sabroso sufrir por su dulce Jesús.

No es necesario insistir sobre este aspecto de la santidad de la Sierva de Dios, porque de todo lo dicho en esta obra se desprende que fué una de las almas más ardientemente enamoradas de la Cruz y de las que con más gusto bebieron y saborearon hasta saciarse el cáliz del dolor.

Pero la Sierva de Dios no sólo ejercitó heroicamente esta virtud de a mortificación sufriendo con santa entereza y alegría las pruebas dolorosas que Dios le envió, sino también fué modelo de la mortificación voluntaria, de la mortificación que tanto ensalzaron y preconizaron los antiguos con el imperativo *abstine*, que es la represión de los instintos y de las inclinaciones naturales, la privación de aquellas cosas que halagan nuestros sentidos o codicia nuestra concupiscencia; y la mortificación activa castigando el cuerpo con el látigo de crueles penitencias y con la espuela de sangrientas austeridades.

La Sierva de Dios mortificó todos sus sentidos y siempre se abstuvo de todo gusto propio para dar gusto a Dios. Puesta a elegir entre la satisfacción del propio apetito o privarse de ella para agradar a Dios, sacrificó siempre su propio gusto en todo, en la comida, en la bebida, en el sueño, en la mirada, en la palabra.

Mortificaba constantemente su vista llevando siempre los ojos bajos sin mirar a nadie, sobre todo si eran hombres; jamás miró a ningún hombre al rostro, y viendo y tratando a muchos durante su larga vida, seguramente no hubiera conocido a nadie por la cara. Esta conducta que observaba escrupulosamente la recomienda con encarecimiento a sus Hijas: “Con las personas de otro sexo guarden suma

cautela, no hablen más que lo indispensable cuando tengan necesidad por razón de sus ministerios y lo harán con mucha modestia, humildad y recogimiento sin mirar nunca al rostro”. La M. María Rafols fué siempre ejemplar modelo de recato y modestia en la mirada.

Mortificó el oído huyendo de toda conversación ociosa y profana y mucho más de aquellas conversaciones que eran lesivas para la reputación y buena fama del prójimo; su conversación siempre era de cosas espirituales y fué mesurada y callada, siendo una de sus virtudes características el amor al silencio. La mortificación de la lengua, que es de las más difíciles y dolorosas, sobre todo en la mujer, inclinada naturalmente a la locuacidad y a la expansión, fué maravillosa en la M. María. Guardaba riguroso silencio en las salas de los enfermos, en los pasillos del Hospital, en todas sus ocupaciones. Sólo hablaba de cosas espirituales con sus Hijas en la media hora de recreo y cuando la necesidad la obligaba con otras personas, pero siempre con brevedad, medida y recogimiento.

Con insistencia recomienda en todos sus escritos a sus Hijas el silencio, revelándose en esos reiterados avisos y advertencias la importancia que daba a esta virtud. Sería muy largo copiar todos los pasajes en que encarece esta virtud. Sólo citaremos algunos: “No sólo han de guardar riguroso silencio — dice — los días de comunión, sino siempre, pues la experiencia me ha enseñado que sin el silencio es imposible llevar vida interior, y sin la vida interior mal podremos hacer que todas nuestras obras sean agradables a Dios, que es lo único que nos debe interesar”.

“Eviten las Hermanas toda conversación y palabras inútiles con toda clase de personas y con los enfermos y aun entre sí mismas; aunque se encuentren en la escalera o tránsitos, en la enfermería, no hablen más que algunas jaculatorias para animarse a la virtud o las que sean menester para avisarse unas a otras las necesidades particulares de los enfer-

mos u otras cosas de gran necesidad. “Si después de componer y asistir a los enfermos les queda algún poco de tiempo, no lo emplearán en conversaciones, sino en leer algún libro espiritual que siempre llevarán en el bolsillo o en remendar alguna ropa, pero siempre guardando mucho silencio”.

“Sólo deben hablar las Hermanas en la media hora de recreo después de comer y cenar, y aun entonces se han de animar unas a otras con conversaciones espirituales, y acabado éste guarden riguroso silencio”. “Entiendo que más agrada al Sagrado Corazón el silencio que hablar, aunque sea de cosas buenas”.

Pero donde brilló con gran fuerza la mortificación de la Sierva de Dios fué en esas dos cosas a que tan inclinada se siente la sensualidad y molicie de nuestra naturaleza corrompida: la comida y el sueño.

En la comida fué modelo prodigioso de abstinencia, hasta el punto que parecía imposible, sin un milagro y gracia especial del Sagrado Corazón, que pudiera sostenerse y vivir con tan poco alimento.

Muchas veces, principalmente durante los días angustiosos y terribles de los Sitios, se alimentaba sólo con los restos de comida que dejaban los enfermos; residuos repugnantes, cuya sola ingestión era una mortificación horrible.

Durante toda su vida religiosa ayunaba varios días de la semana, además de los ayunos prescritos por la Santa Iglesia, alimentándose en esos días sólo con verduras cocidas con agua y sin aderezo alguno.

Esta abstinencia tan rigurosa la observaba aun en sus largas y penosas enfermedades, durante las cuales no consentía que la sirvieran alimentos de otra clase, a no ser que el médico la obligase por obediencia, y entonces, con delicada ternura, no se decidía a comerlos, sino después de haber obsequiado con alguna parte a la Hermana que la servía.

La Sagrada Escritura nos dice muchas veces que para hallar la sabiduría es necesario madrugar, y todos los santos han considerado el sueño como uno de sus peores enemigos, trabajando con gran empeño para dominarlo, pasando muchas veces las noches en la oración, a semejanza del divino Maestro.

En este género de mortificación fué extraordinaria y sin rival la M. María. Las pocas horas que la regla de la Congregación concede a las Religiosas para el descanso las reducía cuanto era posible, y muchas veces las suprimía, pasando la noche entera en oración ante el Sagrario. Todas las noches, además, se levantaba para asistir a los enfermos en los oficios más bajos y para vigilar a las Religiosas.

Y las breves horas que dormía, que nunca fueron más de tres a cuatro en las noches que no pasaba enteras en la capilla o en las enfermerías, lo hizo sobre duras tablas o sobre un cañizo.

Estas vigiliass casi continuas las observó toda su vida, aun en os años de sus enfermedades. Nunca quiso dispensarse y era la primera que se levantaba a las cuatro de la mañana, recomendando muchas veces en sus escritos a sus Hijas que huyan de la pereza como de un vicio muy pernicioso, que es fuente de muchas faltas y caídas, y sean siempre muy exactas y diligentes en el cumplimiento de esa regla que ordena a las Hermanas levantarse a las cuatro de la mañana. “No se dejen llevar—dice en uno de sus escritos—de la pereza y regalo del cuerpo y nunca intenten levantarse más tarde de las cuatro, para que el alma se alimente bien antes de empezar a trabajar en sus ministerios, los que procurarán hacer con grande silencio y recogimiento interior; si no lo hacen así, no adelantarán nada en la vida interior, que es lo único que debe interesarnos”. “Nunca me cansaré—dice en otro lugar—de recomendarles que se levanten a las cuatro de la mañana, pues conviene madrugar para hacer

bien la oración y alimentar el alma antes que el cuerpo dé principio al trabajo. Este ejemplo nos dió nuestro Salvador; a la mañana dice el Evangelista que iba Jesús al monte a hacer oración”.

En los consejos que da a la Maestra de Novicias dice: “Las acostumbre a vencer la pereza por la mañana y haga que con toda ingenuidad le digan cuando les pregunte todos los días si se han levantado inmediatamente, y a la que se deje llevar de ese vicio de la pereza, le ponga alguna penitencia hasta que cure del todo de este mal. Esta falta que en sí parece tan pequeña, si se descuida, puede llegar a ser fuente de muchas imperfecciones”.

Pero no se contentaba la Sierva de Dios con estas mortificaciones constantes, sino que inflamada en el amor de Dios y con santo odio a su cuerpo, armada con la espada de las más crueles austeridades, a ejemplo de San Pablo, castigaba su cuerpo y lo reducía a servidumbre.

Las almas inocentes son, por una paradoja al parecer inexplicable, las más penitentes, porque sienten más que ninguna otra la necesidad de sujetar a su cuerpo para abrir a su espíritu la puerta de un mundo superior y sobrenatural, y también porque conocen mejor la fealdad del pecado y quieren desagraviar a Dios con sus austeridades, sacrificando su carne y ofreciéndola como víctima sobre el altar de las más dolorosas penitencias.

La Sierva de Dios, inocente y pura como un ángel, castigó su cuerpo sin compasión. Todos los días lo hierde con disciplinas hasta sangrar, para unir su sangre a la sangre de la divina Víctima, en desagravio de los pecados con que le ofenden todos los días los hombres.

La santa religiosa ocultó cuidadosamente estas mortificaciones, pero consta por tradición que se disciplinaba todas las noches y así también se desprende de algunos de sus es-

critos. En los dos meses que estuvo en Villafranca en 1815, donde recibió del Sagrado Corazón los singulares favores y admirables revelaciones que hemos consignado en otro lugar, pasaba las noches en oración, castigando su cuerpo con durísimas y sangrientas disciplinas, redoblando con santo fervor esos castigos hasta que el Sagrado Corazón, compadecido, la mandaba cesar en ellos. “Otra noche—dice—en que estaba yo castigando mi cuerpo para desagraviar a mi dulce Jesús por las blasfemias que contra El se cometían en toda aquella comarca, se me apareció Nuestro Señor Jesucristo muy triste y me dijo: “Sigue, hija mía, sigue castigando tu cuerpo para desagraviar a mi Eterno Padre, que tan irritado está por los pecados de blasfemia, por las profanaciones de los días festivos y sobre todo por los pecados de escándalo y de deshonestidad con que me ofenden en estos últimos tiempos”. Y revelándole el Señor las profanaciones que con una imagen suya habían cometido unos hombres impíos y desalmados, la Sierva de Dios redobla sus penitencias hasta que el Señor le dice: “Basta, hija mía, basta por hoy”.

Llevaba además la Sierva de Dios ceñido siempre su cuerpo con un cilicio muy áspero y doloroso.

Algunas veces, en sus escritos, deja entrever estas grandes mortificaciones con que castigaba su cuerpo: “Por eso—dice en uno de ellos—Dios en su misericordia me envía aflicciones y ha querido que toda mi vida hiciera penitencia exterior y llevara una vida de gran austeridad para domar mi cuerpo”.

Al recomendar a sus Hijas que se mortifiquen con mortificaciones exteriores, se adivinan sus grandes penitencias, porque para no descubrirse, delicadamente dice que entre las Hermanas hay algunas puras como ángeles y sin embargo se mortifican tanto que había que moderar sus excesivas penitencias. Seguramente ella era la primera. “No se ha den de considerar exentas de la mortificación exterior, que tanto

ayuda para conseguir la interior; bien lo he visto por experiencia, y entre nosotras hay Hermanas que yo me atrevería a decir que son unos ángeles y no obstante hay que ponerles freno en las mortificaciones y penitencias”.

Además de todas estas mortificaciones procuraba castigar su cuerpo con esas continuas y pequeñas incomodidades que forman sobre la cabeza de aquellos que las reciben con paciencia y las soportan con alegría una corona de punzantes espinas que hieren sin cesar y son como la hiel y el vinagre que acibara todos los actos de su vida; por ejemplo, sufrir con paciencia inquebrantable las importunidades, flaquezas, malas palabras e intenciones, indelicadezas y algunas veces groserías de las personas que nos rodean; buscar las ocupaciones más penosas y que más repugnan a nuestro gusto e inclinación natural; elegir en todos los actos lo más mortificante, las posturas más incómodas o los alimentos más desabridos; privarse de todo aquello que codicia nuestro apetito; soportar sin hacer nada para evitarlas las molestias propias de nuestra naturaleza, y otros mil géneros de mortificación que ofrece sin cesar la miserable vida humana. Puede decirse por esto, con toda verdad, que la M. María Rafols cumplió el precepto del Apóstol, llevando siempre ceñido su cuerpo con la mortificación de Jesucristo y fué una víctima sacrificada todos los días en el altar de continuas y asperísimas mortificaciones y penitencias.

La Sierva de Dios durante toda su vida arrastró también la cadena de una mortificación que repugna mucho a la molición y pereza de nuestra naturaleza, porque vivió siempre unida al carro de un trabajo constante y penoso. Sabiendo la Sierva de Dios que la ociosidad es madre de todos los vicios y un medio de que se sirve el demonio para perder a las personas consagradas a Dios, huyó de ella, empleando todo

el día y gran parte de la noche en trabajos y ministerios humildes y penosos de caridad y de piedad. Se había propuesto no perder un minuto del día y sin compasión para su cuerpo ponía sobre él la carga de continuas ocupaciones, no descansando más que dos o tres horas por la noche, sin dispensarse nunca de esos trabajos aun en los tiempos de sus enfermedades, queriendo ser siempre útil al Hospital y a la Congregación.

A sus Hijas les recomienda que empleen siempre bien el tiempo: “Procuren — les dice — aprovechar bien el tiempo y no omitan sacrificio para que todas las criaturas que estén bajo su tutela lo aprovechen también”.

CAPITULO XIV

De la observancia de los votos religiosos.

De la obediencia de la Sierva de Dios

Esta virtud de la obediencia, que es la libre abdicación, la renuncia espontánea y la sumisión de la voluntad propia a la voluntad de los otros por un motivo sobrenatural, es decir, por Dios, la tuvo la Sierva de Dios y la ejercitó en un grado heroico. Obedeció no sólo con obediencia exterior, cumpliendo lo mandado, sino con obediencia interior, sometiendo no sólo sus acciones externas, sino su voluntad y su propio juicio, conformando sus ideas y sentimientos sin discusión ni reserva con la voluntad de los Superiores y sobre todo con la voluntad de Dios.

Cumplió en primer lugar con la mayor exactitud, diligencia y esmero, desde que tuvo uso de razón, todos los preceptos de Dios y de la Santa Madre Iglesia, de la cual siempre fué y se mostró hija fidelísima. Según consta por el testimonio de sus confesores y directores espirituales, no cometió en toda su vida un solo pecado mortal, ni tampoco pecados veniales deliberados. No había un punto ni una letra de la divina ley que no fuese objeto de su respetuosa atención y de su religiosa observancia.

Pero no sólo obedecía la Sierva de Dios con esta puntualidad y rigor los preceptos, sino también se impuso como un deber hacer siempre aquello que aunque no estuviese mandado ni siquiera aconsejado veía que era mejor y más perfecto. Se regía en todos sus actos por el amor de Dios y hacía siempre aquello que creía había de ser más agradable

a sus divinos ojos. Procuraba también obedecer con la mayor fidelidad las inspiraciones interiores de la gracia, esas ilustraciones y luces celestiales que Dios comunica con frecuencia a las almas, sobre todo a las almas fieles y amantes; palabra interior que Dios dirige al alma para guiarla por el camino de la perfección y que muchos no oyen, porque es ahogada por las voces del mundo y de las preocupaciones y solicitudes materiales, y otros, aunque la oigan, no la obedecen, porque les repugna el sacrificio que es necesario hacer para seguir el camino a que Dios las llama. La Santa Fundadora oía las inspiraciones de Dios y las seguía con fidelidad y generoso ánimo, aunque su cumplimiento fuese ocasión y fuente de penosos sacrificios. Su deseo, su aspiración única era servir y dar gusto a Dios, obedeciendo sus mandatos, siguiendo sus inspiraciones y haciendo siempre lo que creía más perfecto. A su Dueño y Señor el Sagrado Corazón no le negó nunca nada de cuanto le pidió o le inspiró, y desde su más tierna edad obedeció en todo a su dulce Jesús, a quien había consagrado su cuerpo y su alma. “Mi principal Director ha sido —dice— el Sagrado Corazón. Puedo asegurarles que desde la edad de tres años en que yo creo que tuve perfecto uso de razón, ya me consagré a El en cuerpo y alma, y desde esa edad tomó posesión de mi voluntad que me obligaba a obedecerle en todo sin que yo pudiera ponerle ninguna resistencia”.

Mientras estuvo con sus padres fué una hija modelo de obediencia. Su santa madre fué su guía, su maestra y su modelo, y dócil a todas sus enseñanzas y consejos, siguió siempre con amante fidelidad el camino señalado por el amor maternal.

Religiosa hospitalaria, observó todas las reglas de la Orden, y Hermana de la Caridad, cumplió las Constituciones de la Congregación con tan exquisita puntualidad en todas sus partes y con tal diligencia, constancia y fervoroso esmero,

que era la admiración y edificación de cuantos la veían y estímulo poderoso que movía a las religiosas a su cumplimiento. De esta observancia de las reglas de la Congregación, por pequeñas y leves que fueran, no se dispensó nunca. Ni los trabajos, ni las ocupaciones, ni las enfermedades y dolorosos achaques la apartaron un punto de su observancia. Ella era como la regla viva y práctica. Para conocer las reglas y constituciones de la Congregación y el espíritu que las informaba y vivificaba no necesitaban las Hermanas leerlas; les bastaba mirar a su Madre y seguir sus pasos. Podía decir con toda verdad a sus Hijas como el Salvador a sus discípulos: “Os he dado ejemplo para que hagáis lo que yo he hecho”.

Acató con la mayor reverencia y sumisión las órdenes de sus Superiores, a los cuales consideraba como representantes de Dios, viendo en sus disposiciones manifestada la voluntad divina. A todas sus decisiones precedía el consejo de sus Superiores y Director espiritual, sin cuyo consentimiento no hacía nada. Pero no sólo se sometía a sus Superiores, sino que, humilde y condescendiente con todos, cumplía gustosa los deseos y la voluntad de cuantos la rodeaban, aunque fuesen inferiores.

Brilla sobre todo la obediencia heroica de la Santa Fundadora en el acatamiento de la voluntad de Dios. Uno de los rasgos característicos de la Heroína es su conformidad con la voluntad de Dios.

El ápice y la cumbre de la obediencia y también de la santidad consiste en renunciar a la propia voluntad para seguir la de Dios; en ponerse con absoluta indiferencia en las manos de Dios para hacer siempre lo que El quiere, aunque esto sea difícil y repugne a nuestra naturaleza. Esta es la lección más provechosa que Cristo nos dió en su vida mortal, consagrada por entero a cumplir la voluntad de su Padre.

Aquellas palabras del Salvador a sus discípulos: “Mi comida y mi bebida es hacer siempre la voluntad de mi Padre”, son la expresión fiel y como la síntesis de la vida de la M. María Rafols.

Examinando las acciones y leyendo los escritos de la Sierva de Dios se ve que su aspiración, el deseo más vivo de su corazón, su gusto y su alegría es cumplir y conformarse en todo con la voluntad de Dios. Constantemente repite este deseo en sus escritos. En medio de los mayores trabajos y sufrimientos exclama: “Yo, con la ayuda de Dios, estoy muy contenta con su santa voluntad y pido también esta gracia para todas ustedes por ser el camino más seguro y corto para llegar al cielo” (Carta a la M. Teresa Perriú, 14 Mayo 1835). “Sólo deseo—dice en una de sus fervorósísimas jaculatorias—hacer en todos los momentos de mi vida vuestra santa voluntad”. Cuando es arrastrada por hombres perversos e impíos a la muerte, consuela a las Hermanas que lloraban desoladas al ver el atropello y el peligro de su amadísima Madre, diciéndoles que se conformen con la voluntad de Dios. La preciosa carta que escribió desde la cárcel a la Madre Teresa en 12 de Mayo de 1834 está llena de estos santos sentimientos: “Ante todo—dice—, Hermanas mías, hagamos la voluntad de Dios; estoy muy contenta porque en todo lo que me hacen no veo más que la voluntad de Dios”. Estas o parecidas frases se leen en muchos de sus escritos. Su vida fué un continuo sacrificio de su propia voluntad y juicio a la voluntad de Dios.

Su obediencia heroica llegaba a ese último grado de perfección, que consiste en el renunciamiento total de sí misma, poniéndose en las manos de Dios para que El haga de su persona lo que quiera, renunciando para siempre y por completo a la propiedad de sí misma. Enajenarse, despojarse de su propia personalidad, derretirse, según frase de los gran-

des maestros de la mística, con el fuego del amor divino para ser toda de Dios y adaptarse a Él como el agua se adapta a la forma del vaso que la contiene; querer sólo lo que Dios quiere, ser esclava de Dios, dispuesta a tener por bueno y santo cuanto Él ordena y dispone, esta es la última palabra de la obediencia y esta era la disposición constante de la Sierva de Dios. Frecuentemente reiteraba este acto de santa enajenación y de total entrega a Dios para ser como propiedad y cosa suya. Todos los días repetía muchas veces esta fórmula de consagración: "Por mi parte, aunque pobre y miserable, me consagro a sufrir por Vos todo lo que queráis y del modo que queráis, porque sólo en todos los momentos de mi vida deseo hacer vuestra santa voluntad".

Dios, por estos actos repetidos de renunciamiento y desprendimiento, tomaba cada vez más completa posesión de aquella alma tan generosa que se entregaba a Él sin reserva, y hacía de ella su herencia predilecta, su morada escogida, su jardín, su vida amada y la enriquecía con toda clase de adornos y con las flores de las más subidas virtudes, y abría en ella el manantial de regalados dones, y una paz profunda e inalterable que nada, ni las tempestades del dolor, ni la malicia y persecución de los hombres, ni las vicisitudes de la vida podían turbar, como nada turba la paz de un niño que vive en los brazos de su madre; de una santa alegría y de todos los dones del Espíritu Santo, sintiendo en su alma dulzuras inefables, porque ese abandono en los brazos de Dios alumbraba en ella la fuente de aguas vivas, el río de las consolaciones divinas, el maná escondido y las celestiales delicias que Dios da a gustar a los que son suyos del todo, a aquellos en cuyo interior está su reino, porque el reino de Dios es paz y gozo en el Espíritu Santo.

CAPITULO XV

De la pobreza de la Sierva de Dios

La pobreza de espíritu, el desprendimiento del corazón de los bienes de la tierra es necesaria para la salvación, porque sólo de los pobres es el reino de los cielos; y la pobreza real, el renunciamiento de las riquezas es condición necesaria para conseguir la santidad, según las palabras del Salvador: "Si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes y dalo a los pobres". Las riquezas son un obstáculo y una cadena que impide ordinariamente al alma remontarse a las cumbres luminosas de la santidad. Por esto todos los santos lo primero que hicieron al emprender el camino de la perfección para correr libres por él, fué despojarse de esa carga, romper esa cadena, renunciar a las riquezas y desposarse con la pobreza. La Sierva de Dios siguió con admirable fidelidad este camino que siguieron los santos, abrazándose con la santa pobreza como su mejor amiga y su esposa amadísima. Fué pobre de espíritu porque su corazón estaba despegado totalmente de los bienes terrenos. Su alma, enamorada de Dios y hambrienta del cielo, despreció y tuvo en nada los bienes miserables y caducos de la tierra y todo su tesoro estaba en los bienes del cielo.

Nunca buscó, ni deseó, ni siquiera le preocupaban los bienes y riquezas terrenales, viviendo con santa confianza en las manos de Dios, que satisface y atiende con providencia paternal las necesidades de todos los seres, aun de los más pequeños y miserables.

Pero no sólo fué pobre de espíritu, sino también fué po-

bre realmente y ejercitó heroicamente esta virtud en todos los actos de su vida, en su comida frugal, en sus hábitos pobres, en el ajuar humilde de su celda.

Sus vestidos eran muy limpios y aseados, pero eran siempre también los más viejos y remendados. Para economizar al Hospital en beneficio de los enfermos nunca se hacía hábitos nuevos y utilizaba los hábitos y la ropa interior de las Hermanas difuntas; y cuando murió, el hábito que tenía era tan viejo y miserable, que una Hermana hubo de dar uno de los suyos para que su cadáver pudiera ser expuesto decentemente vestido.

Esta pobreza y modestia en el vestido la recomienda con encarecimiento a sus Hijas: “En el comer y el vestir—dice en uno de sus escritos—todas serán iguales, sin exclusión de las Madres Presidentas; aprovechen y remienden cuanto puedan todas las ropas, pero procuren ir bien aseadas y limpias”. “En el hábito que vistan—dice en otro lugar—den todas muestras de que no cuidan de parecer bien o mal; no hay peste más pegadiza ni que obre con más eficacia que la que se introduce en las religiones en el vestir, pues fácilmente se olvidan de aquella pobreza de Nuestro Señor Jesucristo que tanto amó en sí y que tanto procuraron los santos. Por el bien de la Hermandad les recomiendo que no introduzcan en ella vanidad en el vestir; busquen en sus hábitos vestido que solamente cubra el cuerpo, no que le adorne; buscando el paño mejor o de igual clase que el que viste el seglar más acomodado, olvidándose que prometieron a Dios el ser pobres, manifestando que es medio para la estimación el hábito costoso y no se acuerdan que las virtudes y la santidad de vida son las que hemos de procurar que vean los seglares, pues San Francisco de Asís, San Ignacio de Loyola, Santo Domingo de Guzmán no los desestimaban los hombres por los hábitos viejos, pobres y remendados; por el contrario,

les adoraban mirando en ellos aquella desnudez, aquel pisar el mundo y aquel comunicar a Dios”.

En la habitación de la Sierva de Dios también resplandecía como en el vestido su amor a la pobreza. Su celda era pobrísima, desprovista de todo adorno y comodidad; no había en ella más que una mesa sencilla con un Crucifijo y un lecho incómodo de tabla. Rechazaba todo regalo u objeto destinado para el arreglo de su celda o su uso personal, y esto quiere que hagan también siempre sus Hijas: “Vivan—dice—las Hermanas muy desprendidas de todo; no ambicionen tener muchas cosas ni que sean buenas; mucho menos desearán tener cosas superfluas ni en su ropa ni en su celda; no reciban ni den regalos, aunque sean de poco coste. Nunca pidan nada a sus familias ni a nadie; pues con esto no se consigue más que malos ejemplos”. “Acostúmbrelas—dice en los consejos que da a la Maestra de Novicias—a ser desprendidas; no les consienta que tengan nada superfluo y procure que sean muy amantes de la santa pobreza. Nunca me cansaré de recomendar a todas mis Hermanas y de un modo especial a las Madres Presidentas, porque han de ir siempre delante con el ejemplo, el grande amor y estima que han de tener de la santa pobreza en todo, lo mismo en los utensilios de su uso que en sus ropas y hábitos. Tengan mucha cuenta que las habitaciones de las religiosas han de ser diferentes de las del siglo o seglares, que por un regular están llenas de vanidad, y las de las religiosas deben distinguirse por su limpieza, pobreza y sencillez, tanto en las de uso particular como en las que transitan los seglares”.

En la comida, como hemos dicho antes, era también muy pobre, muy frugal y sencilla.

“Sean — dice en sus avisos espirituales — muy amantes de la santa pobreza; ella es nuestra mejor compañera, y así como han de procurar a las enfermas y niñas todas las comodidades que puedan, con no menos empeño han de procu-

rar que en su habitación reine absoluta pobreza, en los cuartos de recibir, en sus celdas y demás departamentos del uso de las Hermanas”.

“Sean muy amantes de la virtud de este voto, que es el que con más facilidad se puede desmoronar, y es tan desagradable esto a Dios Nuestro Señor, que sólo por esta causa se han venido a derrumbar grandes Ordenes religiosas”. “No olviden esta hermosa sentencia de un Santo Padre: “Temo mucho—decía a sus religiosos—que trabajando para hacer grandes vuestras casas de la tierra, hagáis muy pequeñas y muy estrechas vuestras casas del cielo”.

La Sierva de Dios, caritativa hasta un grado heroico, renunció siempre a todo lo suyo por el bien de los enfermos. Muchas veces, sobre todo durante los Sitios y en otras épocas de gran penuria para el Hospital, renunció a la retribución y a la misma comida que la Sitiada tenía obligación de dar a las Hermanas, en beneficio de los enfermos y de los niños, no comiendo otra cosa que los restos que quedaban de los asilados. En su vida de caridad nunca buscó medro personal o interés material alguno, diciendo muchas veces y cumpliéndolo así, que ella no buscaba en sus ministerios otra cosa que la santificación de su alma y no tenía otra aspiración que vivir pobremente, contenta con recibir como premio de todos sus grandes trabajos y sacrificios un hábito humilde y una comida frugal.

La Sierva de Dios no tenía afecto ni apego alguno a los bienes de la tierra, pero era al mismo tiempo celosísima y diligente administradora de las limosnas y donativos que recaudaba pidiendo por las iglesias y de puerta en puerta, o que recibía de la caridad de muchas personas, empleándolos todos en el cuidado de los enfermos y de los niños expósitos, objeto preferente de su caridad. Nunca empleó nada para su persona, y aun aquellos regalos que recibía como obsequio per-

sonal, los dedicaba a obsequiar a los niños y a los enfermos. Se olvidaba de sí misma y de sus necesidades y sólo se ocupaba de atender a las necesidades de las demás. Su celo por los bienes del Hospital era tan grande, que muchas veces llegó a privarse de su misma comida para indemnizarlo de los utensilios y vajilla que rompían las Hermanas, y recogía después de la comida hasta la última migaja de pan, procurando aumentar sus ingresos y saliendo a pedir por las calles y utilizando el gran amor y veneración que las personas más calificadas de la ciudad tenían a su santidad y virtudes. Su lema era: “Todo para los pobres, nada para ella”. Ella se consideraba la esclava de los enfermos, en los cuales veía resplandecer la gloria de su Dios y Señor Jesucristo, guardando para ellos todos los afectos de su corazón y todos los tesoros de su caridad. Vivía en la mayor pobreza y con todo género de privaciones y sacrificios para que los pobres no careciesen de lo necesario. De ella puede decirse con toda verdad lo que la Escritura dice del Salvador, que siendo rico se hizo pobre por nosotros. La Heroína de la Caridad se hizo pobre por todos los enfermos y desgraciados, a los cuales su solicitud maternal procuró riquezas, cuidados y regalos.

CAPITULO XVI

De la castidad de la Sierva de Dios

La virtud angélica de la castidad, virtud difícil que sólo brota en las laderas del Calvario y a la sombra de la Cruz, fué la virtud más amada y con mayor diligencia cuidada por la Sierva de Dios. Se prendó de esta virtud desde la niñez. Su alma elevada y noble, como Santa Teresa, nunca entendió de estas cosas y sintió disgusto instintivo por todo lo carnal. Desde que tuvo uso de razón se consagró a Dios, y en el día de la primera comunión, por inspiración de la Virgen, hizo voto de virginidad. Este voto, que renovaba todos los años, hasta que lo hizo perpetuo, lo guardó con tal rigor y delicadeza, que ni siquiera la sombra de un mal pensamiento lo empañó nunca.

Para conservar siempre fragante y lozana en su corazón esta flor delicadísima de la castidad la cultivó con solícito esmero por medio de la oración y de la frecuencia de los sacramentos y la defendió de tentaciones y peligros con la huída de las ocasiones, con todo género de austera mortificación y sobre todo con la modestia y recogimiento de los sentidos. Ya hemos hablado antes de esta modestia y recogimiento de la Sierva de Dios.

Brillaba la pureza de la fervorosa Religiosa con tal esplendor en su rostro, en su continente, en sus palabras, en su trato dulce y recatado, que parecía un ángel. Ángel del Hospital era llamada. Su presencia era una lección de pureza, y a cuantos la veían inspiraba respeto y veneración.

Un alma que vivía en constante comunicación con Dios

por la oración, en maravillosa relación con el Sacratísimo Corazón, con la Virgen, de cuya presencia visible gozaba siempre, un corazón abrasado en el amor de Dios y triturado por enfermedades y tribulaciones, necesariamente había de ser modelo de pureza.

Exhorta a sus Religiosas a conservar esta virtud con mayor diligencia que ninguna, porque es el más bello adorno de una Hermana de la Caridad y la más amada del celestial Esposo, que sólo se apacienta entre lirios, y aparecer a los ojos de todos como dechados de modestia y de pureza, porque “la Hermana de la Caridad — decía — es espejo en que todo el mundo se mira”. Celosa del buen nombre del Hospital, trabajó, como ya dijimos, para desterrar los escándalos, las visitas sospechosas y otros desórdenes que antes de su venida deshonraban la santa Casa.

En esta castidad inmaculada está el resorte principal y la fuente de la fortaleza y de la caridad heroica de la Sierva de Dios. La virginidad es fecunda sobre toda otra virtud. La Sagrada Escritura hace de Judith este elogio singular: “Obraste, mujer, virilmente, y fué robustecido tu corazón porque amaste la castidad”. Sólo los corazones castos que saben vencerse a sí mismos saben darse y sacrificarse. La Madre María Rafols fué castísima y por eso fué caritativa hasta el heroísmo.

CAPITULO XVII

De la preciosa muerte de la Sierva de Dios

En el ejercicio heroico de todas las virtudes llegó la Sierva de Dios al término de su vida. Su alma enamorada de Dios, siente que se prolongaba su destierro y padece lo que llama Bossuet, el martirio de vivir mucho, el martirio de San Juan Evangelista. Quiere morir para unirse a su Señor y al mismo tiempo desea vivir para padecer y trabajar por la gloria de Dios; igual que Santa Teresa cuando decía: “O padecer o morir”. “Yo, Hermanas mías—escribe—, he padecido mucho, y sólo siento que se acabe mi carrera, porque ya no podré sufrir más por mi Jesús, a quien tanto le debo”.

El Sagrado Corazón anuncia a su Sierva su próxima muerte: “En un rincón de este santo Asilo del dolor—le dice— dentro de unos pocos años morirás”. Al oír estas palabras su corazón salta de gozo y se alegra como el Profeta, porque se la ha dicho que pronto irá a la casa del Señor. Su alegría crece al escuchar las dulcísimas promesas de su Dulce Jesús: “Yo haré—le dice—, en recompensa de la fidelidad con que me has servido siempre, que tu alma se purifique en la tierra y yo mismo vendré a buscarte para conducirte a mis eternas mansiones”.

El fuego del amor y el deseo de padecer por su Jesús crece al acercarse el término de su vida: “Confío—dice— por la infinita misericordia de mi dulce Jesús vivir hasta el último instante de mi vida, sirviéndole cada día con amor creciente, hasta tener la dicha de exhalar mi último suspiro en brazos del Corazón de Jesús y de la Virgen Santísima,

que así me lo han prometido, anunciándome muy pocos años de vida pero llenos de padecimientos”.

El Sagrado Corazón da a su Sierva en los últimos días una paz y alegría tan grandes que eran la admiración de cuantos la veían y como una anticipada bienaventuranza, cumpliéndose en ella lo que dice Bossuet de los Santos: “Bien que el Padre Celestial no haya querido recibir en su eterno santuario a los fieles, sino después que hayan terminado la carrera de esta vida; sin embargo, diríamos que se arrepiente de haberlos tenido aquí tan largo tiempo y les abre su Paraíso anticipadamente, difundiendo en su alma tanta luz y dulzura, que aun viviendo en esta carne mortal, pueden decir que moran en el cielo y en compañía de los ángeles”.

Bella y admirable y santísima fué la vida de la Sierva de Dios, pero su muerte fué aún más preciosa a los ojos del Señor. El Sagrado Corazón, la Santísima Virgen, el Angel de su guarda y los Santos de su especial devoción, que durante su larga existencia tantas veces la regalaron con su presencia visible, con sus palabras y milagrosa protección, dan a su hija predilecta en su lecho de muerte tan extraordinarias manifestaciones de amor, lo rodean de tan singulares prodigios, que la muerte pierde en ella su rostro temible y su tétrico y repulsivo aspecto para convertirse en tránsito triunfal, en fiesta de alegría y de gloria iluminada por las luces del cielo.

Por tradición se conocían algunos detalles edificantes de esta dichosa muerte. En la declaración prestada por la Madre Josefa Badenas, del Convento de Santa Catalina, en 11 de Febrero de 1928, se consignan algunos que copiamos:

“Acerca de la enfermedad última y muerte edificante de la M. Rafols, tengo que declarar detalles y noticias muy interesantes que también oí a aquellas Madres antiguas y al Padre Agustín Oliver”.

“Era el 28 de Agosto, día de San Agustín, cuando la Sierva de Dios empezó a agravarse de tal suerte, que todos comprendieron en seguida que se acercaba su fin. La circunstancia de celebrarse aquel día la fiesta onomástica del Padre Agustín Oliver, Confesor de la Comunidad, motivo de especial alegría para las Hermanas, vino a aumentar la tristeza de éstas, que veían cercano el fin de su Fundadora queridísima, a la que se le administró en este día el Santo Viático, que acompañaron las Hermanas sumidas en el mayor desconsuelo y derramando lágrimas abundantes; pero su pena era mitigada por el fervor con que recibió al Señor Sacramentado la enferma, que por la alegría y gozo inefable que se reflejaba en su rostro parecía un serafín. Pasó el día 28, y el siguiente agravóse todavía más; y en medio de sus sufrimientos, no perdió la serenidad y tranquilidad de su espíritu y animada y movida por su amor a sus Hijas queridísimas, les habló algunas cosas, encargándolas mucho y animándolas a la mutua caridad y dándoles buenos consejos; así se despedía de sus Hijas su buena Madre, la Santa Fundadora, a la que rodeaban aquellas Hermanas, estando entre ellas la M. Manuela Manzano, la H. Teresa y la H. Juliana”.

“Llegado el día 30, entró en la agonía la Sierva de Dios; esta agonía era tranquila, sin convulsiones ni estertores; estaba la M. Rafols con los ojos cerrados, que sólo los abría alguna vez para mirar dulcemente a sus Hijas. Allí junto al lecho de la enferma pasaba muchos ratos el P. Agustín Oliver, que en este día no se marchó del Hospital, donde hasta comió, a fin de no alejarse de la moribunda en sus últimos momentos; y tal era la tristeza que el presentimiento de lo que se acercaba causaba a todos, que aun el mismo P. Agustín Oliver lloraba amargamente”.

“Sobre las once de la mañana entró a ver y despedirse de la M. Rafols una sirvienta de toda la confianza de las Hermanas (a la que yo traté mucho después), llamada la

Teresica; y aunque la M. Rafols estaba muy postrada, al oír la llorar tan amargamente, se reanimó y le dijo con mucha dulzura: “No llores, Teresica, no llores; me voy al cielo... ya pediré por ti... Dios te pague lo bien que me has servido”. Y tanto era lo que lloraba la Teresica, que las Hermanas se creyeron precisadas a sacarla de la habitación. Esta Teresica me hablaba muchas cosas de la santidad de la Madre María y me refirió que ella la acompañó a Huesca cuando la desterraron, y que desterraron a la Madre no por nada malo, sino por su mucha caridad para con el prójimo”.

“A mitad de la tarde del día 30, en una ocasión en que había entrado de nuevo el P. Agustín Oliver en el aposento de la moribunda, ésta, incorporándose un poco y mirándole, le dijo: “¡Ay, Padre! Le dirá al señor Arzobispo que me encomiende a Dios”. Y él, que era tan cariñoso, muy amable le contestó que sí. Inmediatamente, en un silencio solemne, no interrumpido sino por los sollozos y lágrimas de las Hermanas que rodeaban la cama, quedó la M. Rafols sumida en una especie de letargo, pero muy pronto, como saliendo de él, con cara muy alegre y hermosa, retrato de la tranquilidad y felicidad de que ya gozaba en su interior, abriendo de nuevo los ojos y mirando al P. Agustín, exclamó toda transformada y como fuera de sí: “¡Ay, Padre mío!... Veo mucha gente de blanco...” Estas fueron sus últimas palabras; vieron las Hermanas en aquel momento que la Sierva de Dios espiraba, y exclamaron: “Padre, Padre, que se muere...” Y al tiempo que el P. Agustín le daba la última absolución y bendición, la M. Rafols dió unas cortas boqueadas y expiró. Era el día de Santa Rosa de Lima y las cinco de la tarde...”

Cerciorados de la muerte de la Sierva de Dios, el Padre Agustín dijo a las Hermanas: “Esta alma va ya camino del cielo”; y salieron todas las religiosas llorando como hijas desconsoladas que acaban de perder a su Madre, quedando la

M. Oliver y la M. Raimunda, que la amortajaron con el hábito de ésta, que era más nuevo que el pobre hábito de la Madre difunta. En tanto que se cumplía tal obra de caridad con los restos de aquella santa religiosa, subió el P. Agustín a la sala en que estaban las Madres y Hermanas y les hizo una sentidísima exhortación para que imitaran siempre todas las virtudes de su Santa Fundadora, pues tan grandes ejemplos les había dado de todas, en especial de la humildad y de la caridad. Y tan grabadas quedaron en la mente del P. Agustín las altas virtudes de la Madre Fundadora, que eran tema obligado de sus conversaciones y pláticas, sobre todo cuando se dirigía a las Hermanas y aún más cuando llegaba el momento de vestir el santo hábito a las novicias; la M. Rafols era el espejo en que todas se habían de mirar; ángel de humildad y serafín de caridad, debía ser el modelo de todas sus Hijas...; la que no tuviese valor para mirarse en tan santa Madre y para procurar parecerse a ella, no era digna de entrar en su familia”.

“La M. Rafols murió en el Noviciado, en la sala de dos alcobas, junto al Convento de la Encarnación”.

“Había abajo un salón grande, en el que había un Crucifijo de grandes proporciones, que es de la época de la Fundadora; allí debía oír alguna vez misa. En mis tiempos todo estaba como lo dejó la Fundadora, pues las Hermanas no querían tocar ni variar nada”.

“Mientras las Madres Raimunda Oliver, Manuela Manzano y Teresa Domenech amortajaban a la Sierva de Dios y el P. Agustín consolaba a sus Hijas, presentándola desde el primer momento como modelo en que mirarse, los empleados del Hospital trajeron una caja blanca con listas azules, muy pobrecita, pintada. Pusieron el cadáver en la caja y lo trasladaron a la iglesia del Hospital, colocándola en el centro de la iglesia sobre una mesa grande cubierta con un paño de damasco encarnado que trajeron de la casa del Conde

de Sástago, cuya familia estimaba mucho a la M. Rafols”.

“La M. María, ya cadáver, parecía aún viva; tal era la hermosura y apacibilidad con que había quedado su rostro; quedó muy hermosa, muy blanca; parecía que dormía”.

“Abiertas de par en par las puertas de la iglesia, las gentes venían sin cesar a ver el cadáver de la Madre y a rezar ante él. Sus Hijas, que sin cesar subían y bajaban, para renovarse y poder cumplir sus otros deberes de caridad, velaban el cadáver rezando ante él; el público cambiaba continuamente, viéndose de todas las clases sociales, ricos, pobres, sirvientes, militares de alta graduación, sacerdotes, seculares. Todos ensalzaban sus virtudes y recordaban los hechos heroicos de la difunta en los días trágicos de los Sitios y en las calamidades públicas; muchos lloraban... y fué tal el concurso de gente que acudía a ver el cadáver de la M. Rafols, que hubo necesidad de retrasar un día más el entierro de la Sierva para satisfacer la piadosa curiosidad del pueblo, que de tal manera demostraba su devoción a aquella santa religiosa que en alas de la caridad tantas veces había desafiado la muerte entre las balas enemigas y peligros de todo género”.

“Cuando años después la M. Raimunda contaba a las Novicias y Hermanas jóvenes estos detalles de la muerte edificante y del entierro de la Sierva de Dios y el tributo de gratitud que le ofreció Zaragoza en aquella ocasión, se llenaban de lágrimas sus ojos. Y no es extraño que así sucediera, pues ella vió siempre y muy de cerca las virtudes de la Madre María; ella la asistió en su enfermedad, la amortajó, vistiéndola, como he dicho, con su propio hábito y veló continuamente su cadáver día y noche los dos días que estuvo expuesto en la iglesia del Hospital, pues aunque las demás Hermanas turnaban, para poder atender a sus otras obligaciones, ella no se separó del cadáver de su amadísima Madre María”.

“El día 2 de Septiembre tuvo lugar el entierro de la Sierva

va de Dios. Vinieron a las exequias y misa todos los Directores del Seminario de San Carlos. D. Agustín Oliver cantó la misa y se revistieron D. Mariano Bayo y D. Mariano Barta, y terminado el oficio fué bajado el cadáver al panteón, donde fué enterrado al lado de la derecha. Cuando se acercaba este acto fué preciso a las Hermanas despedirse de su Madre, que estaba en la caja hermosa y blanca y parecía dormida. Todas, desconsoladas y con los ojos bañados en lágrimas, se despidieron de ella; y tan grabada quedó en la memoria de las Hermanas la imagen de la difunta, que después de algunos años, cuando las Hermanas antiguas contaban a las modernas todo lo sucedido en aquellos días tan tristes, y describían el rostro y figura de la Fundadora, lo hacían con tal viveza que las Hermanas modernas creían contemplarlo, y como alguna vez se lamentaban que no la hubieran retratado, exclamaban las antiguas: "Hijas, en aquellos días no había ni retratistas".

El Sacratísimo Corazón, que vela por la gloria de sus Santos, ha dispuesto que se conozcan con todos sus detalles los prodigios y celestiales maravillas que rodearon la muerte de su fidelísima amante. Su confesor, D. Agustín Oliver, Director del Seminario de San Carlos, la asistió en sus últimos días y escribió todas las circunstancias de su muerte. Este precioso documento, que como los escritos de la Santa Fundadora ha estado oculto, la misma Hermana que descubrió los escritos de la M. María lo encontró en el día 30 de Agosto de 1930, en el tiempo determinado por el Sagrado Corazón para la glorificación de su Sierva. Es largo el relato, pero es tan extraordinario, maravilloso y edificante, que sin comentario alguno, que no necesita y empañaría su celestial brillo, voy a copiarlo íntegro. En él veremos en todo su esplendor la santidad de la heroica Religiosa y admiraremos cuán dulce es Jesús con los que de veras le siguen y le aman,

y cuán amorosa Madre es la Virgen. Este relato es bastante para demostrar las virtudes heroicas y la santidad de la Sierva de Dios. Pocas muertes, seguramente, ha habido en la tierra, más prodigiosas y edificantes. En ella brillaron con fulgores espléndidos todas las virtudes que practicó heroicamente en la vida y el Señor las puso todas de manifiesto. Leámoslo con admiración y reverencia:

Datos de la muerte de la M. María Rafols

"El día de San Agustín fuí a visitar a la M. María y la encontré muy agotada de fuerzas, pero con una alegría extraordinaria. Al verme me dijo: "Padre, voy a pedirle una gracia por el día de su Santo: quiero que me administre los Santos Sacramentos; mi dulce Jesús me ha dicho que va a venir muy pronto a buscarme, y estoy llena de alegría, y también me ha dicho que ya no sufriré más en los días que me quedan de vida, que ya voy a empezar a gozar de su presencia visible hasta que El venga a buscarme para llevarme a las eternas mansiones".

"Se acordó darle el Viático sobre las cinco de la tarde para que pudieran asistir todas las Hermanas. Este anuncio que nos dió de su cercana muerte nos llenó tanto a las Hermanas como a mí de profundo sentimiento y nos pasamos el día llorando. Yo no quise separarme de la estancia de la enferma; atraía de un modo irresistible; se adivinaba que algo grande pasaba por ella. Sobre las tres de la tarde me llamó y pidió por caridad que la dejase hacer una confesión general de toda su vida. Yo le dije que no había necesidad, pues conocía muy bien el estado de su alma, a lo que me contestó: "Por caridad, Padre, déjeme que me humille de todos los pecados de mi vida, que han sido muchos, y este recuerdo sería de última purificación para mi alma; y como ya

desde esta mañana me ha quitado todas las necesidades y padecimientos del cuerpo, ya sólo puedo ofrecerle este acto de humildad sincera, agradeciéndole una y mil veces su infinita misericordia con esta admirable criatura. Yo sólo siento no poder padecer más por mi Jesús, que tan generoso ha sido siempre conmigo”.

“Por complacerla dejé que se confesara de nuevo de muchos pecados, como ella decía. Con grande confusión mía la escuché y me sucedió no encontrar en toda su vida materia ni aun suficiente, sino muy dudosa; y por eso tuve que absolverla *sub conditione*. Yo juzgo que no sólo conservó la gracia bautismal, pero que ni cometió pecado alguno advertidamente. ¡Cómo avergüenzan a uno las almas santas! después de una vida tan larga y en medio de tantos trabajos, persecuciones y peligros de todas clases, conservarse tan pura y humilde, considerándose una gran pecadora. Y es que la Madre María siempre vivía sólo para Dios y por El amaba y se sacrificaba por todos sus prójimos sin distinción de nacionalidades, ni de buenos ni de malos; todos eran hijos de Dios, y eso era todo para ella”.

“Yo estoy convencido de la gran santidad de la M. María, porque el Señor, durante su larga vida, la ha probado con toda clase de sufrimientos, y en vez de quejarse, como solemos hacer la mayor parte, ella hacía todo lo contrario, considerándose muy dichosa de padecer algo por el Señor, y se pasaba la mayor parte del día y de la noche dando gracias a Dios por esos beneficios que le dispensaba”.

“Es que la M. María no vivía más que para las cosas divinas, y por eso, cuando por necesidad tenía que salir a la calle, no se daba cuenta de nada, porque siempre iba envuelta en su Dios y sin otras miras que cumplir sus mandatos. Por eso el roce con el mundo nunca la dañó; toda su vida vivió la vida sobrenatural”.

“A las cinco de la tarde, como se había pensado, le di

el Sagrado Viático; asistieron todas las Hermanas, y al entrar en aquel recinto todos vimos que la estancia se iluminó de repente y se convirtió la habitación en un cielo. La M. María estaba toda iluminada; nadie sabíamos de dónde la venía aquella luz tan resplandeciente; sobre todo sus hermosas manos tenían tal claridad, que nos admiraban a todos, y así las tenía aún después de muerta”.

“Las pobres Hermanas no se atrevían a acercarse a la cama por el respeto que les infundía aquella claridad tan extraordinaria. Una hora estaría en esta transformación deliciosa después de recibir la Sagrada Comunión, que parecía estaba ya gozando de la bienaventuranza. Después de esto nos miró a todos, y con su dulzura maternal y acrisolada humildad nos dijo: “¡Ay, Padre Agustín y Hermanas mías, qué grande es el Corazón de Jesús y con qué caridad y misericordia me trata. Yo estoy confundida del gran amor que me tiene. ¡Cuánto nos ama a todos y qué sed tiene de almas! Me ayuden, por caridad, a amar a mi Jesús. ¡Ay, Hermanas mías, dichosas de ustedes que aún pueden padecer por Jesús! Se aprovechen, no le nieguen nada, tengan en cuenta que si son fieles a lo que han prometido, el Corazón de Jesús les derramará copiosas bendiciones; son grandes los designios que tiene con esta Congregación. Tengan mucha caridad con todos y no hagan las obras ordinarias por rutina, lo hagan todo puramente por amor de Dios. Tengan mucha cautela en no decir palabras que mortifiquen a nadie; por el contrario, que sólo salgan de sus labios palabras de consuelo para todos, sanos y enfermos. Y les recomiendo que tengan siempre presente estos tres pensamientos (a mí me han hecho mucho bien); la pobreza de Jesús, la humildad de Jesús y la caridad de Jesús. Se amen mucho ustedes, mucho entre sí mismas; en Dios y para Dios, y se ayuden las unas a las otras a llevar la Cruz. Todos los días den gracias al Corazón de Jesús por haberlas traído a esta Hermandad tan amada de

su Corazón; den siempre buen ejemplo con sus virtudes y porte exterior, que es la mejor predicación”.

“Las Hermanas oían todas estas cosas llorando copiosamente y la M. María las llamó con mucho amor diciéndoles que se acercaran a su cama, que no lloraran ni se afligieran tanto, que el Corazón de Jesús velaría siempre por todas las Hermanas presentes y venideras. “No quiero verlas tristes, porque ofenderán a Dios Nuestro Señor; por el contrario, me ayuden todas a darle gracias por tantos favores que me ha dispensado. Amen mucho al Corazón de Jesús y se ofrezcan todos los días a ser sus Cirineos, y a la hora de la muerte da mucho consuelo el haber sufrido algo en silencio por nuestro divino Redentor. Si así lo hacen, vivirán felices en esta vida y el divino Jesús, que no se deja ganar nunca en generosidad, les hará gustar a la hora de la muerte sus gracias divinas. Y basta; no puedo decirles más, porque estas cosas tan grandes no se pueden explicar. Ahora las voy a bendecir a todas”. Se pusieron de rodillas y las bendijo a todas y las repitió otra vez que no estuvieran tristes, que su espíritu estaría siempre con ellas”.

“Desde este día 28 ya no volvió a hablar a sus Hermanas hasta el día 30, a pesar de que se la veía gozar interiormente y con una paz y tranquilidad muy grande; sobre las once de la mañana del día 30 nos volvió a hablar con ternuras maternales; a las Hermanas las repetía que no sufrieran, que ella siempre velaría por todas y que se moría muy tranquila, porque veía los grandes deseos que tenían de santificarse”.

“Luego hizo que salieran todas, porque quería hacerme algunos encargos. Lo primero que me pidió que la absolviera de todos los pecados de toda su vida. Luego me comunicó los grandes favores que el Corazón de Jesús le hacía desde el día de San Agustín. Desde las tres de la madrugada se le apareció el Corazón de Jesús en medio de rayos de luz tan resplandecientes como jamás los había visto; le anun-

ció la próxima partida a las playas eternas y le prometió que ya no la perdería de vista, quitándole desde aquel momento todos los dolores y necesidades del cuerpo. “Los rayos de luz del Corazón de Jesús eran los que me iluminaron y purificaron cuando recibí el Santo Viático — me decía la Madre María—. Esa claridad que ustedes veían no era mía, sino de mi dulce Jesús, que tan misericordioso se muestra conmigo. También vi en el instante que usted me dió el Sagrado Viático cómo este dulcísimo Jesús se transformó todo blanco y resplandeciente, con una pureza tal, que yo no sé explicarlas, y me dijo: “Hija mía, así recibo yo a las almas vírgenes y que siempre han hecho mi voluntad en todo”. Hoy por la mañana he presenciado unas cosas tan grandes que yo quisiera saber explicarlas; lo haré lo mejor que sepa, porque es imposible traducir las cosas divinas al lenguaje humano. Mire, Padre: he visto yo no sé si era el cielo abierto o que se han trasladado aquí la Virgen Santísima y Santa Ana y muy contentas me mostraban a todas las Hermanas que han muerto. También he visto innumerables vírgenes y muchos ángeles y muchas almas que se han salvado por nuestra mediación. Entretanto, el Corazón de Jesús, a la vista de esa corte celestial, en tono de Rey y Juez misericordioso, me mostraba su cruz y me decía: “¿No es verdad, hija mía, que lo que más has amado en esta vida ha sido mi Cruz? En recompensa de seguir todas mis inspiraciones y mandatos, gozarás hoy mismo, y sin pasar por el Purgatorio, de mi gloria”; y a continuación me ha hecho las siguientes promesas”:

“1.^a Que El velará siempre por esta Hermandad”.

“2.^a Que siempre habrá almas donde El pueda descansar a su gusto”.

“3.^a Que esta Hermandad, que fué fundada a semejanza de su apostolado, prevalecerá hasta el fin de los tiempos conquistándole muchas almas”.

“4.^a Que esté tranquila, que entre las doce fundadoras no ha habido ningún Judas, que todas han sido fieles a sus designios”.

“5.^a Que las Hermanas que no correspondan a los fines de esta su Hermandad hará que se marchen al mundo”.

“6.^a Que en todas las casas donde se pongan en ejecución los consejos que por inspiración suya yo les dejo escritos, florecerán en frutos de santidad para sí y para sus prójimos, y por el contrario, desgraciadas las casas donde no los cumplan, porque no reinará El”.

“7.^a Regalaré a tus Hijas un hermoso Noviciado y en El permaneceré expuesto hasta el fin de los tiempos en el Sacramento de mi Amor”.

“8.^a Yo haré que todo lo que has escrito por mandato mío lo encuentre a su tiempo una hija tuya muy amada de mi Corazón”.

“9.^a Yo haré que la M. Presidenta que haya, inspirada por mí, haga que se inaugure la adoración en mi Sacramento de Amor el día 30 de Agosto del mismo año que se encuentren los escritos”.

“Cuando la M. María acabó de hablar le rogué me diera permiso para comunicar a sus Hijas después de su muerte estos favores tan singulares, a lo que me contestó: “No es voluntad del Corazón de Jesús que mis Hijas presentes sepan nada, ni nadie por ahora. Yo se lo digo a usted bajo sigilo de confesión; así me lo ha inspirado el Corazón de Jesús al hablarme de mi cercana muerte”.

“Una hora antes de morir me volvió a hablar y me dijo: “Padre, bendígame, que ya se acerca la hora de partir, y ¡qué feliz soy! Dios Nuestro Señor le premie todo cuanto ha hecho por la salvación de mi alma. Yo ofrezco mi vida por la conversión de todos los pecadores y en especial por la de los infieles”.

“Dios haga que en esta Hermandad reine siempre el

amor al Corazón de Jesús para que se hagan dignas de las muchas gracias que El tiene preparadas para El. Padre, ayúdeme a dar gracias a Dios y le ame mucho por mí (y mientras decía esto, se reflejaba en su rostro una claridad extraordinaria). Aquí en mi cabecera, al lado derecho, está la Santísima Virgen cubriéndome con su celestial manto; a la izquierda, el ángel de mi guarda y mi Madre Santa Ana y San José; frente, el Corazón de Jesús muy resplandeciente, y sus divinos rayos acaban de purificar mi alma; ahora que entren todas mis Hermanas, que ya está muy cerca la hora y el Corazón de Jesús quiere bendecirnos a todas juntas antes de partir a las eternas mansiones”. Después de todo esto quedó callada un rato; empezó a sonreírse como quien ve algo muy agradable, nos miró muy contenta con mucho cariño y al instante se murió en la paz del Señor para despertar en los eternos goces de la gloria como el mismo Señor le había prometido”.

“Después que las Hermanas amortajaron a la M. María les hice una exhortación a todas consolándolas, lo primero porque estaban envueltas en llanto, después animándolas a imitar las virtudes y ejemplos de la M. María, que en mi concepto es muy santa, y estoy seguro que con el tiempo llegará a saberse todo para gloria de Dios y bien de la Hermandad. El Señor ha prometido ensalzar a los humildes, y estoy seguro que cumplirá su palabra; la M. María fué humilde en sumo grado”.

“Muy pronto tuvieron que llevar a la iglesia a la Madre María; tal era el gentío que acudía a besar sus restos y a pasar objetos piadosos para guardarlos como una reliquia”.

“Muchas cosas más podría decir; pero me haría interminable. Su cadáver atraía; estaba muy hermosa”.

“Los funerales fueron muy solemnes y concurridos; todos lloraban la muerte de la M. María como a su verdadera

madre. Era muy santa y confío que el Señor pondrá de manifiesto sus virtudes”.

“Creía yo un deber escribir estos datos de su preciosa muerte, y lo hago con el favor divino para lo que pueda convenir en lo venidero y todo sea para mayor gloria de Dios Nuestro Señor.—*Agustín Oliver.*”

La Sierva de Dios murió el día 30 de Agosto de 1853, a los setenta y dos años, nueve meses y veinticinco días de edad, de los cuales pasó en la Congregación cuarenta y ocho años y ocho meses. Fué enterrada en sitio preferente del panteón de la iglesia del Hospital, poniéndose sobre su sepulcro este epitafio: “Aquí yace la Madre María Rafols, Fundadora de las Hermanas de la Caridad de Zaragoza, que murió en 30 de Agosto de 1853, de edad de setenta y dos años”.

El santo Hospital donde murió y fué sepultada, fué en cierta manera santificado por sus virtudes y por las de sus Hijas, y de él dice el Sagrado Corazón dulcísimas palabras, prometiendo que siempre subsistirá, resistiendo a las fuerzas destructoras del tiempo y de los hombres: “Recibo tanto placer—dice el Sagrado Corazón a su amantísima Hija—en este santo Hospital por la fidelidad con que todas me amáis y por las muchas almas que me conquistáis. que esto me hace olvidar las ingratitudes y ofensas que recibo de otras partes... Yo he santificado este santo Hospital, y a pesar de todos los peligros y vicisitudes prevalecerá contra todo”.

CAPITULO XVIII

De la fama de santidad de la Sierva de Dios

La santidad de la inmortal Heroína de la Caridad fué durante su vida reconocida por todos, aun por sus enemigos y detractores, que vencidos por sus virtudes se vieron obligados a reconocerla y proclamarla. Todos cuantos la conocieron y trataron hicieron los mayores elogios de sus virtudes heroicas, y consignados quedan en estas páginas algunos de esos testimonios. Los regidores de la Sitiada, los empleados del Hospital, los de Huesca y otros muchos alabaron en varias ocasiones su caridad, su fortaleza y paciencia, el acierto de su dirección de la Hermandad y de todas las obras que presidía, su humildad y desprendimiento. Las religiosas la veneraban como modelo y ejemplar acabado de la Hermana de la Caridad. Sus directores espirituales, sobre todo el Padre Juan Bonal y D. Agustín Oliver, hacen el más caluroso elogio y explícita confesión de su santidad, y el tema preferente después de su muerte, de las pláticas y exhortaciones de los confesores de la Hermandad, eran las virtudes de la Sierva de Dios, proponiéndola a las religiosas como modelo y exhortándolas a su imitación. Las Hermanas que convivieron con la Fundadora, la M. Magdalena Hecho, que era Superiora General cuando murió; las Madres Manuela Manzano, Antonia Pined, Dolores Marín, Raimunda Oliver y otras muchas hablaban con fervoroso entusiasmo de sus virtudes heroicas y a todas las religiosas la proponían como ejemplo. Estos testimonios se han conservado en la Congregación, que guardó siempre con fidelidad y veneración el